



VIRGINIE DESPENTES

Vernon Subutex 1



Lectulandia

Alex Bleach, ángel caído del *rock* francés, ha muerto de una sobredosis en la bañera de un hotel. Toda una desgracia para sus fans, pero sobre todo para Vernon Subutex, antiguo vendedor de discos cincuentón que aún conserva el magnetismo de antaño. Bleach no era un simple amigo, era la persona que le pagaba el alquiler, y su muerte ha arrojado a Vernon a la precariedad. Sin trabajo, sin dinero, sin familia y sin techo, la vida de Vernon parece abocada a una espiral de desgracias. Solo le quedan las filmaciones que realizó el propio Bleach y que dejó en su apartamento a modo de testamento.

Lectulandia

Virginie Despentès

Vernon Subutex 1

Trilogía Vernon Subutex - 01

ePub r1.0

Titivillus 29.09.17

Título original: *Vernon Subutex 1*
Virginie Despentes, 2015
Traducción: Noemí Sobregués

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Non omnis moriar

...

*a Martine Giordano,
Joséphine Pépa Bolivar y
Yanna Pistruin.*

En las ventanas del edificio de enfrente ya se han encendido las luces. Las siluetas de las mujeres de la limpieza se mueven en el gran open space de lo que debe de ser una agencia de comunicación. Ellas empiezan a las seis. Vernon suele despertarse un poco antes de que ellas lleguen. Le apetece un café cargado y un cigarro de filtro amarillo, le gustaría prepararse una tostada y desayunar recorriendo los titulares del *Parisien* en el ordenador.

Hace semanas que no compra café. Los cigarros que se lía por la mañana desmenuzando las colillas del día anterior son tan finos que es como aspirar papel. En los armarios no hay nada de comer. Pero sigue teniendo internet. Lo cobran justo el día en que recibe la ayuda para el alquiler. Desde hace unos meses se la abonan directamente al propietario, pero hasta ahora ha colado. Ojalá dure.

Le han cortado el móvil y ya no se rompe la cabeza comprando tarjetas prepago. Ante el desastre, Vernon mantiene una línea de conducta: finge no enterarse de nada. Vio las cosas desmoronándose a cámara lenta, y luego el hundimiento se aceleró. Pero Vernon no ha cedido ni a la indiferencia, ni a la elegancia.

Primero le quitaron el subsidio. Recibió por correo una copia de un informe sobre él, redactado por su asistente social. Se llevaba bien con ella. Se vieron regularmente durante casi tres años, en el pequeño despacho en el que la mujer condenaba a muerte a sus plantas. A la señora Bodard, de unos treinta años, muy peripuesta, teñida de pelirrojo, rechoncha y con grandes pechos, le gustaba hablar de sus dos hijos, que no dejaban de darle problemas, los llevaba a menudo al pediatra con la esperanza de que le dijera que eran hiperactivos y que tenía que darles sedantes. Pero el médico consideraba que estaban perfectamente y que el asunto era problema suyo. La señora Bodard le había contado a Vernon que de pequeña había ido a conciertos de AC/DC y Guns N'Roses con sus padres. Ahora prefería a Camille y Benjamin Biolay, y él se guardó mucho de hacer comentarios desagradables. Habían hablado largo y tendido de su caso: de los veinte a los cuarenta y cinco años había sido vendedor de discos. En su campo había menos ofertas de empleo que si hubiera trabajado en una mina de carbón. La señora Bodard le había sugerido que se reciclara. Centros de orientación profesional, de formación continua, habían consultado juntos los cursos a los que podía acceder y se despidieron con buenas palabras, quedando en volver a verse y retomar el tema. Tres años después no aceptaron su solicitud para sacarse el título de formación profesional administrativa. Por su parte, valoraba haber hecho lo que había tenido que hacer, se había convertido en experto en dossiers y los preparaba con gran eficacia. A la larga, le dio la sensación de que su trabajo consistía en navegar por internet en busca de ofertas que se ajustaran a su perfil y enviar un currículum que le permitiera recibir pruebas de que lo habían rechazado. ¿Quién iba a querer formar a un casi cincuentón? Le salió un contrato en prácticas en una sala de conciertos del extrarradio, y otro en una sala de cine independiente —pero, aparte de salir un poco, mantenerse al corriente de los problemas de los trenes de cercanías y conocer a gente,

aquello le daba sobre todo la lamentable impresión de ser una pérdida de tiempo total.

En la copia del informe que la señora Bodard había escrito para justificar la retirada del subsidio, mencionaba cosas que Vernon había comentado charlando con ella, como que se había gastado algo de dinero para ir a ver a los Stooges a Le Mans o que había perdido cien euros jugando al póquer. Mientras leía el informe, más que preocuparse por el hecho de que le hubieran quitado el subsidio, lo que sintió fue mucha lástima por ella. La asistente debía de tener unos treinta años. ¿Cuánto ganaba —cuánto ganan estas tías—, dos mil brutos? Como mucho. Pero la gente de esa generación había crecido al ritmo del Súper de *Gran Hermano*: un mundo en el que en cualquier momento podía sonar el teléfono para darte la orden de echar a la calle a la mitad de tus colegas. Eliminar al prójimo es la regla de oro de los juegos que les metieron en el biberón. ¿Cómo pedirles hoy que les resulte macabro?

Al recibir la cancelación del subsidio, Vernon se dijo que quizá eso lo motivaría para buscar «algo». Como si el hecho de que su situación fuera aún más precaria pudiera influir positivamente en su capacidad de salir del callejón sin salida en el que se había quedado atascado...

Las cosas empeoraron rápidamente no solo para él. Hasta principios de los años 2000, un montón de gente se las arreglaba bastante bien. Todavía se veía a mensajeros que llegaban a ser label managers, a periodistas que se metían a dirigir la sección de televisión de un periódico, incluso los vagos acababan de jefes de una sección de discos del Fnac... A la cola del pelotón, los menos motivados para triunfar pillaban algún contrato temporal en época de festivales, un curro de roddie en alguna gira, pegar carteles por las calles... Y aunque Vernon estaba en el lugar idóneo para entender la importancia del tsunami Napster, jamás había imaginado que el barco se hundiría de golpe.

Algunos aseguraban que era el karma, la industria había ganado muchísimo con la operación CD —volver a vender a todos los clientes su discografía entera en un soporte más barato de fabricar y que costaba el doble en las tiendas... cosa que nunca compensó a ningún aficionado a la música, nunca se había visto a nadie quejarse del formato vinilo. El gran fallo, en toda esta teoría del karma, es que a estas alturas ya se sabría si la historia castiga realmente a los gilipollas de turno.

Su tienda se llamaba Revolver. Vernon había entrado como dependiente a los veinte años y se había quedado con el chiringuito cuando el jefe decidió marcharse a Australia, donde montó un restaurante. Si el primer año le hubieran dicho que iba a pasarse casi toda la vida en aquella tienda, seguramente habría contestado que ni de coña, tengo demasiadas cosas que hacer. Hasta que te haces viejo no entiendes que la expresión «joder, cómo pasa el tiempo» es la que mejor resume de qué va todo esto.

Tuvo que cerrar en 2006. Lo más complicado había sido encontrar a alguien para traspasar el local, renunciar a sus fantasías de que se hubiera revalorizado, pero su primer año de paro, sin indemnización, porque el jefe era él, fue bastante bien: un contrato para escribir unas diez entradas en una enciclopedia sobre el *rock*, varios

días trabajando en negro en la taquilla de un festival de extrarradio, críticas de discos para la prensa especializada... y luego empezó a vender por internet todo lo que le había quedado en el almacén. Había liquidado casi todo el fondo, pero quedaban algunos vinilos, estuches y una importante colección de pósteres y de camisetas que se negó a malvender con lo demás. En las subastas de eBay había sacado el triple de lo que esperaba, sin líos de facturas. Bastaba con ser serio, ir a correos durante la semana y ser cuidadoso con el empaquetado. El primer año estaba eufórico. La vida suele jugarse en dos manos: en el primer reparto, te amodorra haciéndote creer que controlas, y en el segundo, cuando te ve relajado e indefenso, te pasa por encima y te destroza.

Vernon apenas había tenido tiempo de volver a cogerle el gusto a levantarse tarde —durante más de veinte años, diluviara o tuviera gripe, había subido la puta persiana de hierro de su tienda, costara lo que costase, seis días por semana. En veinticinco años solo había dado las llaves de la tienda a un colega tres veces: una gripe intestinal, un implante dental y una ciática. Había tardado un año en volver a aprender a quedarse en la cama leyendo por la mañana, si le apetecía. Últimamente le flipaba escuchar la radio mientras buscaba porno en la red. Conocía con todo detalle las carreras de Sasha Grey, Bobbi Starr y Nina Roberts. También le gustaba echarse la siesta, leer una media hora y quedarse frito.

El segundo año se dedicó a recopilar imágenes para un libro sobre Johnny, se apuntó al subsidio, que acababa de cambiar su nombre por el de RSA, y empezó a vender su colección particular de objetos. Se las arreglaba bien con eBay, nunca habría imaginado que en el ciberespacio 2.0 se moviera tanta locura fetichista, todo se vendía: *merchandising*, cómics, figurillas de plástico, pósteres, fanzines, libros de fotos, camisetas... Al principio, cuando empiezas a vender, te contiene, pero en cuanto tomas carrerilla, deshacerte de todo se convierte en un placer. Y progresivamente fue limpiando su casa de todo rastro de su vida anterior.

No olvidaba apreciar en su justo valor la tranquilidad de una mañana en la que nadie viene a tocarte las pelotas. Tenía todo el tiempo del mundo para escuchar música. Y los Kills, White Stripes y otros Strokes podían por fin sacar todos los discos que quisieran, ya no tenía que preocuparse de ellos. No podía más con tantas novedades, no acababan nunca, para seguir las habría tenido que meterse la red por vía intravenosa e ingerir nuevos sonidos sin descanso.

Por otra parte, no había previsto que al cerrar la tienda tendría que buscarse la vida con las chicas. Siempre se ha dicho que el *rock* es cosa de hombres, pero se dicen muchas gilipolleces. Tenía sus clientas, que se renovaban. Se entendía muy bien con las chicas. No era fiel, y cuanto más pasaba de ellas, más se colgaban de él. Bastaba con que una pasara una vez con su novio a buscar un disco, y antes de ocho días volvía sola. Y estaban también las que trabajaban en el barrio. Las esteticistas del final de la calle, las chicas de la tienda de enfrente, las chicas de correos, las chicas del restaurante, las chicas del bar, las chicas de la piscina. Un prodigioso vivero cuyo

acceso le fue denegado en cuanto entregó las llaves de la tienda.

Había tenido pocas novias estables en la vida. Como muchos colegas suyos, Vernon vivía con el recuerdo de la chica que se marchó. La que importó. La suya se llamaba Séverine. Él tenía veintiocho años. Demasiado apegado a su reputación de serial lover, no quiso entender a tiempo que se trataba de ella y no de otra. Vernon era un bala perdida, salvaje e independiente, todos sus amigos alucinaban con la elegante desenvoltura con la que encadenaba sus historias. Esa era, al menos, la idea que tenía de sí mismo. El rollo de una noche, el seductor, el que no se ata, el que no se deja engatusar por las chicas. No se hacía ilusiones al respecto: como a tantos chicos inseguros, le tranquilizaba comprobar que era capaz de hacer llorar a las mujeres.

Séverine era alta y espitosa, tan espitosa que llegaba a agobiar, tenía unas piernas interminables y pintas de parisina rica, de esas que pueden llevar un chaleco de piel de oveja y les da un aire chic. Agarraba las cosas con fuerza, sabía hacer de todo en casa y ni siquiera le asustaba cambiar una rueda en el arcén de la autopista, era una de esas niñas ricas acostumbradas a buscarse la vida solas y a no quejarse. Pero eso no le impedía saber relajarse en la intimidad. Cuando Vernon piensa en ella, la ve desnuda, en la cama, le encantaba pasarse fines de semana enteros en la cama. Había colocado los platos en el suelo, al lado del colchón, y así no tenía que levantarse para cambiar el disco. Alrededor de la cama amontonaba cigarrillos la botella de agua el teléfono con el cable en espiral siempre enredado. Era su reino. Durante unos meses, le permitió entrar.

Era de ese tipo de chicas a las que su madre ha enseñado a no deshacerse en lágrimas cuando se enteran de que les han puesto los cuernos. Séverine apretaba los dientes. Vernon se dejó pillar como un idiota —y le sorprendió que no lo dejara inmediatamente. Le dijo «me voy» y lo perdonó. Él dedujo que no soportaría perderlo y sintió cierto desprecio por su debilidad de carácter. Así pues, podía repetirlo. Ya se habían enganchado tres o cuatro veces y ella le decía cuidado no te pases, me voy a largar no me das otra opción, pero Vernon estaba convencido de que no lo haría. No lo vio venir. Cuando se enteró de que estaba con otro, Vernon metió sus cosas en una caja y las dejó en la calle. La imagen de transeúntes rebuscando entre su ropa, sus libros y sus frascos, esparcidos delante de su portal, le perseguiría durante años. No había vuelto a saber de ella. Vernon necesitó mucho tiempo para entender que no lo superaría. Tenía un gran talento para pasar por alto sus emociones. A menudo piensa en lo que sería su vida si se hubiera quedado con Séverine. Si hubiera tenido el valor de renunciar a lo que era antes, si hubiera sabido que en cualquier caso siempre se nos quita lo que más queremos, y que es preferible anticipar el tratamiento. Seguro que ha tenido hijos. Era de ese tipo de chicas. Que sientan la cabeza. Sin perder un ápice de su encanto. No un ama de casa. Una tía algo superficial, debe de comer cosas ecológicas y mostrarse vehemente ante el calentamiento climático, pero está convencido de que sigue escuchando a Tricky y a Janis Joplin. Si hubiera seguido con ella, habría encontrado curro justo después de cerrar la tienda, porque tendrían críos y

no habría tenido otra opción. Y hoy en día se preguntarían qué hacer con el mayor, que fuma porros, o con la anorexia de la pequeña. Bueno. Le gusta pensar que limitó los estragos.

Ahora Vernon folla menos que un casado. Nunca habría imaginado que era posible aguantar tanto tiempo sin sexo. Facebook y Meetic son herramientas estupendas para ligar desde casa, pero a menos que ligués en Second Live, hay que decidirse a salir para ver a la chica. Buscar ropa que te haga parecer *vintage* y no un viejo vagabundo, arreglártelas para no tener que entrar en una cafetería, ni en un cine, y menos aún cenar en algún sitio... y no llevártela a casa, para que no vea los armarios de cocina vacíos, el frigorífico desolado y el enfermizo desorden —nada que ver con el simpático caos del soltero empedernido. En su casa reina un olor a calcetines demasiado usados, el típico perfume de tío viejo. Ya puede abrir las ventanas y echarse colonia. Ese olor marca su territorio. Entre una cosa y otra, liga con chicas en internet y cuando queda con ellas las deja plantadas.

Vernon conoce a las mujeres, tiene mucha experiencia. La ciudad está llena de tías desesperadas dispuestas a hacerle la limpieza y a ponerse a cuatro patas para prodigarle largas felaciones, que supuestamente le subirían la moral. Pero ya no tiene edad para imaginar que todo eso llega sin su paquete de exigencias a cambio. No por ser una tía vieja y fea se es menos coñazo y menos exigente que un pibón de veinte años. Lo que caracteriza a las mujeres es que pueden mantener un perfil bajo durante meses antes de mostrar de qué palo van. Vernon desconfía del tipo de tías a las que podría atraer.

Los colegas son otra cosa. Escuchar discos juntos durante años, ir a conciertos y hablar de grupos son vínculos sagrados. No dejas de verlos solo porque haya que cambiar de local. Pero lo que había cambiado era que ahora tenían que llamarse para quedar, mientras que hasta entonces empujaban su puerta cuando pasaban por la zona. No estaba acostumbrado a planificar cenas, sesiones de cine o aperitivos fumetas... Progresivamente, sin que se diera apenas cuenta, muchos colegas se largaron de la capital, o porque tenían mujer e hijos y ya no podían vivir en treinta metros cuadrados, o porque París era demasiado cara y les pareció prudente volver a su ciudad de origen. Pasados los cuarenta, París solo soportaba en su seno a los hijos de propietarios, el resto de la población seguía su camino en otro sitio. Vernon se quedó. Quizá fue un error.

No fue consciente de aquella desintegración hasta mucho después, cuando la soledad lo había emparedado vivo. Luego llegó la serie negra.

Empezó con Bertrand. Recaída del cáncer. Le volvió por la garganta. Ya las había pasado putas con el primero. Creía que se había librado de él. Al menos sus amigos celebraron su curación como una victoria definitiva. Pero fue todo tan rápido que los pilló desprevenidos, no se dieron cuenta hasta después del entierro. En los tres meses que pasaron desde que le dieron el diagnóstico y su marcha definitiva, la enfermedad lo devoró. Bertrand llevaba camisas negras con el cuello subido. Las llevaba así

desde 1988. La cerveza le había hinchado tanto la barriga que le costaba abotonárselas. A los cuarenta y tantos, tenía el pelo largo y blanco, llevaba unas Ray-Ban ahumadas sobre la nariz, bonitas botas de serpiente, y tenía careto de golfo. Siempre con rojeces en la piel, pero se conservaba bien, el grandullón.

Fue un *shock* acostumbrarse a verlo con pijama de viejo. Que perdiera el pelo, pase. Pero a Vernon aquel pijama ridículo le encogía el corazón. Bertrand no conseguía alimentarse, y la mejor hierba del mundo no servía para nada. Había perdido su estatura, lo más característico de él. Los huesos, demasiado expresivos bajo la piel amarillenta, resultaban obscenos. Se empeñaba en seguir llevando sus anillos de calaveras, aunque se le resbalaban de los dedos. Se veía morir día tras día y era consciente de todo.

Luego llegó el dolor continuo, el cuerpo sin fuerza y la cara de esqueleto. No dejaban de bromear sobre la bomba de morfina porque las pullas eran su única manera de comunicarse. A veces Bertrand hablaba de la muerte, que lo esperaba. Decía que por la noche se despertaba asustado, y decía «lo peor es que me entero de todo, que siento que mi cuerpo se va a la mierda, y no puedo hacer nada». Vernon no podía contestarle «venga, todo se arreglará, aguanta, tío». Entonces escuchaban a los Cramps, a Gun Club y a MC5 bebiendo cerveza, mientras Bertrand todavía la aguantaba. La familia se ponía furiosa, pero, sinceramente, ¿qué otra cosa le quedaba?

Y la noticia de su muerte, una mañana, mensaje al móvil. Vernon, como los demás, se limitó a mantener la dignidad en el entierro. Gafas oscuras. Todos tenían gafas oscuras en casa, y un bonito traje negro. El horror se apoderó de él después. El horror, y la ausencia. El gesto reflejo de querer llamarlo, la imposibilidad de borrar sus últimos mensajes de voz, la imposibilidad de creer que había sucedido. A partir de cierta edad ya no nos separamos de los muertos, nos quedamos en su tiempo, con ellos. El día del aniversario de la muerte de Joe Strummer, Vernon hizo lo que hacía cuando Bertrand aún estaba con él: escuchó todos los discos de los Clash bebiendo cerveza. Era un grupo que nunca le había interesado. Pero es lo que tiene la amistad: aprendemos a jugar en el terreno de juego de los otros.

Un día de diciembre de 2002 estaban haciendo cola juntos para comprar salmón, porque Bertrand iba a cenar en Nochevieja con una noruega a la que quería impresionar con su sofisticación culinaria. Estaba convencido de que el salmón ahumado había que comprarlo en aquella tienda del distrito V y no en otra parte. Tras un trayecto en metro bastante largo, esperaban su turno. La cola se extendía por toda la acera, tendrían fácilmente para cuarenta minutos. Vernon fue a comprar tabaco, y en la radio del bar oyó que Strummer había muerto. Volvió con Bertrand. ¡No, estás de coña! ¿Crees que haría coña con algo así? Bertrand se quedó pálido, pero aun así compró sus provisiones de salmón y dos botellas de vodka. Se bebieron la segunda escuchando *Lost in the Supermarket* una y otra vez, recordando la vez en que habían visto juntos a Strummer en solitario. Vernon había ido solo por acompañar a

Bertrand, pero, una vez allí, una emoción inesperada le hizo tambalearse, pegó el hombro al de su colega y se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca había dicho nada, pero el día en que murió Joe Strummer se lo contó, y Bertrand le dijo sí ya lo sé lo vi pero no tenía ganas de joderte con eso. Mierda, Strummer. ¿Ha habido algo mejor después de él?

Tres meses después le tocó el turno a Jean-No. Ni mamado, ni por exceso de velocidad. Una nacional, un camión, una curva y niebla. Volviendo de un fin de semana con su mujer, quiso cambiar de emisora. Ella se salvó, aunque se destrozó la nariz. La que le reconstruyeron era mucho mejor que la original. Jean-No no pudo disfrutarla.

Aquel domingo, Vernon estaba en casa de una amiga, tumbado en un colchón doblado por la mitad contra una pared y cubierto con una tela india tan agujereada por los porros que parecían formar parte del estampado. Estaban haciendo una sesión de *Alien*, el estuche entero, en el proyector de vídeo. La chavala vivía cerca del metro Goncourt, en una habitación abuhardillada. Cerca de su casa había uno de los últimos videoclubs que alquilaban DVD. Ya habían visto *Un mañana mejor*, *Mad Max*, *El padrino* y *Una historia china de fantasmas*. Era una joya, la chica, colgada de los porros y los mangas. No de esas que quieren salir a todas horas. Lo único que le tocaba las pelotas era por favor gatito baja al colmado a comprarme caramelos. Cinco pisos, a pie. Vernon no estaba dispuesto a ser un gatito servicial. Ella acababa de traer vasos de Coca-Cola con mucho hielo en una bandeja inmensa, la película estaba en pausa y Vernon contestó cuando sonó su teléfono, cosa que raramente hacía los domingos. Pero hacía mucho que Emilie no lo llamaba, supuso que era importante. Acababa de enterarse de la noticia por la hermana pequeña de Jean-No. A Vernon le sorprendió que fuera ella la encargada de avisar a los colegas. Al fin y al cabo, Jean-No tenía mujer. En el hospital, en el momento, vale, pero de ahí a que la amante hiciera circular la información... Había conocido muy bien a Emilie, luego se perdieron de vista, pero la ocasión no era la mejor para ponerse al día.

Vernon insistió en que siguieran viendo la película. Se dijo que no le afectaba tanto. Eso le sorprendió. Pensó que se había endurecido. Sin embargo, veía a Jean-No todas las semanas, y después de la muerte de Bertrand se acercaron más. Comían juntos en el turco de al lado de la gare du Nord y pedían siempre el mismo menú de doce euros, regado con cerveza helada. Jean-No había dejado de fumar, las pasó putas. Si hubiera sabido que era para nada, el pobre, habría puesto el despertador por la noche para fumar más. Jean-No se había casado con una plasta. A muchos tíos les da seguridad que los sometan a un estricto control.

No le afectó hasta después, por la noche. En el momento en que empezaba a quedarse dormido, le traspasó un pinchazo helado. Tuvo que vestirse y salir de casa —pasear entre el frío, estar solo, ver luces atravesando los cuerpos, fundirse en el

movimiento y sentir el suelo bajo los pies. Estaba vivo. Le costaba respirar.

Por las noches solía salir a pasear solo. Había cogido la costumbre a finales de los años ochenta, cuando los rockeros se pusieron a escuchar hip hop. Public Enemy y los Beastie Boys estaban en el mismo sello que Slayer, lo cual estableció un puente. En la tienda se había hecho colega de un fan de Funkadelic, un blanco bajito, taciturno y agresivo, ahora que lo piensa seguro que estaba enganchado a la heroína, pero en aquella época no se dio cuenta. El tío hacía tags, firmaba «Zona» por todas partes. Su buena relación no duró mucho, Zona estaba harto de pintar en la calle, «lo auténtico son los metros», quería joder los vagones, hacer destrozos, y a Vernon no le apetecía acompañarlo. No se había contagiado: apenas le interesaban los relatos heroicos de 93MC y de los MKC, el estilo salvaje y el throw up redondeado... Entendía que tenía su gracia, pero no le enganchaba. A ese tío le iba lo de arriesgarse a partirse las cervicales para trepar al tejado de un edificio y pasarse dos horas en el silencio del aerógrafo, hacer sus pausas para fumarse algún cigarro y mirar pasar a la gente, a la que no se le ocurría levantar la vista y descubrir su silueta de centinela silencioso.

La primera noche de su vida sin Jean-No caminó hasta que le ardieron las plantas de los pies, y luego siguió caminando. Pensaba en los hijos de Jean-No y algo no encajaba. Huérfanos de padre. La palabra no cuadraba con lo que sabía de aquellos tres retrasaditos que no dejaban de exigir atención, pasteles o juguetes nuevos.

Jean-No solía comportarse como un auténtico gilipollas. Era arrogante. Siempre había escuchado música rara, de adolescente le gustaban Einstürzende Neubauten y Foetus, luego se metió en el hard tocapelotas, era fan de Rudimentary Peni y le encantaba Minor Threat, y bebía como una esponja. Solía ser tan mordaz que había que tenerle mucho aprecio para quedar con él. A los cuarenta, Jean-No quiso aburguesarse y se pasó a la ópera. Se vestía como un Playmobil endomingado y soltaba chorradas de facha diez años antes de que se pusiera de moda. En aquella época era tan atípico que le daba cierto caché.

Vernon vivía ahora en un mundo en el que Ian MacKaye podría darle al *crack*, Jean-No ya no estaría allí para decir nada.

Luego le tocó a Pedro. Apenas ocho meses después. Paro cardíaco. Pedro se llamaba Pierre, pero se metía tanta cocaína que se ganó que lo llamaran por su nombre sudamericano.

Vernon estaba esperando delante del Elysée Montmartre, que todavía no se había quemado y donde tocaban los Libertines. Intentaba ligarse a una improbable ayudante en prácticas que curraba en un programa de Ardisson, no dejaba de hablar del presentador, al que decía odiar pero que la fascinaba. Vernon vio a un colega de lejos, delante de la puerta, y lo llamó, contento de enseñarle a la chica con la que estaba, una morena con flequillo vaqueros cigarrillo tacones de aguja, como las que la capital producía en serie a principios del milenio. Y al verlo acercarse, el colega se echó a llorar. Decía Pedro Pedro Pedro, incapaz de explicarse, y un inmenso agobio invadió

a Vernon.

Pedro fácilmente se habría metido por la nariz tres casas, dos Ferraris, todas sus historias de amor, sus amistades, toda veleidad de hacer carrera, su *look* y todos los dientes. No lo hacía avergonzado, fingiendo que no tenía ningún problema, no, lo suyo era vanagloriarse de ello, mostrar una histeria feliz, una pasión totalmente asumida. Se frotaba las encías, se metía encima del abrigo, conocía todos los cagaderos de todos los bares de París, y los seleccionaba exclusivamente en función de la viabilidad de los baños. Llegaba a casa y dejaba rastros de cocaína por todas partes, y se marchaba dos días después dejando a Vernon para el arrastre. A Pedro le gustaban Marvin Gaye, Bohannon, Diana Ross y los Temptations. A Vernon le gustaba ir a su casa, el sonido era excepcional, los sofás eran cómodos y compraba whiskys que te hacían viajar —uno se creía a veces un gángster, un detective privado o un *dandy* inglés.

Vernon encontró una foto en la que aparecían los cuatro. Los tres muertos y él. Posaban a su alrededor el día que cumplió treinta y cinco años. Una bonita foto, de esas que se toman con una cámara analógica y se hacen copias para los amigos. Cuatro chicos confundidos pero delgados, con todo su pelo, los ojos vivos y la sonrisa sin amargura. Levantaban el vaso, aquella noche Vernon estaba deprimido, cumplir treinta y cinco años le destrozaba la moral. Cuatro tíos guapos, felices de ser unos cretinos que no se enteraban de nada, y que sobre todo no sabían hasta qué punto estaban en la parte buena de lo que les deparaba la vida. Escucharon a Smokey Robinson gran parte de la noche.

Después del entierro de Pedro, Vernon dejó de salir y de devolver las llamadas que le hacían. Creía que era una fase, que se le pasaría. No le parecía fuera de lugar tener la necesidad de encerrarse en sí mismo tras una serie de fallecimientos tan seguidos.

En esa época empezaron las auténticas penurias de pasta, lo que exacerbó su tendencia a aislarse. Ir a cenar a casa de alguien sin poder llevar una botella le disuadía de aceptar invitaciones. Angustiarle por las noches si alguien quería hacer una colecta para comprar un gramo. Angustiarle por no poder colarse en el metro. Angustiarle por llevar zapatillas deportivas con la suela despegada. Angustiarle por detalles a los que nunca había prestado atención y darles vueltas hasta obsesionarse.

Se quedaba en casa. Bendecía su época. Se bajaba música, series y películas. Poco a poco dejó de escuchar la radio. Desde que tenía veinte años, su primer acto reflejo de la mañana siempre había sido encenderla. Pero ahora lo angustiaba sin interesarle. Había perdido la costumbre de escuchar los informativos. En cuanto a la tele, sucedió por sí solo. Tenía demasiado que hacer en internet. Todavía echaba un vistazo a los titulares, pero entraba sobre todo en páginas porno. Ya no quería oír hablar de la crisis, del islam, del cambio climático, del gas de esquisto, de los orangutanes maltratados ni de los gitanos, a los que quieren impedir que suban a los autobuses.

Su burbuja es confortable. Sobrevive en modo apnea. Reduce toda acción al mínimo. Come menos. Empezó aligerando la cena. Una sopa deshidratada de fideos chinos. Ya no compra carne, las proteínas son para los deportistas. Come básicamente arroz. Lo compra por sacos de cinco kilos en Tang Frères. Reduce los cigarrillos: aplaza el primero, espera para el segundo, y después del café de la mañana se pregunta si de verdad le apetece el tercero. Aparta las colillas, que no se pierda nada. Sabe dónde hay oficinas cerca de casa en las que la gente sale a la puerta a fumarse un cigarrillo durante la jornada laboral, y a veces pasa por allí, aminora el paso y recoge las colillas más largas. Se siente como un fuego apagado cuyas brasas se avivan de vez en cuando con un golpe de viento, pero nunca lo bastante como para hacer arder la leña pequeña. Una chimenea agonizante.

A veces le da el speed. Se mete en LinkedIn, hace listas de conocidos que parece que aún tienen trabajo y se promete contactar con ellos. Imagina la historia que les contará, empezará con un rollo de tías. Su talante calentorro coloca a los tíos en un estado propicio para charlas distendidas. Así que dirá: no estaba en París, estaba tirándome a una húngara que me llevó a Budapest, o a una guapa estadounidense que se pasaba la vida viajando, la nacionalidad es lo de menos siempre que dé la impresión de que se lo ha pasado en grande, y resulta que estoy por aquí y busco curro, lo que sea, por casualidad no tendrás algo para mí. Se las daría de trotamundos, un tío tranquilo, para nada estresado. De pasta no puede contar cuentos, es evidente que no le queda un céntimo. De todas formas, nunca ha estado forrado. En sus tiempos eso añadía credibilidad. Era antes de los años 2000, antes de que entre el público de los conciertos, aunque no lo pareciera, todo el mundo llevara zapatos nuevos y caros, de buena marca, un buen reloj en la muñeca, el de la temporada, el vaquero que les sentaba bien y cuyo corte atestiguaba que lo habían comprado ese mismo año. Desde Zadig & Voltaire, la pobreza ha perdido su aura poética —cuando durante décadas había servido para validar al auténtico artista, el que prefería no vender su alma. Hoy en día es muerte a los vencidos, incluso en el *rock*.

Pero nunca hace una llamada para pedir ayuda. Sería incapaz de definir qué se lo impide. Ha tenido tiempo para reflexionar al respecto. El enigma sigue intacto. Ha consultado en internet los consejos que dan a los procrastinadores patológicos. Ha hecho listas de lo que podría perder, de lo que arriesgaba, al lado de la lista de lo que podría ganar. Da igual. No llama a nadie.

Alexandre Bleach ha muerto. Vernon ve su nombre repetirse en Facebook, pero tarda un poco en entenderlo. Lo han encontrado muerto en la habitación de un hotel.

¿Quién pagará ahora sus alquileres atrasados? Es lo primero que se pregunta. Los *mails* y mensajes que le envió estas últimas semanas han quedado sin respuesta. Sus peticiones de ayuda. Estaba acostumbrado a que Alex estuviera siempre al pie del cañón. Vernon contaba con él. Como cada vez que la situación era crítica. Alexandre

siempre acababa echándole un cable.

Vernon está sentado delante del ordenador —sensaciones contradictorias o extrañas entre sí se mezclan en su pecho, como gatos lanzados dentro del mismo saco por una mano ágil y despiadada. En internet se extiende como la lepra. Hacía mucho tiempo que Alexandre era de dominio público. Vernon creía haberse acostumbrado. Era imposible no enterarse de cuándo sacaba un disco o empezaba una gira. No pasaba una hora sin verlo en algún sitio exhibiéndose, meneándose de aquí para allá, soltando estupideces con su hermosa voz grave de crooner yonqui. A Alexandre le llegó el éxito como si le hubiera pasado por encima un camión. No daba la impresión de haber salido indemne. Su problema no había sido creerse el mejor, sino su violenta desesperación, que agobiaba a los que lo rodeaban. No es fácil ver a alguien consiguiendo lo que todo el mundo desea, y encima tener que consolarlo.

Todavía no hay fotos del fiambre en la habitación del hotel. Ya llegarán. Alex ha muerto ahogado. En una bañera. Una coproducción de champán y pastillas, se quedó dormido. Vete a saber qué cojones hacía en una bañera, solo, en un hotel, en plena tarde. De todas formas, vete a saber por qué era tan desesperadamente infeliz. Alex la habrá cagado hasta para morirse. El hotel es demasiado mediocre para hacer soñar, pero no lo bastante desastroso para que resulte exótico. Era frecuente que cogiera una habitación de hotel en la ciudad para unos días, bastaba con que creyera ver a un fotógrafo enfrente de su casa para que se fuera a dormir a otro sitio. A Alex le gustaba vivir en hoteles. Tenía cuarenta y seis años. ¿Quién espera al umbral de la andropausia para morir por sobredosis? Michael Jackson, Whitney Houston... cosa de negros, quizá.

A Bleach le gustaba ver a sus viejos amigos. Era como si le entraran ganas de mear, aunque le sucedía cada cierto tiempo. No daba señales de vida en un año, incluso dos, y luego empezaba a llamar como un loco, o a bombardear a *mails*, hasta era capaz de presentarse de improviso en casa de uno u otro. Era imposible tomarse una copa con él en un bar. A los cinco minutos llegaba un fan e interrumpía la conversación, y los fans pueden ser agresivos. O estar totalmente chalados. Por regla general, el fan que se mete en una conversación es un pesado. Cuando a Alexandre le apetecía ver a Vernon, le pegaba una llamada y se invitaba a su casa. Se bebían una cerveza y fingían que nada había cambiado. Menudo chiste. Alexandre ganaba con una canción lo que un tío como Vernon había facturado en la tienda en más de veinte años. ¿Cómo no iba a influir este pequeño detalle en su relación?

Alex había hecho muchos amigos en su entorno VIP. Pero estaba convencido de que su «verdadera vida» se había acabado con el éxito. Vernon había intentado demostrarle muchas veces que era una ilusión de la mente: hacia los treinta años, las cosas empiezan a perder brillo, tanto si eres pobre como si eres una megaestrella, no tiene arreglo para nadie. La diferencia es que para los que no se suben al carro del éxito no hay compensación. Si das la vuelta al mundo en primera clase, te follas a las chicas más guapas, te codeas con camellos cool y te gastas tu dinero en varias Harley

Davidson, no es porque la juventud se aleje. Pero Alex no quería entenderlo. Y sí, parecía sentirse tan mal que era difícil convencerlo de que tenía suerte.

La primera vez que Alexandre entró en la tienda aún era un crío. Sus grandes ojos, ribeteados de largas y curvadas pestañas, le daban una expresión infantil. Llegaba con una botella de cerveza, se sentaba en el taburete y pedía que le pusiera discos. Para Alex, Vernon era la persona a través de la cual le llegó la magia: la que le hizo escuchar por primera vez el doble directo de Stiff Little Fingers, a los Redskins, el primer EP de los Bad Brains, la Peel Session de Sham 69 y el *Fight or Die* de Code of Honor. Alex aún era menor de edad, tenía las mejillas regordetas y no jugaba a hacerse el duro. Sin duda su sonrisa tuvo mucho que ver en su fulgurante ascenso — una sonrisa que causaba el mismo efecto que ver gatitos en YouTube. Habría que tener la coraza de un psycho killer para no sentir nada. Picoteaba de un grupo y de otro, como todo el mundo. Como tantas veces, la gloria llegó donde nadie la esperaba. En la escena de aquella época había héroes, personas por las que todos habrían apostado. Y todas ellas desaparecieron más o menos de la faz de la tierra. La pasión de Alex por la droga se manifestó tardíamente, y se lo llevó todo por delante. Pero el chico siempre había avanzado con un puñal invisible clavado en el pecho. Por más que bromeara a la menor excusa, algo se había roto en su mirada, una grieta que nada impediría que se hiciera más profunda.

Una pregunta de un pragmatismo rastrero taladra a Vernon: ¿quién pagará su alquiler? Empezó poco después de la muerte de Jean-No. Se cruzaron por casualidad cerca de la parada de metro de Bonsergent. Alexandre se lanzó a sus brazos. Hacía mucho que no se veían, desde el concierto de Tricky en el Elysée Montmartre. Pasada la incomodidad de los primeros minutos, teñida por el resentimiento del paripé que tenían que hacer, el de viejos amigos que tienen un montón de cosas que contarse, como si el interés de las historias de ventas en eBay de Vernon pudiera compararse con las historias de noches colocándose en un yate con Iggy Pop, salir con Alexandre siempre acababa siendo bastante guay.

Aquel día Alex estaba supercolocado. Mostraba el confuso entusiasmo y la precipitada fluidez del tipo que hace tiempo que no vuelve a casa y que debería empezar a planteárselo. La nieve cubría las aceras y había que sujetarlo por el codo para impedir que se cayera. Entusiasta, como siempre, insistió en que Vernon subiera con él a casa de su camello, que vivía a dos pasos. Un tipo sumiso, con cara de ser el primero de la clase, que componía música con GarageBand. Fumaba una hierba holandesa tan fuerte que al segundo te dolía la cabeza. Quería a toda costa que escucharan sus «nuevos sonidos». Soportaron una serie de pistas de sintetizador metidas sobre ritmos cuando menos precarios. Alex estaba ya colocado, escuchaba aquella mierda con el mayor interés y explicaba al camello que él trabajaba con los hercios, las ondulaciones por segundo del sonido, que disponiéndolas de determinada manera se podía modificar el cerebro. Se quedó pillado en esa historia de la sincronización de las ondas cerebrales, y el camello no perdía detalle de lo que decía.

Todos sabían la verdad: hacía años que Alex no era capaz de componer ni un solo tema. Como no podía encadenar tres acordes ni escribir un estribillo coherente, se conformaba con las «alpha waves».

Había anochecido cuando se encontraron de nuevo en la acera. Circulaban pocos coches, y las calles se veían raras, vacías y en silencio. Vernon se burló del careto de una actriz vestida de negro en un cartel de cuatro por tres metros, sacando el culo encima de una moto. Dijo algo desagradable, como «esta parece tan sosa que prefiero tirarme a una tía de plástico», y Alexandre se rio de mala gana. Estaba claro que la conocía. Vernon se preguntó si se la habría tirado. Alex gustaba a las tías, no tuvo necesidad de vender discos para eso. Muchos de sus amigos eran VIP, gente que sabemos cómo se llama y qué cara tiene, pero con la que nunca hemos coincidido. Guardaba sus números en el móvil con nombres codificados, por si acaso se lo robaban o lo perdía. Estaba emparanoiado con la idea de que su lista de contactos cayera en manos de cualquiera. Muchas veces, cuando le sonaba el teléfono, miraba la pantalla perplejo, incapaz de recordar a quién correspondía el nombre que veía aparecer. «SB», por ejemplo, lo dejaba pensativo: ¿será Sandrine Bonnaire, Stomy Bugsy, Samuel Benchetrit, o un nombre codificado de forma aún más compleja, como Súper Borde o Sodomita Basura? Imposible recordarlo hasta que escucha el mensaje y lo recuerda: «SB» de «servicio-baños», porque fue en el cuarto de baño donde charló durante horas con Julien Doré. En aquel momento debió de parecerle clarísimo. Como tantas cosas oscuras que se hacen después de las tres de la madrugada.

Vernon le preguntó «¿y te acuerdas de Jean-No?». Claro que se acordaba. A principios de los noventa habían tocado juntos durante poco tiempo en los Nazi Whores. Hacía más de diez años que no se veían. Jean-No odiaba a Alex y todo lo que representaba: el *rock* con mensaje, la militancia pijipi y por encima de todo el éxito fulminante, que no podía atribuirse a sus contactos y que ponía enfermo a Jean-No. Habían hecho cosas juntos y habían trabajado en los mismos ambientes. Uno se había llevado la palma, y el otro ni siquiera había despegado. La comparación le resultaba insoportable —burlarse de Alex era una actividad que ocupaba buena parte del tiempo de Jean-No. «¿Sabes que ha muerto?», y Alex se quedó pálido, muy afectado. Vernon se sintió incómodo ante tanta emoción no fingida, pero no tuvo valor para añadir «no pongas esa cara, sinceramente, no te soportaba». Alex insistió en acompañarlo a su casa en taxi, y luego en subir. No tardaron en estar en la misma onda —dos hámsters frenéticos pedaleando para hacer avanzar la misma rueda. Acurrucado en el sofá, Alex se sentía como en un huevo. Le encantaba que el piso de Vernon fuera pequeño, se enroscaba y se sentía protegido. Escucharon a los Dogs, cosa que ni el uno ni el otro habían hecho desde hacía veinte años. Alex se quedó tres días. Estaba obsesionado con lo que él llamaba su «investigación» sobre los pulsos binaurales y le obligó a escuchar varios tipos de ondas que se suponía que tenían un profundo impacto sobre el inconsciente, pero que, como demostraban los hechos, no

conseguían causar siquiera una migraña. Alex llegó con cinco gramos. Se los metieron sin prisas, como veteranos. Vernon daba cabezazos cada dos por tres —la coca lo relajaba y le ayudaba a dormir—, y a Alex se le metió en la cabeza entrevistarse a sí mismo en casa de Vernon, sentado en el sofá. Llevaba encima una vieja cámara, apiló tres pequeñas cintas de vídeo de una hora al lado de la pantalla de la tele, y cuando Vernon volvió en sí le montó un numerito increíble: «es mi testamento, tío, ¿lo entiendes? Te lo dejo a ti. Para que veas la confianza que te tengo». Ya se le había ido un poco la olla. Luego volvió a sus historias de ondas delta y gamma, el proceso creativo y la idea de hacer música que fuera como una droga, que modificara los circuitos neuronales. Vernon estaba desesperado, Alex le ponía sonidos de mierda y lo obligaba a escucharlos con cascos.

Vernon bajó a comprar Coca-Cola, tabaco, patatas fritas y whisky con la tarjeta de crédito de su amigo cantante. «Pero si en tu casa no hay absolutamente nada de comer, ¿de qué vives ahora? ¿Quieres que te deje algo de pasta?» Vernon debía dos meses de alquiler, peleaba duro para no acumular tres, según la leyenda urbana hasta los tres meses no corres el riesgo de que te echen. Así empezó todo. Alexandre le transfirió el equivalente a tres meses de alquiler a su cuenta —te lo juro, de los dos, el que más se alegra soy yo. Y al marcharse, Alex insistió: «llámame si necesitas pasta, yo tengo, ya sabes... ¿Me prometes que lo harás?».

Y Vernon lo hizo. Al principio pensó en arreglárselas de otra manera, pero al cuarto mes de retraso lo hizo. Alex le prestó dinero. De inmediato. Y unos meses después Vernon volvió a llamarlo. Se sentía incómodo, pero era como volver a la infancia. Cuando sus padres aún estaban en este mundo y podía contar con ellos, *in extremis*, para salir de un mal paso. En aquel sistema de préstamo amistoso había una parte de infancia protegida. Y Alex la reflotó. Anotó el número de cuenta de Vernon en su lista de transferencias —y en tres clics le solucionaba el problema. Vernon refunfuñaba, posponía el momento de hacerlo. Se debatía entre la culpabilidad y la agresividad, la gratitud y el alivio. Para Alexandre, el dinero había pasado a ser algo muy fácil, y para los demás muy difícil. Vernon enviaba un cheque al casero, y luego reunía una pequeña provisión de tabaco y de comida, y guardaba celosamente en una caja lo necesario para comprarse su cerveza diaria. Así sobrevivía.

Llaman al timbre. Vernon no contesta. Debe de ser el cartero, que le trae un certificado. No los firma. Ya no se ocupa de ningún documento administrativo. Sucedió poco a poco, se quedó paralizado mentalmente —cada vez hay más tareas relativamente sencillas de realizar que no consigue solventar. Baja el volumen de la música y espera. Insisten. Ahora llaman a la puerta. Vernon está sentado en la cama, con las manos cruzadas sobre las rodillas, está acostumbrado —espera a que se marchen. Pero un ruido raro en la cerradura le alerta de que la están forzando desde fuera para abrir. Entiende inmediatamente lo que pasa. Sin decir una palabra, se pone

a toda prisa los vaqueros y un jersey limpio. Está atándose los cordones de un viejo par de Doc bajas cuando se abre la puerta. Está nervioso, como en un subidón de speed malo. Cuatro hombres entran y lo miran de arriba abajo. El que encabeza el grupo toma la palabra, «señor, podría habernos abierto». Vernon lo mira fijamente, lo evalúa. Lleva un elegante fular azul marino anudado al cuello y gafas de montura roja. El traje gris le queda corto. Lee en tono neutro, en una tablet: blablablá con domicilio en blablablá es usted el señor y blablablá el inquilino de...

Diez años pagando el puto alquiler. Diez años. Más de noventa mil euros. Directos al bolsillo de un imbécil, que cobra sin pegar palo al agua. El propietario debe de ser uno de esos herederos que lloriquean que pagan demasiados impuestos. En diez años no ha hecho nada —hay que perseguirlo para que arregle el calentador. Noventa mil. Ni una hora de trabajo, ni pasarse por allí, ni un euro de inversión. Y lo echan a la calle.

La mirada de Vernon se clava en el pantalón del alguacil, que le aprieta los muslos. Espera que el pequeño grupo tome nota de sus bienes y se marche, y así tendrá algo de tiempo para intentar solucionarlo. Si el banco no le hubiera cancelado la autorización hace años, les haría un cheque para retrasar el procedimiento. A fin de cuentas, todo aquello debería poder arreglarse —el que identifica como el cerrajero parece realmente simpático. Su gran mostacho gris, a la antigua usanza, le da un aire de sindicalista. Vernon espera que no haya destrozado la cerradura al forzarla, no dispone de medios para cambiarla. Y en cualquier momento puede necesitar salir de casa cinco minutos. Ya no le queda nada que pudieran robarle —ni siquiera un kosovar en desbandada se tomaría la molestia de cargar con su ordenador. El cacharro y la torre pesan una tonelada, se ve que son muy antiguos. El alguacil le recomienda que coja las cosas que vaya a necesitar en los próximos días y se marche. Ninguno de ellos dice bueno, lo dejamos por hoy, ya volveremos, démosle diez días de margen y ya veremos. Los dos cachas que no han dicho una palabra se plantan en medio del piso y le aconsejan, sin la menor hostilidad, que obedezca lo antes posible.

Vernon observa la sala —¿podría ofrecerles algo a cambio de otro aplazamiento? Siente que los hombres empiezan a ponerse nerviosos —temen que reaccione violentamente. Están acostumbrados al patetismo y a los gritos. Vernon pide un cuarto de hora, el alguacil suspira —pero se siente aliviado, el inquilino no es un pirado agresivo.

Vernon se sube a un taburete para coger de encima del armario la bolsa más resistente que tiene. Al bajarla, le caen en los hombros bolas de polvo gris. Estornuda. Algunas situaciones son tan insólitas que nos negamos a verlas como realmente son. Llena la bolsa. Los cascos, el iPod, unos vaqueros, la correspondencia de Bukowski, dos jerséis, todos los calzoncillos, una foto dedicada de Lydia Lunch y el pasaporte. El terror le impide pensar. Como acaba de enterarse de que Alex ha muerto, se le ocurre sacar del fondo de un armario, escondido detrás de sus pilas impecablemente ordenadas de *Maximum Rock'n'Roll*, *Mad Movies*, *Cinéphage*, *Best*

y *Rock & Folk*, el paquetito de tres cintas que Alexandre filmó en su casa la última vez que estuvo allí. Podría intentar venderlas... Luego se quita las Doc y se pone sus botas preferidas. Coge un despertador amarillo de plástico que compró en un bazar chino hace ya diez años y que ha aguantado hasta ahora. La bolsa pesa. Sale del piso sin decir una palabra. El alguacil lo para en el rellano, no, no prefiere ningún guardamuebles en concreto, sí, un mes para recuperar sus cosas, firmar aquí, no hay problema. Luego baja la escalera, en realidad convencido aún de que no es grave, de que volverá.

En la escalera se cruza con la portera. Siempre se ha llevado bien con ella. Es un inquilino ideal, soltero, que siempre le hace algún comentario sobre el ruido de las obras que están haciendo en la calle, el tiempo que va a hacer o alguna broma —un ligero coqueteo sin consecuencias, pero que encanta a esta mujer de unos sesenta años. Ella le pregunta si todo va bien —no se ha dado cuenta de que unos cerrajeros han subido a su casa. Vernon no encuentra ni las palabras ni el valor para contárselo. A ella no le sorprende verlo bajar con una bolsa tan grande, lo ha visto decenas de veces ir cargado a correos. Él descubre entonces que su situación lo avergüenza. La última vez que lo echaron fue del instituto. Llegó a clase colocado de ácido con su amigo Pierrot, que tiempo después se colgaría de un puente, un domingo al amanecer —y los mandaron al despacho del director, que los expulsó. Este recuerdo lo transporta a la cocina de la casa de su familia. Sus padres murieron jóvenes. No tiene claro si le habrían ayudado ahora. Eran estrictos. Les preocupaba que fuera por el buen camino, nunca estuvieron de acuerdo con todas aquellas historias del *rock'n'roll*. Querían que hiciera oposiciones para administrativo. Siempre dijeron que tener un negocio no podía acabar bien. Al final tuvieron razón.

En la calle, pensar en los objetos que ha dejado en casa y que debería haber cogido le pesa como una losa en el pecho. Toca con la punta de los dedos el extremo del documento administrativo doblado en cuatro partes que se ha metido en el bolsillo trasero. Le tiemblan las manos, ya no le obedecen. Tiene que pararse, pensar con calma y buscar la manera de solucionar todo esto. Mil euros. Es mucho, pero puede conseguirlos. Sus cosas no están perdidas —y a algunas les tiene más cariño del que pensaba. El reloj que le regaló Jean-Noël. Los test *pressings* del primer álbum de los Thugs, que consiguió por casualidad cuando el label manager de Gougnaf Mouvement se apalancó en su casa una temporada. La petaca de Motörhead que Eve le trajo de una escapada a Londres. La copia original de una foto de Jello Biafra que Carole hizo en Nueva York. Y el Selby dedicado.

La amenaza de desalojo planeaba sobre él desde hacía tanto tiempo que había acabado creyendo que era la vieja sirena de una guerra que siempre ganaría. Si Alexandre siguiera ahí, Vernon sabría lo que hacer: iría al portal de su casa y removería cielo y tierra hasta encontrarlo. No le daría ninguna vergüenza —su viejo amigo habría estado encantado de sacarlo del aprieto. Al fin y al cabo, para eso le servía Vernon, para dar a su dinero algún valor real.

Ojalá se le hubiera ocurrido buscar a Alexandre, en lugar de enviarle esporádicamente un *mail* amable esperando a que despertara. Si Vernon hubiera ido a casa de Alex a gorronearle, todo habría sido diferente. Se habrían drogado juntos, tranquilos, a domicilio —y Alex no se habría metido en la bañera de un hotel de mierda. Lo que habrían hecho habría sido escuchar directos de Led Zep en Japón.

Vernon sabe desde hace un rato lo que es la ciudad sin dinero. Cines, tiendas de ropa, restaurantes, museos —hay pocos sitios en los que puedas sentarte a resguardarte del frío sin pagar. Quedan las estaciones, el metro, las bibliotecas y las iglesias, y algunos bancos que aún no han quitado para evitar que personas como él se sienten gratis demasiado tiempo. Las estaciones y las iglesias no tienen calefacción, y la idea de colarse en el metro con la bolsa le desmoraliza. Recorre la avenue des Gobelins hacia la place d'Italie. Tiene suerte, el sol ilumina las calles, aunque estos últimos días ha llovido. Si hubiera aguantado un mes más, ahora estarían a principios del invierno.

Intenta no desanimarse mirando a las chicas por la calle. En su época, al primer rayo de sol las chicas sacaban lo más corto que tenían para celebrar el acontecimiento. Hoy en día llevan menos faldas, más zapatillas deportivas, y su maquillaje ha pasado a ser discreto. Ve a muchas mujeres que pasan de los cuarenta y que hacen lo que pueden, con ropa comprada en rebajas que las sedujo en las perchas, prendas que no son caras y que parecen copias decentes de trapitos de alta costura. Pero en cuanto se las ponen, solo se ve su edad. Y las chicas, las chicas siguen siendo tan guapas como siempre, pero se arreglan peor. Hay que decir que el regreso de los años ochenta las ha perjudicado.

El jueves, las puertas de la biblioteca no abren hasta las dos de la tarde. Vernon ya está harto de estar en la calle. Recorre la avenue de Choisy y se instala debajo de una marquesina de autobús. Había pensado ir hasta el parque, pero la bolsa pesa demasiado. Se sienta al lado de una cuarentona que se parece vagamente al cantante Jean-Jacques Goldman. Ha dejado entre sus pies un gran capazo de tela lleno de comida pijipi. Todo en su actitud destila inteligencia, naturalidad, seriedad y pretensión. Es evidente que la mujer evita su mirada, pero el primer autobús que pasa no es el suyo. Ella saca un cigarro del bolsillo del abrigo, él intenta entablar conversación, sabe que lo tomará por un plasta, pero necesita intercambiar unas palabras con alguien.

—¿No es una contradicción? Quiero decir, comer cosas ecológicas y fumar.

—Sí, pero hago lo que quiero, ¿no?

—¿Y querría darme un cigarro?

Gira la cabeza suspirando, como si llevara tres horas dándole la tabarra. No hace falta exagerar, se dice Vernon, la tía no es ningún cañón, no es ninguna cría, seguro que puede hacer sus compras sin que le tiren los tejos cada cien metros. Vernon insiste, sonrío señalando su bolsa:

—Esta mañana me han echado de mi casa. He tenido cinco minutos para recoger

mis cosas y marcharme. He olvidado coger el tabaco.

Ella no sabe si creérselo, y luego cambia de actitud. Al ver que su autobús se acerca, saca un paquete de cigarrillos del capazo y se lo da. Lo mira directamente a los ojos, y Vernon observa que se ha conmovido. La tía debe de ser sensible, está a punto de llorar.

—No puedo hacer gran cosa por usted, pero...

—¿Me da el paquete? Genial. Voy a fumar un montón. Gracias.

A través del cristal del autobús, la mujer le hace un gesto con la mano, algo así como venga, todo irá bien. La piedad, desprovista de desprecio, que siente por él abrumba a Vernon con mucha más intensidad que si le hubiera puesto de vuelta y media.

En una hora se ha terminado los cinco cigarrillos del paquete. El tiempo pasa con una lentitud insoportable. A Vernon le gustaría poder dejar la bolsa en algún sitio. Ojalá existieran aún las consignas de las estaciones.

La biblioteca abre por fin. El escenario le resulta familiar. Se ha llevado prestados muchos cómics y DVD. Antes de que los periódicos estuvieran disponibles en la red, solía ir a hojear la prensa diaria. Se sienta al lado de un radiador y abre un ejemplar de *Le Monde*, que no tiene la menor intención de leer. Pero si fuera una mujer, le apetecería dirigirse a un hombre que lee *Le Monde*, sobre todo si este adopta una expresión de interés, la expresión de un tío que se informa pero no deja que le cuenten cuentos.

Hojea mentalmente una agenda imaginaria, hace una lista de las personas que podrían echarle un cable, desde la letra A hasta la Z. Tiene que haber alguien que pueda acogerlo en su casa, que pueda prestarle un sofá o una habitación. Ya se le ocurrirá.

Se fija en una morena de la mesa de al lado. Lleva el pelo hacia atrás y unos pendientes pasados de moda, dorados y con piedrecitas brillantes. Va arreglada, pero algo chirría en su elegancia —está caducada. Da la sensación de estar muy sola. En su mesa hay libros de medicina abiertos. Quizá tenga una enfermedad muy grave. Podrían hacer un apaño ellos dos. Vernon la imagina sola en un piso grande, sus hijos deben de ser ya mayores, estudian en el extranjero y solo vuelven a casa por Navidad, seguramente le gustan el sexo y los hombres inmaduros, habrá sufrido lo bastante como para saber que cuando se tiene a un buen tío hay que esforzarse para no perderlo, pero tampoco nada que la haya dejado destrozada. Y debe de estar sola porque, por ejemplo, el trabajo le ocupa mucho tiempo, o porque hace poco la dejó un tío aún más rico que ella, que se encaprichó de una jovencita, así que antes de marcharse le dejó una buena pasta. Agradecida de tener a un hombre en casa, vaciaría una habitación para Vernon, que la convertiría en la sala de música, la amueblaría de cualquier manera pero invertiría en sonido, y algunas noches se sentarían allí los dos, ella se burlaría amablemente de su colección de discos piratas, pero en el fondo le gustaría que tuviera una pasión noble. A las mujeres les gustan los chicos a los que

les gusta el *rock*, es lo bastante canalla para volverlas locas, y a la vez es compatible con la comodidad burguesa.

Se entusiasma unos minutos pensando en estas cosas, luego se difuminan. Y Vernon se acuerda de todas las veces que, en el metro, se había fijado en gente que parecían ser pasajeros como él, pero a los que, una vez dentro del vagón, veía quedarse en el andén. En la estación Arts et Métiers, en la línea 11, dirección Hôtel de Ville, había un joven negro que siempre dormía en el mismo banco, con un quiste enorme que le deformaba la mejilla. Allí estuvo más de dos años. Estaba la rumana de la République, la había visto dando el pecho a su hija, luego la cría aprendió a andar, y más tarde bebía Coca-Cola a los pies de su madre.

Aún no sabe quién va a alojarlo, pero sabe que no dirá la verdad. Es demasiado acojonante. Se montará una historia menos bestia. De todas formas, a la gente le gusta que la engañen. Somos así. «Ahora vivo en Canadá, he tenido que venir para arreglar el papeleo, busco un sitio donde quedarme tres noches, ¿podríais prestarme vuestro salón?» Tres noches. Más es abusar. Canadá está bien —un destino que a nadie le interesa, no vayan a hacerle preguntas que no sepa contestar. Bebo jarabe de arce, los Hells Angels siguen siendo igual de malos, la coca está bien de precio y las chicas son fogosas, pero hay que acostumbrarse al acento.

¡Emilie! Tiene que estar muy trastornado para no haber pensado en ella inmediatamente, sabría llegar a su casa con los ojos cerrados. Un quinto piso sin ascensor de dos habitaciones, detrás de la gare du Nord, que le compraron sus padres cuando tenía veinte años. Allí montaron fiestas memorables. Y decenas de noches en petit comité, allí bailó, bebió, vomitó, folló muchas veces en el cuarto de baño, cenó, fumó porros y escuchó a los Coasters, álbumes de Siouxsie y Radio Birdman. Emilie era bajista. Le gustaban L7, Hole, 7 Year Bitch y otras cosas bastante lamentables que solo pueden escuchar las chicas. Brusca y despreciativa en el escenario, a lo neoyorquino. En la vida civil, muy amable. Quizá demasiado. No necesariamente afortunada en el amor. Se ruborizaba fácilmente, y a él le parecía sexi. Llevaba botas altas tipo *Los vengadores*, y cuando estaba en el escenario sus caderas trazaban círculos lánguidos y extrañamente convulsivos, sujetaba el bajo a la altura de las rodillas y tocaba las cuerdas girando la cabeza hacia atrás para ver los ojos del batería, como si le diera por el culo. Tocaba bien. Nadie sabe por qué dejó la música cuando el grupo se separó. Cuando lo llamó llorando para decirle que Jean-Noël había muerto, sintió pena por ella. Que a estas alturas siguiera acostándose con tíos que no están libres... Después del entierro, ella le propuso muchas veces que quedaran, pero Vernon no tenía ánimos y no contestó. Emilie vertió una ráfaga de comentarios incendiarios en su página de Facebook. A los que no respondió. No le guarda ningún rencor, sabe que a veces perdemos la cabeza.

Vernon cierra la puerta del cuarto de baño. Emilie, muy recta contra el respaldo de su silla, se pellizca el labio inferior con el pulgar y el índice, con la mirada perdida. Cuando se da cuenta de su gesto, tira de su jersey demasiado estrecho, que se le sube por la espalda. Ha visto muchas veces a su madre hacer ese gesto con el labio, con los ojos clavados en un punto, dando la impresión de estar en otra parte.

Emilie se sirve un segundo vaso de vino blanco y oye a Vernon en la ducha. Cenarán rápidamente y luego ella se retirará a su habitación con el iPad y la botella, cuanto antes mejor. Cuando lo ha visto ante su puerta, una ira volcánica le ha abrasado las entrañas, pero pese a sus dos años de psicoanálisis sigue siendo incapaz de decir las cosas como las piensa. Los reproches no salen de sus labios. Está enfadada con Vernon, ha imaginado una escena de este tipo decenas de veces: alguien de ese grupo le pide ayuda y ella le escupe en toda la cara. Pero en lugar de eso ha sentido cómo caía la comisura de sus labios cuando le ha preguntado si podía apalancarse una noche, y su expresión se ha ensombrecido aún más cuando él ha intentado hablarle de Alex para caldear el ambiente. A ella no le apetece recordar a Alex, ni dar vueltas al pasado. Ha sacado vasos, ha colocado los posavasos y ha llenado un cuenco de almendras tostadas con movimientos bruscos, haciendo los gestos de hospitalidad de mala gana para que la situación resultase desagradable. Ha vigilado que Vernon no manchara la mesita sueca, que le costó seiscientos euros en rebajas en Sentou. Emilie se ha vuelto implacable con la propiedad. Antes pasaba olímpicamente. Hoy podría degollar por unas migas debajo de la mesa o por rastros de cal en un grifo. Tiene su contrapartida —siente un placer indescriptible cuando todo está ordenado y limpio.

Vernon ha fingido no darse cuenta de la tensión y le ha preguntado «¿Quieres cortarme el pelo? ¿Recuerdas que antes peinabas a todo el mundo?». Y en lugar de mandarlo a la mierda, le ha contestado «¿Esta noche? ¿Estás seguro?». Segundo vaso de vino blanco, y su humor se suaviza. Cuando le ha contado que ha vendido todos sus discos, ella ha recordado el apartamento en el que vivía, un anexo de la tienda. Eso le hace sentir un toque de empatía. La rabia desaparece. Suele pasarle, no es solo por el vino. Su mal genio se diluye y queda sustituido por exactamente lo contrario.

Vernon ha cambiado mucho. Ahora todo en él delata vulnerabilidad. Sin embargo, físicamente no está mal. Los chicos con los ojos bonitos tienen encanto. Ahora tiene el pelo blanco, pero solo le clarean las entradas. Tiene suerte, no ha engordado. El problema son los dientes. Ver esa sonrisa tan amarilla es un poco asqueroso.

Le importa una mierda. No piensa besarlo. No solo Vernon ha cambiado. Emilie ha ganado... ¿cuántos exactamente, veinte kilos en diez años? A fuerza de mentir sobre su peso, ha perdido la cuenta, como si decir la cifra cambiara en algo su figura. Al principio lo peleó: regímenes ejercicios talasoterapia masajes cremas y sesiones anticelulitis que costaban una fortuna y le daban la sensación de pasar por una trituradora. Valía la pena, contenía el asunto. Luego lo dejó estar. Era del todo

evidente que su metabolismo se había vuelto incontrolable. No se reconoce en los espejos. Se desborda, lleve lo que lleve, siempre hay un michelín que se desborda. Cuando más cuenta se da de lo mucho que ha cambiado es cuando llega a un sitio en el que no conoce a nadie. Si la gente puede elegir, se dirige a cualquiera que esté a su lado, evita todo contacto con una gorda.

Su casa también ha cambiado. Ha visto la sorpresa en la cara de Vernon al entrar. La sorpresa y la decepción. Ya no hay ningún póster de conciertos. Antes los pegaba directamente en las paredes, en el salón y en la habitación, la cocina estaba reservada para fotos de tíos guapos. Fugazi, Joy Division, Die Trottell, Dezerter... han cedido el sitio a una foto enmarcada de Frida Kahlo y a una reproducción de Caravaggio. Las paredes están pintadas de blanco. Como en las casas de todos los adultos de su entorno. Se ha convertido en lo que sus padres querían que se convirtiera. Ha aprobado unas oposiciones, trabaja en Fomento y ha cambiado su cresta por un corte discreto. Viste de Zara, cuando encuentra algo de su talla. La apasionan el aceite de oliva y el té verde, se ha suscrito a *Télérama* y en el curro habla de recetas de cocina con sus compañeros. Ha hecho todo lo que sus padres querían que hiciera. Salvo tener un hijo, así que lo demás no cuenta. En las comidas familiares desentona. Sus esfuerzos no han sido recompensados.

El agua sigue saliendo de la ducha. Emilie entreabre la enorme bolsa con la que Vernon ha llegado. No ve ningún neceser. Solo ha traído su maquinilla de afeitar, cuando ha ido a ducharse ha afirmado que los tíos de verdad no viajan con neceser. Está segura de que no acaba de llegar de Canadá. ¿Está en la calle? No parece propio de él. Es un tipo tranquilo, que hace lo justo para no tener problemas, no un pirado que se abandonaría hasta el punto de verse en la calle. ¿Una mala ruptura, quizá? Pero Vernon es demasiado popular para ir a parar a casa de una amiga a la que hace tanto tiempo que no ve. Algo chirría, y es evidente que no quiere hablar del tema.

Subutex siempre ha sido un tío bonachón, con su media sonrisa detrás del mostrador de su tienda de discos. Burlón —no un bocazas, pero con una capacidad de respuesta rapidísima. Sabía extraer de las conversaciones el elemento divertido y realzarlo, un buen malabarista de las palabras. En un mundo de críos que compiten por ver quién mea más lejos, Vernon parecía un tío enrollado, que no necesitaba hacer demasiado para demostrar que era alguien. Tenía su función, vender discos. Menos prestigiosa que la de un guitarrista, pero en cualquier caso estaba mejor situado jerárquicamente que cualquiera de a pie. Vernon hacía sufrir a las mujeres. Las acribillaba a halagos cuando las conocía, las subía a un pedestal maravilloso, a setecientos metros del suelo, y luego se fijaba en otra y las dejaba plantadas, sin palabras bonitas ni miradas de admiración.

Emilie era como un tío más del grupo. Cuando subía a un camión, ella cargaba siempre su ampli. Estaba orgullosa de aguantar el alcohol, tenía sentido del humor,

una buena colección de discos y no le asustaba hacerse notar en el escenario. Se la aceptaba. Luego el grupo se separó. La tienda de discos cerró. Cada uno hizo su vida. Y los colegas se olvidaron de llamarla. Cuando se tomaban una cerveza antes de ir a un concierto, cuando hacían una sesión de cine en casa de alguno, cuando organizaban una cena, cuando celebraban algo, era sin ella. Además los compañeros parecían incómodos cuando quería ir con ellos al *backstage* después de un concierto. Un sentimiento de incomodidad que ella conocía —pero del que nunca había sido la destinataria. El que suscita la gorda pesada cuando insiste y no sabes cómo quitártela de encima. Y cuando conseguía acoplarse a la mesa de un restaurante con ellos, tenía la impresión de que su voz perdía fuerza. No la oían. Ni siquiera era hostilidad. Para que hubiera sido agresividad, tendrían que haberse dado cuenta de que estaba allí. Cuando se lo comentaba a Jean-No, él le decía que estaba loca, que necesitaba monopolizar la atención y que no había digerido la separación de su grupo. No era del todo falso. Sébastien, el guitarra solista, decidió mandarlo todo a paseo el día en que un tío de Virgin les habló de un contrato. Por pureza. Aunque Sébastien era el único de ellos que trabajaba para una gran compañía. Pero, según él, precisamente por eso: no montaba un grupo para que fuera como en el curro. Ni compromisos, ni planes de hacer carrera. Solo *rock* y pureza. Necesitaba un *hobby* que le hiciera sentirse radical por las noches, después del trabajo. Así que nada de tele, nada de giras, nada demasiado profesional. Que siga siendo algo en bruto, entre colegas, el camión G7 sin los asientos y *catering* a base de tabulé. A Sébastien le gustaba esa pureza de los pequeños burgueses obedientes que se conceden un espacio de rebeldía. Tenía un estudio coqueto, en la rue Galande, que le habían comprado sus padres. Dedicaba casi todas sus energías a acribillar a los que los rodeaban para demostrar que al final eran unos vendidos, falsos hermanos, que no se podía contar con ellos y que eran unos impostores. A Sébastien siempre le había fastidiado tener a una tía en el grupo. Cortaba el rollo. El *punk rock* tenía que seguir siendo cosa de hombres. Veinte años después, cuando se encuentran por ahí, ve a un tío que, para ser puro y duro, ha aguantado bien a nivel profesional. Se ha convertido en redactor jefe de un programa cultural por cable, los directores siempre lo han adorado —les proporciona una dosis de radicalidad masculina, sin los inconvenientes del golfo.

Cuando Chevaucher le Dragon se separó, ningún grupo le pegó un toque para proponerle que sustituyera a alguien. Emilie no se lo esperaba. Tocaba bien, no dudaba de sus cualidades. Metió el bajo en la funda, lo bajó al sótano, y a otra cosa. Nunca se alejó de sus antiguos amigos. La dejaron de lado. No es lo mismo. Solo Jean-No siguió viéndola. Normal, se acostaba con ella cuando le apetecía. Al principio parecía una historia que no termina nunca porque hay demasiada pasión. Luego se convirtió más bien en una adicción. Cuando la sustancia se toma ya no por placer, sino para aliviar el mono. Él tuvo su primer hijo. Con otra. Emilie era amiga de la oficial, fue una de las primeras en enterarse de que estaba embarazada, tuvo que brindar y mantener la sonrisa. Pero del segundo no se enteró hasta meses después de

que hubiera nacido. Porque encontró un peluchito en su bolsa. Emilie se convirtió en la chica que no tiene un novio al que presentar, la tía un poco colgada que siempre va sola a las cenas del curro, la que tiene muchas amigas porque resulta tranquilizador estar tan cerca de la perdedora. Y ahora así están las cosas, no va a empezar de nuevo su juventud y así es como la habrá pasado, esperando a que un gilipollas la llame o no la llame, mienta a su mujer para pasar a verla, la convierta en su rollo clandestino, y ella incapaz de detener el engranaje y pasar a otra cosa, le da tanta pena su situación que no sabe qué hacer. Por qué algunas personas se empeñan en destrozarse mientras que para otras parece tan fácil hacer las cosas como hay que hacerlas. La verdad es que cuando no era él quien la hacía sufrir, era otro.

Cuando Jean-No murió, Emilie intentó hablar con alguien. Que ella fuera la amante no cambiaba nada —era el tío con el que se acostaba desde hacía más de diez años. Se dirigió, entre otros, a Vernon. Pero él nunca le contestó. Como si apenas se conocieran y no soportara que lo acosara a llamadas al morir Jean-No. Ahora, en lo que a Vernon respecta, ya puede estar muriéndose, se acabó, no quiere volver a saber nada. Ahora le toca a él.

Vernon sale de la ducha y ella coge una silla, extiende una toalla en el suelo para recoger el pelo y, al primer movimiento del peine, se muerde los labios para no llorar. La agresividad se ha aplacado de golpe y ha quedado sustituida por una melancolía feroz, que no se esperaba. Cuando era niña, cortaba el pelo a su abuelo cada domingo, mientras daban en la tele *Le Petit Rapporteur*, y su madre alzaba los ojos al cielo, «hace con él lo que quiere». De pie, detrás de la silla, tenía que levantar los brazos para llegar a los tres pelillos que sobresalían de la nuca. La piel de un hombre maduro, el pelo muy fino con canas, y un cierto olor. Toca con la punta de los dedos la coronilla de Vernon para que incline la cabeza hacia delante. Tira de los mechones y corta las puntas, intenta dar volumen, no queda mucho material con el que trabajar, tan solo quitarle las pocas greñas que le cuelgan como colas de rata hasta los hombros. La invade una ternura que nada tiene que ver con el deseo, que tampoco es como la que se siente por los niños. Una ternura de mujer adulta cuyo carácter cede ante la fragilidad del otro. Lucha por no llorar. No hace mucho que lo consigue. Los dos primeros años de depresión lloriqueaba por nada, la voluntad que retenía las lágrimas la había abandonado. Como a otras les flaquean las piernas, sus lágrimas fluían como una incontinencia. Sucedió después del verano. Una mañana se levantó y pudo decidir no llorar. Eso no eliminaba su pena, pero ya no tenía que volver a maquillarse en el ascensor al llegar al trabajo porque había llorado sin motivo durante todo el trayecto en metro. A fuerza de llorar, la sal de las lágrimas le había estropeado la piel por debajo de los ojos. Era irreversible.

Vernon tiene la piel de un hombre mayor. La piel de un hombre de su edad. Ella lo había sentido ya con Jean-Noël. Dicen que los hombres envejecen mejor que las mujeres, pero no es cierto. Su piel pierde más deprisa la elasticidad, sobre todo si fuman y beben. Se queda flácida, da la impresión de que podría reducirse a polvo

entre las yemas de los dedos. Nunca ha entendido a las chicas jóvenes que se acuestan con hombres mayores. La piel suave y resistente de los jóvenes es mucho más agradable. Los hombres de su edad le dan asco, cuando los huevos les cuelgan y parecen cabezas de tortugas escleróticas. Si tuviera que tocarlos podría vomitar. Odia a los hombres que no tienen fuelle cuando follan, o que tienen que ponerse boca arriba a los cinco minutos porque no pueden más y dejan que su pareja termine sola. Odia su barriga hinchada y sus pequeños muslos grises.

Las mujeres evolucionan con la edad. Intentan entender lo que les está pasando. Los hombres se estancan, heroicamente, y luego retroceden de golpe. Cuantos más años cumplen, más vinculan el amor y el sexo a la infancia. Necesitan decir palabras de niños a chicas que parecen crías, hacer guarradas de patio de colegio. A nadie le apetece oír hablar del deseo de un viejo, es demasiado vergonzoso.

Cuanto más bebe, más le parece que Vernon ha envejecido bien. Siempre ha sido un chico fácil. Bastaría con abrir una botella de whisky para que pasara algo. Sabe que cuando está mamada se olvida de su cuerpo, de hasta qué punto se ha convertido en poco deseable. Pero aunque la idea del sexo aún puede seducirla, ponerlo en práctica la desmoraliza. Ha perdido toda libido, desde hace ya unos años, y la verdad es que lo lleva muy bien. Escuchan *Trans-Europe Express*. Emilie no sabía qué disco elegir. Mientras buscaba qué poner, se ha dado cuenta con desdén de que hace años que no escucha nada nuevo o interesante. Ha dejado de interesarle.

—¿Recuerdas cuando te pasabas el día escuchando a Edith Nylon?

—No sé qué ha sido de ella. Nunca he vuelto a encontrar discos suyos en internet.

—¿No conoces el Snapz Pro? Te lo instalo en cuanto hayas acabado de cortarme el pelo.

—¿Has dejado tus vinilos en Quebec?

—Lo vendí todo en eBay. Desde que cerré la tienda he vivido de eso. Ahora todo está en la red.

—Me queda tinte castaño, ¿quieres que te tiña las canas?

—Perfecto. Me encanta que me toques el pelo.

Cenan delante de la tele, uno al lado del otro. El corte de pelo y el tinte mejoran su aspecto. Qué cabrón, sus ojos siguen siendo igual de grises, igual de atrayentes. No espera a que haya terminado de cenar para servirse otro vaso de vino y, con la excusa de que está hecha polvo, abrirle el sofá y encerrarse en su habitación. A los veinte años se habría culpabilizado por el hecho de que Vernon estuviera en la calle y ella bien calentita en su casa. Se habría sentido obligada a proponerle que se quedara unos días. Había servido de hotel a amigos a los que no les importó darle la espalda cuando ya no la necesitaban. Está hasta el gorro de los poetas de los cojones. De tíos demasiado frágiles para ir a currar. Pero a nadie le preocupaba si ella era vulnerable. Emilie agradece la terapia, que le ha enseñado a cerrar su puerta de vez en cuando, gracias a eso sigue adelante. No le va bien alojarlo, no tiene que justificarse, y menos aún que sentirse culpable.

Barbès es un hervidero de gente desde por la mañana, Vernon se abre camino con su bolsa al hombro. Los cuerpos están al acecho, buscan dinero. Cartones de tabaco, perfumes y bolsos falsificados, le cogen del brazo para mostrarle cosas, hace como que va a algún sitio para no cruzar la mirada con la persona que lo para. Avanza deprisa, sabe que pasado Pigalle la circulación será más tranquila. Los autocares de japoneses, chinos y alemanes todavía no han aparcado. El Moulin-Rouge parece un decorado de cartón piedra. El Elysée Montmartre sigue calcinado. Las calles de París son una máquina expendedora de recuerdos. Siempre ha odiado la place de Clichy, demasiado ruido y demasiados coches.

El sol del día anterior ha desaparecido, hace frío y tiene hambre. Está acostumbrado a la sensación de no tener el estómago lleno. Cuando podía quedarse en casa, no le importaba. Emilie desayuna cereales de tía, esas cosas que te hacen ir al váter y que saben a heno, él se ha comido unas cucharadas, resignado, aunque temía que le entraran ganas de cagar. El día anterior, para ir al lavabo, se las arregló en un McDonald's. Pero casi todos tienen servicios con código para evitar ponérselo fácil a las personas en su situación.

El rencor de Emilie le ha clavado una placa de metal en el pecho. Hasta el último momento pensó que le dejaría las llaves de su casa. Al menos por ese día. Se ha dado perfecta cuenta de que estaba pasándolas putas. En la acera, le ha metido dos billetes de veinte euros en la mano evitando su mirada y se ha dirigido a su parada de metro casi corriendo. En lo que se ha convertido Emilie es la cosa más triste que ha visto en su vida. Algo rancio flota en el aire que respira, algo que se ha echado a perder, que se infiltra y corrompe la energía. Sin embargo, con la edad, se ha vuelto más seductora. Está menos fresca, más rechoncha, pero lo lleva bien. Su seguridad le da encanto, antes era más torpe.

Ha negociado desesperadamente para que le prestara su Macbook. Le daba vergüenza insistir como lo ha hecho en el desayuno —pero no tenía otra opción. Necesita conectarse. Ha tenido que suplicar. Ha sacado de la bolsa las cintas de la entrevista de Alex y las ha alzado como si fueran las Tablas de la Ley: «Es su testamento, Emilie. ¿Lo entiendes? No quería decírtelo, pero también por eso he vuelto a París. Te las dejo como garantía y me prestas tu ordenador, máximo ocho días, y cuando vuelva a devolvértelo, me llevo las cintas. Las quiero como a la niña de mis ojos». Ella no necesita ese ordenador —tiene un iPad, un iPhone y otro cacharro enorme que utiliza como televisor. Se ha mostrado reticente, pero él ha insistido. Emilie ha acabado cediendo, asqueada de verlo rebajarse. Conoce la mirada que le ha lanzado —la misma que lanzaba él cuando los colegas yonquis iban a comerle la olla a la tienda porque necesitaban un billete que «te lo devuelvo mañana, prometido», y que Vernon acababa soltando, resignado y con la esperanza de que se largaran.

En la calle, cuando Emilie ha sacado los dos billetes de veinte euros, le habría

gustado poder decir «¿qué haces?», pero ha apartado la mirada y se los ha metido en el bolsillo.

Le guardaba rencor, y mucho, por no haberla llamado después de la muerte de Jean-No. Sinceramente, ni se le había ocurrido que pudiera ser un acontecimiento importante para ella. Jean-No nunca hablaba de ella. Jamás.

Al pasar por delante de un Starbucks se pregunta una vez más qué tienen de particular esas cafeterías para que se abran tantas en París. Entra, es como un McDonald's pero en acogedor, el olor a patatas fritas sustituido por un olor a pasteles esponjosos. Todo le sorprende, desde el uniforme de los camareros hasta el sistema de pedidos. Pero observa que acaba de entrar en el paraíso del fumeta: dulces, amplios sofás, música suave y luz tenue —si la ley lo permitiera, podrían convertirse directamente en coffee shops, y en ese caso sería como para irse a vivir allí. Interroga a la chica de la barra, no hay nadie detrás de él y la chica debe de tener unos veinte años, una guapa negra de altos pómulos, con las cejas demasiado depiladas y la voz cálida. Vernon quiere saberlo todo de los cafés de la carta. Ella le contesta sin prisas, para nada en el papel de la chica a la que se intentan ligar. Se dirige a él como a un viejo verde que se ha escapado del asilo de la esquina y ha descubierto el tercer milenio. A Vernon le gustaría interesarle, sentir que puede desestabilizarla, le gustaría instalarse en su casa y pasar el invierno en su cama. Pero nada en la actitud de la chica le permite insistir. Se marcha con un café solo, de 2,60 euros.

Se acomoda en un sofá, enciende el ordenador y mira su reflejo en el cristal. Al menos, Emilie le ha cortado bien el pelo. Observa la cafetería. La diferencia fundamental entre un auténtico bar y este lugar es la barra. Lo que define un bar es la barra. Si no, estamos en un salón de té. Gracias a la barra, en un bar sabemos que podemos entrar solos, que tenemos nuestro lugar. En su tienda había un mostrador. Que puedas apoyar los codos y quedarte horas hablando en un semivacío. El dispositivo inverso del psiquiatra: de pie, frente al interlocutor, sin límite de tiempo. Dios sabe la de gilipolleces que ha escuchado en sus más de veinte años en la tienda.

Abre su página de Facebook, cuelga un tema de los Cramps, un directo en un hospital psiquiátrico, archivo de indiscutible encanto, idóneo para despertar la máxima simpatía posible. Las declaraciones sobre la muerte de Alex han proliferado durante la noche. Que descanse en paz, que se vaya a tomar por culo con sus canciones para pijipis, que pase al otro lado del arcoíris, y todo el mundo postea su foto personal, su anécdota: lo vi en un bar estaba leyendo a Novalis, me acosté con él, yo le inspiré tal canción, me dio un chicle, yo compraba papel higiénico él jamón, lo vi borracho una noche le pagué una cerveza, lo vi tirado por el suelo en su propia mierda me dio pena, era un gran poeta me sangra el corazón.

Le resulta complicado elegir de entre su lista de amigos. Tiene muchos. Un vendedor de discos crea vínculos. Ve pasar por el muro una foto sublime de Harley Flanagan Jr., la conversación no deja de aumentar desde hace tres meses: Harley Flanagan Jr. apuñaló al que lo sustituía en la nueva formación de Cro-Mags. Pulsa el

like como un poseso. El café no está mal, se bebe casi medio litro, y le destroza el estómago.

Al cabo de cinco minutos en Monoprix, Xavier tiene ganas de reventarlo todo. El Monoprix de su barrio lo llevan retrasados mentales. Es sistemático: esperan a que el supermercado esté lleno para pedir a los empleados que repongan las estanterías. Se organizan para asegurarse de que impiden al máximo el paso de los carritos. Podrían hacerlo por la mañana, cuando está cerrado, podrían hacerlo durante las horas en que está vacío. No, prefieren la hora punta: coloca tres palés atravesados entre los estantes, que los gilipollas de los consumidores sufran para hacer la compra.

Se siente agredido por esos putos envoltorios que tiran para atrás. Y pensar que hay tíos que se han pasado semanas enteras en despachos discutiendo qué colores utilizar para un bote de pepinillos... tanta inteligencia totalmente desperdiciada. Marie-Ange le ha tocado las pelotas para que fuera a hacer la compra —que si no la ayuda nunca, que ella carga con todo el trabajo, que por qué es siempre ella la que tiene que ir, etc. Siempre con el mismo rollo, joder. La lista de la compra que le ha mandado al móvil es tan detallada que seguramente ha tenido que dedicarle más tiempo que si hubiera ido a comprar ella. No es posible que le interese hasta ese punto la marca del pan de molde... Y ahí está él, como un idiota, buscando yogures al cero por ciento sin aspartamo, porque la señora cuida su línea, pero el aspartamo hace que se tire pedos como una fábrica de gas.

Xavier tiene ganas de pegarle una tremenda patada en el culo a la gorda árabe con velo que se contonea delante de él. Por Dios, ¿no sería posible andar doscientos metros por la calle sin tener que soportar sus velos, sus manos de Fátima en el retrovisor o la agresividad de sus hijos? ¡Raza de mierda, no me extraña que no los quieran! Él ha ido a hacer la compra en lugar de estar currando porque su mujer no quiere que la tomen por una chacha, y entretanto los vagos asquerosos de los moros deambulando por ahí, tan tranquilos, sin dar palo al agua, entre parados generosamente mantenidos por los subsidios, se pasan el día en el bar mientras sus mujeres pringan. No contentas con ocuparse de todo en la casa sin quejarse, con ir a currar para mantenerlos, encima sienten la necesidad de ponerse el velo para mostrar su sumisión. Esto es una guerra psicológica, lo hacen para que el macho francés vea lo devaluado que está.

Lo más deprimente es que las moras lo prefieren así. En los años ochenta y noventa las vimos acaparar todos los puestos, y triunfar —aunque en general era evidente que lo que buscaban era sobre todo un marido rico, no son tontas. Pero curraban, y lo hacían bastante mejor que las demás. Han dado marcha atrás. Han preferido retirarse del mercado laboral y ponerse el velo para asegurarse de no humillar a sus hermanos. Ay, fijo que su mujer no dejaría de currar para tranquilizarlo respecto de su masculinidad... Joder. Por cierto, ellos no estarían en la mierda si ella hubiera hecho algo así...

Está harto. La velada de ayer le ha minado la moral. Los chismes perniciosos han fermentado durante la noche. Cenaba con Serge Wergman, que le propone trabajar en

la escritura de una serie. Tanto el uno como el otro saben que la cosa está fatal —la serie lleva años escribiéndose, la cadena no se decide a empezar a rodar, no se hará nunca. El tema es de entrada un fracaso: una cirujana se enamora del traficante al que acaba de operar a corazón abierto. Wergman es un tío decente, Xavier sabe que le pagarán. Ha aceptado. Apretará varios tornillos y reescribirá un par de diálogos, y luego su curro consistirá básicamente en soportar reuniones frecuentes, interminables, inútiles y pesadas con los imbéciles de la cadena... hijos de papá de veinticuatro años, totalmente analfabetos, que pasarán sus largos dedos de uñas mordidas por las líneas subrayadas con fluorescente, «mire, esto no funciona». Como si los pobres tuvieran la menor idea de lo que puede seducir a la audiencia. Esos niñatos ocupan esos puestos de poder solo porque sus padres hicieron varias llamadas.

Es trabajo. Se alegra de tenerlo. Se alegró de que Serge lo invitara a cenar a ese buen italiano, a cuatro pasos del canal Saint-Martin. Hablaron del nuevo convenio colectivo que iba a firmarse, de cómo los sindicatos estaban cargándose el cine de autor... Y Xavier, sabiendo que Serge producía también dramas intimistas y sociales, se abstuvo de decir lo que en el fondo pensaba del cine de autor. La noche no iba mal. Hasta que llega Elsa. Del brazo de Jeff. Xavier no sabía que estaban juntos. Disimuló, pero al momento sintió que le ardía el esófago, no podía digerir.

Jeff también era guionista. Pero dos años antes se había pasado a la dirección. Ciento veinte minutos de tractores ante un cielo gris, de fábricas llenas de proletarios silenciosos, con la piel grasienta y la cabeza gacha. Sin música, es demasiado caro, sin guión, una película áspera, como le gusta a la crítica —como son espantosas y tienen que tragarse el coñazo, están convencidos de que tratan bien el mundo obrero. Cuando la película se estrenó en los cines, Xavier no podía abrir un periódico sin leer una sarta de gilipolleces, y una úlcera fulminante le destrozó el estómago. No se esperaba que ese loser de Jeff lo adelantara en el último segundo. Ninguno de los guiones originales que Xavier ha escrito en los últimos quince años ha encontrado financiación.

Jeff prepara su segunda película. Ha ofrecido un papel a Elsa. Han llegado juntos, acompañados de una morena de pelo grasiento que se ha presentado como la ayudante del director. Todo el mundo ha pegado gritos, la euforia de encontrarse por casualidad, aunque ninguno se soporta. La única alegría no fingida era la de Jeff. Para él debía de ser genial volver a ver a un tío con el que había trabajado a menudo y poder restregarle su pequeña y sucia victoria. Estaba triunfando. Ah, no puede decirse que disimulara su goce... Se revolcaba en él como un cerdo.

Xavier nunca se ha acostado con Elsa. Él no engaña a su mujer. No es de esos a los que se les llena la boca, «yo soy un buen cristiano señor», y luego se dedican a meterla en un cochete que no es el de su legítima. Tiene una línea de conducta. Ha sido joven y ha aprovechado. Ahora está casado y es padre, se comporta. Pero con Elsa ha sido más difícil que con cualquier otra. No es solo que lo excite, es que lo trastorna. Desea protegerla dormir acurrucado contra ella preguntarle cómo le ha ido

el día desea besarle la espalda entera hasta las caderas hacerle leer *Sympathy for the Devil* y escuchar *blues* desea coger el tren con ella y apalancarse en una habitación con vistas al mar desea sentir su olor por las mañanas desea acompañarla a los *castings* y animarla si no la cogen desea celebrar las buenas noticias estrechándola contra su cuerpo. Lo desea todo con Elsa. Y no pasa. Hay locuras que tienen esa intensidad pero se acaban, un día vemos a la tía y ya no sentimos nada. O peor, descubrimos que le huele el aliento, que su piel no es tan tersa, que tiene una voz desagradable o que no nos gusta cómo se comporta. Pero a Elsa y a él el destino no deja de reunirlos, y lo suyo nunca acaba. Sabe que es recíproco. Ella solo espera un gesto suyo. Siente lo que él siente y sabe por qué se contiene. Lo respeta. Porque además es buena tía —no la típica guarra que con la excusa de ser una mujer liberada mete mierda en todas las parejas. Es una chica genial, con demasiada clase para ser actriz, además le cuesta abrirse camino, aunque es mucho más guapa y tiene más presencia que la mayoría de las comepollas anoréxicas que invaden los platos. Y por Elsa, cuando el cerdo de Jeff dijo «vamos a mi casa... acabo de comprarme un piso... vamos a mi casa aquí no hay sitio, pediremos algo de comer», Xavier fue con ellos. Jeff se ha comprado un piso de mierda. Algo esconde, el tío miente, huele a herencia que apesta y quiere hacer el papel del tío que no debe nada a su familia, pero es evidente que el piso es traspaso de patrimonio, ni siquiera un tarado como Jeff compraría algo tan espantoso. Aun así ha repetido varias veces que le ha costado cuatrocientos mil euros, para dejar bien claro que tiene medios para ligar con quien quiera. Ha sido una noche atroz. Se han burlado de Delarue, como si todos acabaran de descubrir que ese tipo era una basura rodeada de gilipollas serviles que matarían a su padre y a su madre por una declaración que diera que hablar al día siguiente. Xavier no abría la boca —no tenía ganas de cabrearse y quedar mal delante de Serge. Ni de que Elsa viera hasta qué punto estaba asqueado. Le habría gustado llevársela aparte y decirle lo que sentía: cuánto le gustaba, que pensaba en ella aunque hacía seis meses que no se veían... Pero en cuanto dices me gustas es como si preguntaras puedo besarte. Solo hay una manera de seguir siendo fiel: mantener la distancia física. Si nos mantenemos a tres metros del cuerpo deseado, las posibilidades de que la cosa degenera se reducen considerablemente.

Jeff se ha pasado la noche tomándole el pelo en plan simpático. Xavier ha aguantado el tirón. Ha escuchado a los intelectuales del cine francés autoelogiándose por la calidad de sus obras, alegrarse de volver a verse en Cannes. Cannes, se decía Xavier, es la fiesta de la salchicha con putas con zapatos Louboutin. Todos vomitando caviar y con la nariz llena de coca después de haber premiado al cine rumano. A los intelectuales de izquierdas les encantan los gitanos rumanos, porque los vemos sufrir mucho pero nunca los oímos hablar. Víctimas adorables. Pero el día en que uno de ellos tome la palabra, los intelectuales de izquierdas se buscarán otras víctimas silenciosas. Hatajo de inútiles, pensaba Xavier, su gran héroe era Godard, un tío que solo piensa en la pasta y que se expresa con juegos de palabras. Y por increíble que

parezca, han conseguido superarlo incluso a él. Era inevitable.

Xavier ha vuelto a casa lo bastante colocado para no sentirse demasiado mal. Se ha hecho una paja en el váter pensando en Elsa, se ha lavado las manos y ha ido a tumbarse al lado de su mujer. Odia hacerlo, pero no habría podido dormirse. Hasta la mañana siguiente no es consciente de hasta qué punto le costará digerir esa noche. Y eso que se ha tragado noches de mierda humillantes, unas cuantas. Durante toda la mañana ha sido incapaz de concentrarse en lo que tenía que escribir, ha dado vueltas y más vueltas a los monólogos intentando convencerse de que no, evidentemente no, no estaba celoso de Jeff. ¿Quién querría estar en el lugar de ese payaso? No podía evitar pensar en una conversación imaginaria en la que él explicaba a Elsa que dirigir un primer largometraje que recibe tres críticas elogiosas no es nada del otro mundo. Retrospectivamente, le hacía sufrir la idea de que a Elsa se le pudiera ocurrir que él salía perdiendo si lo comparaba con Jeff. Imaginaba infinitas variantes para decirle todo lo malo que piensa de Jeff, y que en realidad no le ofende ver que está preparando otra película. De verdad, no le ofende lo más mínimo.

Ahora, en el Monoprix, le habría gustado venir con su bazuca. A la rubia gorda en *shorts* con esos muslos repugnantes, que se viste como si fuera una tía buena cuando está hecha una vaca, un tiro en la cabeza. A la parejita rollo Kooples de tendencia católica de ultraderechas, ella con sus gafas retro y el pelo hacia atrás, y él con su jeta de chico guapo y su auricular, hablando por teléfono por los pasillos mientras eligen únicamente productos supercaros, los dos con impermeable beis para que quede bien claro que son de derechas, un tiro en la boca. Al pelagatos obeso que mira el culo a las chicas mientras elige su carne halal, un tiro en la sien. A la yupi con peluca y con esas repugnantes tetas que le cuelgan hasta el ombligo, odia a las tías con los pechos en plena barriga, un tiro en la rodilla. Dispararles a todos, mirar a los supervivientes corriendo como ratas y escondiéndose debajo de las estanterías, toda esa gentuza de mierda allí reunida para atiborrarse como cerdos, con sus tendencias a mentir, mangar, hacer trampas, colarse y darse importancia. Cargárselos a todos. Pero es padre, es un hombre casado y es adulto, así que cierra el pico, llena su carrito y se muere de rabia, y encima al volver tendrá que colocarlo todo, si no Marie-Ange se pondrá de morros y otro día más sin escribir. Le duelen las mandíbulas de tanto apretar los dientes.

En la caja hay cola porque en el Monoprix no tienen bastante con el dinero que se embolsan a costa de los consumidores y ahorran en cajeras. Elige a la india porque la conoce, es rápida. Para una vez que alguien hace bien su curro... no pierde el tiempo sonriendo como si estuviera ahí para chuparle la polla a todo el mundo, no reduce el ritmo, no necesita inspeccionar un artículo cinco minutos antes de pasarlo por el lector. Va a toda pastilla. Le partiría la cara al gilipollas que está delante de él con su perilla y su chaleco color diarrea, el pelo sucio y cara de metomentodo, odia a los jóvenes barbudos. Son los mismos que hace unos años llevaban gorros peruanos y rastas. Se consideran los primeros de la clase y creen que pueden mirar a todo el

mundo por encima del hombro. Barbita de blanco, seguro que si te acercas ese mierdoso huele mal, se ve que es un guarro. Peludo asqueroso, seguro que apesta está lleno de restos de papeo dan ganas de vomitar solo con mirarlos, un tiro en la nuca gilipollas así aprenderás a afeitarte por la mañana para estar limpio. Xavier fuma un paquete de cigarrillos al día, la última vez que intentó dejarlo creyó que se volvía loco al redescubrir el olor de la gente. En cuanto levantan un brazo te llega la peste, los sientes acercarse incluso sin darte la vuelta. No tuvo más remedio que volver a fumar.

Xavier saca el teléfono y consulta su aplicación de Facebook. Le encantaría que Elsa le hubiera dejado un mensaje, pero a la vez prefiere que no lo haya hecho — ¿qué le diría? ¿Que le gustó verla? Se envían este tipo de mensajes. Que no parecen gran cosa pero están cargados de insinuaciones ardientes. Elsa no le ha dejado ningún mensaje, pero se alegra de ver que Vernon le ha escrito unas palabras. Subutex. Ese sí que es buen tío. Qué jóvenes eran... Vernon se fue con una chavala a Canadá y ahora ha vuelto a París, busca un sitio donde dormir. Xavier le contesta enseguida has tenido suerte canalla, tenemos un sofá cama que nos costó un ojo de la cara que no utilizamos nunca y buscábamos a alguien a partir de pasado mañana, para que cuide de la perra. ¿Eres alérgico al pelo de animal?

Se siente mal por comprometerse sin haberlo consultado con Marie-Ange. A ella no le gusta que ocupen el piso cuando ellos no están. Pero Vernon es un viejo amigo, es diferente. Es casi de la familia. Y además, alguien tiene que quedarse con la perra. Si no, tendrán que pasar del fin de semana en Roma y Marie-Ange volverá a quejarse de que nunca hacen nada divertido juntos. Le manda un mensaje entusiasta, como que ha encontrado la solución, y le pregunta qué le parece. Ella no le contesta y Xavier se relaja —le dirá que tenía que darse prisa y que por eso ha tomado la iniciativa sin esperar a su reacción.

La perspectiva de volver a ver a Vernon le alegra. Vernon es un fanático de la música. Tíos como Xavier le deben mucho, les hizo descubrir un montón de cosas. Y es una de las pocas personas de las que te despides de mejor humor que al llegar. Comparten una serie de hermosos recuerdos, que con el paso del tiempo son los últimos en conservar. Fiestas, conciertos, festivales, y cosas chungas también. Toda aquella época en la que no nos comíamos tanto la olla. Los problemas se solucionaban a tortas. Vernon formó parte de aquella vida, es testigo de que Xavier, de joven, no era un tío complicado: el primero que se atrevía a mirarlo mal perdía un par de dientes. Luego, una cerveza en la barra bastaba para poner el contador a cero, y todos contentos. Era otra época, otro ambiente. Todo aquello ha quedado atrás.

Xavier abraza a Vernon con gesto varonil y expresivo. Luego se aparta para dejarlo entrar dándose palmadas en la barriga:

—¿Has visto cuánto he engordado?

—Eres alto, te queda bien, pareces un gigante.

En el salón, una cría con coletas pedalea como una posea alrededor de la mesa en su triciclo. Tiene una carita poco agraciada, aunque divertida. Cuesta imaginar que quizá algún día tenga la nariz de su padre. Vernon sonrío y le guiña un ojo. Los hijos de los demás le dejan indiferente, pero sabe que hay que fingir que nos interesan. Luego se agacha y tiende la mano para que se la olfatee la perra, que se acerca a saludarlo. Los perros de los demás tampoco le interesan, pero gracias a ella podrá quedarse allí el fin de semana. Y en el salón todo destila lujo, tranquilidad y voluptuosidad. Ha caído en un buen sitio, nada que decir.

—Papá, ¿puedo jugar con la consola?

Xavier se pone en cuclillas para mostrarle a la cría dónde estará el minuterero cuando tenga que apagar la máquina y prepararse para bañarse. Ella asiente, seria y concentrada en esa historia del reloj, y luego se va corriendo a su habitación para no perder un segundo de juego.

—¿Ya juega con videojuegos?

—Sí, el Uno está pasado de moda, ya sabes. Pero no la dejamos entrar sola en internet...

—¿Por el porno?

—No. Por los juegos. Tendrías que ver los chismes que hacen para las niñas... es enfermizo, el tinglado que tienen montado. Cuando más miedo me da lo que puedan meterle a mi hija en la cabeza no es al mandarla al colegio... Para un padre, internet es como si te robaran a tu crío antes incluso de que sepa leer. ¿Tú no has tenido hijos?

—Aún no. Tengo tiempo...

—Es lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—Yo no he encontrado a la mujer adecuada.

Las personas que tienen críos se dedican a tocar los cojones a los que no los tienen. Pero no soportan que les digan la verdad —sinceramente, cuando veo tu vida, me apetece cualquier cosa menos eso. No son los niños los que incomodan a Vernon. Pero todo lo que conllevan le repugna. Los regalos de Navidad, la guardería, ver diez veces el mismo DVD, los juguetes, las meriendas, los sarampiones, las verduras, las vacaciones en familia... y ser padre. Las personas de su entorno se metieron en lo chungo de ser adulto con cierto entusiasmo. Vernon ha perdido la cuenta de los colegas a los que ha visto llegar con la bolsa de flores llena de pañales al hombro, el calentabiberones entre los dientes y el cochecito de mil euros, y que de un día para otro intentan explicarte que incluso los tipos duros hacen el caballito. Pero no. Un tío con un bebé es un tío jodido. Si al menos pudieran criarlos sin la madre, quizá habría un camino factible para no perder la masculinidad cuando se es padre. Criarían a los

niños en una choza, en pleno bosque, les enseñarían a hacer fuego y a observar la migración de los pájaros. Los lanzarían a arroyos helados y les ordenarían que atraparan peces con las manos. No los mimarían. Una simple mirada, que vendría a decir «la próxima vez ándate con ojo, hijo mío».

Pero ahora, tal y como están las cosas, la única estrategia razonable es huir. O te equivocabas cuando escuchabas a Slayer a los veinte años, o estás equivocándote de vida ahora. Que no le vengan con sutilezas del tipo todos estamos llenos de contradicciones. Además, hay que saber elegir. Aunque se da cuenta de que hoy en día un crío le sería muy útil. Sobre todo un crío ya mayor, que tuviera piso y trabajo y que lo llamara mi querido papi mientras le prepara la habitación de invitados.

Salen al balcón a fumarse un cigarro —esta gran fiera del asfalto no fuma dentro de casa, y Vernon apuesta a que cuando no tiene visitas va en zapatillas, para no ensuciar el parque.

Se oye la puerta de la calle y Marie-Ange lanza el bolso en el sofá del salón, acaricia a la perra, que la recibe muy contenta, hace un rápido gesto con la cabeza a Vernon, de lejos, lo suficientemente fría como para que se sienta incómodo, y se mete en la habitación de su hija. No es guapa. Es seca, de expresión dura y labios demasiado finos. Se viste mal. Tiene pinta de tía desesperada que hubiera cogido del cubo de la basura de una anciana tres viejos jerséis raídos que combina con un pantalón de pinzas que le llega por encima de los tobillos. Vernon sabe que es un *look* de rica. Tenía una novia así, frágil pero atractiva. Llevaba vestidos color caqui que parecían cortados de un saco con cúter, o largos chalecos marrones con los ojales muy dados de sí. Él, que la veía a menudo en pelotas, sabía que estaba muy buena. Pero no te lo imaginarías al verla vestida. Era de buena familia, bailarina clásica, nerviosa y musculada, con los pies espantosamente deformados.

Un día, hablando con ella, Vernon entendió que invertía una fortuna en trapitos. Para nada estaba deprimida, como él había pensado, ni era víctima de un trauma sexual tan violento que había decidido ocultar su cuerpo, no se hacía prendas a cuchillo con unas cortinas por el mero placer de estar superfea. Al contrario, era ropa cara, que elegía con cuidado, de la que estaba orgullosa y que se ponía creyendo defender el auténtico arte de vivir. Ese es el problema, cuando las tías se encierran en un diálogo privado con otras tías, llegan a conclusiones que escapan al sentido común, y que nadie venga a decir que, en el fondo, no se trata de una profunda hostilidad hacia la libido masculina.

Xavier enciende la tele, un canal de informativos, se dirige a Elisabeth Lévy como si estuviera con ellos, sin escuchar una sola palabra de lo que dice, y suelta:

—Pues si no te gusta Francia, haz las maletas y vuelve a tu casa, zorra. No puedo con los sionistas, solo se les oye a ellos. Somos un país cristiano, ¿no? Nunca he sido antisemita, pero si me preguntaran mi opinión, pasaría toda esa zona por napalm, Palestina Líbano Israel Irán Irak, todos a la vez: napalm. Y a construir campos de golf y circuitos de Fórmula 1. Ya verías lo rápido que solucionaría yo el problema... Es

que me toca las pelotas escuchar a una judía medio mora hablando de Francia como si estuviera en su casa.

Xavier siempre ha sido un capullo de derechas. No es que él haya cambiado, es que el mundo se ha alineado con sus obsesiones. Vernon evita replicar. A él le gusta mucho Elisabeth Lévy. Se ve que es una tía a la que le gusta el sexo. Y la coca, por si fuera poco. Prefiere hablar de otra cosa:

—¿Has visto lo de Alex? Qué estupidez, con lo joven que era...

—Sí. Pero siempre fue un gilipollas, es un alivio saber que no volveremos a ver su careto de cantante para pijipis... ¿no? ¿Tú seguías viéndolo?

—De vez en cuando.

—Yo no lo echaré de menos... en fin, al menos no hacía hip hop.

Marie-Ange vuelve a aparecer con un vaso de alcohol fuerte en la mano, más relajada. Xavier se ha lanzado a despotricar contra el rap, esa no-música manipulada por *lobbies* judíos con el objetivo de lobotomizar a las poblaciones de origen africano. Marie-Ange lo escucha sonriendo, con expresión de me encanta que cuentes tonterías me río mucho, y Vernon capta lo que puede tener de excitante. Sus ojos, de un verde esmeralda indefinible, dan a su rostro una expresión de intensa tranquilidad —ventajas de la riqueza. Una elegancia que se aposenta en sus puños, en su porte, una fuerza que adivinamos que puede llegar a ser frágil. Los tíos como ellos no pueden evitar querer follarse a las tías como ella.

Recibe a Vernon educadamente, «¿así que es usted, señor Revolver?», como si él hubiera estado jugando con el trenecito eléctrico hasta los cuarenta años. Luego se sirve otro whisky y les muestra, en su móvil nacarado, una foto que le ha hecho a un sintecho con su cachorro. Le preocupa la suerte de los cachorros, se pregunta qué hacen con ellos cuando crecen. ¿Se los comen? Se refiere a los gitanos rumanos, conocidos por tener una dieta bastante dudosa. La foto muestra a un hombre en el Marais, sentado contra la fachada de una tienda de ropa de moda, está apoyado en un cartel inmenso, un rostro de mujer retocado, una morena ricachona, muy guapa. Alguien le ha pegado una estrella de David violeta en el ojo. Algo nada fácil a tres metros de altura. O el tipo se paseaba por ahí con una escalera, o un amigo le ha ayudado a subir para que pudiera hacer su chorrada.

Imposible ponerle edad al hombre sentado en el suelo, que parece dormir en el frío. Entre treinta y setenta años. A Marie-Ange no le interesa el hombre, se centra en el cachorro, que amplía en la pantalla. Parece un zorro pequeño, con grandes orejas, es verdad que es muy mono. Vernon busca algo empático que farfullar sobre el perrito que tanto la conmueve.

Marie-Ange mira el reloj y decreta que es la hora del baño de Clara, corta la

conversación apoyando una mano en el hombro de Xavier:

—¿No os apetece ir a tomar una copa? Yo puedo acostar a Clara... luego tengo que hablar por Skype con Los Ángeles, no me quedará mucho rato con vosotros... ¿No estaríais mejor entre hombres?

Xavier no pierde un segundo, es como un crío al que le dan permiso para salir, va a buscar las llaves y la tarjeta de crédito. En el ascensor, abrochándose los botones de su carísima cazadora, no deja de hablar:

—Cuando nos mudamos aquí, el bar de enfrente era un antro mohoso, lleno de habituales, lo que llegué a reírme. Marie-Ange bajaba a buscarme cuando se hartaba de que no volviera, me pasaba el día allí metido. Ahora lo llevan unos maricones, se ha convertido en un garito pijo, pero hay que adaptarse, ¿no?

—Da gusto veros a Marie-Ange y a ti, parece que estáis bien juntos.

—Las parejas de larga duración no siempre son fáciles. Para que funcionen hay que esforzarse constantemente. Yo quiero que funcione con Marie-Ange. Y ella también. No hemos tenido una cría para luego separarnos. Un hijo es una responsabilidad. Pero hay que adaptarse. Por ejemplo, una vez que tu mujer se convierte en madre, cambia. Cuando ha pasado la exaltación hormonal del embarazo, te encuentras frente a una desconocida. Ahora entiendo por qué a tantos tíos los echan cuando llega el primer chiquillo: las mujeres no tienen piedad, hasta entonces solo pensaban en complacerte, pero en cuanto tienen al crío ya no te necesitan para nada. Te relegan al papel de figurante. No sabes hacer nada, no es tu lugar, lárgate. De todas formas, te aguantan por la pasta, y ni se te ocurra decirlo —entonces se pasan el día tocándonos los huevos con el feminismo, en cuanto el niño está en la cuna, saben que tendrán tanto la custodia como la pensión. Y que vas a pagarla, cabrón. Yo, cuando Marie-Ange empezó a marcar el territorio y a querer controlar el acceso a la habitación de la cría, no se lo permití. Tú tranquila, sabía cómo cambiar un pañal y a qué temperatura tiene que estar el biberón. Ahí es donde se juega la guerra de sexos, y si no estás alerta, te ponen contra las cuerdas. Los hijos, ese es el auténtico terreno. Con Clara, supe desde el primer segundo que sería un buen padre. Coges a esa cosita en brazos y su vulnerabilidad te hace polvo, te conviertes en otro hombre. Me impuse. Todos los días estoy delante de la verja de su colegio, iré a bachillerato y yo seguiré ahí. Marie-Ange quiere otro. Quiere un niño. No tenemos prisa. Soy un ser humano, joder, no un depósito de esperma. Al principio, el sexo entre nosotros —no voy a entrar en detalles pero era... tremendo, de verdad. Y yo fui un gilipollas: como la hacía gozar, estaba seguro de que era mía. Que una tía que tiene sangre de baronesa me comiera la polla —era lo más, tío. Tendrías que ver a su familia —ninguno me quería hasta que llegó la cría, pero ahora que ven que todo el mundo se divorcia, menos nosotros, he ganado puntos de respeto. Tuve que esforzarme muy mucho para conseguirlos. Sus viejos nunca han currado. ¿Puedes creértelo? Todavía hay gente que vive de rentas. Sin currar. El padre ha gestionado la fortuna familiar, y la madre lo ha ayudado. Tacaños, como todos los ricos, cuentan hasta el último céntimo. Y

tendrías que oírlos hablar de los que cobran el salario mínimo... Y mira que yo soy liberal y pragmático, ya me conoces, pocas fantasías bolcheviques tengo yo. Pero tendrías que oírlo para creerlo. ¡La suerte que tienen los empleados! De entrada, porque tienen menos responsabilidades. Mi suegro no ha currado en su vida, pero todos los parados son unos vagos que no quieren dar el callo. Lo dicen en serio — están convencidos de que todo depende del mérito. Lógicamente, los que tienen menos es porque han merecido menos. Creen que si mañana estuvieran en el paro, con su pelito limpio y su buena voluntad encontrarían curro enseguida, y como se aplicarían y harían méritos, irían subiendo peldaños. Los ricos todavía están con lo del mérito. Es increíble. No voy a decirte que no haya tensiones entre nosotros de vez en cuando —como guionista no gano exactamente lo que pensaba que ganaría... a final de año, sumándolo todo, a duras penas llego al salario mínimo. Por eso nos hemos quedado con el piso más cutre del parque inmobiliario de los viejos. Consideran que Marie-Ange habría podido hacer el esfuerzo de casarse mejor. Su viejo suele decirle «no hay nada peor para una mujer que acostarse por debajo de su nivel», y le sorprende que me cabree cuando se lo oigo decir. Ser guionista es duro, ya sabes. Al principio tuve suerte, y como era el principio creí que siempre iba a ser así. No sabía que mi momento de gloria habría pasado a los veinticinco años... Pero mi hija me estructura, lucho, sigo adelante.

Xavier empuja la puerta del bar y se sienta a la barra. No saluda a nadie y sigue hablando sin parar. Vernon ha visto a decenas de clientes con esa verborrea, típica de cuando te sientes obligado a llenar la conversación sin detenerte jamás para no tener que enfrentarte a ideas tan angustiosas que podrían desintegrarte totalmente. El antiguo chico malo convertido en gran charlatán parece un niño haciendo girar una espada con la esperanza de alejar los malos pensamientos. Está deprimido y habla a toda velocidad. Vernon no tiene ningún inconveniente en ejercer de receptor pasivo.

Hace meses que no pasa una noche en un bar. Había olvidado el placer de empinar el codo en una barra. Cuando privas solo en casa, es difícil contarte que solo bebes alcohol cuando estás de fiesta, que eres un sibarita, te ves necesariamente enfrentado al aspecto un tanto sórdido de lo que buscas. Encadenan una copa tras otra, y Vernon está en su salsa. Le gusta el ruido, los cuerpos que pasan de una mesa a otra, las carcajadas, el flamenco, que nunca habría escuchado en su casa, el olor a alcohol frío de los perfumes y los productos de limpieza, al fondo de la sala hay una morena que lo mira de lejos, es como una danza —un coqueteo con las pestañas mientras hace otra cosa, un interés flotante y persistente. Tiene bonitos ojos claros, los pómulos altos y la piel blanca. Un tatuaje de ramas con flores le sube por el cuello y subraya su delicadeza. Controla a la chica esperando que se levante y salga a fumarse un cigarro... Xavier, de fondo sonoro, solo se calla para vaciar su copa.

—A mí los maricones me la sudan. ¿Ves a esos dos detrás de la barra? El negraco afeminado y el morito mariquita. Que se paseen así por Belleville lo respeto. No voy a decirte lo contrario. A veces te los cruzas, cogidos de la mano. Es como la rusa esa, la del Femen, que se pasa el día en pelotas —por cierto, no me sorprende de una rusa, cuando no son putas hacen porno, yo, mientras enseñen las tetas, no voy a protestar. En plena Goutte d’Or berreando que las que llevan velo deben ponerse en bolas. Ok, tía, tienes cojones. Mis respetos. No, a los que me gustaría moler a palos es a los tíos que van de tíos y en realidad son unas nenazas —los que van de machos por los pasillos de Canal Plus, por ejemplo, o en Cannes. Los bad boys de salón. Pero si le pones el culo delante al productor, deja de hacerte el duro. Si supieras el precio que pago yo porque me niego a bajarme los pantalones... En Francia es un error ser guionista. Todos los directores esperan que sus peliculitas se pasen en la tele y no les apetece compartir los derechos de autor... cine de autor, los cojones, cine de sanguijuela, sí. No saben escribir ni una línea, no han abierto un libro desde el bachillerato, pero que no se les escape el dinero del guión. Tendrías que verlos pillando cien mil pavos para hacer una película y luego corriendo a apuntarse al régimen de trabajo temporal, y no te preocupes, que cuando vuelven a pillar cien mil euros porque la pasan en la tele, no llaman a nadie para repartirlos. Y son todos de izquierdas, claro... Pero se les va a acabar. Todo el mundo se arrima al sol que más calienta, así de fácil. Ahora que saben que pronto las subvenciones vendrán de la extrema derecha, te apuesto lo que quieras a que cambiarán de tono —esos se cambian de chaqueta rápido... dales cuatro o cinco años, y los mismos que se rasgan las vestiduras por los pobres sin papeles te harán obras maestras sobre el banquero judío, el ladrón gitano y la rusa codiciosa... Se adaptarán, no te preocupes... Marie-Ange odia que llegue a casa mamado. Tengo que admitir que cuando voy mamado soy un coñazo, me agoto hasta a mí mismo. Pasada cierta edad, ya está bien de peleas de bar... Nunca he engañado a Marie-Ange. Nunca. Las cosas tienen el valor que les damos, yo no traiciono a la madre de mi hija, a la mujer con la que me casé. Es una buena madre. Es seria, constante y responsable. Si mañana la diño, la cría se queda en buenas manos. Fíjate en lo que te digo: lo más importante es la madre. No hay que tener niños con una tía porque te la pone dura. A tu hijo no le sirve de nada que su madre tenga un buen par de tetas. ¿Cómo es tu canadiense? ¿Quiere tener hijos? Si es una tía seria, adelante, a por ella. Nunca he conocido nada más tierno que la cabecita de mi niña durmiéndose sobre mi hombro. Ya no tenemos veinte años, tenemos que construir. Hoy en día, como diría Tai-Luc, mi futuro está a mi espalda. Hablando de La Souris, ¿dices que veías a Alex? Ese tío habrá sido grotesco hasta el día de su muerte.

—Me ha impresionado mucho. Seguía viéndolo, sí.

—¿En Quebec?

—Vino a tocar varias veces. Es muy conocido en Canadá.

—No te lo tomes a mal, pero los canadienses tienen el gusto en el culo...

Francamente, que de todos nosotros el que haya conseguido destacar por «su arte» sea Alex... Era el que tenía menos talento, el menos sincero...

—Pero era un tío guapo.

—Era un negrazo, sí. Ya pueden decir lo que quieran, a las hembras blancas siempre les seduce la idea de montarse una orgía con los leones indomables del Camerún.

—Alex no era de Camerún, ¿no?

—Era negro. Era un gilipollas. Menudo gilipollas...

—Por cierto, me preguntaba si no conocerías a algún colega director que quisiera hacer un documental sobre él... dejó en mi casa cuatro horas filmadas de una entrevista que se hizo a sí mismo... No sé qué hacer con ellas. Me pregunto si podría sacar algo...

—Un documental sobre ese perroflauta... No creo que tenga a nadie así en mi agenda... ¿Quieres venderlas?

—Si le interesan a alguien...

—Que se pudra en el infierno, pedazo de gilipollas.

Y con estas palabras, Xavier —más mamado de lo que su discurso dejaba entrever— le pega un mordisco al vaso. Escupe los añicos blancos, con un hilillo de sangre, y se queda mirando con expresión malvada al vacío, sus ojos son incapaces de fijarse en un punto concreto. Luego se monta un circo para ayudarle a encontrar la tarjeta de crédito, los dos camareros pasan de todo, parece que ya lo han visto en acción y saben que la cosa no pasará a mayores. Vernon se mosquea, le habría gustado quedarse un rato más, habría querido hablar con la chica que no ha dejado de mirarlo, habría querido charlar con el tío sentado solo en la otra punta de la barra y que lleva un gorro naranja fluorescente, le habría gustado aprovechar la noche. Xavier lo ha monopolizado, sin prestar la menor atención a las personas que los rodeaban. Tiene que sujetarlo para cruzar la calle. El gordo este siempre ha sido igual. Sensible y delicado. En cuanto exterioriza las cosas, se vuelve incontrolable. El cabrón pesa al menos cien kilos, Vernon se destroza la espalda haciéndole de soporte hasta meterlo en el ascensor.

La familia se marcha al amanecer, su avión despegó temprano. Vernon tiene que levantarse y poner buena cara, en calzoncillos y camiseta, cansado —como si en su cabeza no retumbaran todas las campanas del apocalipsis—, mientras Marie-Ange detalla, línea a línea, la interminable lista que ha escrito para él, con letra cuidada y apretada, de las cosas que debe hacer para ocuparse de la perra. Es mucho más complicado de lo que parece: el animal come a horas fijas, una sabia mezcla de verduras frescas croquetas carne blanca y paté ecológico, hay que sacarla cuatro veces al día siguiendo un protocolo muy estricto, porque el paseo de la noche no sigue el mismo itinerario que el de la mañana, etc. La perra se llama Colette. Vernon

tiene que hacer esfuerzos para no reírse cuando se entera. La perra se sienta al lado de las maletas y supervisa los preparativos de la marcha con ojos tristes. Xavier lleva a su hija dormida en brazos, aguanta la resaca en silencio y con heroísmo. Luego se cierra la puerta, Vernon espera unos minutos para asegurarse de que no han olvidado nada y corre a la cocina. Está muerto de hambre. Se deja vencer por la tentación del zumo de naranja fresco, y enseguida lo lamenta —una elección contraintuitiva que su estómago desapruera. Se decanta por el queso, se corta un trozo grande de comté, que devora de pie mientras sigue inspeccionando las provisiones. El pollo criado al aire libre y alimentado con buen grano —antes de marcharse, Marie-Ange le ha avisado de que estaba a punto de caducar, le ha aconsejado que lo prepare, pero sobre todo que no dé los huesos a Colette, aunque la carne y la piel le encantan. Lo tiene claro sí se cree que va a darle ese pollo de 19 euros a la perra. Lo pone en la etiqueta. 19 euros. Los muy capullos. Y los yogures Sveltesse de chocolate que no te hacen engordar ni un gramo. Y los quesitos Kiri —no hay ni una sola marca blanca—, y la miel de castaño, y ve el precio en una botella de vidrio de zumo de arándanos: 12,80 euros. Vernon se termina el comté.

La perra está sentada a sus pies, paciente y atenta. «Eres una lapa.» Ella lo escucha inclinando la cabeza. Vernon acaba entendiendo que quiere queso. Le da toda la corteza esperando que no se ponga enferma. Contento de haber entendido lo que el animal esperaba, la acaricia por primera vez. Luego vuelve a acostarse, la perra salta al sofá y empieza a roncar a los dos segundos.

Vernon tiene la costumbre de someter sus pensamientos a un control bastante férreo. El alma es un buque imponente que hay que maniobrar con prudencia. No se le da mal, no es un tío al que sorprenda un escollo en el último minuto. Pero algo se ha debilitado, por el silencio, o la comodidad. Tiene que hacer un esfuerzo para no dejarse vencer por la tentación masoquista de la autocompasión. Se repite que, pese al desastre, tiene suerte. Tiene muchos amigos. El plan de *dog-sitting* ha sido inesperado. El piso es grande, agradable, podrá ver películas todo el fin de semana llenándose la panza. Pero tiene la sensación, una sensación nítida, de que algo grave se perfila, algo que le presiona el pecho. Si estuviera en su casa, se pondría a ordenar. Siempre ha sido el rey clasificando. Debe evitar a toda costa todo pensamiento que empiece por «si estuviera en mi casa», pero las palabras van más deprisa que su voluntad. Un trueno, breve, en el tórax, un desgarró, seguido de un sabor agrio a ceniza, que nada tiene que ver con la resaca.

Abre una cerveza y hace una ronda de inspección. Es una casa de padres, llena de objetos inútiles, de cosas que no se imagina comprando. Xavier ha entendido de qué va la vida: hay que encontrar a una tía con dinero. Antes eran jóvenes, querían guerreras, fieras del sexo, tías con cuerpo de criatura de ensueño, querían *rock'n'roll* y a zorras que solo pensarán en eso, querían pibones, pecadoras experimentadas y

amazonas a las que someter en el catre. Al envejecer, todo eso importa una mierda. Lo importante, y ha tardado mucho en entenderlo, es una tía que venga con un piso como este, largos fines de semana al sol y su correspondiente frigorífico lleno.

Luego Vernon se queda medio dormido frente a la tele. *Paris, Texas* en versión doblada, comedia sobre el fútbol, investigación criminal, obeso a régimen, pareja de catetos con tío repelente y tía masoca. La perra se acurruca contra su vientre y ronca. Vernon pensaba que tendría que encerrarla en una habitación para que no le tocara los cojones, pero en realidad la perra solo piensa en dormir. Vuelve a acariciarla prometiéndose que la bajará a la calle, aunque sin estar convencido de que lo hará.

Mientras intenta averiguar cómo conectar su iPod al ampli, enciende la radio. La voz de Alex invade la sala. «... y si duermo entre tus brazos es porque otra no ha querido saber nada de mí.» Solía cantar gilipolleces sádicas, hacía su Gainsbourg para ñoñas. Los bafles esparcen por el salón el sonido del bajo —ligero, acuático, notas slapadas que se inflan como burbujas, tomadas del *funk* pero salpicadas por riffs con fuzz. En ese primer disco, la voz de Alex es despectiva, burlona, agresiva. Sexi, incluso para los chicos. Alex aún no sabía que se dirigía a millones de oyentes, cantaba en la cocina de su casa, para divertir a los amigos. Aquel primer disco era una genialidad. Un quejido que humedecía a las mujeres y hacía que los hombres quisieran parecerse a él. Un *gentleman* taimado, descarado y herido. Canciones que no se parecían a nada, de una crueldad gratuita. También eso lo perdería en el camino, con el tiempo se convertiría en un auténtico tipo duro en la vida, y en un chico muy tierno en sus composiciones. Su entorno no entiende cómo se puede ser infeliz con tantas atenciones, viajes, sorpresas agradables y oportunidades. Pero al fin y al cabo Alex no es la primera estrella del *rock* que destroza escrupulosamente los muebles de su castillo. Al final el tío estaba completamente ido. Durante más de dos años fue incapaz de componer ni un solo tema. Vernon no sintió unas ganas imperiosas de entender la magnitud de su debacle. ¿Fue un buen amigo? —evidentemente no. Pero, en su situación, le parecía del todo imposible ayudar a un cantante posiblemente millonario. Vuelven a su memoria los delirios de Alex sobre la sincronización de las ondas cerebrales. Le había soltado un buen rollo sobre los hercios —gamma alfa beta, una vasta cosmogonía de chorradas a base de pulsos binaurales y de neurodinámica... A falta de poder sacar un nuevo disco, a Alex se le había metido en la cabeza programar a los humanos. Al principio de la conversación, Vernon se preguntaba por qué no hacer música *hippy*, que es lo suyo —pero cuando el cantante pasó a hablar de las pirámides de Egipto y dijo que habían movido los bloques de granito gracias al poder del sonido... llegó a alarmarse. Pero no hizo nada para impedir que Alex se hundiera.

Muerto. Otro más. Vernon se tensa, en su interior retumba algo que lo aterriza. La perra apoya la cabeza en su mano con tanta delicadeza que por un momento se queda atónito, sin atreverse a moverse. Todo recuerdo es engañoso. La manta con la que había cubierto la angustia se desliza —ahora toca la piel. Su burbuja era estanca, tranquilizadora y bien equipada. Vivía en formol, en un mundo que se ha venido abajo —aferrado a personas que ya no están. Podría atravesar el planeta, fumar plantas raras, escuchar a chamanes, resolver enigmas, estudiar las estrellas —los muertos ya no están. Ni nada de lo que ha desaparecido.

Vernon gime. A él mismo le sorprende el sonido que emite. La perra se levanta sobre las patas traseras y empieza a lamerle los ojos con inquieto frenesí. Trata de apartarla pero no se deja. La única criatura viva que se preocupa de su pena es una perra, intenta hacerse un poco más de daño con esta idea pero su cara le arranca una sonrisa. Colette tiene cara de payaso. Salta del sofá y corre hacia la puerta, patalea delante de su correa mirándolo, como si le propusiera un plan alucinante, «vamos sácame ya verás nos lo pasaremos en grande».

Ya en la calle, tira como una desesperada y Vernon se deja guiar. La perra se sabe el camino al parque.

En la entrada del Buttes-Chaumont, un hombre sentado en el primer banco se come un yogur hablando solo. Se ríe de algo, lleva unos zapatos descosidos, atados a los tobillos con cuerda. La perra inspecciona olfateando toda esa esquina de la entrada y luego se agacha para cagar. Vernon ni se plantea recoger nada. Mira a su alrededor con aire desenvuelto, en plan en realidad no estoy con ella. En general, le parece extremadamente perjudicial para su masculinidad que lo vean con una perrita como esa. Quisiera indicar con su actitud que no es su amo —por simpática que sea, sigue siendo difícil asumirlo.

Un hombre de unos treinta años está plantado en la puerta, parece furioso. Una mujer con dos niñas pequeñas se acerca a él. La mayor lleva unos zapatos con ruedas incrustadas en las suelas, la menor estrecha un Noddy de peluche contra su vientre. Avanzan deprisa, llegan tarde. La mujer entrega al hombre una bolsa verde de tela, informe, que debe de contener las cosas de las niñas. El hombre coge a las crías de la mano y se aleja sin decir palabra. Las niñas se van con él, giran un segundo la cabeza y hacen un gesto para decir adiós.

Vernon sigue su camino. No entiende nada de perros, no sabía que esa raza gustaba tanto a las chicas. Ya sea corriendo o charlando, descansando en la hierba o fumando cigarrillos en un banco, parece que las mujeres se han dispuesto armoniosamente a lo largo de su recorrido para maravillarse «pero qué monada», «oh mira es una bulldog francesa», «me encantan estos perros», «mira qué bonita es».

Vernon sonríe, radiante, aminora el paso, asiente y avanza contento. Las ideas sombrías se evaporan. Colette es afrodisiaca. Entiende por qué Xavier la quiere como a la niña de sus ojos. Vernon nunca ha sido lo bastante perseverante en sus ideas como para estar realmente deprimido. Es lo que siempre lo ha salvado. La gravedad de su situación deja de interesarle.

Bonitas piernas. Reconoce a la morena del *short*. Con el pelo largo y un tatuaje. Es la chica que lo miraba en el bar y con la que no habló porque Xavier estaba tan mamado que tuvieron que marcharse. Es más alta y mucho más joven de lo que había imaginado el día anterior. Habla por teléfono, sus miradas se cruzan sin que ella reaccione, él reduce el paso. La perra, buena compinche, elige ese instante para revolcarse por la hierba, de espaldas, frotándose por todas partes. La chica la mira y sonríe. Él se inclina y rasca a Colette detrás de las orejas, fingiendo ser un tío que disfruta de la vida sin esperar nada en especial. La chica sigue pegada a su teléfono, difícil abordarla sin hostigarla. Tendría que plantarse ahí y devorarla con los ojos mientras espera a que termine la conversación, entendería que el acercamiento la desmotivara. Vernon la deja atrás, contrariado. Ni hecho a propósito, no puede ser casualidad: se miran en el bar, al día siguiente se cruzan en el parque, sería una estupidez volver a perderse de vista. Pero la chica lo alcanza, con el teléfono aún en la oreja, le sonríe y se agacha junto a Colette. Sus piernas parecen más largas al doblarse, su piel es apetecible, hace pensar en un pastel. Sigue escuchando a alguien al otro lado de la línea, alza los ojos al cielo para dar a entender que está alargándose mucho, pero que si puede esperar un par de minutos tiene algo que decirle. Que se tome su tiempo, no hay problema. Vernon hace el gesto de llevarse dos dedos a la boca: ¿tiene un cigarro? Ella abre las manos, lo siente, no fuma, o en todo caso no lleva tabaco encima. Él mira los árboles, a lo lejos. Está alargándose mucho. Contempla los árboles tan concentrado que ella debe de pensar que forma parte de su actividad profesional.

Al final la chica dice «oye, ¿puedo llamarte luego? Estoy delante de la parada del metro, tengo que bajar... te llamo enseguida, ¿vale?». Por el tono, es evidente que habla con un chico, habla con un chico del que es íntima. Buena señal que ya le mienta.

—Nos vimos ayer, ¿verdad?

—En realidad ya nos conocíamos. Me encantan los perros, sueño con tener uno. ¿Es hembra? ¿Qué edad tiene?

—Tres años. Pero no es mía. Se la cuido a un amigo. Se llama Colette. ¿Está segura de que nos conocemos de antes?

—Sí, usted tenía la tienda de discos por encima de République...

Ligera bajada, decepción. No se fijaba en él porque de repente le hubiera fascinado su carisma de macho depredador. Y rayo de esperanza a la vez: se acuerda

de la tienda, no lo ve como a un viejo loser sino como a un tío aureolado con la potencia del *rock*. Luego ella lo medio castra con una ingenuidad engatusadora que no puede ser del todo inocente:

—Fui muchas veces con mi padre. Los sábados, cuando estaba en su casa, seguíamos el mismo plan al milímetro: íbamos al mercadillo de Clignancourt a ver los vinilos, comíamos mejillones con patatas fritas y pasábamos por su tienda. Mi padre lo adoraba. Usted no se acuerda de mí, normal, era así de alta.

Señala con la mano cómo era de alta. Vernon se pellizca la base de la nariz con el pulgar y el índice —suele hacer este gesto cuando la situación le parece compleja aunque no del todo desesperada. Aprovecha la información para mirarla abiertamente, como si buscara ese recuerdo en lo más profundo de su memoria. La chica ladea la cabeza, divertida de verlo perplejo. A Vernon le da la impresión de que no es hostil a la idea de que le tire los tejos.

—¿Quién era su padre?

—Bartholemy Jagard. Policía. Fan del metal.

No le cuesta mucho. Tenía bigote, era jovial y científico. Totalmente chiflado. Había que pedirle vinilos de metal finlandés, conocía el tema al dedillo. Otro charlatán. Al rato resultaba complicado escucharle, siempre llegaba con historias de saqueos de tumbas, necrofilia romántica y muertes sacrificiales, que soltaba con una enorme sonrisa de satisfacción. Bartho iba a la tienda como el que va a un *sex-shop*: habría preferido que le interesara otra cosa, gastar su dinero en libros que le instruyeran sobre los problemas geopolíticos del mundo. Pero no lo conseguía. Solía llegar con su hija, que cantaba canciones de *El rey león* y jugaba agachada debajo de las cubetas. La cabecita no sobrepasaba el mostrador mientras su padre se lanzaba a describir con todo detalle animales degollados vivos por alegres vikingos. Vernon la mira a los ojos:

—Sí, ya me acuerdo de usted. ¿Cómo está su padre? ¿Sigue con el metal?

—No. A su nueva mujer no le gustan demasiado las guitarras. Farda de que le gustan el teatro y la literatura medieval, pero la verdad es que se ha pasado la vida tragándose realities y patatas fritas.

No es difícil enamorarse de ella. De entrada, su mirada clavada en él el día anterior, su juventud y una ligera insolencia, sin vulgaridad, lo justo para suscitar curiosidad. Luego su manera de mantenerse derecha, las ganas de tocarle la espalda, de rozar con los labios el interior de sus muslos, y la textura de su voz, la chispa divertida cuando habla con él, algo en su cadencia que se precipita muy ligeramente —nada que chirríe. Y esa facilidad, inconsciente, que le viene de ser tan joven —no tener ni idea aún de los golpes que la irán destrozando por partes. Pasados los cuarenta, todo el mundo parece una ciudad bombardeada. Se enamora cuando ella se ríe a carcajadas —al deseo se suma una promesa de felicidad, una utopía de tranquilidades enlatadas—, bastará con que gire la cabeza hacia él y deje que la bese para que él acceda a un mundo diferente. Vernon sabe diferenciarlo: excitado, le

palpita la entrepierna, y enamorado, le flaquean las rodillas. Una parte del alma se ha rendido —y la sensación de flotar es maravillosa e inquietante a la vez: si ella se niega a atrapar el cuerpo que avanza hacia ella tambaleándose, la caída será mucho más dolorosa porque él ya no es joven. Sufrimos cada vez más, como si la piel emocional se hiciera más fina y frágil, y ya no aguantara el menor impacto.

Se llama Céleste. Él patina. Ella dice palabras de jóvenes, las dice sin saber aún que es ridículo. Dice «me mola», dice «qué guay», dice «qué marrón», y él reconoce la entusiasta imbecilidad de meter siempre las mismas expresiones en una frase. Ella quiere que vayan juntos al McDonald's para que la invite a un Le Plaisir chocolate. Él es incapaz de descifrarlo: ¿se lo pide como lo haría la niña que iba a la tienda de discos con su padre, cómprame un helado? ¿Se lo pide como una chica deseable a la que le parece normal que la mimen? Vernon le contesta que no tiene un duro, no, ni siquiera para un helado, y si lo tuviera, no sería para invitarla al McDonald's, un poquito de piedad. ¿Cómo que no tiene pasta ni para pagar un café? Siente que la pierde. Insiste: estar pelado no le impide ser un tipo con clase, si ella elige a sus amistades en función de lo que pueden comprar, va a dejar de lado lo esencial. Ella duda: perdóname pero, a tu edad, comprenderás que me sorprenda que no puedas pagarte ni un café. Es una putita infecta. Le gusta mucho. Tiene una forma tan ostentosa de respetar el dinero que puede hacer pensar que lo dice para provocar. Pero sus palabras están impregnadas de una candidez atroz, lo que permite imaginar que habla en serio. Vernon se quedó estancado en el siglo pasado, cuando aún se tomaban la molestia de decir que ser era más importante que tener. Y no siempre se trataba de hipocresía. Se ha pasado la vida con chicas a las que les importaba una mierda que para el banco fuera un moroso. Mientras hablan, una bestia peluda de unos ochenta kilos se acerca a Colette y le olfatea el culo una y otra vez —Vernon se queda paralizado, se imagina ya al monstruo devorando a la pobre perra, no tiene del todo claro cómo intervenir. Colette se deja hacer, diez segundos, inmóvil, luego muestra los dientes y hace recular tres metros al rottweiler, que ladra como si fuera un vulgar caniche. El enorme perro guarda una distancia respetuosa y luego vuelve a la carga entusiasmado. Colette lo pone otra vez en su sitio sacando los dientes. Céleste se ríe, con las manos en los bolsillos, piropea a la perra, «qué dominante es». Vernon hace el papel de tío tranquilo que se lo toma a risa. No ve cómo un animalillo no mucho mayor que un muñeco de peluche podría dominar nada, pero parece que también entre los perros es ante todo una cuestión mental.

Céleste dice que tiene curro, que tiene que marcharse. Le pide el número de móvil y Vernon imagina que es más por quitárselo de encima que para mandarle tórridos mensajes. «No tengo móvil francés, no vivo aquí. Pero mándame amistad al Facebook, y así estamos en contacto.» «Ah, no me gusta mucho el Facebook.» «¿Tienes cuenta? Me llamo Vernon Subutex.» «¿Y esa mierda de nombre? ¿Lo has sacado de *Harry Potter*?» «No te enteras de nada, de verdad, no te enteras de nada de nada. ¿Y tú qué nombre tienes?» «Céleste. Te mandaré una solicitud de amistad, ¿te

acordarás de que soy yo?»

Vernon le guiña un ojo y se da media vuelta preguntándose si parece masculino y decidido o si solo tiene pinta de colgado.

Sale del parque poseído por imágenes nítidas y crudas, cómo se la tiraría en la mesa del comedor de la casa de Xavier, cómo le quitaría las bragas con un gesto preciso y brusco para darle por el culo sin contemplaciones y cómo le quitaría el jersey para dejar al descubierto sus pechos de cría aplastados contra la mesa, y los bonitos ruidos que haría cuando él la amenazara con retirarse y ella le suplicara que siguiera.

Una sensación persistente, desagradable y precisa, le dificulta la respiración. Un clamor entre la garganta y el pecho. Laurent deja su abrigo a la chica de la entrada, pide que le den una mesa en la que no haya corrientes de aire y ve su reflejo en el gran espejo que cubre la sala del fondo. Está delgado. Ha perdido casi diez kilos en seis meses. Su imagen le sorprende —le enorgullece y le alivia que su cuerpo parezca tan ágil. Cuando piensa en sí mismo en el espacio, piensa en su cuerpo de los últimos diez años, todavía no se identifica con esa silueta. Tiene que muscularse. Siempre ha tenido un cuerpo de mujer. De alguna manera, con barriga se nota menos —su sobrepeso es grotesco, pero masculino. Pero en cuanto recupera la línea, se le estrechan los hombros, se le marcan más las nalgas y su aspecto en general es muy femenino. Piensa en Daniel Craig, al que vio en la última de James Bond no hace mucho. Vendería su alma al diablo por parecerse a él con esmoquin.

Señala la banqueta a Audrey con gesto caballeroso. Podría haber hecho un esfuerzo. Ni siquiera se ha maquillado. Jersey ancho de cuello redondo, zapatillas de deporte planas, el pelo, con tres centímetros de raíz, es de un blanco discutible, hace meses que no se pasa por la peluquería. Lo que le cuesta sonreír a esta mujer. Se acuesta con Bertrand Durot y a nadie en París le apetece hacer enfadar al capitoste de France Télévisions. Laurent no tenía excusa para rechazar la cita. Pero no va a producir su película. Menudos follones en el horizonte. ¿Qué iba a hacer él metido en toda esa mierda? No se venderán ni treinta entradas. Es la nueva obsesión de las directoras: historias de marujas posmenopáusicas, que charlan con colgados sin dejar de fumar. Le gustaría ser sincero con ella, decirle mira si trabajo en esto no es para verme en un plató rodeado de histéricas amargadas que no me ponen lo más mínimo. Y hasta que se demuestre lo contrario, el público está de acuerdo con él en este punto: a todo el mundo le gusta soñar.

Audrey ataca precisamente con el tema de las directoras de cine, claramente discriminadas en Francia. Y aún más en el extranjero. Un marrón. Él no le comenta que cuando las incalculables ventajas de la feminidad les sirven para avanzar, no le cabrean tanto. Ella no ha abierto la carta, a él le gustaría pedir rápidamente —terminar cuanto antes. Podría pedir por ella: elegirá lo más caro.

Pero lo que le hace sentirse mal no es la presencia de la directora. Tiene que remontarse a los acontecimientos de ese día, y del día anterior, para situar con exactitud el momento en que todo se desencadenó. Reconoce esa sensación, pero tiene que concentrarse para recordar qué se dijo, en qué momento, quién hizo que se sintiera tan incómodo. Ve a tanta gente y pasan tantas cosas en un solo día... Su PNL es el que le ha enseñado este método: a los primeros síntomas de ahogo, abstraerse de

la realidad y volver a centrarse. Encontrar el punto neurálgico. La fiesta de la última peli de Podalydès. Un pseudoguionista cuyo nombre ha olvidado peroraba aferrado a su copa de champán —Fred de Wild Bunch hablaba de la muerte de Alex Bleach y el otro dijo «precisamente un amigo mío tiene las cintas exclusivas de su última entrevista, parece que es la bomba. Le gustaría hacer algo con ellas, pero no ha encontrado productor». Ahí fue. Ahí empezó. Laurent se acercó al guionista, le preguntó si conocía a Alex, le contó que habían trabajado juntos en un proyecto que no llegó a hacerse, una persona excepcional, qué pérdida, qué dolor, muerte accidental, la indecencia de los medios de comunicación, la belleza de las despedidas de su verdadero público. Tuvo que andarse con pies de plomo. El guionista era un bruto gordinflón, cabeza rapada y careto de imbécil. Decía que no había visto las cintas en cuestión, pero que había conocido muy bien a Alex, y al darse cuenta de que Laurent estaba interesado utilizó la palabra confesión, «mi colega me ha dicho que la entrevista es dura, Alex estaba colocado pero tenía muchas cosas que decir, quizá se temía que estaba llegando al final, es su testamento...». Laurent, con la mente nublada por el alcohol, pensó que mostrar demasiado interés podría volverse en su contra, intentaba hacer hablar al guionista pero sin llegar a proponerle: dígame a su amigo que se ponga en contacto conmigo en cuanto pueda. Sabía que si le daba su tarjeta, aquel muerto de hambre lo consideraría una invitación a acosarle. Conoce a ese tipo de personaje. Tiene en su disco duro quince proyectos. Está convencido de que se trata de una serie de obras maestras inteligentes y originales. Le fascina su propia audacia, y todavía más su sentido del humor. Cree que los comentarios negativos sobre sus guiones son fruto de cerebros enfermos de impostores malintencionados. Pueden decirle lo mismo cincuenta veces, que cincuenta veces se inflará el ego y volverá a hacer las mismas chapuzas. En general, a la falta de talento de este tipo de tíos se añade una temible alergia al esfuerzo. Si Laurent le da su número para que se lo pase a su colega, el tío no tendrá ningún escrúpulo en llamar veinte veces al día al despacho para presentar un guión. El muerto de hambre es sincero, eso es lo peligroso: no ve la diferencia entre sus estúpidos garabatos y el último éxito de taquilla. Seguro que cada miércoles va a la sesión de las once para flagelarse, elige la película de la que todo el mundo habla y está convencido de haber escrito eso mismo diez años antes, y mejor, pero le han plagiado el proyecto. Pero Laurent nunca ha oído hablar de un guionista cuarentón cuyo talento haya pasado totalmente inadvertido. Los hay infumables, drogadictos, temperamentales... pero talentos desconocidos, raro. Esos tíos envían su filón a gran escala, no se libra ni un productor ni un director de éxito. Si tuvieran algo en *stock* a lo que valiera la pena dedicar algo de dinero, se sabría. Laurent tuvo que soportarlo buena parte de la noche, intentaba dirigir la conversación hacia ese amigo y la autoentrevista de Alex Bleach, pero el tío era astuto, se empeñaba en hablarle de sus proyectos de escritura y de paso le obligó a tragarse una clase particular de cine, toma, de regalo, el carroza le expuso sus opiniones sobre todas las películas francesas recientes que había visto en

el cine, y Dios sabe que tenía tiempo para ir a las salas oscuras. Laurent lo escuchaba, magnánimo, diciéndose piensa un poco, imbécil, si no hubiera ninguna diferencia entre la mierda que tú cagas y el oro que yo manejo, no llevarías media hora haciéndome la danza del vientre. Estarías en mi lista, nos conoceríamos y ya habríamos trabajado juntos.

Pero no tuvo tiempo de volver a pensar en la historia de la entrevista testamentaria. En el taxi de vuelta, Amélie le montó una escena. «No digo que te acuestes con ella, solo me pregunto por qué te comportas así. Nunca te había visto en ese estado.» La cosa iba de una actriz de quinta, propuesta para un proyecto que él produce, que se había pasado la noche metiéndole las enormes tetas en la nariz sin conseguir arrancarle otra cosa que un bostezo interminable, pero Amélie tiene sus fijaciones. Cuando monta una escena de celos, siempre va a parar a la persona equivocada. Para tranquilizarla, Laurent criticó tanto a la actriz que al día siguiente, nada más levantarse, a las siete, estaba llamando al director para decirle que la tía era un bodrio y que no quería volver a oír hablar de ella para el *casting*.

Desde entonces no ha dejado de darle la sensación de tener una aguja oxidada clavada en la garganta. Es habitual en él angustiarse. A veces, las crisis son tan fuertes que tiene que aislarse. Goza de buena salud. Es la presión. Ha aprendido a respirar profundamente, por el estómago. De vez en cuando su terapeuta le hace sesiones de hipnosis urgentes, por Skype. Laurent se encierra en su despacho, se tumba en el sillón reclinable, coge los cascos y no siempre puede relajarse, pero funciona, la mayoría de las veces su ritmo cardíaco vuelve a la normalidad.

La directora le cuenta que se negará a ir a rodar a Luxemburgo, que ya no quiere ese tipo de coproducción, piensa que ha perjudicado a su última película. Su creatividad ha sufrido mucho por las absurdas obligaciones que le han impuesto. Cree que todavía está en los años noventa. Su creatividad. En aquella época todavía se hablaba de estas cosas, es verdad. Cuando Laurent aprendió el oficio, había que escuchar a los directores hablando de inventar planos y a todo el mundo le parecía normal que costara un ojo de la cara. Les parecía plausible dilapidar fortunas en una película que no vendía entradas, por el prestigio. Hoy en día se preguntan quién es el número uno en taquilla, y ya nadie ve prestigio en algo que no da pasta. E incluso buenas películas se estrellan. Al público solo le gusta la basura. Pero Audrey no se ha dado cuenta de que ha pasado el tiempo. Si se cree que a fuerza de abusar de frases rebuscadas va a impresionarlo, está muy equivocada.

Laurent ha trabajado mucho sobre sí mismo. Sabe por qué está en esta profesión. Tiene cincuenta años. Y las cosas muy claras. Le gusta el poder. Ya no tiene edad para contarse cuentos. Tiene olfato, sabe apostar por proyectos ganadores, sabe hacer un buen plan financiero, tiene contactos, es obstinado y es duro negociando. Lo que busca es el éxito. Le encanta la efervescencia que va unida a él. Le encanta el

ambiente de euforia estresada de los equipos, cuando los teléfonos no dejan de sonar, le encanta que las cifras se disparen, el supervoltaje inaudito, la idea de que todo puede pasar y de que todo pasa, empezando por lo excepcional. Le encanta sentir que se disputan el privilegio de acercarse a él. Sonreír a los halagos hipócritas de los colegas y despreciar a quienes los prodigan. Le encanta volver tarde, ser el único despierto en casa, servirse un último whisky y contemplar París desde la ventana pudiendo repetirse «esto marcha», intentando sentir el ritmo del éxito en su cuerpo, en las arterias de la ciudad. Quiere percibir la sensación de poder con la misma intensidad con que siente la punzada del fracaso cuando se enfrenta a él. Pero también le gusta perder, morder el polvo y sentir que lo invade la rabia, una determinación inquebrantable de tomarse la revancha.

Mientras no ejercemos el poder no tenemos ni idea de lo que es. Creemos que es sentarse en un despacho, dar órdenes y que nunca te lleven la contraria. Nos imaginamos que es una ventaja. Todo lo contrario, cuanto más cerca estás de la cima, más dura es la lucha. Cuanto más subes, más cuesta hacer concesiones. Y más hay que hacer. Tener poder es no perder la sonrisa cuando alguien más poderoso que tú te parte las costillas. En lo más alto, las humillaciones son violentas y no hay nadie ahí para escucharte si quieres quejarte. Es el patio de los mayores, no el cajón de arena de los corderitos. Solo los jefecillos disfrutan de su poder cuando están arriba —no conocen más que el miedo a que te apuñalen por la espalda, la rabia de las traiciones y el veneno de las falsas promesas.

Para Laurent, lo peor es el éxito ajeno. Los estrenos, uno tras otro, de *Intocable* y *The Artist* le destrozaron el año. Todo lo que fue bien en su escudería le pareció anecdótico. Se puso a hacer deporte —una hora, cinco veces por semana, con su coach a domicilio, un negro lacónico que solo sonríe cuando lo ve sufrir de verdad. Lo esencial es no perder de vista que los demás están sometidos a las mismas reglas que él: son los reyes del mundo hasta que vuelve a girar la ruleta.

Sabe que no debería sentirse tan alterado por el hecho de que la noche anterior alguien le hablara de una entrevista de Alex. Es propio del pensamiento mágico, da crédito a intuiciones sin base ni fundamento. No tiene ninguna razón real para darle importancia. Debe buscar un punto de anclaje en sí mismo que le permita superar todo esto. Se contiene para no vaciar la panera mientras espera las ostras. Pero qué aburrimiento de tía...

Alex Bleach era un gilipollas, arrogante y frágil, el prototipo del poeta de mierda —un capullo que solo pensaba en la pasta pero de cara a la galería iba de comprometido. El artista en todo su esplendor, que cree que todo le está permitido y desprecia a los que cargan con el trabajo, el trabajo de verdad. El problema del público suele ser que adopta a los líderes más patéticos. A la gente le gusta que la engañen. Es un principio que Alex había entendido muy bien. Mentía en todas las entrevistas, y el pueblo lo adoraba. Laurent se las había tenido con él en varias ocasiones. Alex, no contento con ponerse en ridículo injuriándolo en público,

consiguió su número de teléfono, y una vez que estaba totalmente colocado lo llamó en plena noche para insultarlo. El tío estaba chalado, no entendía nada de nada. Cuando Laurent se enteró de que había muerto, fue un alivio. Nunca se sabe hasta dónde puede llegar un loco como ese, y ni siquiera le interesaba tener enemigos de ese tipo. Demasiado débil para su categoría. Pero tenía que asegurarse.

—¿Me está escuchando?

—Sí, sí, lo siento... Es que estos días, desde la muerte de Alex Bleach, estoy algo confuso...

—¿Eran amigos?

—Lo habíamos sido. Hacía tiempo que no nos veíamos y su muerte me ha afectado muchísimo... Pero la escucho. Continúe, continúe.

Agita el aire con la punta de los dedos. La directora no se toma la molestia de fingir que le interesa. Funciona como un bulldócer —encerrada en su propio ruido, obsesionada por su objetivo. En un principio supuso que los nuevos directores eran unos malcriados —¿nadie le ha enseñado a esta mujer que cuando un interlocutor finge emocionarse, tenemos que fingir compadecerlo? Luego entendió que no se trata de educación. En su época, se esperaba que los niños llegaran a ser personas sociables, que fueran compasivos. Por ejemplo, que respondieran por empatía a la expresión de tristeza por parte de su interlocutor. Si la persona era inteligente, tardaba poco en entender que mostrar empatía podía ser fructífero, sobre todo si se espera algo de alguien. Pero llegó Facebook, y esta generación de treintañeros son todos unos psicópatas centrados en sí mismos hasta rayar en la demencia. Ambición pura y dura, sin preocuparles lo más mínimo su legitimidad. La directora sigue con lo que estaba diciendo. Quiere hacer una película sobre una cincuentona que trabaja en una perfumería. Pierde a su madre, a la que estaba muy unida, y no soporta que su padre rehaga su vida cuando todavía no han pasado tres meses desde el entierro. El pobre viejo encuentra la horma de su zapato y la hija declara la guerra a su nueva madrastra. Apasionante. Audrey está convencida de haber escrito una comedia. No se imagina rodando con menos de tres millones de presupuesto. ¡Por favor! Una cincuentona borrachuca que no soporta que su padre vuelva a casarse. Buen tema para una comedia. Si en la taquilla la gente puede elegir entre Scarlett Johansson en pelotas y una vieja apestosa y borrachuca, seguro que dudarán un buen rato antes de comprar la entrada.

Rocía sus ostras con vinagre de chalota. Le gusta este restaurante —es donde suele ir a comer, lo conocen y los camareros son muy atentos. Le ayuda a relajarse. No es materialista. El dinero no le interesa como tal. Podría contentarse con ir a cenar a la pizzería y hacer vacaciones de *camping*. Pero está al lado de su despacho, es práctico.

No cree que Alex Bleach estuviera obsesionado con él hasta el punto de pretender perjudicarlo en todas sus entrevistas. Intenta razonar. Tuvieron sus diferencias, vale, pero desde entonces ha llovido mucho, incluso para un tarado de esa envergadura. De

todas formas, ¿quién se creería los delirios paranoicos de semejante imbécil?

Audrey consulta la carta de los postres, y él abrevia: «No tengo tiempo, lo siento, ¿tomará café?». Ella pide un café gourmand sin esforzarse en ocultar su decepción. Qué coñazo. Él la mira intensamente, entornando los ojos, como si le interesara su rollo de la esteticista que no soporta ver feliz a su padre con la excusa de que la cosa está yendo muy deprisa —todavía no sabe que los hombres no saben vivir solos, ¿cómo podríamos reprochárselo? Laurent le recuerda hasta qué punto es complicado en estos momentos, incluso para él. Da golpecitos al guión con la palma de la mano, como si se muriera de impaciencia por correr a su despacho para devorar la historia de la cincuentona que ha perdido el norte.

—Ahora es muy difícil producir cine de calidad, me veo obligado a ser extremadamente selectivo. Y lo que más odio es dar falsas esperanzas. Si le digo adelante, es que lo haré. Pero si tengo alguna duda sobre mi capacidad para producirlo, se lo haré saber con la misma claridad. Mi estructura quizá no sea la más adecuada para producir películas baratas —ya sabe lo que pasa, los técnicos no entienden nada, no están dispuestos a hacer los mismos esfuerzos conmigo que con productores... que suelen hacer películas de autor. Pero le daré una respuesta enseguida.

Mira el reloj, adopta una expresión consternada, se levanta precipitadamente, desliza un billete de diez euros a la chica del guardarropía y sale a toda prisa al frío, aliviado. Al llegar al despacho, recuerda que tiene una cita con la Castafiore. No es su día, Mercurio está retrógado. Estrecha la mano húmeda y blanda del joven distribuidor. No todos los maricones son guapos. La Castafiore, vestido de Prada de la cabeza a los pies, siempre parece recién salido de un contenedor de basura. Qué poco agradecido es su físico. No es de extrañar que sea malo. Laurent se pregunta si se ha dado cuenta de que va a traicionarlo. Le prometió la distribución de la peli de Canet si aceptaba la de Bayona, de la que era coproductor, pero ya ha negociado la Canet con Mars —no trabajan mejor, es solo por joder a la Castafiore. Si puede contribuir a que la cague antes de lo previsto, lo hará encantado. Ha visto pasar a otros. Le pide que se siente en su despacho, le pregunta si quiere un café y lo deja con Justine, que para eso está ahí. Y le pide disculpas. Tiene algo urgente que solucionar, volverá enseguida.

Llama a la puerta de Anaïs. Está visionando una película —imagen de vídeo, sucia, mal encuadrada, parece que a los jóvenes les encantan. Le pidió que echara un vistazo, quiere saber si merece la pena meterse en estas películas hechas entre cuatro, que cuestan menos de cien mil euros y que, cuando son buenas, arrasan entre los jóvenes en internet. Hay que ir siempre un paso por delante. No puede limitarse al espectáculo para toda la familia, al cine para papás. Hay que innovar, estar donde no te esperan, y estar antes que los demás. Anaïs es genial en eso. Tiene el ojo y la mentalidad de la juventud. En diez días le presentará un informe sobre los tres o cuatro mejores directores jóvenes de la nueva generación —y sabe que puede confiar

en ella, elegirá bien. Laurent Dopalet decidió contratar a una chica de su generación cuando a su hija se le metió en la cabeza ser una «youtuber de belleza». Se interesó por lo que hacía porque tenía miedo de que, como los hijos de algunos colegas, colgara en internet vídeos practicando sexo con chicos menores. Y descubrió, estupefacto, un universo de chicas que sabían perfectamente plantarse ante la cámara, encuadrarse y mostrar sus imágenes, y que postean «tutoriales de maquillaje» filmados en sus habitaciones que consiguen hasta cincuenta y seis millones de visitas. Se dijo que algo se le estaba escapando, y que en sus oficinas necesitaba a alguien que escaneara la web en busca de nuevas tendencias. No puede ser que cincuenta y seis millones de chiquillas se equivoquen.

Se sienta en el brazo de su sillón. Entre ellos no hay nada, pero le gusta esa proximidad. Le gusta su calma, su sonrisa, esa manera que tiene de tranquilizarlo. Anaïs es luminosa. No es especialmente guapa, pero es radiante. Suspira:

—Vengo de comer con la reina de las tocapelotas... y tengo a la Casta en mi despacho, no te imaginas lo que me cuesta. Creo que voy a cortarme las venas para no tener que aguantar toda la tarde...

—¿Voy a buscarte dentro de veinte minutos?

—Media hora. Tengo que ver un par de cosas con él para el estreno de la Bayona.

—No funcionará. Es una película demasiado dura. No es lo que la gente quiere en este momento.

—Mira... En la fiesta de anoche conocí a un joven guionista... bueno, joven no... pero algo en él me llamó la atención... Me gustaría que me hicieras un breve informe sobre él. ¿Puedes buscármelo? Se llama Xavier. He olvidado su apellido.

—No me digas que quieres que busque a un guionista que estuvo en la fiesta de ayer y que se llama Xavier...

—Pues mira, sí. Jeff me dijo que hace diez años escribió un guión y que la película funcionó, pero no me acuerdo del título...

—Ok. Eso puede ayudarme.

—Solo quiero que me digas cuanto antes quién es exactamente... a ver si me encuentras algún proyecto suyo que corra por ahí... para hacerme una idea, vaya. Quiero saber dónde vive, a quién ve, si trabaja... en fin, un breve informe.

—Ayer fácilmente habría trescientas personas...

—Sí. No es fácil. Pero lo conseguirás. Y por eso te adoro.

—Pero ¿para qué quieres verlo exactamente?

—No sé si quiero verlo. Solo quiero... husmear.

La Hiena se sienta en la sala del fondo y verifica mecánicamente que no ha recibido ningún mensaje en el móvil. Como casi siempre por la tarde, el Globe está vacío. Es un bar de barrio, durante el día te encuentras con jóvenes barbudos en chilaba y zapatillas deportivas de colores fluorescentes, viejas borrachuzas de buen humor y algunos comerciantes de la zona. A la hora del aperitivo, hacia la happy hour, el bar se convierte en una plataforma llena de jóvenes mamados decididos a cerrar el local, que velan por que ningún vecino duerma mientras fuman en la acera.

La Hiena mira el reloj de su teléfono, molesta por el retraso de su interlocutor. A Laurent Dopalet le gusta quedar con ella en bares que le parecen exóticos, alejados de los barrios por los que se mueve. Coge su pequeño *scooter* y sube la rue Sainte-Marthe, le basta con cruzarse con tres gamberros para que le dé la impresión de que está metiéndose en el Bronx. Se ven a menudo en lugares insólitos. Prefiere que no los vean juntos.

Ella se ha reciclado a las redes sociales. No hace mucho que vive de esto. Empezó sin haberlo decidido. Se encontró con un viejo amigo, Tarek, que estaba comiendo solo en una pizzería de Abbesses y se sentó a tomar un café con él. Lo había conocido cuando era periodista para una revista porno, a principios de los años noventa, cuando la industria del porno estaba de moda. A Tarek lo invitaban a Cannes, a las grandes fiestas de Canal Plus, siempre rodeado de compañeros actores. Todo el mundo lo quería a su mesa, era de lo más chic. Luego la explosión en internet hizo que el sector volviera a evolucionar, y Tarek, al que ya no le salían las cuentas, aprovechó su agenda para convertirse en agregado de prensa de películas tradicionales por las que nadie habría dado un duro, pero era la década del acceso al éxito de la cultura underground y arrasaron. Así se lo encontró, muy en forma, seguía yendo a Cannes pero estaba más estresado que cuando escribía largas reseñas sobre los rodajes de John B. Root.

Al darse cuenta de que la Hiena no hacía gran cosa en todo el día —compaginaba dos trabajos—, le propuso que le echara un cable con la película que tenía entre manos, buscaba a alguien para internet. Podía sacarse un dinero. Tenía que inundar la red de críticas positivas haciéndose pasar por espectadores espontáneos a los que les había encantado la película. Exigía bastante tiempo —pero en aquella época podías registrarte doce veces seguidas en el mismo servidor con identidades diferentes, siempre y cuando crearas direcciones de correo ficticias. La Hiena hizo una chapuza, pero Tarek dijo estar encantado con sus servicios. No era tonto —la película había provocado reacciones entusiastas, «gente de verdad» había posteado comentarios sinceramente favorables—, pero le gustaba trabajar con ella, así que decidió creer que ella era la responsable de aquel buzz positivo. Reengancharon con otra película. Y la Hiena enseguida entendió que podía hacer dinero, pero que decir cosas buenas no iba a ser lo más lucrativo.

Compró un catálogo de identidades falsas a un antiguo colega que estaba harto de

pasarse el día dejando comentarios idiotas sobre temas idiotas. Se quedó con unos cincuenta pseudónimos —para ser creíbles, los mensajes tienen que estar firmados por internautas que llevan tiempo inscritos en un servidor, que tienen Facebook y cuenta en Twitter. Que, si te tomas la molestia de buscarlos en Google, parecen existir. Por lo demás, es cuestión de no tener miedo a cambiar de dirección IP, y de lograr seguir el hilo y mantener el tono de lo que dice cada uno entre un comentario y otro. No recurre a la ortografía adolescente —meto la «k» por todas partes y abrevio sistemáticamente los adverbios. Es su única coquetería, por lo demás hace lo que le piden. Y muy pronto lo que le pidieron, soltándole dos o tres billetes de cien euros, como en la época de la coca, salvo que ahora la pasma puede registrarla de arriba abajo, no lleva nada encima que pueda causarle problemas, fue repartir hiel. Por encargo, pone a parir a tal artista, tal proyecto de ley, tal película o tal grupo de electro. Ella sola, en cuatro días, desembarca como un ejército. Ha ampliado mucho su agenda de identidades falsas, y aunque no presume de ello, sus gilipolleces son virales. Te infesta la red en cuarenta y ocho horas. En París, hasta donde ella sabe, nadie es tan eficaz. Luego la cosa rueda sola —los periodistas miran el Twitter y los comentarios, y se sienten obligados a dar cuenta de las tonterías que encuentran. Así que cualquier cosa que envía acaba grabándose en mármol. Para los escasos encargos de campañas positivas que todavía le hacen, cuenta con los servicios de antiguos colaboradores, que revientan los contadores de «vistos» artificialmente, y en la cultura contemporánea del «cuántos likes» su estrategia es escandalosamente fructífera —es la fiebre del oro, nadie entiende nada de nada pero todo el mundo quiere su pepita. Es el curro más tonto que ha hecho jamás. Pero está bien pagado, teniendo en cuenta la poca atención que exige. Tiene a sus jefes encantados —para los que disponen de medios, perjudicar a la competencia no tiene precio.

Lanzar un linchamiento mediático es más fácil que arrancar un buzz positivo —ella dice que sabe hacer las dos cosas, pero la época prefiere la brutalidad. El que ataca es aquel al que se escucha —siempre hay que adoptar un pseudónimo masculino para atacar a alguien. El único sonido que apacigua a los pirados que frecuentan los pasillos de la red es el del carcelero que muele los huesos de un codetenido. Tres comentarios ditirámicos sobre un programa piloto, y los internautas desconfían y se huelen la manipulación, treinta críticas delirantemente hostiles, y nadie se plantea nada. Y el curioso siempre puede darse golpecitos en el pecho, «a mí no me la pegan», ya tiene impreso lo que querían transmitirle. El desprecio se transmite con más facilidad que la sarna.

En el mundillo parisino no tardó en saberse que la chica podía echar un cable. La invitan a tomar un café, discretamente, en bares a los que no suelen ir y en los que no temen ser vistos. Y le piden que desmonte a un competidor, un amigo o un rival. Por doscientos euros, rompe una pierna virtual, por el doble, echa a perder una reputación en la red, y si disponen del presupuesto, puede literalmente destrozar la vida del prójimo. Internet es la herramienta de la delación anónima, del humo sin fuego y del

ruido que corre sin que se sepa de dónde viene. Precisamente el plasta de Laurent Dopalet, que no ha dejado de llamarla desde el día anterior, gasta fortunas increíbles para que destroce a una actriz que no ha respondido favorablemente a sus expectativas, a colegas que acaban de tener éxito o que podrían tenerlo, a antiguos socios que le han dado la espalda... Anota muchos nombres en su lista negra, y ella es su bruja vudú. Se ha convertido en indispensable para él. Se ven todos los meses.

Dopalet se dedica enteramente a su persona. Puede ser amargo, lúcido, a veces divertido, no enterarse de nada o disparatado —solo habla de sí mismo. Pero su ego es frágil —la menor crítica lo hiere, un arañazo a su reputación, y la rabia lo deja clavado al suelo. Si oye que en la radio halagan a un colega, de inmediato lo percibe como una manera insidiosa de asegurar que él es una mierda. Dopalet lee la prensa, ve la tele, entra en internet, y Dopalet sufre. Los actores están mejor pagados. Los directores están mejor considerados. Los distribuidores lo arruinan. El público quiere su pellejo. Todo el mundo pilla dinero público, menos él. Todo el mundo se divierte, todo el mundo se lo pasa teta, menos él, pobre desgraciado, que trabaja como una mula y se lo agradecen a patadas. Todo esto sucede en doscientos metros cuadrados con vistas al Sena, porque se ha casado con una mujer extraordinariamente rica, pero no le consuela. Sufre. Es un cliente excelente. La Hiena se ha convertido en indispensable para su equilibrio, en el que invierte cantidades astronómicas de dinero... El profe de gimnasia, el psicólogo, el hipnoterapeuta, el profe de meditación, la masajista, el acupuntor, la magnetoterapeuta y el osteópata se disputan un sustancioso botín mensual, y, entre sus fines de semana y sus amantes, es como para preguntarse cuándo puede encontrar tiempo Dopalet para trabajar. La Hiena le pasa facturas desorbitadas. No ha olvidado, de sus años de camello, que el yonqui desea que el vendedor sea inflexible. Eso lo convierte en un semidiós.

Se ha especializado en el cine. Eso le evita cargar con encargos políticos, que no están mejor remunerados y exigen mucho más esfuerzo. En 2014, las películas solo interesan a los profesionales. Nadie más está dispuesto a perder ni diez minutos en comentar un *travelling*, defender un *thriller* o mandar a la hoguera un drama psicológico. Suele trabajar para actrices. No todas son mezquinas e interesadas. Su situación siempre es insegura y disponen de mucho dinero. Buena combinación. Están dispuestas a pagar para que inunden internet de mensajes de amor, fotos, declaraciones entusiastas y testimonios de primera mano de lo accesibles que son y la clase que tienen cuando te las encuentras en la cafetería de la esquina. Aun así, la función de la Hiena casi siempre consiste en cargarse a las que compiten por un papel al que ellas aspiran. O impedir que una nueva ascienda demasiado deprisa. Por placer. Enseguida surgen los conflictos de intereses: ¿puede aceptar a una clienta cuando precisamente se dedica a destruirla por encargo de otra? Pues claro que puede. Estamos en el tercer milenio, todo está permitido.

Tiene su agenda. Una libretita negra que eligió por su formato y porque la imitación de cuero era muy suave, un objeto que le encanta tener entre las manos. La

rellena de manera bastante críptica para no tener problemas si alguien accediera a su contenido. Para descodificarla habría que hacer un esfuerzo totalmente desproporcionado respecto del interés del tema. Los números que están al lado de los pseudónimos no existen, 06 indica que puede enviar los comentarios desde su propio ordenador, 01 que los manda desde el cibercafé de debajo de su casa, 04 que cambia de barrio. Los números que terminan en 3 remiten a comentarios habituales sobre cosas cotidianas, todos los que acaban en 7 corresponden a comentarios sobre cine. La segunda cifra corresponde al año de creación de la identidad, y así sucesivamente. Puede variar algo —pero los números falsos, una vez descodificados, le indican los que puede utilizar. No es un subterfugio lo bastante sofisticado para resistir una investigación seria, pero si el que echa un vistazo no presta atención, la cosa basta para despistarlo.

Dopalet llega con su media hora de retraso de rigor, para él la mala educación es un principio. Va vestido como si fuera domingo y tuviera que pasar la tarde en un descampado jugando al fútbol con sus críos. Una cazadora hecha un asco, el vaquero ni siquiera es de su talla, pero en las manos, como siempre, lleva una manicura perfecta. Suele venir solo. Pero la presenta deprisa y corriendo, y luego responde al teléfono indicando con la mano que espere dos minutos: «esta vez es un poco especial». La tía que lo acompaña es el elemento más interesante de su llegada. Es un bombazo, como cuando ponen en la radio una canción que nunca hemos escuchado pero la reconocemos de inmediato, siempre ha existido, se nos mete en la cabeza todo el día y lo único que queremos es volver a escucharla una y otra vez. Así sí, de acuerdo, ha merecido la pena ponerse un gorro y unos guantes, chuparse el cielo gris y mover el culo hasta aquí. La tía buena se presenta: Anaïs. La Hiena finge no inmutarse.

Dopalet vuelve a sentarse con aire decaído. Tiene los ojos hundidos, aunque no tanto como para dar a su expresión un aspecto de bruto, tiene la nariz demasiado respingona, se ven las fosas muy abiertas y peludas, y los labios finos, en general parece fofo. Está rechoncho. Incluso cuando adelgaza camina como una bola, con los brazos apartados del tronco. Anaïs toma la palabra. Dopalet la escucha moviendo la mandíbula a derecha e izquierda y mirando al vacío. Hace ligeras muecas a intervalos regulares para confirmar que la escucha y está de acuerdo.

Por lo que cuenta la ayudante, parece que el productor está buscando a «un tipo» en París que no sabe cómo se apellida ni dónde vive. Pero al parecer ese «tipo» le dijo a otro «tipo» —Xavier, del que dicen que es «guionista»— que podría conseguir unas cintas. El jefe quiere visionar esas cintas. Hay que encontrar a ese tal Xavier. Pesa unos cien kilos y lleva la cabeza rapada. Por eso han llamado a la Hiena, que los mira fijamente preguntándose si están de broma.

—Pero ¿cómo queréis que me lo monte?

—Eso mismo dije yo.

Responde la maravillosa ayudante, extendiendo las manos en señal de

impotencia. Dopalet empieza a ponerse nervioso y se remueve en su asiento. La Hiena se frota un párpado, sin intentar ocultar su desconcierto:

—¿Y qué tipo de cintas son?

Espera que la pregunta calme a Dopalet, que busque las palabras para explicar que de vez en cuando charla de geopolítica con chicos muy jóvenes y que quiere evitar que se sepa. Ya se sabe lo que pasa con el pueblo llano: no entiende nada del sofisticado deseo de su equipo de dirección. La que interviene es la ayudante:

—Una entrevista. No sé si ha oído usted hablar del cantante Alex Bleach, parece que podría ser una grabación en la que lo hubieran manipulado...

La Hiena interrumpe a Anaïs y se dirige al jefe, obligándolo a alzar los ojos hacia ella.

—No veo la relación con lo que suelo hacer para vosotros.

—Todo el mundo sabe que antes lo hacías.

—He cambiado de orientación... y si aún fuera mi trabajo, lamentaría tener que decirte que lo que pides es una locura. No voy a buscar a un tío que se llama Xavier, en París...

—Y que es guionista.

—Si de verdad fuera guionista y te lo hubieras encontrado en una fiesta, no me digas que tendrías que pagar para que alguien te diera su apellido... ¿Nadie sabe quién es ese tipo?

Anaïs retoma la palabra, parece una colegiala, muy recta y con las palmas de las manos encima de la mesa.

—He llamado a varias personas que fueron a la fiesta, por supuesto... pero no he conseguido nada. Creo que no se mueve en nuestro círculo de conocidos.

—En este negocio sois quince. Así que ese tío es tan guionista como yo bombera. Conclusión: estáis diciéndome que buscáis a un tío que se llama Xavier, en París, que es corpulento y calvo. Genial. Ya mismo se me ocurre una idea de por dónde empezar.

Anaïs alza las cejas, inquieta por que hablen a Dopalet en ese tono. Pero lo cierto es que su expresión significa que entiende el concepto: como punto de partida no es mucho. Dopalet se guarda el iPhone en el bolsillo de la cazadora —por lo que a él respecta, la cita ha terminado.

—Quizá no sabes por dónde empezar, pero puedo decirte qué es lo que te motiva: tú pones el precio. Además, no buscas a «un Xavier» por toda la ciudad, buscas a un tío que conocía a Alex Bleach.

—Eso no me lo habías dicho.

—¿Lo del precio o lo de Alex Bleach?

—Las dos cosas.

—Se conocían. Y el tío que tiene las cintas seguía viéndolo poco antes de que

muriera.

—Alex Bleach...

—Me odiaba. Era una obsesión. Una obsesión ridícula. No sé por qué. Tuve que trabajar para él muchas veces... quiero anticiparme y conocer el contenido de esa entrevista antes de que pase a ser de dominio público... y tengo muy buenas razones para creer que eres la persona que mejor puede ayudarme.

No sabe por qué Bleach lo odiaba... La Hiena lo mira atentamente: ¿cuántas veces le encargó que se ocupara del caso Bleach? Si la hostilidad de Alex era una fijación, puede decirse que era compartida. Está bien situada para conocer la reputación del tío: violador, violento, antisemita, culpable de alianzas islamistas y malversador de dinero público. Ella es la causante de todo eso, se ocuparon del asunto en varios episodios. Si siguiera vivo, solo quedaría por endosarle la pedofilia. Conoce su caso, lo conoce bien. Si Bleach adivinó quién estaba detrás de las oleadas de hostilidad contra él, tenía sólidas razones para desear la pura y simple demolición del pequeño imperio Dopalet.

Alex era un blanco ideal —lo bastante expuesto por la fama para que la menor chorrada sobre él diera que hablar, pero no lo suficientemente protegido para que se corriera algún riesgo destrozándolo. Los periodistas se lo pasaban en grande. Para ellos, el tío representaba todo lo que había que destruir del siglo pasado, lo que llaman «el pensamiento único», el que pretendía poner freno a la brutalidad oponiéndole algunos puntos éticos, o un esfuerzo de generosidad... ese pensamiento único que ya nadie en la industria del espectáculo quiere defender, salvo tres o cuatro beatniks exaltados, del estilo de Alex Bleach. Se pueden contar con los dedos de una mano, hacen un disco cada cinco años, a eso se le llama dictadura. Los medios de comunicación se abalanzaban sobre todo lo que pudiera atentar contra su imagen. Les cabreaba que ese negraco se pegara la vida padre. Ni que decir tiene que, con su carita de ángel y su voz de crooner, debió de tirarse a más tías que todos los redactores jefes de París juntos. Y las acusaciones de violación y de violencia no echaban para atrás a las chicas, ya sabemos que a las heteros les encanta ese rollo. Una vez muerto, proclamaron unánimemente su talento, pero en todas las necrológicas se percibía el alivio. Uno menos. Alex Bleach formaba parte de esa ínfima minoría de artistas que no son hijos de nadie de la profesión.

Dopalet asume mentir, mirando a los ojos y ante un testigo, como si nunca antes hubieran hablado de Bleach.

—Bleach me llamó muchas veces, me insultó, me envió *mails* injuriándome... Dudé si denunciarlo, pero resultaba bastante complicado porque era muy famoso... ¿Te imaginas a la prensa enterándose de que estaba como una cabra?

—Sin embargo, podría decirse que nunca lo dejaste correr.

La insolencia lo saca de sus casillas, incluso a dosis homeopáticas. Ella lee en sus

ojos «no pierdes nada por esperar», pero de momento él cree que la necesita. Se levanta y dice sin mirarla:

—Quiero que sea rápido.

Luego sale del bar sin pagar las consumiciones y sin decir adiós, con el móvil de nuevo pegado a su pequeña oreja. Qué capullo. A la Hiena le gustaría explayarse con la ayudante, pero en sus ojos solo ve el placer de tener a un jefe seguro de sí mismo.

Sentada con las piernas cruzadas en el gran sillón del despacho, Sylvie lee el horóscopo de Rob Brezsny, del *Village Voice*, el del *Huffington Post*, el del *Figaro Madame* y el de Susan Miller. Hace lo mismo desde hace años. Una vida regulada como un reloj. Ahora tendrá que cambiarlo todo. Se levantaba a las seis, se preparaba un té negro y encendía el ordenador escuchando la radio a volumen muy bajo. Abría sus perfiles de Facebook —tiene tres. Los dos falsos le sirven para dejar comentarios que no le apetece asumir con su identidad real, para comprobar la fidelidad de sus amantes y para despistar a sus conocidos. Abrió su primer perfil falso para vengarse de los chavales del instituto que hacían la vida imposible a su hijo. Una vez cumplida su misión, le cogió el gusto a las identidades móviles. A las siete y media preparaba el Ricoré de Lancelot, su bagel tostado untado con Philadelphia, y entraba en su habitación para despertarlo. Abría las cortinas de par en par y entonces empezaba de verdad el día.

Lancelot se iba a la facultad y ella se ponía a jugar en el ordenador. Candy Crush, Ruzzle, Criminal Case... y así pasaba el resto de la mañana. Las tardes las dedicaba a sus cosas: pilates, manicura, aquagym, peluquería... Se las arreglaba para estar en casa cuando Lancelot volvía, no le gustaba la idea de que su hijo encontrara la casa vacía.

Lancelot se marchó hace quince días. Llenó sus cajas entusiasmado. Él, al que había que pedirle las cosas diez veces para que al final se decidiera con un suspiro a hacer algo. Eligió su ropa, apiló sus libros y tiró los papeles que llevaban años rondando por su habitación. No tuvo que ayudarlo, su eficacia le rompió el corazón. Lo peor fue su alegría. Legítima, comprensible y previsible. Pero muy dura de encajar.

Cuando su hijo era pequeño, nada la consolaba tan rápido como sus besos. Los recuerdos de su infancia son tan nítidos que no le sorprendería nada ver a Lancelot detrás de la puerta de la cocina, subido a un taburete, registrando los armarios en busca de una tableta de chocolate. Tenía que esconder los dulces en la parte de arriba, porque si no se atiborraba hasta ponerse enfermo. Todo eso se ha acabado. Aquel cuerpecito que ella devoraba con ternura. Sus diminutos pies, los edredones de Bola de Dragón Z. Las cosas se complicaron cuando ya había cumplido dieciséis años. Nunca dejó de quererlo pero habría podido matarlo, entre el fútbol y las gilipolleces machistas y fachas que soltaba a todas horas. Se sintió herida y traicionada, siempre se habían entendido muy bien. Tres años de tensión y luego pasó. Su hijo es de derechas. Al principio pensó que era solo por joderla, pero acabó admitiéndolo: los jóvenes inteligentes ya no son sistemáticamente de izquierdas.

Está enamorado. De una imbécil que se las da de gran señora, pero que no es capaz ni de sacar una pizza del horno. La niña es cristiana practicante. Esperemos que no le haga cargar con un crío a la primera de cambio... Han encontrado un piso de una habitación en el distrito XIX. Un barrio espantosamente triste en el que nadie

querría vivir. Los dos tortolitos son bastante sensibles a los temas del islam y del judaísmo, así que se lo van a pasar bien en la rue Crimée. Lancelot le enseñó el piso con la estúpida alegría que lo caracteriza desde que se enamoró. Sabe que su hijo debe alejarse de ella. A la madre no se la mata, se la abandona. Nunca ha sido tan generosa con ningún otro hombre, porque ningún otro la ha hecho tan feliz. Ni la ha dejado tan sola al marcharse.

Vernon le ha venido de perlas. Desde que está en su casa le vuelven a la memoria muchos recuerdos. Cuando iba a la tienda, él le abría el despacho, en la parte de atrás, para que pudiera liarse un porro sin que nadie la viera. Ella cerraba la puerta y se hacía rayas de heroína, que todavía no se chutaba. No hablaba de su consumo, en el *rock* podías permitirte todo, menos la mejor droga. Se desenganchó durante el embarazo, volvió con los primeros biberones, y solo lo dejó realmente, en una clínica de Suiza, cuando Lancelot estaba aprendiendo a leer. Es difícil ser una buena drogadicta, poca gente lo consigue. Los buenos drogadictos, como los buenos bebedores, son los que saben gestionar su consumo. Es un punto de equilibrio difícil de encontrar —dominar la sustancia que te encanta porque te hacer perder la cabeza. Ella formaba parte de esa élite. Pero a los treinta años se dio cuenta de que no bastaba con gestionar bien la droga. Envejecía más deprisa que las demás. Se desenganchó. Quince años después sigue soñando con cucharillas, con camellos que se retrasan y con dinero en efectivo. Ya verá con la menopausia. Si es tan difícil como dicen, se plantea volver a las drogas duras —ahora que Lancelot se ha marchado y que de todas formas su belleza se va a pique, por qué no pasar buenos ratos. Siempre ha soñado con residencias para la tercera edad en las que se pudiera elegir la medicina: MDMA cocaína hachís morfina o *crack*... ya que estás jodido, ¿por qué no disfrutar?

La época de Vernon, Revolver, escrito en letras rojas en la fachada negra de la tienda. Era otra vida. Todavía no era madre. Si entonces le hubieran dicho que algún día se volvería totalmente loca por Vernon Subutex, se habría encogido de hombros... ella era arrebatadora, era divertida, tenía a todos los hombres a sus pies. Le gustaba el vendedor de discos, pero tenía otras prioridades. Prefería a los músicos. Las grupis tienen mala prensa, pero es porque pueden hacer lo que los chicos sueñan y no se atreven a permitirse: chupársela a todo el grupo en el camión.

Si Alex no hubiera muerto unos días antes, probablemente Vernon no habría tenido la menor posibilidad. Su nombre ya no le decía gran cosa. Pero vio pasar en su muro el enlace a la película *La Brune et moi* y pulsó el like, él le mandó un mensaje privado y a ella le pareció bonito. Cuando se enteró de que buscaba un sitio para dormir unas noches, al principio se escaqueó —mi hijo acaba de mudarse, voy a hacer obras en casa... Pero Vernon había seguido viendo a Alex, quizá podría ayudarla a entender lo que pasó.

Alex Bleach había sido un accidente que la había marcado. Nunca volvió a ser la misma. Con el tiempo, pensaba en él cada vez menos.

Pero estaba convencida de que algún día volverían a verse, que él le pediría

perdón, que podrían explicarse. Era impensable haber sido tan íntimos y seguir enfadados. Pero Alex estaba muerto, ya no habría final feliz. Nunca podría decirle a la cara mira te he querido mucho, ya no te quiero, pero este amor asesinado ha sido espantoso. Él no le contestaría siempre he sentido que terminara tan mal. Nunca he sido tan feliz con otra mujer, no como contigo. Ella no lo sabrá. En qué momento empezó a mentirle. Sylvie está convencida de que no la dejó por otra. La dejó por una raya de heroína o una pipa de *crack*. Se marchó porque ella no le habría dejado destrozarse como lo hizo. Su amante no tenía cuerpo, ni número de teléfono ni libido, su amante era la sustancia. Sylvie conoce esa pasión. Nada libra de la angustia como la droga, ninguna mujer es tan de confianza y tan dulce como el polvo.

Alex era un tío al que iban a decirle que había vendido cien mil singles y se hundía en los abismos de la depresión. Era un auténtico hijo de obrero, le aterrorizaba el éxito. Era un hombre con vergüenza. Lo llamaba integridad. Le hería todo lo sofisticado. Invitarlo a tomar una copa en el bar de un hotel de lujo podía resultar peligroso —lloraba de rabia. Todo le hería. Sylvie le enseñó lo que sabía del mundo. Sentirse en casa en todas partes, no dejarse impresionar, jamás mostrar su timidez.

Sylvie quiso a Alex sin medida. Se entregó sin imaginar que podría traicionarla. Sin embargo, ser la novia de Alex no solo tenía ventajas. Estaban los aspectos divertidos: pasar delante de todo el mundo en las colas, ver las caras transformándose, llegarán donde llegarán, no tener más que decir su nombre para que las mejores habitaciones se quedaran libres... aunque su momento de gloria final era cuando bajaba del escenario y la buscaba con los ojos para saber qué le había parecido. ¿Ha estado bien? Ha estado genial. Mientras ella no hubiera dado su opinión, la de los demás —los aplausos de un Zénith— no era válida. Ser indispensable para él era una droga dura. Le encantaban los *flashes*, los celos de las chicas guapas, los gritos de los periodistas, la atmósfera de excepción y de peligro. Nunca se quejó de su posición —siempre fingió no oír las críticas vomitivas que la gente se permite hacer sobre la que se catapulta como favorita del héroe del momento. Nunca habría imaginado que el estatus de «oficial» se granjeara tantas hostilidades —el entorno de una estrella se pelea a muerte por todo y solo está de acuerdo en un punto: su novia le perjudica muchísimo. Ella sonreía apretando los dientes, le resbalaban los rumores y reproches que murmuraban al oído del príncipe. Estaba ahí para sostenerlo. Él sollozaba desde por la mañana, al despertarse, ella reunía toda su energía para levantarlo, como un entrenador de boxeo moviéndose alrededor de su luchador. Nunca se había visto a un monstruo tan quebradizo. Nadie podía imaginar que aquel bruto arrogante que hacía que se vinieran abajo todos los escenarios de Francia se convirtiera en un cachorro angustiado en cuanto se alejaba de los focos.

Desapareció de la noche a la mañana. Cortó con ella por contestador automático. Ella vio la cara de la nueva en los periódicos de cotilleos. No volvieron a verse. Nunca entendió qué había pasado. Tuvo que montarse sola una historia creíble, que le

permitió pasar a otra cosa. Mal que bien —cuando eres joven crees que todo cicatriza, ella aprendió que hay que amputar para sobrevivir.

Ya no pensaba tanto en todo esto. Hasta la muerte de Alex. Y la reaparición de Vernon Subutex. Sucedió sin más. Supo lo que iba a pasar en cuanto le abrió la puerta. Pero no imaginó que las cosas fueran tan deprisa entre ellos. Entró en su habitación la primera noche, hace quince días. Desde entonces no se han separado.

Sylvie tiene una cena con amigas esta noche, prevista desde hace mucho. Vernon se ha largado en cuanto se lo ha comentado. No quiere acoplarse. Ha cogido su bolsa, va a ver a un amigo, no volverá hasta mañana. Se ha echado a reír cuando ella ha insistido en que volviera a dormir con ella y le ha preguntado hasta qué hora podía volver. La ha besado un buen rato antes de marcharse. Ella se deshace cuando la toca. Hacía tiempo que no sentía algo así. El sabor del cuero y de la blasfemia, del hombre salvaje y peligroso. Vernon es cariñoso, Vernon la folla divinamente, Vernon es un poco inquietante. La verdad es que Vernon lo tiene todo para gustar.

Sylvie baja a buscar un taxi para ir a Iéna. La embajada de Somalia está tomada al asalto, como todos los días, la cola se extiende por la acera. La torre Eiffel está tan cerca que parece que bastaría con estirar la mano para tocarla. Le da una arcada al subir al taxi, huele a macho sucio. Teclea en su Samsung mensajes bonitos a Vernon. No le contesta en el acto. Se preocupa. Había olvidado hasta qué punto te vuelves idiota cuando estás enamorada. Sol de invierno, a última hora de la mañana el barrio de la Madeleine está desierto, las calles son gigantescas y Sylvie no se cansa de la belleza de la capital. Nunca ha vivido mucho tiempo en otro sitio —unos meses en Nueva York, unas semanas en Los Ángeles, le gustaba Estados Unidos en los años ochenta, como a todo el mundo. Pero ya no vuelve con el mismo entusiasmo —el 11 de septiembre señaló el fin del recreo. Adora Roma, le gusta Londres, le encanta Andalucía. Pero nada como París. A través del cristal del taxi, Sylvie observa desde lejos a tres chiquillas andando. Tres rumanas. Ve a una metiendo la mano en la mochila de una japonesa, la escena tiene lugar demasiado lejos para que pueda intervenir. Pasa por delante del Marcolini, un grupo de rusos filman los bombones. En primavera, los autocares de turistas sueltan a grupos de chinos. Ya no pasea por las secciones de lujo de los grandes almacenes.

En Lafayette Gourmet compra una caja enorme de pastelitos sadaharu: sabe que esta noche intercambiarán una mirada entre divertida e indignada cuando Laure no pueda evitar zampárselos todos. Como si no tuviera ya el culo bastante grande... Cuando Laure cena en su casa, Sylvie la lleva disimuladamente hacia el sofá por miedo a que su enorme pandero hunda su bonito sillón. Cuando hablan de tíos, Laure participa en la conversación como si fuera una más del grupo. Pero con su careto increíble y sus modales de camionero, el etilismo fiestero es la única posibilidad que tiene esta chica de echar un polvo de vez en cuando. Debe de ser terrible tener un físico que ningún régimen ni programa de musculación ni intervención quirúrgica puede hacer agradable.

Seguramente Marie-Suzanne monopolizará gran parte de la noche leyendo todos los mensajes que recibe de Bernard. Mantiene con ese viejo seductor una relación adúltera desde hace mucho tiempo, y guarda todos los *mails* y los mensajes en el móvil para que sus amigas puedan competir en ingenio explicando mensajes. Evitan decirle lo que todas saben: está tomándote el pelo, inocente, salta a la vista que se folla todo lo que se mueve.

Cuando Sylvie le contó a Vernon cómo son sus amigas, él la interrumpió extendiendo la mano y cantando «Stop! In the name of love», y luego le preguntó «pero ¿alguna de ese *pack* te cae bien?». Es una bruja. Es parisina. Lo que más le gusta de sus amigas es poder despellejarlas en cuanto se dan media vuelta. Si la conversación no es mordaz, a duras penas tendría interés. De alguna manera le va bien que Vernon no se quede. Le apetece contar que tiene un nuevo amante, que está medio instalado en su casa porque en estos momentos vive en Quebec —con sus amigas fingirá creérselo, aunque sabe que Vernon miente. No sabe nada de Canadá. Sylvie cree más bien que su anterior novia lo echó de su casa y que se inventó un rollo para que alguien lo acogiera... Le dirá la verdad cuando coja suficiente confianza. No es tan grave, todos los hombres mienten.

Apuesta a que en cuanto lleguen, todas las chicas exclamarán «¡vaya, estás increíble!». Porque se ve —un buen revolcón es más eficaz para la piel que una talasoterapia, así que quince días de polvos frenéticos son como si hubiera rejuvenecido diez años. Le ha equilibrado los chakras, directo. Les dirá que es prácticamente de su edad —sabe, porque se lo han chivado amablemente, que esas malas pécoras van diciendo que se folla a tíos jóvenes porque le dan miedo los maduros... Es fácil de entender: si una de ellas se tirara a Brad Pitt, las otras pondrían mala cara y asegurarían que ya no es ni sombra de lo que era. Pero, en realidad, con su amante rockero, indomable y sentimental, va a hacer que se mueran de envidia.

Esperará a que hayan llegado todas, dejará las almendras tostadas justo delante de Laure, y cuando las chicas empiecen a impacientarse —venga, cuenta, ¿qué te ha pasado para que estés tan radiante?—, les contará que él está enamorado de ella desde los veinte años pero que hasta ahora no se ha atrevido a declararse. A ella le pareció que había envejecido muy bien y le apetecía aprovechar su vida en solitario ahora que Lancelot se había marchado, joder, chicas, qué queréis que os diga, nunca me han follado tan bien, ¿cómo queréis que no me enamore apasionadamente?

No es del todo mentira. En la cama se lo monta bien. Sabe lo que hace, aunque tiene los defectos de los tíos que se han tirado a demasiadas tías, los que follan en serie acaban perdiendo *feeling*. Lo que ganan en técnica lo pierden en intensidad. De estos pequeños matices no comentará nada. Les ofrecerá más bien una teoría sobre el reloj biológico: llega un momento en que el cuerpo entiende que solo le quedan unos años de esplendor y se dispone a lanzar los últimos cohetes —goza como no ha gozado nunca. Al menos, eso es lo que dirá.

Se alegra de que no haya querido quedarse, aunque solo sea por sentir lo mucho

que lo echa de menos cuando apenas hace unas horas que se ha marchado. Y se sentirá más cómoda si tiene tiempo de mandarlo al dentista para que le hagan una limpieza a fondo antes de presentárselo a nadie. Si no, da igual. Físicamente está muy presentable, y a su conversación no le falta encanto. La próxima vez que organice una cena de mujeres se dará el gusto de presentar al salvaje.

Se andará con cuidado. Por su parte, se ha acostado con casi todos los novios de sus amigas. La verdad es que el tío tiene que ser un horror o tener graves problemas de higiene para que no intente tirárselo. ¿Hay algo más excitante que el novio de una chica con la que te llevas bien? Sobre todo cuando parecen felices juntos. Una mamada rápida en un ascensor cura la envidia que te da la felicidad de las demás.

Sylvie se para delante del escaparate de Eres, el conjunto de satén amarillo de encaje le llama la atención. No ha sido premeditado pero, ahora que lo piensa, le parece adecuado comprarse ropa interior que no haya llevado con otro. Tener a alguien en la cabeza todo el tiempo. Los gestos de él cuando follan. La idea es casi más enloquecedora que la cosa en sí. Un calor constante, de fondo, imágenes muy poco correctas y tanto más excitantes cuanto que la acompañan por la calle. ¿Cuánto tiempo hacía que no tenía un rollo con un hombre que la atrajera y que estuviera disponible? ¿Cuánto tiempo llevaba sin hacer planes de vacaciones con un hombre que no fuera su hijo? Va a proponerle que pasen una semana tumbados junto a la piscina del Chateau Marmont, al menos Vernon sabrá de qué habla. Alquilar un coche y recorrer Amoeba con él. Los tíos dicen que no llevan bien que los mantengan, pero su experiencia le ha demostrado lo contrario. Les gusta mucho que la mujer con la que se acuestan los cuide. Fantasías de macarra, quizá, en todo caso les gusta que los mimen.

Elige varios conjuntos y se encierra en el probador. Hace un mes se probaba la ropa lo más rápido posible, pero el deseo de Vernon la ha reconciliado con su imagen. Ahora se observa con el conjunto de satén y ve a una chica muy guapa. Sus esfuerzos han dado resultado. Los tríceps y los pectorales están más firmes, y el pecho se mantiene erguido. La barriga está impecable, el buen trasero tiene un aspecto estupendo y las pantorrillas están lo bastante perfiladas para estilizar los tobillos. Sylvie se gira, se mira —está buenísima. Todavía no está preparada para detenerse demasiado en la cara. Las primeras inyecciones de bótox fueron milagrosas, pero duraron poco. Las extensiones ayudan a disimular la falta de firmeza del rostro. Todavía no se ha hecho ninguna operación seria. Espera a tener diez años más.

Mientras aún eres joven, no entiendes la crueldad de lo que inevitablemente llega. Aunque lo sabes. Pero no te das cuenta. Como todas las chicas jóvenes, Sylvie pensaba que su belleza era una cualidad suya: envejecería, pero seguiría siendo guapa. Estar encerrada en su piel se ha convertido en una tragedia, una injusticia terrible de la que no puede quejarse a nadie. Durante mucho tiempo creyó que si se cuidaba, todo iría bien.

Eso se acabó un verano. Estaba en la ducha, refrescándose del calor del sol y

quitándose la sal. Al secarse, le sorprendió notar un poco de arena debajo de los pechos. Entonces la evidencia la golpeó. Se quedó estupefacta, como si la hubiera atravesado una flecha invisible. En pleno corazón. Acababa de entenderlo: en cuanto se caen, hay que pensar en levantarlos cuando te duchas. Recordó la prueba del lápiz —cuando era pequeña, las mujeres lo comentaban: si te metes un lápiz debajo de los pechos y no se cae, estás jodida. Levantó los ojos hacia su reflejo, en el espejo empañado —hacía tiempo que no se observaba desnuda. Siempre con ropa interior o con bañador. Así empezó. Y el episodio no databa del verano pasado.

Pero ahora va a aprovechar ese cuerpo. Van a pasárselo en grande con una pasión más ardiente que cuando era joven y aún no sabía que era urgente que lo aprovechara.

Desea estar con él todo el tiempo. Al final, lamenta no haber anulado la cena con sus amigas —cuando estamos sin pareja, decimos que no queremos volver a estar pegados a alguien las veinticuatro horas del día, que la fusión es pésima y que la despreciamos, pero solo la despreciamos en los demás. Se hace varias fotos, en varias posturas, en un ángulo que la favorece, por una vez la luz es clemente. Y antes de pasar por caja, manda por Facebook, en mensaje privado, las mejores. Luego escribe «la verdad es que preferiría que estuvieras en mi cama esta noche, tendría que haberte dejado las llaves. ¿Estás seguro de que no quieres volver?». Quiere su polla, sus manos, sus bromas, quiere ver la tele con él, quiere su olor, quiere su actitud... No sabía que estaba preparada para una historia tan fuerte.

¡Que lo deje en paz, por favor, que lo deje! Escucha a Johnny Cash con los cascos, bebiendo cervezas. Respira. La ha llevado diez días a la espalda, *non-stop*. Esta tía empieza a hablar en cuanto abre un ojo. Aspira todo el aire. La primera noche le hizo gracia, pero no tardó en darse cuenta de que era una cotorra, pegada a su hombro y controlando hasta su más mínimo gesto. Y no hay manera de dejar que parlottee y pensar en otra cosa. No soporta que desconectes. No soporta casi nada. Él fuma demasiado, come mal, su humor deja mucho que desear, está echando barriga, pasa demasiado tiempo en el cuarto de baño, no ha leído bastante... y cuántas cervezas te has bebido, dime fumas mucho podrías abrir las ventanas, venga, ábrelas, ahora ciérralas, hace mucho frío, haces demasiado ruido no puedo dormir, a ver no podrías dejar los platos en el fregadero cuando terminas de comer... ¿Cómo, que tú escuchas esa mierda? ¿Que te gusta Stromae? Tengo que presentarte a mi hijo, podréis escuchar música de mierda juntos. Y ayúdame a hacer esto, y yo hago la comida así que corre a la cocina y pérame estas verduras, y baja la basura, y ¿sabes arreglar un armario? ¿No? Su sonrisita burlona, ay los hombres, todos sois iguales, no servís para nada. Y sus gestos de niña pequeña cuando va a besarlo —piedad, mujer, tienes ciento siete años, deja de hacerte la cría cuando me besas, y deja de besarme a todas horas, no soy un muñeco...

Al principio se lo tomaba bien. Necesitaba creer que la cosa funcionaba. Al llegar a su casa casi le da un ataque de pánico: Sylvie estaba arrebatadora, total *look* heroína de Hitchcock, vestido negro clásico, por debajo de las rodillas, tacones altos y el pelo recogido. Tuvo claro que iban a follar y temió no estar a la altura. Sylvie había sido una de sus grandes fantasías de juventud. Su casa lo dejó acojonado: gruesas alfombras, dorados horteras, cuadros de paisajes —ni que estuviera en casa de una abuela burguesa en plenos años ochenta. Pero el sofá era cómodo y la pantalla de la tele gigantesca. A las mujeres el dinero les sienta bien, y el hecho de que a ella el tiempo la hubiera estropeado un poco la hacía aún más excitante, con un toque de vulnerabilidad. Cruzaba y descruzaba las piernas mirándole desde abajo, se reía a carcajadas con cada una de sus reflexiones, se inclinaba hacia delante para escucharlo con aire apasionado. Vernon había olvidado hasta qué punto te sientes vivo exactamente en ese momento, cuando sabes que avanzas, y cada gesto confirma esa impresión. Sintió en sus venas una euforia extraña y característica: la deliciosa embriaguez previa al primer polvo.

Sylvie tiene muy buena memoria. Vernon se sintió halagado de que recordara las fiestas y los conciertos en los que se habían encontrado. Ella lo consolaba de una pena que no sabía que fuera tan fuerte. No se había dado cuenta de hasta qué punto se había sentido solo en los últimos tiempos. Escucharon a John Lee Hooker y a Cassandra Wilson. Hablaron de Alex, a Sylvie le había afectado mucho su muerte, él entendió que para ella la historia seguía siendo dolorosa y evitó educadamente decirle que Alex casi nunca hablaba de ella, que no era una de las mujeres que lo habían

marcado. Luego ella dijo es tarde debes de tener hambre, voy a ver qué tengo en la cocina. Vernon se levantó para buscar Thee Oh Sees en su iPod —se encontraron cara a cara, ella dio un paso adelante, él se inclinó hacia ella y no volvieron a hablar de cenar hasta las cuatro de la mañana.

La primera noche fue gloriosa. La desnudó despacio, entre dos abrazos. Sus gestos eran sensuales, se movían a cámara lenta. Descubrió que tenía una pequeña pantera tatuada con tinta negra entre el ombligo y el pubis. Las pieles se sincronizaron, en la oscuridad la voz de Sylvie se hizo más ronca. Vernon llevaba años sin follar —cuando se levantó a buscar tabaco, vio su reflejo en el espejo de la entrada: sonreía como un idiota sin ser consciente de ello. Y lo más divertido era que se sentía incapaz de borrar aquella sonrisa. Sentía viejas fuerzas reavivándose en su interior.

Se entendían bien. En aquella casa había un sitio para él. A ella le gustaba cocinar para él, a él le encantaba su cama gigantesca, la cajita metálica roja en forma de corazón llena de hierba, a ella le gustaba que él eligiera la música, que cogiera el mando a distancia y decidiera qué ver en la tele, les gustaban las mismas series y pasaron varios días abrazados, con las cortinas cerradas. Le daba la impresión de que ella estaba allí para lamerle las heridas y de que él podría vendar las suyas. La poseía con suave violencia, manipulaba su cuerpo, le daba la sensación de que fingía cada vez menos y gozaba cada vez más. Sin embargo, sabía por experiencia que hay que desconfiar de las mujeres que sienten la necesidad de repetir diez veces al día que quieren a su hombre. Suele esconder algo feo.

Pero el bombardeo sin tregua de opiniones negativas tardó poco en destrozarlo. Su espíritu crítico, que al principio le hacía reír, acabó con su buen humor. Lo único que no desataba la hostilidad de Sylvie eran las cosas muy viejas: las películas de Billy Wilder, la música de Coltrane y las novelas de Flaubert. Y algunas marcas de lujo. El resto del tiempo, fuera cual fuera el tema y sin callarse jamás, se dedicaba a hacer listas de impostores, de hipócritas, de imbéciles, de pretenciosos, de auténticos capullos y de falsos talentos... Vernon empezó a encerrarse en el cuarto de baño. Iba cada media hora en busca de un poco de tranquilidad —pero ella se pegaba a la puerta y seguía acribillándolo. Ya no se atrevía a hacer un solo gesto —el terror a que se cabreara con él lo paralizaba. Se levantaba a las seis de la mañana para tener tiempo de tomarse un café tranquilo antes de que ella apareciera.

Sylvie no solo es negativa como una lluvia fina que te hiela todo el día, sino que no duda en amenazarte cuando le llevas la contraria. Una tarde en que lloraba después de haber ido a ver a su hijo a su piso nuevo, porque le parecía muy duro que la tratara casi como a una extraña, Vernon quiso quitarle importancia: «Bueno, acuérdate de las ganas que teníamos nosotros a su edad de ver a nuestros padres». Giró hacia él una cara deformada por el odio, lo insultó copiosamente —¿qué sabía él de la maternidad para hablar?— y le propinó varias patadas fuertes para que se marchara de la habitación. Él dejó que se calmara y fue a echar un vistazo al botiquín del cuarto de

baño, donde encontró ansiolíticos. Desde ese día se tomaba uno cada mañana, en cuanto la oía levantarse. Pensaba en una chica en cuyo blog había leído que se tomaba medio Lexomil antes de cada sodomía. Vernon no había vuelto a dar su opinión sobre nada. Sylvie encontró su ritmo: alternaba las fases de euforia amorosa con las crisis de agresividad demente, y luego pedía ternura y sexo como si no hubiera pasado nada. Él se adaptaba a sus exigencias con la sensación de que se enroscaba cada vez más en sí mismo, y solo fingía buen rollo para evitar follones. Contaba las embestidas pensando en protegerse las lumbares —follar se había convertido en un marrón, la única manera de conseguir que se callara cinco minutos.

Ahora, encerrado en su habitación de hotel, cuarenta euros la noche, Vernon respira. Hace lo que hacía cuando tenía casa. Entra en las webs de periódicos, anota todos los títulos de discos reseñados y los escucha bebiendo cervezas. Nadie puede decirle cuántas cervezas te has bebido hoy, no dejes los calcetines encima de la cama están sucios.

Le queda poco tiempo para recuperar sus cosas. No consiguió hablar del tema con Sylvie. Al principio esperaba el momento adecuado, y luego entendió que si ella le prestaba tanto dinero sería como si se hubiera comprado un perro, ya no estaría dispuesta a quitarle el collar. Se pregunta si los alguaciles metieron sus cosas en cajas o si lo echaron todo en bolsas de basura... Toda su vida material, las pocas cosas que tiene: los cuchillos Laguiole que se llevó de casa de su madre, las cacerolas que compró en Ikea un día que lo llevaron en coche, el edredón de plumas de oca auténticas que arrastra desde los treinta años. Los objetos que ha limpiado, conservado y utilizado. Y los papeles, tanto tiempo clasificándolos. Algunas fotos. Su tarjeta de votante. Que nunca ha utilizado. Las cartas a las que tenía cariño. Todo eso en manos extrañas, ni hostiles ni benévolas, manos cuyo trabajo consiste en saldar la vida de los que tienen deudas. Su pasado confiscado, como estar muerto en vida. Es tan vulnerable que le da la impresión de que un cordón invisible lo ata a esas cosas, y de que cuando se dispersen, se disolverá en el espacio.

Si hubiera hablado sinceramente con Sylvie de su situación, ella habría podido sacar mil euros como él pagaría un cortado. En su mundo, mil euros son un par de zapatos. Un bolso cuesta más. Suele decir «me importa una mierda el dinero», como si fuera una cualidad excepcional. Pero nunca le ha faltado —al divorciarse se quedó con el piso, más una pensión alimenticia equivalente a dos salarios mínimos, y siguió gastándose el dinero de las propiedades gestionadas por sus padres. ¿A quién no le importaría una mierda el dinero en esas condiciones? Vernon también sería un poeta convencido si nunca hubiera tenido que preocuparse de pagar un alquiler.

Podría responder a su mensaje en Facebook «Tesoro pienso en ti estoy impaciente por volver a verte», y dejarla macerándose, presentarse por la mañana con dos cruasanes, poner cara de pena y confesarle te he mentado ya no tengo casa no me atrevía a decírtelo. Luego bastaría con dejarse llevar. Ella se encargaría de todo. Él tendría que dejar disimuladamente en su sitio varios libros que se llevó prestados, así

como el reloj de oro, que debe de ser de su hijo. Cogió lo que pudo antes de marcharse, mientras ella se duchaba. Se cuenta cuentos para tranquilizarse, se promete compensarlo en cuanto pueda. Se justifica: no fue premeditado. Ella habló de la cena, él supo que iba a largarse, se imaginó en la calle sin un céntimo en el bolsillo y arrambló con dos o tres cosas. Una venganza mezquina. Pero pragmática: ha vendido los cinco libros edición de lujo en Gilbert Jeune, dos Stendhal y tres Karl Marx: cien euros. En efectivo. La bajeza de su gesto no le ha privado del placer de volver a bajar por el boulevard Saint-Michel en busca de un hotelito en el que pasar la noche tranquilo. Se las apaña.

La habitación de hotel con wifi más barata está detrás de la Bastille. Conoce esa calle. Céline vivía allí. Era el verano de «Groove Is in the Heart». Céline estaba loca, no aguantaba el alcohol y bebía a diario. Pero antes de que lo echara a la calle insultándolo porque pensaba, con razón, aunque él nunca lo reconoció, que se había ligado a otra tía en sus narices, habían pasado un verano bastante guapo juntos. El barrio aún era tirando a cutre. Iban al cine todos los días. Céline era proyccionista, tenía un carnet que le permitía entrar gratis con quien quisiera en cualquier sala. Hacía mucho calor, buscaban salas climatizadas. Les gustaba la sala con pantalla grande de la place d'Italie, aunque no era donde ponían las mejores películas. A ella le gustaban Carax y Téchiné, él prefería a Scorsese y De Palma. Vernon no había vuelto a pensar en Céline. Tenía unas tetas fantásticas.

Encuentra tres mensajes privados de una periodista, Lydia Bazooka, que no ha creído necesario esperar cuarenta días antes de ponerse con la biografía de Alex. Los buitres toman posiciones alrededor del cadáver todavía tibio, se reservan los mejores sitios antes de la batalla campal. La tía contacta por internet con todas las personas que conocieron a Bleach, y a Vernon le sorprende que haya llegado ya hasta él. Nunca ha aparecido en los retratos oficiales. Como a muchos de su edad, a Alex le marcó el cometa Cobain. Solía repetir que lo ideal para la industria discográfica era trabajar con un cantante muerto. Por eso los empujan a la tumba con entusiasmo. Lydia Bazooka recuerda que algunas veces Alex mencionaba la Revolver en sus entrevistas. Cuando la tienda aún existía, era un golpe de publicidad considerable, aunque muy pasajero. Es extraño darse cuenta después de lo mucho que intentó Alex apoyarlo, y de que él nunca se lo tomó como buena voluntad sino como una forma de afirmar su poder. La periodista es insistente. Le dan ganas de mandarla a cagar. La muerte despierta en él una ternura que no sentía desde hacía mucho tiempo. Vernon decide no contestar, luego cambia de decisión y envía «apuesto a que no vas a pillar mucho por ir a mear a su tumba». Lo hace por el placer de ver su triste nombre en un libro y le parece perfectamente legítimo explotar lo que le caiga en las manos.

Vernon espera que ella se ofenda o se justifique. Le contesta al momento «me suelen pagar una miseria, no te preocupes. Pero ven a verme y hablamos, te invitaré a un café, por el desplazamiento». Y como él tarda en reaccionar, añade «me encantan tus ojos en las fotos, me gustaría mucho verlos en directo». Es divertida. Busca fotos

de Lydia Bazooka en Google, y solo encuentra dos. Es bajita, con la nariz redonda y demasiado grande, el pelo fino y la piel blanca. Lo compensa con su estilismo: un gran escote, largas uñas y una minifalda muy corta. Una *pin-up* estudiosa que saca partido a lo que tiene. Perfecta. En su caso, ser más bien fea se convierte en una ventaja, sus esfuerzos son conmovedores. Vernon le pregunta dónde vive.

Encuentra en internet varios artículos que ha publicado sobre Alex. Su enfoque es precipitado, pero más legítimo de lo que habría pensado. Es una auténtica fan, desde el principio. Buscando, da con un montón de textos en honor al cantante muerto. Ahora han pasado a otra cosa, ya no se habla de él en las redes sociales. Pero en los tres días posteriores a su muerte, todo el mundo sacó su artículo. Ofrecido como pasto a una chiquillería con mandíbulas que castañetean en el vacío y sueltan palabras que nadie lee.

Luego Vernon se interesa por los mensajes amistosos que le manda Louis, un antiguo cliente de la tienda que no sabía que fuera tan amigo suyo. Louis se dirige a él con un entusiasmo sospechoso —Vernon recuerda a un chico tan jovial como arisco, lo uno no excluye lo otro. Le llama la atención la cantidad de vídeos y fotos de GBH, Exploited y Kortatu que el tío acumula en su muro... ¿Qué edad debe de tener ahora? ¿Cuarenta años? Cuando ve que ahora vive en Cergy-Pontoise, se limita a mantener la conversación en un tono cordial, sin decirle que no tiene casa. Louis se ha hecho librero, le gustan las novelas policiacas y dar su opinión sobre cómo está el mundo. Siria le apasiona, está convencido de que Bashar al-Ásad es víctima en Occidente de una contrapropaganda vil, orquestada entre Israel y Washington, por el famoso frente común judeomasónico. Forma parte de esa extrema izquierda virulenta que parece estar a punto de pasarse al lado oscuro de la fuerza. Lo que fascina a Vernon, desde Xavier hasta Sylvie, pasando por Louis, que no tienen gran cosa en común, es que no dudan de nada. Sin embargo, ven perfectamente que nadie está de acuerdo con ellos en nada, podrían tenerlo en cuenta y preguntarse qué van a hacer con esa explosión de ideas tan lúcidas como contradictorias. Al contrario, la adversidad parece reforzarles en la certeza de que tienen razón.

Facebook ya no tiene nada que ver con el alegre caos del que él formaba parte hace unos diez años. No terminaba de quedar claro si se trataba de un gigantesco follódromo, de una discoteca o de la puesta en común de todas las memorias sentimentales del país. Internet inventa un espacio-tiempo paralelo, la historia se escribe de manera hipnótica —a una velocidad demasiado rápida para que el corazón introduzca una dimensión nostálgica. Todavía no hemos tenido tiempo de captarlo cuando ya estamos en otro paisaje. Vernon recorre su Facebook como si vagara por un cementerio, los últimos habitantes son zombis furiosos, que vociferan como cobayas encerradas en una celda, a las que han despellejado vivas y les han echado sal en las heridas.

La única un poco divertida en esa galería de los horrores es Lydia Bazooka. Vernon rasga un paquete de patatas fritas, abre una cerveza y busca algo que ver en la

televisión. Sabe que tiene que hacerla hervir a fuego lento. Si contesta de inmediato, la agradable tensión erótica que se va creando entre ellos se aflojaría enseguida, como una goma vieja. Bloquea a Sylvie, que lo acribilla a mensajes cada vez más preocupados. Al comer, lo llena todo de migas y piensa mucho en Sylvie y en los gritos que pegaría si lo viera, lo machacaría a insultos y amenazas, y luego se acurrucaría contra él como una niña y le exigiría que le dijera te quiero. Se siente bien solo. Tiene dinero para pagarse otra noche, sin contar con el reloj, que aún no ha vendido, está cubierto por unos días. La pequeña Lydia Bazooka tendrá que esperar.

I fink u freaky and I like you a lot —el sonido de Die Antwoord se escucha vagamente como fondo sonoro. El bar está lleno. En la pantalla del móvil, resquebrajada porque se le cayó justo cuando acababa de cogerlo, Lydia controla simultáneamente sus actualizaciones en Instagram, Facebook y Twitter. Es compulsivo. Infobesidad. Esta noche en concreto espera un mensaje de Vernon Subutex. Es por el curro. Ha medio aceptado quedar con ella. Pero si está tan nerviosa no es por el curro. Lo desea lo desea lo desea y no son imaginaciones suyas: está ligando con ella. Ha pasado cuarenta y ocho horas pegada a su página —el menor like era como una embestida de pelvis, un comentario equivalía a una eyaculación, y cada mensaje privado aumentaba su frenesí. En sus intercambios no había nada explícito, pero ella habría jurado que estaban en la misma onda: sexo, sexo, sexo. Pero desde ayer, sábado, él apenas ha entrado en Facebook para dejar un like a toda prisa. Fisga en su muro preguntándose qué coño estará haciendo. Ojalá no cambie de opinión. Aparte de que la excita, necesita verlo para su libro. Porque en eso, en el tema del curro, no lo tiene todo tan bien encarrilado.

En su mesa charlan del servicio posventa de las compañías telefónicas, cada uno tiene su anécdota desastrosa —con las habituales bromas sobre el acento de los técnicos. Esa mesa no es el line-up ideal. A Lydia no le gusta que la vean con personas que no la impresionen. Cree tanto en la comodidad de las relaciones como en las ventajas de las Nike sobre los zapatos de tacón. Las zapatillas son más cómodas y mejores para la espalda, lo que no impide que tengamos mejor aspecto con taconazos. Lo mismo pasa con las compañías: si lo que ves desde fuera no te hace soñar, es que no te has sentado a la mesa correcta. Ahí, por ejemplo, ella no es más que *madame nobody* sentada a una mesa de anónimos mal vestidos. No es como para sentirse revalorizada.

Mensaje de Cassandre: están en el Mécano. Como sabe que la información no bastará para que Lydia mueva el culo y se reúna con ellos, y Cassandre quiere que vaya porque cree que si no lleva coca encima, al menos tendrá el número de un camello, le manda otro mensaje: «Paul acaba de llegar. Solo».

De acuerdo. Lydia cierra su iPhone y lo mete en el bolsillo de su Balenciaga, que mantiene todo el tiempo sobre las rodillas, su único bolso de marca le ha costado un riñón, si lo mancha o se lo mangan se hace el harakiri.

No tiene coca. Su camello sigue de vacaciones. Cuando no está en una boda en Normandía está en el sur con su madre, de compras en Amsterdam, en Berlín viendo a un amigo o en Toulouse para una boda. Sin contar con que se toma un descanso en Navidad, y se marcha en Semana Santa y seis semanas en verano. Ciento diez euros el gramo, la última vez. No le extraña que los camellos no estén a favor de la legalización. Les resultaría más difícil triplicar los precios en seis meses. Ciento diez euros el gramo —creyó que los amigos para los que la compraba iban a dejarla fuera de la fiesta. La verdad es que su camello vendía el gramo a cien euros, pero Lydia

pensó que, ya que se desplazaba a Saint-Ouen y que luego andaba con diez gramos encima, los demás bien podían aportar su cuota para pagarle un gramo. Pero ciento diez euros, pusieron mala cara. Sobre todo porque la coca no era nada del otro mundo. Además lo llamaban coca por darse el gusto, ya que en realidad era speed. A las tres de la mañana tuvieron que sacar las cajas grandes de pañuelos, todos estaban al borde del colapso nasal. Vete a saber lo que llevaba. El caso es que esta noche no tiene plan de camello.

Lydia sale del bar como si fuera a fumarse un cigarro, sin despedirse de nadie. Mañana nadie estará en condiciones de acordarse de que se marchó como una ladrona. Pero si dice que se va, corre el riesgo de que alguien se le acople para ir al Mécano.

Se necesita cierta dosis de arrogancia para ir de Bastille a Oberkampf a pie, sola, con tacones altos y falda por encima de las rodillas, pasadas las once de la noche. Todos los cabrones están de servicio. Los milicianos sienten que tienen una misión: joder la vida a las chicas que van solas por la calle. Evitar todo contacto visual. Avanzar deprisa. Mantenerse erguida, imaginando que llevas un sable en el Balenciaga, a lo Beatrix Kiddo. Cerrar el pico y darse prisa. Ruiditos con la boca para llamar su atención. Insultos: guarra, zorra, cacho puta, petarda ven aquí, dónde vas ven p'acá, racista, pija de mierda te vamos a dar bien, menudo culo, cuidadito nena, vaya boca tienes para chuparla. No aflojar el paso. Le gustan los hombres, le gustan con pragmatismo, con energía, le gustan con todos los poros de su piel y desde lo más profundo de su vientre. Pero también le gustaría poder matar a algunos. Que hubiera una licencia —legítima defensa. Vais en pandilla, me seguís y me amenazáis —saco mi sable y os decapito. Está acostumbrada. Hay que tener carácter para ser una calentorra. Nadie en el mundo te apoya. Ni los tíos con los que vas, ni las tías que son tus amigas, ni los tíos a los que no se la vas a chupar. Un día en Sebastopol un plasta la agarró de la muñeca para obligarla a ir con él, ella apartó la mano diciéndole «pírate» y el tío se puso rojo, ella vio que iba a revolverse y a darle un guantazo. La obligó a pedirle perdón. Ella lo hizo y siguió andando a toda prisa. En todo el rato que la retuvo amenazándola, no vio a nadie reduciendo el paso o girando la cara para echar un vistazo. Podría haberla matado a patadas en la acera, y todo el mundo habría mirado hacia otro lado.

Entra en el bar. Ty Segall en los altavoces. Lydia ve la mesa de Cassandre, Paul sonríe al verla. Como no queda ninguna silla libre alrededor de la mesa, Paul se aprieta contra su vecino de asiento para hacerle sitio. Ella se coloca a su lado sin mostrar su alegría. La verdad es que no es guapo. Pero es sexi. Nunca se sabe de qué depende, hay tíos con los que queremos acostarnos. Le gusta su descarado cuando liga. No es agresivo, no te apremia. Pero va directo al grano. La parte de arriba del cuerpo de Lydia no le presta atención, se ha girado hacia Cassandre, a quien resume el concierto de los Chacals, el sonido de mierda, los chavales raros que bailaban una especie de *post-pogo*, patético aunque conmovedor, los temas, que se parecen todos y

al principio te da un subidón porque funciona, el grupo arranca, pero al sexto el subidón se convierte en bajón y vas a tomarte una cerveza. Por debajo de la mesa, resguardada de las miradas, su pierna ha encontrado su lugar contra la de Paul. Sus muslos se juntan sin que sus rostros delaten la menor emoción. Ella mira a su alrededor, sonriente y plácida. Su estómago es una cabalgata, desea metérsela en la boca con una mezcla de excitación y de gratitud —le parece fantástico que él desee lo mismo. Aun así, echa un vistazo a su iPhone, todavía sin noticias de Vernon. Paul la ve:

—¿Esperas a alguien?

—No. Solo echaba un vistazo. Es que estoy escribiendo la biografía de Alexandre Bleach y espero respuesta de un amigo suyo, tenemos que vernos para que lo entreviste y me está dando largas...

Han entrecruzado los tobillos, las manos están encima de la mesa, no participan. Cuánto le gustan sus ojos —su manera de sonreír con la mirada. Hace meses que se buscan y no han encontrado la ocasión. Ella siente que se humedece, lo que la excita todavía más. No había imaginado que sería tan directo. Soporta bien a los tíos tímidos, tiene sus técnicas para ayudarlos a dar el primer paso, pero cuando saben lo que quieren la vuelven loca. Cassandre los vigila, pero nada en su actitud delata lo que pasa fuera del encuadre. Dice que le parece repugnante que Lydia engañe a su novio, Olivier, tan a menudo. Pero lo que le pasa a Cassandre es que es demasiado guapa para acostarse con cualquiera. Es selectiva, va con su físico. Pero al final le da la impresión de que le toman el pelo. De que no aprovecha. Tiene razón. Si se trata de ir de icono inaccesible y de aburrirte sola por las noches en la cama por ser virtuosa mientras tu novio superyupi está siempre de viaje en el extranjero... al final, más vale ser una tía del montón que puede pasárselo en grande y acostarse con todos los tíos follables y disponibles. No serán jóvenes toda la vida, y están en la única edad en la que la calentura viene sin dosis de patetismo.

Paul le dice al oído, en tono neutro:

—Perdona, últimamente no he podido decirte nada por Facebook, mi mujer controla que no hable con otras tías.

—¿Es celosa?

—Un infierno.

—Con razón. Mi chico también es celoso.

Sus piernas se presionan y se frotan lentamente por debajo de la mesa, cada milímetro de piel en contacto declara que van a pegarse un revolcón salvaje. La cuenta atrás es mortificante. Lydia nunca había sido tan consciente de su rodilla, que busca la del otro. Cassandre se inclina por encima de la mesa y le pregunta en voz baja:

—¿Tienes... farlopa?

Desde que pasó seis días de vacaciones en Barcelona ya no la llama de otra

manera, ni siquiera cocaína —farlopa. Lydia también se inclina y le indica que no con un gesto.

—Nada. ¿Quieres? Creo que tengo a un amigo en el barrio, pasa en un bar a dos calles. ¿Quieres que vaya a ver?

Sí, a Cassandre le gustaría. Le cuesta pasar una noche de juerga sin hacerse rayas. Dice que es consumidora ocasional. Pero cuando no hay, llamaría al mundo entero para solucionarlo. La excusa es perfecta, Paul coge su chaqueta.

—Si tienes un plan, me apunto. ¿Voy contigo?

Cassandre tiene tantas ganas de empolvase la nariz que no se queda con la copla. Suele ser algo más aguda. Y perversa. Pero le apetece demasiado meterse una raya para darse cuenta de lo que pasa.

Fuera, dan unos pasos hablando del último concierto de Gossip, giran una esquina, Paul ve a una pareja entrando en un edificio y se le ocurre sujetar la puerta mientras sigue hablando con ella, como si uno de los dos fuera a entrar en su casa y terminara la conversación antes de llamar al ascensor. La pareja no se fija en ellos, sube la escalera sin girarse. Paul tira de Lydia y la mete en el portal, hay un rincón detrás del ascensor. Es la primera vez que se besan, y están lo bastante alcoholizados para que sus gestos sean fluidos, pero no tanto como para montar un numerito. Al día siguiente ella recordará cada segundo de ese momento. Porque en la vida solo le interesa eso, pero le interesa mucho: la primera vez que besa a alguien, la primera vez que él le levanta el jersey y le coloca la mano en el sujetador, mueve la punta de los dedos para apartarlo, para quitárselo, la primera vez que ha apoyado la palma de la mano contra su polla, todavía dentro del pantalón, y que estaba tan empalmado que ha creído que iba a desmayarse, la primera vez que él se ha dislocado la muñeca para deslizarle la palma de la mano abierta por el coño, y que dos dedos se han introducido directamente en ella, que la ha penetrado con los dedos como nunca lo habían hecho y que ha gozado al instante, de pie, con la pelvis levantada hacia él y los ojos clavados en los suyos para que pudiera ver el efecto que le causaba. Quería chupársela en el portal pero él ha susurrado «¿no podemos ir a tu casa?» y ella le ha contestado sí, puedes venir mi chico no está. Han salido a buscar un taxi. La locura empezaba a mezclarse con la rutina. Durante el trayecto, él elogia su manera de escribir. Lo creía más ingenioso. No de esos tíos que te dicen cosas amables cuando te los metes en la cama. Es un encanto. Se confirma cuando ya están en su casa y pueden quedarse en pelotas y empezar a follar. Es tierno, paciente y atento. Está decepcionada. Demasiados preliminares. No es un fiasco total, le gustan sus gestos y su olor, sus pieles se entienden frotándose la una contra la otra. Pero si se trataba de hacer cosas agradables, quizá habría sido mejor que se besuquearan rápidamente al salir del bar, y luego cada uno a su casa. Lo que le gusta del sexo con tíos que no son su novio es la sensación de peligro, la impresión de que algo la supera y se apodera de ella. Siempre es amable con los tíos con los que se acuesta, no en plan furcia que suspira para dar a entender que se está aburriendo. Finge pacientemente, a veces

fingiendo acaba por convencerse a sí misma, pero a veces no.

Por suerte, se larga pronto. Seguramente también él se ha aburrido. Creía que con él sería más interesante. Se cambia el picardías, que le pica, por una camiseta vieja de los Ramones y se pone unos calcetines gruesos. Se sienta delante del ordenador. Sin novedades de Subutex. Navega por la red, ociosa.

Gérard Depardieu es ruso. Ah, bueno, lo que le faltaba. Perfecto. Francia será un país de mierda, pero de ahí a cambiar el pasaporte por uno ruso... Por lo demás, en la entrevista Gérard no parece tan enfadado, dice que es francés, ruso y dentro de poco también belga. Muy bien, chico, ¿todo en orden? Debe de pensar que meter a toda su familia en la industria del cine no bastaba para joder al mundo. Tienes razón, tío, en una dictadura se habrían ocupado mejor de tu hijo yonqui. La excepcional clase de apparatchik francés no es lo bastante excepcional para él. Aunque a ella ya le gustaría ser hija de alguien de ese mundillo. No se ve otra cosa —los Bedos y los Higelin y los Sardou y los Audiard y los Lennon y los Coppola—, y ahora los padres se quejan de que no se han esforzado lo suficiente. Tiene que clicar otra cosa si no quiere echarse a llorar. Bien. Putin es sexi. Putin es tanto más sexi cuanto que es un grandísimo hijo de puta muy poderoso, pero la verdad es que incluso sin eso sería sexi. Medio desnudo, a caballo, está de muerte. Los muslos apretados sobre la montura. Se te pasan por la cabeza un montón de cosas. Lydia es como todas las hembras, sensible a los argumentos indecentes. Nunca se ha acostado con un ruso. Le quedan muchas cosas por hacer.

Habla a media voz, sola, como de costumbre, mirando la pantalla. Paul ya le ha mandado tres mensajes. Nunca lo habría pensado de él. Una lapa.

Se levanta y va al armario de la cocina. Chocolate con leche, patatas fritas, cacahuètes tostados salados, roscón de Reyes del Día para seis personas, Nutella de marca blanca. Se deja la mitad del sueldo. Necesita grasa. Incluso los dulces tienen que tener grasa. Empieza por el chocolate. Una tableta delante de la pantalla. Come, sin prisa pero sin pausa. Le costaría menos meterse *crack* que todos esos ataques de bulimia. Hasta hace un mes, consideraba estas sesiones como subidones de glotonería enfermiza. Y provocarse el vómito varias veces durante la noche le parecía el único método para comer de todo y no engordar. Es delgada. No tiene otra opción: no es especialmente guapa. Al menos que tenga buena pinta.

Fue Sophie, una tía de su edad que curra de freelance para *Grazia*, la que dijo la palabra bulimia delante de ella por primera vez. Estaban juntas en un viaje de prensa a Seattle, en un superhotel. Se encontraron en el desayuno, delante del bufet. Al verla llenar su plato varias veces, Sophie le sonrió con complicidad: «¿Te provocas el vómito? Yo también». Lydia se quedó tan sorprendida por la pregunta que no le dio tiempo a negarlo. Sophie bromeó: «Dos bulímicas en el *self-service*, nos lo vamos a pasar en grande tú y yo». Organizaron un asalto en toda regla, cruasanes, muffins,

queso y embutidos. Casi hubo que sacarlas de los pelos del comedor —iban al cagadero a vomitar entre bandeja y bandeja. Bulimia. A Lydia nunca se le había ocurrido relacionar lo que hacía en la intimidad con esta palabra. Bulímica. Mierda. Lo único que le faltaba...

Clica en la pestaña Rosaliethatslife cada medio minuto y echa un vistazo al Facebook. Lo único que le interesa es en qué momento Vernon Subutex volverá y la acribillará a likes, verlo soltar una eyaculación virtual dejando algún comentario en su página. En los últimos cuatro días es lo único que hace, buscar en internet cosas que puedan hacerle reaccionar. Silencio de radio. Agoniza.

Acaba abriendo el Word, por despecho. Tendría que empezar el libro. Luego consulta el extracto de su cuenta, verifica los cargos uno a uno y se interrumpe para buscar un disco de God Is My Co-Pilot, a continuación sigue un duelo verbal en Twitter, del que no entiende nada, se echa las cartas en tarot.com y recuerda que tiene que mandar el cheque del alquiler, lo rellena y lo mete en un sobre que deja abierto porque le da pereza buscar la dirección de su agencia. Tiene la capacidad de concentración de una polilla. Vuelve a su documento de Word, vacío.

Desde que empezó el libro dedica la mayor parte del tiempo a elaborar su plan de trabajo. El editor que se puso en contacto con ella no tiene ni la más remota idea de quién era Alex. No ha llegado a entender de dónde le llegó. Googleó la editorial antes de ir a la cita, no es muy *rock in the Casbah*. Tiene una hija de quince años, que le ha calentado los cascos con eso. Le apetece publicar un libro que ella vaya a leer, para variar.

En la comida alucinó. El tío llevaba un traje superhortera, solo le faltaba la corbata, un estilo de antes de la Primera Guerra Mundial. Se había informado sobre ella antes de contactarla, es decir, había buscado fotos en internet. Y le gustaba. Lydia no suele cortarse un pelo pero se preguntó si estaba de coña al darse cuenta de que intentaba ligar con ella, a su rebuscada manera. ¿Alguien se acuesta con tíos como ese? No quiere ni pensar qué tipo de calcetines debe de llevar.

El editor es raro. No ve la tele y no entra en internet. Sobre los derechos digitales le ha informado «¿no quiere ceder los derechos digitales en las mismas condiciones que los derechos en papel? Los autores imaginan que, como ya no hay *stock* ni manipulación hasta las librerías, ni librereros, les va a tocar más... Pero ¿sabe cuánto cuesta desarrollar tecnologías punta? Nosotros participamos en la investigación». Le alivió saber que Apple y Amazon podían contar con la solidaridad de los editores y de sus autores. Imaginar que esas pequeñas empresas tienen que apañárselas solas le habría puesto de la olla. Genial. El tío no debe de haber oído hablar de la industria del disco. Si no, quizá se preguntaría si de verdad quiere participar en la masacre.

Así que el tío no escucha ni pop ni *rock* ni *funk*, y quiere un libro sobre Alex Bleach. De la confusa situación, sacó tres mil euros de anticipo al firmar. Recibió el

contrato por *mail* al día siguiente. Lo firmó a la velocidad del rayo. Esta vez el sobre no se quedó quince días en una esquina de la mesa. Le quedan tres mil euros por embolsarse cuando entregue el original. Tiene que darse prisa.

Kemar la asesoró. Sin él, no se habría atrevido a pedir tanta pasta. Pasó a echarle un polvo el día antes de la cita. No tiene ni idea del tema, curra de técnico en Numéricable. Lo adora. En su top ten íntimo de amantes, fácilmente es el tercero. Es raro que le guste ver mucho tiempo al mismo tío a escondidas. O te metes en pareja o te lo tiras tres o cuatro veces, pero algo intermedio es difícil de gestionar. Y no es agradable. Salvo con Kemar. Es agudo, suelta dos pullas por segundo y son para morirte de risa. Es un gigante, su polla no es mucho más grande que un nem, es más feo que un gnomo viejo, pero es el polvo del siglo. Folla tan bien que olvidas lo que hacías con los demás. No es la única que lo piensa. Los tíos se preguntan qué les da a las chicas. Tienen buenas razones. Las chicas también se lo preguntan. Cuando se marcha de su casa, se siente mejor que después de dos horas de bikram yoga, con las energías totalmente fluidas. Flota hasta el día siguiente. No pasa a menudo a verla, pero tampoco la olvida del todo. Y aparte de su don para el sexo, da buenos consejos. Por ejemplo, le hizo un *training* justo antes de la cita: diez mil euros. En Alex Bleach, ella es la especialista, tiene informaciones de las que nadie más dispone, el tío es una vaca sagrada, sus fans están motivados y comprarán el libro. Diez mil euros, mínimo. Tiene que pedir quince. Tumbada boca abajo, con la barbilla apoyada en las manos, lo escuchaba, escéptica y perpleja, desnuda encima del edredón. Él daba vueltas alrededor de la cama y le insistía en que pidiera quince para en ningún caso bajar del límite de los diez. Ella pidió diez. Consiguió seis. Sin su valioso consejo, se habría conformado con mil.

Se ha sentado en el despacho de Pierre. Han conseguido hacer dos espacios para despacho en los treinta metros cuadrados que comparten. Todo lo demás gira alrededor de la cama. Se sientan en el borde para cenar delante de la tele. Luego retroceden dos metros hasta la pared, se meten debajo del edredón y siguen viéndola. Cuando tienen visita giran las dos sillas de oficina hacia la mesita que está a los pies de la cama, y ellos se sientan donde siempre. Es raro que reciban a más de dos personas, pero cuando sucede se apalancan donde hay sitio, entre las mesas de trabajo.

A Lydia le encanta sentarse a la mesa de él. Su desorden es inspirador. El extraño duende regordete con su gorro rojo. Su gran reloj Ice azul con la pulsera rota. Un zippo de AC/DC.

Se marchó hace quince días. Trabaja en un festival de danza en Dijon. Sonoriza. Es su trabajo. Ella está sola a menudo. Bueno, sin él. No le dice lo que hace cuando él

no está. Cree que debe de sospecharlo, y si no tampoco es grave. Le va muy bien así. Antes, cuando estaba con tíos le suponía un montón de problemas, siempre había alguna noche en que no volvía, sin avisar. Pierre suele irse tres meses de gira, así que ahora tiene ocasiones para dormir fuera de casa. Cuando él está, tiene tantas ganas de verlo que no corre el riesgo de ir a follarse a otros.

Ella es freelance. La prensa en papel agoniza, y la industria del disco también. Firma Lydia Bazooka. Cuando publicó su primer artículo, la euforia la colocó durante meses. Se le pasó. Una tía en el *rock*. Haga lo que haga y escriba lo que escriba, la tratan de tarada y de incompetente.

Nunca se tiró a Alex Bleach. Su muerte la destrozó. Su voz. Sus acordes. Un dios. Nunca pensó en acostarse con Alex Bleach. Habría sido una blasfemia. Le inspira una gratitud infinita. Antes de escuchar sus discos no sabía que podía sentir emociones tan profundas, Alex la abrió a ellas. Convocaba a otra Lydia, una conexión con fuerzas espirituales desconocidas cuya presencia le gustaba, incluso aunque llegara a ser intenso hasta el dolor. Una puerta abierta a lo inaudito. Se reunió con él varias veces, para diversas entrevistas. A él le caía muy bien. Hasta el día en que publicó en una web de música un artículo especialmente delirante —admitió que era delirante ante la indignación general, aunque pensaba que sencillamente se había limitado a expresar la fascinación que sentía por él. Alex Bleach lo leyó... y pidió no volver a verla.

Años de buenos y leales servicios, de noches en blanco para que los artículos fueran impecables, de horas esperando en bares de hoteles, de aviones para ir a verlo en concierto al otro extremo del mundo, y a Quimper.

Para que un día la revista *Match* la enviara a cubrir la grabación de su nuevo álbum. Lydia fue supercontenta —en la prensa de papel, *Match* era El Dorado de las colaboraciones externas. Luego el golpe de gracia: la jefa de la sección la llamó el día antes de la cita. El equipo de management había dicho: «Lydia Bazooka nunca más». Esta conversación tuvo lugar mientras esperaba su turno en Body Minute. Se le cayó el mundo encima. Nadie puede imaginar la angustia del crítico de *rock* que cae en desgracia ante su ídolo.

Aquello duró dos años. Teniendo que limitarse a leer las entrevistas de los demás, teniendo que pagar su entrada a los conciertos y evitar vagar como alma en pena por los camerinos del artista. Dos años de oscuridad, y un buen día el agregado de prensa propuso su nombre para la entrevista webcam oficial, la entrevista de la página web del artista, y aunque ella no aparecía en las imágenes, era su voz la que hacía las preguntas, así que todo el mundo fue testigo de que había vuelto al círculo. Retomaban por fin su antigua conversación.

Sería su último álbum. Lydia no lo sabía.

Entre sus conocidos es complicado fardar de que está escribiendo una biografía de Alexandre Bleach. Demasiado *hippy* para los cachorros fachas de su generación. Alex está desfasado. Se la suda. Y apechuga.

En una entrevista con una periodista de *Vogue*, dos años antes de su muerte, Alex decía: «No me hace gracia imaginar barcas llenas de blanquitos intentando llegar a Egipto por un mar embravecido, porque dicen que hay curro en los Emiratos Árabes, no me pone cachondo imaginarlos reventados y tirados a la arena por las milicias, o lapidados por musulmanes que creen que los rubios apestan y que las rubias son putas... no me hace ninguna gracia. Pero así será. Europa está acabada, y mañana los emigrantes seréis vosotros. Preferiría imaginar que vamos a intentar hacer algo. Pero tampoco creo que sea así. Es la única ventaja del agua contaminada: a un tumor se la trae floja saber si rezas de rodillas, de pie o si tienes una gran cuenta en el banco. Un tumor te papea el cerebro y se acabó».

La entrevista tuvo mucho éxito en las webs de extrema derecha.

Lydia revisa todas sus entrevistas con detalle. Como no puede escribir, se sumerge en el tema. Escucha la voz de Alex con los cascos. Le encanta pasar tiempo con él. Modifica cada día la lista de las personas a las que tiene que ver. Todos con los que ha contactado se niegan a hablar. Es demasiado pronto, dicen. Lo que pasa es sobre todo que no es lo bastante conocida como periodista. Domina el tema, sabe que Vernon era muy importante para Alex, solo se llevaban tres años, pero Alex descubrió el *rock* en *Revolver*, y nunca lo olvidó.

Quisiera encontrar al imbécil que decidió que todos los títulos de artículos de la página de inicio de Yahoo! fueran adivinanzas: «increíble descubrimiento en el aeropuerto de Chicago» —un psicópata que ha encontrado la fórmula más fastidiosa que se pueda imaginar para conseguir clics de internautas no diciéndoles jamás cuál es el contenido del artículo.

Vuelve a abrir el Facebook. Sí. Vernon le ha dejado un mensaje privado. Si lo desea, podría pasarse a tomar un café y que le explique lo que quiere. Oh, sí, lo desea. Incluso mucho.

Pamela ha pasado por la rue de Marseille a buscar el pan que a Daniel le encanta. El frío ha llegado de golpe, sube los radiadores al máximo, el estudio parece un vientre cálido. Prepara el té verde, un ritual, y luego abre el Jägermeister y lía los primeros porros —se montan una tarde cuidando mi cuerpo. Pamela Kant habla de su último proyecto genial: escribir un libro para niños, un manual de educación sobre el porno. Como lo consumen en internet antes de saber leer, le parece razonable explicarles qué es.

—Es verdad, ¿no?, no puedes bajarte una serie en *streaming* sin ver a una tía chupando pollas, habrá que hablarles del tema, ¿no tengo razón? Para las ilustraciones habrá que pensar en algo bonito...

—Pero ¿qué vas a explicarles exactamente?

—Pienso en empezar con una breve historia, los años setenta, la censura estatal, los años ochenta, el vídeo, los años noventa, las cámaras pequeñas... hasta internet. Así, por ejemplo, les damos algunos títulos de clásicos, que puedan empezar por películas algo soft... y luego me gustaría explicarles cómo se filma una escena, cómo se maquillan, cuánta gente hay en el plató... Desdramatizar, vaya.

Daniel vacía con cuidado los restos de té verde en la basura y aclara el filtro. Siempre ha sido maniático. Pero cuando se toma su tiempo, como ahora, ella sabe que es para evitar contestarle sinceramente. Pamela lleva años buscando el libro que debe escribir. Todas las estrellas del porno importantes han publicado al menos un libro. Se niega a ser la única pornstar francesa que no va a las librerías a firmar ejemplares. Durante mucho tiempo acarició el proyecto de una biografía de Gypsy Rose Lee, pero lo dejó correr, se rindió por la falta de entusiasmo que suscitaba su proyecto. Daniel comenta:

—La idea es buena. Pero no estoy seguro de que la gente esté preparada. Que una chica que ha hecho porno se dirija a sus hijos puede incomodarlos... ya sabes cómo son.

—Sí. Precisamente por eso. Los padres no van a ayudarlos. Es así de simple, en cuanto se trata de porno, la gente apaga la luz, se les oscurece la mente y parece que su inteligencia se va de vacaciones. ¿Tú entras a veces en Youporn?

—Nunca.

—No me sorprende. A ti lo único que te interesa es hacer como que nunca has hecho porno.

Le apetece ser agresiva porque le cuesta hablar incluso con Daniel. Ella suele entrar en Youporn. Se siente como la malvada madrastra de *Blancanieves*: va a las páginas desde donde se descarga porno para ver si las películas en las que actúa siguen estando entre las más solicitadas. Red, red, dime que soy la que la pone más dura... Aunque dejó de filmar hace diez años, la siguen recordando más que a

ninguna otra. Pero está en decadencia. Se ha hecho a la idea. La era de las auténticas estrellas del porno se acabó. Hoy en día las crías aseguran en Facebook que son pornostars cuando no han rodado ni tres películas *amateurs*... La última vez que echó un vistazo en internet, encontró una película. La chica debía de ser húngara. Estaba atada a una cama. Un tío la obligaba a beber un alcohol blanco. Ella no quería. Suplicaba, no eran necesarios los subtítulos para entender lo que estaba diciendo. Era un gang bang, los tíos llevaban una bolsa de papel en la cabeza para mantener el anonimato. La chica lloraba. No fingía para que fuera más excitante. Se le había ido de las manos y ya no controlaba la situación. Desde el principio de la escena no quería. A Pamela le gustaría comentarlo con Daniel, si alguien puede entender lo que sintió sin intentar humillarla para vengarse, sería él. Pero se sintió muy sucia viendo lo que vio. Es incapaz de hablar del tema. Es lo que pasa con la vergüenza. Te deja sin palabras.

Piensa en las zorras de las feministas frotándose las manos: ahí lo tenéis, os lo habíamos dicho, el sexo siempre es malo para las mujeres. Todas esas carcamales, las buenas mamás, que solo sienten el coño cuando paren, se volverían locas de alegría, ellas que siempre se han negado a diferenciar entre querer ser una estrella del porno y que te violen. Pero Pamela sabe que no es lo mismo. Es la primera vez que ve algo así, y no tiene nada que ver con lo que ella hacía.

Empezó en el porno a principios de la década del 2000. Tuvo suerte. Vivió las últimas horas de gloria de la profesión. Se ganaba bien la vida —mejor de lo que había soñado jamás. Había capullos, como en todas partes, pero el ambiente era bueno. En aquella época aún se hablaba de estrellas del porno. Había competencia entre las chicas, aunque se llevaban bien, estaban ahí para ser las mejores. Pam quería hacerse un nombre. No estaba al alcance de cualquiera, pero tampoco era tan complicado. Eliminar a las competidoras, captar la mayor parte del mercado e intentar rentabilizar sus ventajas competitivas —en el instituto había tenido a un profe de economía que la había marcado, tenía las ideas muy claras respecto de lo que debía hacer para ser la mejor. No le fue mal.

Lo más difícil fue dejarlo, tanto para ella como para las demás chicas del porno. La gente seguía reconociéndola por la calle, pero echaba muchísimo de menos el ambiente del plató, de las sesiones fotográficas, la embriaguez de ser el centro de atención y de estar en condiciones de ofrecer lo que esperan de ti. Le encantaba que la trataran como a una tía buena. Como a una estrella de cine.

Luego, lo peor es entender que nunca lo dejas. Te apartas del medio, pierdes a los amigos, pierdes el dinero fácil... pero quedas marcado de por vida. Mientras hacía porno, solo se relacionaba con gente que trabajaba en lo mismo, la falta de aprobación era un concepto bastante lejano. Pero llevar el sambenito del porno entre la gente normal, día tras día, es otra historia. Preferiría reventar antes que admitirlo en voz alta, pero los buenos siempre acaban ganando, te hacen la vida tan difícil que incluso una chica como ella acaba reconociéndolo tarde o temprano: mejor habría

sido que se quedara en su sitio. Diez años después, aún no puede hacer la compra en el supermercado sin que una capulla la reconozca y la mire mal —las mujeres son las juezas más duras. Las tías que se limitan a dejarse hacer odian a las Amazonas. Si pudieran, quemarían a las ídolos de sus maridos. Saben que a sus hombres se la pone dura Pamela Kant, y eso las enferma. El porno se ha convertido en una industria sórdida, en consonancia con sus deseos morbosos.

Aceptó hacer de maquilladora y peluquera para una película, hace dos meses. Pensaba aprovechar para hacer fotos a las chicas. El rodaje comenzaba a las ocho de la mañana, había que empezar a preparar a las actrices a las seis. A las tres de la madrugada aún estaban en el set. De las cinco actrices, dos se atiborraban de laxantes para no engordar, les dolía el estómago todo el día y tenían la piel hecha polvo. A una, su novio la acribillaba a mensajes para que le enviara fotos suyas en pelotas durante el rodaje. Y ella lo hacía. Otra tenía a su maromo al teléfono con un ataque porque estaba celoso de que los tíos tuvieran la polla más grande que él, pero después de hablarlo con ella resultaba que había sido él quien la había metido en el porno y quien le había buscado su primer rodaje... y solo era treinta años mayor que ella. A la última no le iba mal, pero lleva cinco años filmando, el porno ha acabado con ella, trabaja con todos los directores y todas las productoras, tiene que retirarse... En este trabajo hay que saber salir. Pamela lo aprendió de las Coralie, Ovidie, Nina Roberts y otras Elodie... Hay que saber parar antes de aceptar rodajes que no deben aceptarse. Lo que más le sorprendió fue que a todas las acojonaba el anal. No puedes trabajar en esto si odias la sodomía. Es como si me dices soy alérgica a la harina y quiero ser panadera. Venga ya, tía, cambia de sector, por favor.

Daniel ataca la caja de castañas confitadas. Come como un cerdo y no coge un gramo de grasa. Ella no puede estar sin él, se pasan el día juntos, pero la saca de quicio. Él lo sabe. Daniel se ha hecho trans. F to M. Pamela no conocía la palabra hasta que Déborah, su mejor amiga, decidió convertirse en Daniel. Ya solo para decir el nombre... se confunde cada dos por tres. Fue como si a Déborah le hubieran entrado ganas de mear. Había empezado y acabado en el porno a la vez que Pamela. Eran buenas amigas. Habían vivido muchas cosas juntas, algunas divertidas y otras más difíciles. Y un día... bum. «Tomo testosterona.» Joder, al principio Pamela ni siquiera entendía de qué se trataba. Pensó que sería para cortar los dolores de regla o para perder peso —en aquella época, Déborah tenía tendencia a engordar. Nada indicaba ni justificaba aquella decisión. Se trataba —solo— de convertirse en tío. Pamela se informó, lo normal es que los que hacen estas cosas lleven tiempo mortificándose —en plan «siempre he sentido que era un tío encerrado en un cuerpo de mujer». En ese caso, de acuerdo —se entiende que dar el paso tiene sentido. Pero Déborah... sinceramente, era solo por tocar los huevos. «Pero ¿por qué lo haces?» «Me apetece probar. Me he tatuado. He hecho porno. Me he metido *crack*. ¿Por qué no hacerme tío?» Pues porque no es lo mismo, tarada... Uno no se mete inyecciones diarias de testosterona solo para probar. Pamela no tardó en predecirle el infierno que

le esperaba —enfermedades, depresión, remordimientos, sensación de extrañeza... sin olvidar el aspecto ético —joder, tía, ¿sabes lo gilipollas que son los tíos? ¿Y de verdad quieres que te tomen por uno de ellos?

Pero lo más desquiciante es hasta qué punto Daniel está contento con ser Daniel. Las enfermedades, la depresión, los remordimientos y todo lo demás quizá lleguen algún día, pero de momento es sobre todo... pajarita, vaqueros cortos, calcetines a la vista, musculatura imponente, fino bigote de hipster... Daniel simula tan bien la plenitud que es difícil no dudar de ella. Se operó el pecho sin planteárselo, recurriendo a la misma lógica absurda para justificar su gesto, «me aumenté los pechos, ¿por qué no voy a quitármelos?». Si nos dedicamos a hacer todo lo que podemos hacer, no acabamos nunca, pero en fin... Hoy lleva un polo Fred Perry, y encima una chaqueta negra Dior Homme. Con sus tatuajes, sus rasgos delicados, sus grandes ojos verdes y su pelo negro engominado, tiene cierta prestancia. Y dinero. Lo contrataron en una de las primeras tiendas de cigarrillos electrónicos de París. Tampoco en este caso Pamela habría dado un duro por ese negocio de cigarrillos falsos, ¿a quién iba a apetecerle fumarse un cigarrillo-pluma? Pues arrasó, más allá de lo razonable. Y Daniel no se quedó como vendedor con su salario mínimo interprofesional, sino que pasó a ser responsable del desarrollo de los puntos de venta en París. Un chollo de trabajo, en realidad. A Pamela le falta poco para volverse loca: nunca habría sucedido sin la transición. Para empezar, Déborah, como antigua actriz porno, no habría podido ser vendedora. O la habrían despedido en cuanto se hubieran enterado, y vete a la magistratura del trabajo a quejarte de que tu jefe te discrimina porque puede verte en internet chupándosela a tres gilipollas de un tirón. Y aun contando con que Déborah se hubiera cambiado la cara, que se hubiera operado la nariz, que se hubiera cambiado el corte de pelo, que hubiera engordado veinte kilos —que no pudieran reconocerla... nadie da el proyecto de desarrollo de puntos de venta de un negocio floreciente a una tía. Daniel le había contado su ascenso fulgurante con todo detalle, alucinado de lo que iba descubriendo, funciona a base de palmaditas en la espalda, de bromas masculinas, de la alegría de estar entre hombres y de noches fumando puros...

El pragmatismo de Daniel la desespera. Pero sigue siendo su mejor amigo. No puede estar sin él. Para colmo, a Daniel le gustan las chicas. Es la guinda. Déborah era muy enamoradiza, le gustaban todos los hombres, uno por uno, incluso era capaz de encapricharse de sus compañeros de trabajo... pero Daniel se ha adaptado, porque hay que decir que tiene muchísimo éxito con las chicas. Así que cuando una morenita muy mona se ofreció a plancharle las camisas y hacerle la compra, se dijo: bueno, los sementales más competentes de mi época me han hundido como a una perra, tengo buena base, sé cómo actuar para hacer feliz a una chica a la que eso le guste. Seguro de sí mismo, como un macho cabrón. Pamela se siente herida en su orgullo de cortesana de primera clase: ella nunca ha utilizado un consolador con cinturón, no formaba parte de su catálogo. Y ahora le da la impresión de que Daniel sabe cosas del

sexo que ella ignora. Una idea insoportable.

Con él, va de cabeza. Se pavonea en el metro, chulea en las terrazas, baila en las fiestas —nadie, en ningún sitio, es capaz de descubrir a quién le recuerda su cara. Es cierto que una chica del porno, aunque sea famosa, en cuanto deja de tener tetas y lleva una barbita... eso borra todas las pistas. Don petardo en la ciudad, y mientras tanto Pamela va a correos a primera hora, cuando no hay nadie, hace sus compras por internet y ve las películas en *streaming*, en su casa.

Pamela no está en el fondo celosa de que le vaya tan bien todo lo que hace en los últimos meses: está celosa en el fondo y en la superficie. Y eso hace reír mucho a Daniel, que la soporta incluso cuando no hay forma de tragarse su agresividad. Porque hay algo que no ha cambiado con la transición: se necesitan el uno al otro. Pamela se tira en el sofá mientras él friega los platos. Nunca le han gustado demasiado las faenas de la casa, y a él no le gusta pasar la noche en un estudio hecho un asco.

—Por cierto, tengo un notición. Adivina quién se ha puesto en contacto conmigo por el Facebook.

—¿Ahora lees tus mensajes del Facebook?

—No los leo, pero de vez en cuando los abro... imagina que Booba quiere verme y no me entero.

—¿Te ha escrito Booba?

—Te he dicho un notición, no que mi vida va a cambiar y que voy a casarme.

—Pues ¿quién?

—Es increíble. Miro mis mensajes y veo la foto de una chavalita con velo que me ha escrito cuarenta y cinco veces... al principio he pensado que era una morita subnormal que quería hacer porno halal y que yo le diera direcciones... he estado a punto de saltármela, pero me ha sacado de quicio acribillándome a mensajes y me han dado ganas de insultarla. Adivina quién es.

—Pam... ¿cómo quieres que lo adivine?

—La hija de Satana. Aisha.

—¿Satana tenía una hija? ¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir dieciocho. Satana hablaba mucho de su cría... no vivía con ella, se había quedado con su padre.

—Tienes razón. Me suena.

Vodka Satana y Pamela Kant, en la cima de sus carreras, eran como Oasis y Blur, los Beatles y los Stones: dos estrellas gigantes que se ponían a caldo. La una iba el lunes al Cauet a enseñar las tetas y a poner verde a su rival, y al día siguiente la otra estaba en el plató del *Grand Journal*, superescotada, soltando pullas sobre su vecina. Nunca habían hecho escenas juntas —si Satana sabía que Pamela estaba en una película, duplicaba su caché, y así sucesivamente, hasta que el proyecto hacía aguas. Se odiaban cordialmente, pero un verano se encontraron en un curro en Los Ángeles y tuvieron que compartir piso... entonces, por poco tiempo, se hicieron inseparables.

La carrera de Satana fue especialmente corta. Era famosa por sus piernas, que extendía hasta un metro veinte, largas y perfectas. Decía que era libanesa, pero su familia eran inmigrantes de Orán. Pamela no había visto en un plató a ninguna otra actriz más arrogante que ella misma. A los actores no les gustaba rodar con Satana, era tan desagradable con ellos que incluso a los más resistentes les costaba mantener la erección. Era castradora, y cariñosa cuando le daba por ahí. Tenía sus niños bonitos.

Satana había tenido una historia con Alex Bleach, el cantante. Había salido en la portada de *Voici*. Pamela creyó que nunca se recuperaría de aquello. Se había acabado la rivalidad —Satana estaba a otro nivel. En aquella época, Bleach era de una belleza inaudita. Entraba en una sala y todas las chicas sentían lo mismo —entregaban las armas. Tenía la frente amplia, la mandíbula realzada por una barba de varios días, cortada en ángulo, muy cuidada. En el escenario solía estar con el torso desnudo, tableta de abdominales y dorsales prominentes, un cuerpo para vender el alma al diablo. Pamela rara vez se altera, ante ella los hombres se exponen a ser despreciados. Pero Bleach tenía la belleza de una mujer —demasiado consciente del efecto que provocaba para dejarse seducir.

Satana dejó de rodar, decían que se había metido en salones privados. Es decir, que aprovechaba su fama para hacer pases a precios supercaros. Piensen lo que piensen los aficionados, ser prostituta no es lo mismo que ser estrella del porno. Si eres actriz, te ocupas de la cámara, de la luz y de tu posición, tu compañero no tiene la menor importancia. Cuando te prostituyes, eres una domadora. Tienes que conocer al animal, anticipar sus reacciones y saber llevarlo donde quieres. Si dejas de dominarlo, al menor error te arranca un brazo. A Satana le gustaban las fieras, no le daban miedo. En cambio a Pamela no terminan de interesarle los hombres. Se rebajan con demasiada facilidad. No conoce a ninguno incorruptible. Los desprecia, no por vicio, sino porque se comportan como borregos. Nunca ha entendido que a una mujer de la belleza de Satana siguieran apasionándole. Pero debió de dar un mal paso —se suicidó relativamente joven.

Daniel limpia la cafetera como si se tratara de que creyeran que es nueva —Pamela pone mala cara pero se calla, el café olerá a detergente. Él le pregunta:

—¿Y por qué quería hablar contigo su hija?

—Dice que una chica fue a ver a su padre. Aisha oyó la conversación. Estaba en su habitación, haciendo los deberes, y se suponía que no podía escuchar lo que estaba pasando en el salón... La chica andaba haciéndole preguntas, quería hablar de Alex Bleach, y no sé por qué salió mi nombre en la conversación...

—¿Quizá porque erais muy amigas?

—El caso es que la cría googleó mi nombre, vio quién era... y me ha escrito y me ha dicho: me gustaría saber qué relación tenía usted con mi madre. ¿Te imaginas mi

cara?

—¿Y qué le has contestado?

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo? La cría ni siquiera sabe quién era su madre... Su padre no se lo ha dicho.

—La verdad, yo en su lugar haría lo mismo.

—Me he cabreado. La chavala es adulta. Joder, tiene derecho a saberlo. Su madre tampoco era de las SS.

—¿Lo ves? Volvemos a tu guía del porno para niños... Si la hubieras escrito, el padre podría haberla dejado, como quien no quiere la cosa, en la mesa de la cocina, y cuando su hija le hubiera dicho «papá, ¿qué es eso de un gang bang?», habría podido contestarle: «lo que a tu madre se le daba mejor en la vida».

—Estás un poco sórdido esta noche.

—Te lo digo en serio. Debe de ser muy delicado explicarle a tu propia hija que su madre hacía porno. Ya solo decirle a una cría: tu madre se suicidó, es duro... pero entrar en detalles... Entiendo que no viera la necesidad.

—Conocemos a cuarenta actrices porno que tienen críos, y les va superbién.

—Sí, pero están vivas... ¿No le habrás dicho por Facebook que su madre tenía un pseudónimo?

—No. He visto las fotos de la cría y me ha dolido... Tiene cara de hacer sus deberes cada noche, lleva velo, está siempre de morros... No es cosa mía hablar con ella.

—¿Lleva velo? A Satana le habría gustado... Piensa que tenía sentido del humor.

—Las cosas han cambiado. En nuestra época, si queríamos joder al mundo hacíamos porno, pero hoy en día basta con ponerse el velo.

—Pero no te pagan lo mismo... ¿Y le has dado largas?

—Sí, le he dicho que conocía a su madre porque a ella le encantaba bailar y a mí también, que nos veíamos en fiestas... Parece que a la cría le ha dolido saber que su madre salía a bailar. Ya lo ves, no está preparada. Esta generación es un coñazo. Que se mueran todos, que son unos rancios.

Las tías jóvenes suelen deprimirla, con su *look* de mormonas o su velo de los cojones. Cuando no es la religión es la familia, o cómo llegar virgen al matrimonio... nivel cero de fantasía. Parece que vayan a pasarse la vida haciendo estofados y tartas de manzana.

Daniel nunca se acostumbrará al desorden que reina en la casa de Pam. Ordena cada vez que se queda a pasar la noche, pero cuando vuelve el caos ha recuperado sus posiciones.

Pam se dirige a él mirando la tele, con la consola en las manos, juega en línea al Tetris con unos coreanos. Juega a eso desde que la conoce, a una velocidad increíble.

Tanto el uno como la otra hacen como si su relación apenas hubiera cambiado en los últimos tiempos. Con la nada desdeñable diferencia de que ahora podrían ser pareja. Ahora que Daniel se acuesta con mujeres, la mira de otra manera. Evita decirle que ya no la ve exactamente como antes. Se lo tomaría como una traición. No puede hablarle de lo que provoca la testosterona, tiene ganas de follar a todas horas. Y pasan la mitad de las noches juntos. Acabarán juntos. Poco importa que él sea un tío, una tía o un canguro de dos cabezas —es la única persona a la que ella soporta más de tres días seguidos. Solo hay que darle tiempo a Pam para que se dé cuenta de que lleva años sin pareja, y de que Daniel no dejará que nadie ocupe su lugar. Pam necesita tiempo para digerir la opción que él ha tomado.

Fue una intuición repentina. Una noche en el 104, en un concierto de Lydia Lunch. El sonido era una mierda, hacía frío y Deb salió al patio a fumarse un cigarro. Habían instalado fuera *jacuzzis* de agua caliente, que humeaban en la oscuridad. En las paredes proyectaban películas. Se fijó en un corro en el que circulaba un canuto, se acercó como si quisiera charlar y se colocó justo después del que tenía el porro. Empezó a hablar con el de su derecha, un chaval muy mono con tatuajes. Había oído ya la palabra trans para una chica que pasa a ser chico, pero no diferenciaba entre travesti y trans, se la sudaba totalmente, así que lo veía como una chica que se viste de tío. No le importaba lo más mínimo. Aquella misma noche, más tarde, unos cinco porros y tres birras después, todavía estaba hablando con él, seducida pero en su sitio, ya que la novia del chico no le quitaba ojo de encima. Y cuando él se alejaba para ver el final del concierto, una amiga le dijo: ¿No la conocías? Cuando yo la conocí todavía llevaba coletas y se llamaba Corinne.

Lo supo de inmediato: iba a hacerlo. Empezó a buscar en internet esa misma noche. Deb iba a cumplir veintisiete años. Había tenido ya varios cuerpos. Había sido una niña normal y corriente, sin ningún recuerdo que la hubiera marcado, hasta los diez años. Luego se encerró en sí misma. Empezó siendo regordeta, pero aún podía ir a la piscina sin que le hicieran comentarios. Se sentía gorda como lo son algunas niñas, la horrorizaba su monstruosidad, pero todavía era la única en verla. Luego cambió, se hizo enorme, en la pubertad. Duró cuatro años, y en ellos todos los días fueron difíciles. Con los gordos puede uno permitirse cualquier cosa. Pegarles el sermón en el comedor, insultarlos si picotean algo por la calle, ponerles apodosos atroces, burlarse de ellos si van en bici, marginarlos, darles consejos sobre dietas,

decirles que se callen si toman la palabra, reírse a carcajadas si confiesen que les gustaría gustar a alguien y mirarlos con mala cara cuando llegan a algún sitio. Puede uno empujarlos, pellizcarles la barriga y pegarles patadas, nadie intervendrá. Quizá fue en esa época cuando aprendió a renunciar a su género. Los gordos, sean machos o hembras, están sometidos a una exclusión similar. Puede uno despreciarlos. Y si se quejan del trato que reciben, en el fondo todo el mundo piensa lo mismo: come menos, so foca, y podrás integrarte. Deb se metía azúcar como unos años después se metería coca: a tope. Sin pensar en otra cosa. Los dulces la llamaban durante la noche. Lo decía de una manera cómica, pero era exactamente eso: de los armarios de la cocina se alzaban letanías que la hechizaban, tenía que levantarse y atiborrarse. Era un impulso soberano, no una decisión. Volvía a casa lo antes posible, no había nadie, sus padres trabajaban y ella pensaba que era un gran oso panda precioso, tirada en el sofá y picoteando. Veía la tele a todas horas, pedía que le regalaran estuches de series y se encerraba en ellas. *Ally McBeal*, *Sexo en Nueva York* y *Buffy* eran más reales para ella que el colegio. Una vez sentada delante de la pantalla, era una estadounidense delgada y elegante.

A los diecisiete años, una dietista de carácter básicamente dictatorial la propulsó por las vías de un régimen draconiano. Como alguien que se hubiera quedado cinco años en el andén de la estación y, vete a saber por qué, esta vez funcionara. Logró coger ese tren, y en seis meses era otra persona. A esa edad se pierde como se ha ganado, en unos meses. El cuerpo volvió a cambiarle. Había cogido sobrepeso cuando todavía era una niña, y de ese bloque de grasa emergió una jovencita bastante guapa, miraba las fotos de las revistas y, al compararse con ellas, Deb se daba cuenta de que tenía buena planta. Tenía los hombros bonitos, los pechos altos y bien perfilados, la talla adecuada, las piernas largas y los tobillos finos. Llevaba cuatro años evitando los espejos, y ahora podía pasarse horas delante descubriéndose. Pero no por ello reconociéndose. La chica del reflejo nunca coincidió con Deb. De hecho, durante toda su vida su reflejo nunca la había representado correctamente. Un cuerpo frente a ella, en el espejo, y ya fuera obesa, bigotuda o un pibón, era una extraña.

Perdió dieciocho kilos en seis meses. La enfureció que la gente cambiara de actitud con ella hasta tal punto, según los kilos que se metía o no alrededor del esqueleto. Siendo gorda, aceptaba adoptar el lugar de la pobre chica, del chivo expiatorio, de la que se lleva los guantazos, de la que humillan para hacer reír a los demás, de la persona hacia la que se giran si por desgracia en el vagón del metro hace peste. Ok, esa era ella: la gorda. Estaba de acuerdo con asumir el papel de la que debe tener sentido del humor e interesarse por las historias de los demás. Se había acostumbrado. Pero que eso pudiera cambiar totalmente, en tan poco tiempo, la hizo explotar de rabia. Ahora resultaba que podían tratarla como a una chica guapa. Pandilla de gilipollas. Elegir la ropa había sido un suplicio, casi tenía que pedir perdón a las dependientas por atreverse a preguntar si tenían su talla, y ahora bastaba con alargar el brazo y ponérsela —y le iba bien. Lo mismo con la gente. Estaba tan

acostumbrada a ser más amable que cualquiera para evitar los golpes y que la metieran en la lista negra, que era más sociable que una vendedora de perfumes. Todo había cambiado. Bastaba con que llegase a cualquier sitio para que le lamieran el culo. Porque llevaba un vestido bonito. Porque había entrado en vereda.

La invitaban a fiestas, se empujaban para hacerle un sitio en la cafetería y los chicos pedían su número de teléfono para enviarle tímidos mensajes. Y su rabia era un tumor que le roía los huesos, al principio del tamaño de una nuez, pero fue creciendo hasta llegar al de un puño cerrado, infectado, que la asfixiaba y amenazaba con hacer que todo estallara. Y conoció a Cyril. Era un chico retraído, que raramente sonreía y se iluminaba cuando estaba con ella. Retrospectivamente, Daniel lo ve como un pueblerino tarado a fuerza de centrarse en sí mismo, pero cuando lo conoció era como estar en el umbral de un cuento de hadas. Era guapo, admirado y respetado. Le gustaba que se pusiera vestidos negros muy sencillos y zapatos muy altos que costaban una fortuna. Se sentaba encima de ella, a horcajadas, y le masajeaba la espalda hablándole de los *thrillers* que más le habían marcado. Tenía mucha labia, le decía en un tono algo arrogante piropos que la volvían loca. La rabia se convirtió en pasión. Había sol, paseos en coche, fines de semana en el campo, noches en que él pinchaba y las chicas giraban a su alrededor pero él no les seguía el juego, estaba con ella. Aquellos momentos brillaban como pepitas de oro, eran lo contrario de lo que había vivido antes de él. Ella rechazaba la imagen que se le pasaba por la cabeza: en el cuento de hadas, cuando el pájaro se atraviesa la garganta empujándola contra una espina. Sabía que aquella ingravidez soleada no podía ser verdad. Le daba una vida de princesa. Se gastaba diez veces lo que ganaba. Hoteles trenes en primera clase marisquerías taxis champán para el desayuno. Se había dado cuenta de que mentía de vez en cuando y de que debía dinero a mucha gente. Veía que algo no cuadraba. No tenía los medios para mantener su romanticismo. Evitaba pensarlo.

Cedió enseguida cuando le habló de filmar. Para echarle una mano. Estaba tan en la mierda, el pobre. Era sincero cuando le suplicaba que lo ayudara, creía en lo que decía: solo una vez, cariño, lo siento mucho, luego tengo un plan, voy a recuperarme. Solo una vez. Y ella no se sentía demasiado cercana a aquel cuerpo deseable que ahora era el suyo, no veía inconveniente en hacerle aportar algo. Solo una vez. Por él. Tenían que hacer las escenas juntos, además, no parecía tan complicado. Le juró que nadie más la tocaría. Conocía al tío que alquilaba su hotel particular en Saint-Germain-en-Laye para rodajes. Habían jugado juntos al póquer. Así se le había ocurrido el plan. Pero a las nueve de la mañana, cuando hubo que hacer la escena, Cyril no se empalmó. El veredicto de los profesionales fue inapelable: «no se le levantaba», parecía ser un caso frecuente en los equipos de rodaje, y sin remedio. Deb todavía no sabía que en el porno hay tíos a los que se les levanta y tíos que aguantan, y que los que consiguen las dos cosas no suelen estar en el paro. Tuvieron que hacer la escena con otro. El director se quedó contento con el resultado. Dijo que ella pillaba bien la luz. A Cyril se le pasó pronto la depre, su chica era muy buena, estaba

orgullosa.

Hizo la segunda escena, más relajada, la felicitaron, en aquel momento no se dio cuenta de que acababa de meterse en la piel de otro personaje más, ni de que iba a representarlo durante años. Cambiar siempre supone perder una parte de uno mismo. Sentimos que se desprende después de un tiempo de adaptación. Es un duelo y un alivio a la vez. Era su viaje, que continuaba.

En el coche, de vuelta, Cyril estuvo muy atento. Puso la música a tope, un techno espacial. Apoyaba la mano en su muslo. La quería. No dijo nada de lo que habría debido. Ella observaba el paisaje desfilando por la ventanilla. Ocho días después tenía otro plan de rodaje, estaba demasiado en la mierda, unos tíos iban a partírle la cara si no les devolvía lo que les debía, la adoraba, ¿podía ayudarle? Ella se lo esperaba. Y era cierto, la adoraba. A partir de aquel momento su relación se invirtió: ahora era ella la estrella.

Fue consciente de su buena suerte en el porno por la hostilidad de las demás actrices. Todo el mundo quería trabajar con ella. Cyril negoció un superprecio para su primera operación de pechos. Otra transformación. Ya no podían verla llegar a ningún sitio sin pensar en el sexo. Solo veían su delantera. No conseguía perder los dos kilos que, en su cabeza, la separaban aún de la perfección absoluta.

Veía que en los rodajes había gente que le daba a la coca, y en un primer momento no la tocó. Iban y venían de los baños pasándose paquetitos de papel blanco plegado. Cuando cayó, se lanzó de cabeza. Se quedó más delgada de lo que habría creído posible. Se admiraba en los espejos. No podía creerse la suerte que tenía de vivir en el cuerpo de aquella chica.

En cuanto hubo metido la nariz, en quince días se quitó de encima a Cyril, acabó con las historias de amor masoquistas: no soportaba que metiera mano en su gramo de reserva cuando ella se iba a dormir. La sacaba de quicio. Decía que era su agente y no se ocupaba de nada. No organizaba sus rodajes, no discutía su caché, y una vez en el plató, bebía cervezas y bromeaba con todo el mundo, a veces se prestaba a ir a hacer algún recado, pero jamás se le habría ocurrido plantar cara para defenderla cuando un director comentaba la escena que quería hacer en el último momento —no, no he venido a hacer un gang bang, y lo sabes, me dijeron que era una escena clásica, ni se te ocurra que van a darme por culo cuatro tíos seguidos, no, he dicho que no, ¿me has tomado por una novata o qué? Tus cuatro tíos, ahí, elige uno, tienes una felación, una sodomía y una eyaculación y te apañas con eso. Y yo te digo que no es lo mismo. Sí, claro, vas a hundir mi carrera... jamás me habían hecho algo así. Cyril ya no era útil. Con un gramo de coca en el bolso, ya no necesitaba a nadie. Adiós muy buenas.

Luego conoció a Pam en un salón erótico, en provincias. Fue justo después de que Satana se suicidara. Hablaron de ella toda la noche, metiéndose rayas. Cuando ya era

de día, Pam dijo:

—Dejo la coca.

—Yo también.

—¿En serio?

—Chócala.

Cogieron el tren juntas, y dos días después Pam la llamó: «He aguantado. ¿Y tú?». «Yo también.» Se presionaron mutuamente, al principio sin hacerse preguntas —ambas convencidas de que en realidad era una pausa. Y luego se convirtió en una extraña competición: ¿Has aguantado? Yo también. Se veían para comentarlo, al principio para presumir de lo genial y lo fácil que era. Y muy pronto para confesarse que estaban pasándolas putas. Pero ni la una ni la otra quería ser la primera de las dos en abandonar. Era para demostrar su fuerza, y a la vez por solidaridad. Sin embargo, no merecía la pena contarse cuentos: la vida era mucho más interesante con coca que sin ella. Fue un regalo que se hicieron intuitivamente —se desengancharon. A pesar de llevar mucho tiempo, tanto la una como la otra.

Pamela aguantaba bien el golpe —se puso a hacer deporte, compraba DVD de entrenamiento, y delante de la tele se hartaba de hacer flexiones abdominales glúteos cardio... Estaba resplandeciente. Para Deb era más difícil. Llevaba mal lo de dejar su profesión y la coca a la vez. Volvía a coger peso y no pensaba en otra cosa. Desconfiaba de los tíos a los que conocía. Ya no tenía dinero para desplazarse en taxi y no podía coger el metro sola. Tenía ganas de llorar a menudo.

Luego hubo aquel concierto. Lydia Lunch. El transexual. Tan mono. Deb entendió enseguida que era su salida. No tardó en darse cuenta de que a la comunidad trans no le parecería bien que empezara un protocolo de testosterona solo para librarse de su antiguo cuerpo. Mintió al endocrino, regurgitó todo lo que había leído en internet y sorteó el obstáculo cuando tuvo que explicar por qué se había aumentado el pecho si siempre se había sentido un hombre. Aquello no era una entrevista, era la Inquisición. Por suerte, el tío que la examinó no veía porno. Lo engañó. Gel, inyecciones. No había previsto que también cambiaría mucho por dentro. Su carácter no había cambiado. Pero las emociones se modificaban en intensidad. El reequilibrio era radical, mucho más difuso que una droga. Lo que en un principio había considerado una huida hacia delante, un gesto desesperado para salir de una situación que ya no podía gestionar, fue de hecho la decisión más inspirada de toda su vida. Mintió a los demás trans en internet —copiaba y pegaba su discurso sobre el de ellos. Daniel era un vehículo tan cool que se preguntaba: ¿por qué tengo tanta suerte? Haber sido Debbie, la estrella del porno, había tenido su guasa, pero ser Daniel, el tío guapo y simpático al que todo el mundo adora... era su viaje en Rolls. El placer de entrar en una tienda y que te tomen en serio, hablar con los demás tíos y sentir que les gustas. Hasta entonces no se había dado cuenta de cuánto se gustan los tíos.

Y Daniel está enamorado de Pam. Es posible que Deb lo estuviera antes que él. Desde la primera noche que pasaron juntas. Pero Daniel se atreve a admitirlo. La

próxima etapa será decírselo. De momento, están delante de *Juego de tronos* y le cuesta seguir la trama. Dice «pero es supercomplicado, ¿no?». Pam no mira la pantalla, sigue jugando al Tetris y contesta de inmediato. «No, eres tú, que no te enteras. Está clarísimo.» Daniel abre el mensaje que acaba de llegarle al móvil. Le pregunta:

—Oye, ¿cómo se llamaba la que fue a preguntar a casa de la hija de Satana?

—No tenía nombre. Quería hablar de Alex Bleach.

—Es que hay una tía que dice que se llama la Hiena y que quiere saber si podemos vernos para hablar de Satana.

—¡No! Enséñamelo. No es posible... Has cambiado de nombre, has cambiado de género y has cambiado de número de móvil setecientas cincuenta veces, ¿cómo te ha localizado? ¿Crees que tiene algo que ver con Alex Bleach?

—No creo que sea para acusar a Satana... lleva muerta demasiado tiempo.

—Sería muy injusto. ¿Qué vas a contestarle?

—¿Una tía que me dice que se llama la Hiena? Nada. No voy a contestarle nada de nada.

Una rubia con anorak, con un capazo fucsia bajo el brazo, lee el último Stephen King agarrada a la barra. Una morena con gafas masca chicle, ha dejado desabrochados los botones de arriba de su blusa negra con lunares blancos y lleva perlas nacaradas en las orejas. Tiene pinta de giscardiana descarada. Un adolescente negro, cazadora roja, cabeza rapada y gafas de gruesa montura negra, teclea un mensaje en el móvil, algo parece contrariarlo. Un cuarentón, mochila a la espalda y auriculares amarillos fluorescentes, está sentado con las piernas abiertas, no parece conocer la ciudad. Vernon se hace toda la línea 5. A medida que se adentra en París, la población se diversifica. A partir de la gare de l'Est, el metro se llena. Observa a los pasajeros procurando no mirarlos de arriba abajo. Una mujer se abre paso, lleva un largo chaleco marrón de lana y tira de un carrito con un pequeño amplificador sujeto con un pulpo rojo, canta flamenco con una bonita voz ronca.

En casa de Lydia Bazooka la cosa ha acabado fatal. Todavía está descolocado. Aunque pensaba quedarse tranquilamente con ella unos quince días, su novio técnico de sonido está de gira con M y de momento no tenía previsto ningún día de descanso. El campo estaba libre, y Vernon se sintió enseguida a sus anchas. Lydia Bazooka era más simpática de lo que esperaba. Llamó a su puerta, como habían quedado, para hablarle de Alex Bleach, ella escuchaba Kid Loco *Here Come the Munchies*, en bucle y a todo volumen en su estudio lleno de peluches. A veces las tías tienen ideas curiosas: ¿cómo se le había ocurrido a esta coleccionar juguetes? Al llegar, se había fijado en que el sofá no era un sofá cama, y que además estaba cubierto por una montaña de ropa. Si quería dormir allí, tendrían que compartir la cama. Su cuerpo era diminuto y agradable, su piel, sin tatuajes, era tan blanca que no parecía de verdad. Había puesto cervezas a enfriar en su honor. Lydia había ligoteado con él descaradamente cuando hablaban por internet, pero una vez frente a ella resultó ser algo tímida y se ruborizaba fácilmente, lo que la hacía atractiva. Vernon fue precavido cinco minutos, luego se relajó. Ese tipo de tía era evidente para él, lo conocía bien. Le gustaban Jane's Addiction, Pixies, Hüsker Dü, los Smiths y Oasis — antiguallas eclécticas, nada que le apasione, pero nada que lo desespere. Era una obsesa del *rock*, Vernon sabía de qué iba su rollo —una pirada que se refugió en sus discos. Por encima de su mesa de trabajo había colgado con chinchetas varias fotos de Alex. Una auténtica fan. Vernon no tenía nada que decir, el *rock* también se hace para eso. Dicen que los fans no son los más adecuados para hablar de los artistas, pero Vernon pensaba lo contrario, que son los únicos capaces de no dormir dos noches seguidas para estar seguros de no equivocarse con alguna fecha de la gira por provincias.

Tenía hambre, se hizo unos huevos fritos, el rincón de la cocina estaba plagado de cucarachas, Lydia les ponía motes. Era curiosa, hacía muchas preguntas y sabía dar la impresión de que escuchaba. Le pareció natural que se instalara en un rincón del apartamento.

La escuchó hablar del libro que quería escribir. Tenía la labia de los que no consiguen poner en marcha su proyecto. Había conocido a muchas personas que le habían hablado del libro que iban a escribir, acodados en el mostrador de su tienda —sabía reconocer la acalorada verborrea que ocupa el lugar del paso a la acción. Su aspiración era escribir algo bueno. Siempre es un problema. No por decirnos «voy a dibujar un purasangre galopando» lo conseguimos. Lo más probable es que acabemos garabateando algo que a duras penas parezca una rata aplastada. La chavala quería hacer un libro que fuera como una catedral a cielo abierto, y seguramente solo conseguirá entregar una cabaña de contrachapado.

Vernon le habló de Alex. Le sorprendió dejar de lado todo cinismo y oírse contar a modo de preámbulo: «Las últimas veces que nos vimos saltaba a la vista que pedía ayuda, y yo me hice el sordo. Como todos sus amigos, supongo. Lo quería mucho, pero no se me habría pasado por la cabeza intentar hacer algo. Alex estaba demasiado bloqueado. Nunca entendí por qué estaba tan mal. Al final perdió la razón. Seguía ahí, pero el tío que llevaba dentro ya no estaba —como si le hubieran robado el cuerpo. Había acabado consigo mismo. Y yo lo escuchaba con cara de que todo me parecía perfectamente normal». Lydia decía «dejarlo en paz también es una manera de ser su amigo». Ella quería que empezara hablándole de Alex cuando aún tocaba en grupos desconocidos. Vernon intentaba ordenar sus ideas: «Siempre fue guapo. Gustaba a las chicas. Es lo único que lo diferenciaba de los demás. Era muy apocado, solo despertaba cuando cantaba. Para nosotros, Bleach era como cuando Nirvana arrasó y todos esperábamos que lo hiciera Tad o Mudhoney —no lo veíamos a él en la línea de meta. Pero sobre Nirvana todo el mundo estuvo de acuerdo. Sobre Bleach no. Pensábamos que no era el que tenía más talento, que era injusto que ganara la apuesta. Gustar a todo el mundo lo desacreditaba, pasaba a ser música ligera. Daban ganas de escuchar otra cosa. Pero el éxito es como la belleza, no se discute: funciona. Y le toca al que le toca. ¿El hecho de ser negro jugó en su contra para las personas que lo conocían de antes? No. Jugó en su contra cuando empezó a hablar demasiado del tema en las entrevistas. Algunos se dijeron que exageraba —un éxito como el suyo y venir a quejarse de lo difícil que era ser negro... pero al principio no era más importante que su corte de pelo. Ni para él, ni para nosotros, creo».

Habló de las grabaciones que había hecho Alex en su casa. Le habría gustado que ella le dijera que su editor pagaría por tenerlas. Incluso le contó la verdad, que lo habían echado de su casa y que necesitaba mil euros para ir a buscar sus cosas. A Lydia le costó disimular que le importaba una mierda que fuera un sintecho, pero daba botes muy nerviosa solo de pensar en las grabaciones inéditas de Bleach entrevistándose a sí mismo. No se podía creer que ni siquiera las hubiera escuchado. Pero sobre el tema del dinero no había nada que hacer: «No valen nada. A menos que confiese que era amante de un ministro, en ese caso estoy de acuerdo, se debería poder sacar algo... Aunque el editor no soltará un céntimo más, ya puedes ir olvidándote. Sin embargo, para mí, para el libro... puede ser un plus fantástico tener

fragmentos de entrevistas que nadie más ha publicado».

Intentó calmar a Lydia explicándole que no le parecía razonable llamar a Emilie para reclamarle las cintas sin devolverle el ordenador. Ella se quedó decepcionada, aunque convencida de que encontrarían una solución. Llamó a un colega, que se pasó a venderle un gramo de coca. Luego Vernon y ella se tiraron toda la noche hablando de Alex y del pasado. Él pensaba en sexo, los dos sabían que lo pensaban. Pero le desmotivaba sentirse obligado a follársela para dormir en su casa. Se desplomaron bien entrada la madrugada, vestidos, sobre la cama. Ella se acercó a él a los pocos minutos, y él fingió estar ya dormido.

Pasaron el día siguiente encerrados en el apartamento, en la tranquila euforia de los días que siguen a la coca. Lydia era una tía realmente curiosa. No se puso de morros porque no se la hubiera follado. Le contó cómo había descubierto los discos de Alex Bleach, por una amiga de su hermana mayor, y que se obsesionó tanto que no lo comentaba con nadie. Escuchándola contar su primera entrevista al cantante, cualquiera habría pensado que se le había aparecido la Virgen.

Luego Lydia se interrumpió y saltó sobre Vernon. Dio un brinco, literalmente, para abrazarlo, un gesto bastante torpe para ser enternecedor. Al principio a él no le gustó su forma de besar —tenía tendencia a ponerse nerviosa y a chocar los dientes contra los suyos. En menos de diez minutos estaba a horcajadas encima de él y le arrancaba la hebilla del pantalón con una precipitación más acojonante que motivadora. La cría era de la generación porno, fingía con un ardor molesto y aceptaba que le dieran por donde fuera. Eso acabó excitando a Vernon. Su cuerpecito de gimnasta se doblegaba a todos sus caprichos. Una mamadora de excepción, imposible saber qué hacía exactamente con la lengua y los labios que las demás no sabían —un sentido innato del ritmo, probablemente. Pero en el momento de eyacular no sintió gran cosa.

Era agradable vivir con ella. Tenía una risa de niña pequeña que resonaba todo el rato. Se sentía bien en su casa. Se metió en su página del Facebook para alimentarla con chorradas —tomaba sus precauciones, seguro que el novio de Lydia acabaría volviendo. Sylvie estaba desatada. Aquello la había hecho explotar. En un estado de rabia próximo a la demencia había troleado su página y la de todos sus amigos: mentiroso, ladrón, usurpador, psicópata, terrorista, violador de niños, follagallinas. Lo que la sacaba de quicio no eran tanto los robos que había cometido en su casa como su abrupta desaparición. Por suerte, él contaba con la férrea misoginia de casi todos sus conocidos, que atribuirían las diatribas a una banal crisis de histeria. Pero le chocó ver hasta qué punto había sacado la artillería, y sobre todo le preocupaba que no pareciera que fuera a calmarse. Bloqueó sus mensajes y el acceso a sus amigos y pensó en un mensaje relajado para apaciguar su furor. Gaëlle se había puesto en contacto con él. «Vaya parece que te has echado novia», él intentó explicarse, «solo nos acostamos y creo que se le ha ido la olla», Gaëlle le contestó «no te preocupes no la trago, se pasa el día jodiendo a todo el mundo. ¿Cómo estás, veterano?». Y al

enterarse de que buscaba un sitio donde quedarse en París, le pasó su número — donde ella vivía había una habitación libre. A Lydia, a la que le leía los mensajes, le sorprendía que siempre lo alojaran mujeres. Él la abrazaba y ella se dejaba besar.

—No te pongas celosa. No hay peligro de que me acueste con Gaëlle. Siempre dice que es bi, pero nunca la he visto con un tío.

—Ser celosa no es uno de mis defectos. No podemos tenerlos todos. Pero ¿por qué siempre te alojan chicas?

—Los tíos casados no pueden llevarse a sus colegas a casa. Y los que no tienen familia ni críos ni curro... me recuerdan demasiado a mi vida. Prefiero estar en casa de una chica.

Un día Lydia posteó una foto de Vernon en su cuenta de Instagram. Nada comprometedor. Él estaba delante del ordenador, buscaba un tema de Iggy Pop versionando a Yves Montand, la luz le hundía las mejillas, era un retrato bonito, de hecho pocas veces se había visto tan guapo. Al fondo se veía un espejo salpicado de reflejos blancos, y al lado una pajita del McDonald's cortada, lo que daba a la escena un carácter festivo.

A saber cómo dio Sylvie con ella. Y cómo encontró la dirección de Lydia. Debió de pasarse la noche buscando en internet. Se las apañó bien.

A la mañana siguiente, Vernon y Lydia estaban tumbados juntos, demasiado colocados para follar pero demasiado puestos para dormir, cuando unos golpes hicieron retumbar la puerta de la calle. Incluso estando sobrios les habría sorprendido, pero en el estado en que se encontraban era como sumergirse directamente en una Scorsese, helicópteros policías descolgándose y baño de sangre. Y la cosa no mejoró en cuanto Lydia abrió la puerta.

Es increíble los estragos que puede causar alguien tan pequeño, tanto en el plano sonoro como en términos de destrucción material. Por primera vez desde que había llegado, Vernon encontró utilidad a la espantosa colección de peluches: pueden lanzarse contra la pared y no se rompen ni hacen el menor ruido. Pero parecía que aquello alimentaba la locura destructora de Sylvie.

Destrozó los dos ordenadores, desmontó la cama, reventó el sofá, rompió la vajilla y pisoteó los discos, daba la impresión de que lo siguiente sería arremeter contra las ventanas y luego contra los cimientos del edificio, gritaba como una posea, toda una sarta de insultos que dirigía a Vernon pero que excedían ampliamente el marco de su relación. Se tuvo que chupar más de dos décadas de frustraciones y de decepciones. Él representaba a todos los hombres que la habían humillado.

Vernon tuvo que vencer el miedo para acercarse a ella susurrando, como si intentara calmar a una fiera desatada, pero en cuanto se acercó hablándole en voz baja, Sylvie se tranquilizó. Vernon le decía: «venga, hablemoslo tomando un café, es

solo una chica que me ha alojado, no veo por qué tiene que presenciar nuestras discusiones, ven conmigo». Sylvie seguía protestando «¿y a ella qué le has robado? También te la has follado, ¿verdad? Señorita, ¿sabe a quién está alojando? No, no tiene usted ni idea de quién es este individuo. ¡Ni la menor idea de quién es Vernon Subutex!». Pero aceptó ir con él.

A Vernon le aterrizzaba la idea de estar en un bar con ella. Sylvie no dejaba de repetir que había ido a la policía a denunciarlo por abuso de confianza, robo y ocultación. Vernon no sabía si era un farol. Todo era tan desproporcionado que no le habría sorprendido que sacara una pistola y le pegara un tiro en la cabeza. Estaba poseída. Y enseguida se dio cuenta de que lo único que quería era que volviera con ella. Después de semejante escena. Él fingió dudar y le propuso que volviera a casa y lo esperara. Tenía que pasar por casa de Lydia, disculparse y coger sus cosas. Sylvie lo creyó, aunque insistía en ir con él, lamentaba lo que había hecho y quería indemnizarla. Vernon levantó la mano para decir no, prefiero ir solo. Entonces Sylvie se dio cuenta de que mentía y entró en otra fase de rabia. Se abalanzó sobre él para pegarle, y como él se protegía sin devolver los golpes, le mordió en el hombro con todas sus fuerzas. Se la quitó de encima y salió corriendo. Sylvie llevaba tacones altos, no podía seguirlo, gritó «¡deténganle!» pero nadie le prestó atención. Vernon corrió durante tanto tiempo que a la altura de la estación de Hoche se desplomó.

Tuvo que sentarse en la acera y esperar un buen rato a que la respiración le permitiera levantarse. Todavía le temblaban las piernas. Había salido sin nada y no tenía la dirección de Lydia. Solo tenía el iPod en el bolsillo trasero, dos euros y el número de Gaëlle anotado en un librito de papel de fumar. Giró en Pantin, incapaz de encontrar el piso de donde había salido. Le aterrizzaba la idea de cruzarse con Sylvie, que seguramente seguía buscándolo, aunque había recorrido calles en todos los sentidos. Sabía que debajo de la casa de Lydia había una estación de *bicing*. Por las mañanas ella supervisaba desde la ventana la magnitud del desastre. Decía «los negros odian las bicis, no entiendo por qué», porque siempre que veía a alguien destrozando con saña una bici, era un chaval negro. «¿Se te pasaría a ti por la cabeza pegar fuego a las bicis? Pero debe de tener algún sentido...»

No reconoció la calle que buscaba. Vernon acabó llamando a Gaëlle, dio sus dos euros a una chavalita para que le prestara el móvil, ella le tendió el aparato y lo arrinconó contra la pared para asegurarse de que no saliera corriendo. Le sorprendió que Gaëlle respondiera de inmediato y le dijera que no había problema, que podían encontrarse, que lo esperaba en un bar del canal Saint-Martin e irían juntos a su casa.

Vernon cruza la place de la République. Delante de un banco, una pareja joven de gitanos rumanos ha doblado un colchón contra la pared, parecen enamorados, y

preocupados, no están pidiendo limosna, hablan de algo importante, inclinados el uno hacia el otro.

Gaëlle no ha cambiado. Los tatuajes le han invadido el cuello y las muñecas, pero aparte de eso su cara sigue siendo prácticamente la misma. Lo suyo son las motos, los Hells Angels, todo lo que implica mancharse las manos de grasa. Aún era una cría cuando se presentó en la tienda, Vernon nunca había oído la palabra *butch*. A finales de los ochenta, se empleaba para designar a las chicas con *look* de camionera. Pero Gaëlle era demasiado rubita y endeble para que a alguien se le ocurriera llamarla así. Apenas sonreía. Escuchaba a Crazy Cavan, The Easybeats y David Bowie. Robaba discos a destajo metiéndoselos debajo del jersey, lo había visto en *Yo, Cristina F.*, pero no tenía el menor talento para la delincuencia, aunque no le faltaba desfachatez para intentarlo. Vernon la sermoneaba pero era incapaz de prohibirle entrar en la tienda. La cría parecía un gatito supernervioso.

Gaëlle lo llama viejo amigo y le pasa el brazo por los hombros para presentarlo al camarero sacando pecho, «¿ves a este tipo? Luchamos juntos en Vietnam». No hace preguntas incómodas. Conocía bien a Alex. Habla de él mientras despedaza minuciosamente un posavasos de cartón y amontona los trocitos en pilas del mismo tamaño:

—Sabemos que un día u otro nos llamarán: Alex ha muerto. Pero no por eso el día que pasa duele menos. Era el chico que yo soñaba con ser. Insolente, guapo, con talento, con rabia... pienso en su cuerpo, durante los conciertos, los últimos años había dejado de dar saltos peligrosos, ya no estaba en condiciones... pero antes, ¿te acuerdas? Creo que era uno de los tíos más guapos que he visto en un escenario. Los últimos conciertos... dejaba a los músicos solos en el escenario, necesitaba ir al *backstage* a meterse algo. Era triste. ¿Tú también lo veías? No todos los muertos se comportan igual. Los hay que desaparecen enseguida, como si no hubieran esperado otra cosa. Otros te rondan, te visitan en sueños, quieren algo... Alex me despierta en plena noche, me hace reproches. Me dice ni siquiera intentaste ayudarme. Yo me justifico: joder, bastante hundida estoy ya como para dedicarme a salvar a nadie. Pero me pone los pelos de punta. Los pelos de punta.

—¿Te había hablado de los sonidos alfa?

—¿A ti también?

—Me obligó a escucharlos toda una noche. Me zumbaban los oídos.

—Era un plasta con este tema.

Vernon finge que tiene un problemón con las maletas, que ha cerrado la puerta de la calle sin haber cogido las llaves y que su amiga no vuelve hasta el día siguiente... Gaëlle es excesivamente cool, dice «por esta noche nos arreglaremos, ya verás, te buscaremos una camiseta para que te cambies y algo con lo que puedas afeitarte». Luego Vernon dice que estará en París el tiempo que tarde en renovar el pasaporte y solucionar unos problemas con la seguridad social, y Gaëlle lo compadece. ¿La seguridad social? Pues tiene para semanas, está loco si piensa que va a solucionarlo

enseguida. «¿Sabes lo que hacen cuando creen que tienen demasiado curro? Tiran los expedientes. Te lo juro, claro que es verdad, me lo ha contado un amigo médico. Te quedas atascado mogollón de tiempo... Se nota que hace mucho que no estás en Francia, las cosas han cambiado un montón... No, el piso no es mío. Hace mucho que no tengo piso. Además tampoco tengo ya seguridad social, pero nunca me pongo enferma, me importa una mierda... Pero ya verás, el chiringo está bien. Es supergrande, en el distrito VIII. Me alegro de poder ayudarte, ¿sabes...?, con todo lo que te robé en Revolver, tengo como una deuda contigo. Pero no quiero follones: si haces la más mínima jugarreta, te busco y te rompo todos los dientes. ¿Queda claro? No hagas que lamente haber tenido misericordia... Pero me alegro de poder ayudarte. Quizá hasta podríamos hacer por fin el amor tú y yo, mi novia no está. Es broma, no es la casa de los Kechiche. Ella tiene veinte años menos que yo. Quiere irse de fiesta a todas horas, me agota, no te imaginas la energía que tienen a esa edad... cuando yo era joven era duro ser lesbiana. Pero hoy en día las jóvenes tienen su vida, salen todas las noches... son dos mil, pavoneándose por todas partes... y no te imaginas cómo follan, las muy furcias: llegan, sacan directamente el arnés y el gran real skin y todo les parece normal. Cosas que yo he tardado años en hacer, las crías empiezan por ahí...» Había empezado a calentarlo como quien no quiere la cosa, fingiendo no darse cuenta, describiéndole con todo detalle la suave textura y lo prácticos que son los nuevos consoladores con cinturón...

Vernon nunca ha terminado de entender en qué trabaja Gaëlle, no tiene domicilio fijo, no ha tenido hijos y no ha cambiado su manera de funcionar desde que tenía veinte años. Parece quince años más joven de lo que realmente es, dice que es porque nunca se pone maquillaje. Es hija de ricos. No parece tener mucho dinero —lo que vale la cerveza le preocupa tanto como a Vernon. Pero tiene mentalidad de princesa. En su mente no existe el perdedor. Las personas como ella son bohemias, artistas —llevan una vida extraordinariamente intensa. Nunca se hunden. Aunque estén en el paro, aunque estén en chirona, les pase lo que les pase, a menos que te atrevas a arrancarles las tripas para obligarlas a sufrir como todo el mundo... ella flota por encima de las contingencias materiales. No tener nada la ayuda a seguir siendo superficial.

Gaëlle lo lleva a un piso de tres plantas, la superficie total debe de rondar los trescientos metros cuadrados, parece que estás en un supermercado, te cansas solo de dar la vuelta. Una gran terraza rodea la planta superior. Los techos de París se extienden en una escala de grises hasta perderse de vista, el cielo está encapotado, solo se ve luz unas horas al día. Es como si hubiera una tapa por encima de la ciudad. La terraza está demasiado alta para distinguir bien a las personas de abajo, la mirada se ve atraída hacia el cielo obtuso, y descubres que los aviones no dejan de cruzarse. Vernon tirita de frío. Gaëlle abre una lata de cerveza, y el sonido de la lengüeta despegándose y liberando el gas lo tranquiliza de inmediato. Gaëlle tiene gestos de motera incluso para hacer las cosas más sencillas. Las convierte en extrañamente

sensuales.

—Pero ¿a quién se le pudo ocurrir hacer un piso tan grande?

—A una familia numerosa. Nuestra planta era la del servicio. En la planta de abajo, con que tengas cuatro hijos ocupas todas las habitaciones, y la de arriba es para las visitas...

—¿Cuánto se paga de alquiler por algo así?

—Se compra. En este caso al contado. En este barrio, cuenta unos tres millones... los tenía en efectivo, debió de negociar un pequeño descuento... Se lo puede permitir. Es bróker, su mujer está estudiando. Curran los dos, aquí estamos tranquilas, ya lo verás. Solo procura no vaciar el frigorífico. No lo soportan. Si tienes sed o hambre, bajas a comprarte lo que necesites.

—¿Desde cuándo vives aquí?

—Tengo la habitación hace bastante... pero evito pasar mucho tiempo. Es agotador. Los primeros días te parecerá divertido, pero luego ya verás cuando bajas a tomarte el café por la mañana y te encuentres a diez tíos desfasados en la cocina, que ya ni se enteran de lo que están contando, hablando en bucle sobre el verdadero mensaje de Cristo... con el tiempo acaba minándote. Pero para unos diez días estarás como un rey.

—Me saca del apuro, ni te imaginas cuánto.

—Pero tendrás que ocuparte del sonido esta noche. El dueño da una pequeña fiesta. Le diremos que eres DJ.

—Tengo mi iPod. Pero ¿puedes prestarme un Mac? Si tengo que preparar una playlist me será más fácil... y necesitaría entrar en internet, tengo que contactar con la colega de la casa en la que se han quedado mis maletas.

Cuando piensa en escribir a Lydia para explicarle que no ha podido encontrar su casa, el recuerdo de la escena de la tarde le sube directo a la garganta y siente que se le hiela la sangre.

El sonido es excelente, este tío es un genio. Siempre hay que confiar en Gaëlle. A primera vista todo el mundo se ha preguntado pero quién es ese pringado y entonces él ha sacado su iPod, el tío es dios, es agua bendita en las orejas. Los altavoces Klipsch escupen Rod Stewart, este tío está chalado, se atreve con todo, y encaja perfectamente. Es el Nadia Comaneci de la playlist. Desde esta noche es su DJ residente. Red Bull y rayas de coca, llegan las chicas, en grupos. Son borrachinas fáciles y vulgares, así nos gustan por la noche. Un capullo pota en las plantas. Kiko lo agarra del hombro y le escupe al oído «lárgate de mi casa lárgate ahora mismo lárgate» y el tío balbucea algo pero Kiko lo empuja hacia la puerta sin escucharlo. Odia a los pringados que no aguantan el alcohol. Una rubia platino, en los huesos, se tambalea sobre unos tacones raros. Parece que camine por una cuerda floja. Clavículas prominentes, le dan ganas de romperle un hueso. Neuronas fritas. Se le ocurre de repente la idea de subirse a la barandilla de la terraza y saltar. Solo por cortar el rollo. Esta mañana, al levantarse, Kiko se dijo esta noche quiero tranquilidad. Necesitaba descansar, comer japo, ver una película y dormir para recuperarse. Pero había olvidado que daba una fiesta en su casa —habría podido anularla pero exigía más esfuerzo que dejarlo correr. Ha venido Claudia. Está en París para hacer la portada de *Vogue*. Le gusta estar rodeado de gente que tiene éxito en lo que hace. Desprenden buena energía. Ha venido con sus amigas del photo shoot, hoy en día las modelos son las it girls de la pasada década. Has been. Demasiadas. Desechables. Hasta los losers se llevan a la cama a una chica recién bajada de la pasarela. La frase le parece divertida y la tuitea. Compite con Jé, que está en Shangái —qué hora es allí, no es posible que esté tuiteando a esta hora: «estudio el verde de mi vómito», ilustrado con una foto. Qué asco. Vete a saber qué cojones hace allí. Aparte de ponerse enfermo. Desde la última de James Bond, Kiko se prometió ir a Shangái. No por el curro —ir y tener tiempo para salir del hotel. Sentir la ciudad. Pero tiene pocas vacaciones. Es lo que hay. Dedicas el tiempo a ganar la máxima pasta posible pero para pulírtela tendrías que cogerte días de descanso compensatorio. Y eso en su trabajo no se hace. Su trabajo es cuestión de velocidad. Los que no están en ese mundo no lo entienden. Creen que estudia empresas. Kiko es un sprinter. Reacciona en centésimas de segundo, avanza al ritmo de las máquinas. Black holes. Un crac bursátil dura un segundo y medio. Los beneficios se cuentan por miles de millones. O las pérdidas. Y tú eres responsable. Infrainestabilidad. No le da tiempo a tocar el suelo, gira con el diapasón del logaritmo. Enchufado a una pulsación subterránea, que el humano corriente no percibe. Reacciona en situaciones chungas a la velocidad del sonido. Se cuenta en miles de millones, y se cuenta en segundos. Está siempre alerta, un guerrero de excepción. Britney Spears, «Work Bitch». Subutex es un colega, lee el pensamiento, sabe lo que hay que ofrecer para que la cosa se mueva. Música de gimnasio.

Jérémy está comiéndole la olla a Marcia para que le corte el pelo ahora mismo.

Kiko ya no lo soporta. Era divertido y seductor. Era su mejor amigo. Se ha vuelto patético. Se conocen desde niños. Pero Jérémy no quiere entender que ya no es bienvenido. Se impone. Está pelado, su padre le cortó el grifo cuando empezó a meter demasiado la nariz. Consiguió que lo despidieran del consejo de administración, había que hacerlo. Destrozó el despacho del presidente a golpes de silla. En aquel momento se rieron. Pero luego, bah. Es de pringado. Hay que saber diferenciar las cosas. La fiesta y el destroy son para la noche. Durante el día, hay que saber limpiarse la nariz y no andar provocando. Le cansa. Desde el verano pasado, cuando Jérémy se acopló al Calvi on the Rocks. No tenía un duro en el bolsillo. Iba de buitre. Una vergüenza. Kiko le dijo claramente que eran diez en la casa, y la piscina tampoco es olímpica. Y aun así fue. Falta de respeto. A Kiko le horroriza. Si no aguantas la droga, ve a desintoxicarte. Durante mucho tiempo fueron inseparables, de acuerdo en todo. Pero ya no es así. Jérémy ya no sabe coger las olas. Ahora forma parte de la multitud a la que Kiko deja en la cuneta —no va a culpabilizarse por ser un asesino. Entiende que no todo el mundo puede. Siempre en la palestra, siempre con aplomo. La mayoría de sus conocidos están ya fuera de servicio. La partida es larga, la partida es dura. Danzad, danzad, malditos, Kiko será el último en la pista. Para Jérémy se acabó. Su padre no lo dejará caer del todo, pero está acabado. Su cerebro debe de ser como un buñuelo chino pasado. Se enfrió una vez frito. No volverá a subir al *ring*. Kiko está harto de verlo tan encima de Marcia —Marcia todavía se la pone dura. Se la pone muy dura. Ni de frescura garantizada ni realmente su tipo. Ella lo sabe. Es porque tiene esa manera de moverse, folla cuando respira. Apesta a sexo. Las auténticas tías son tíos. Se queda con la frase y la tuitea. Está inclinado sobre un puente por encima de una autovía. La cosa sube cada vez más. Culo2Kriss delira sobre la mujer Barbie, la tía que se ha operado entera para parecer una muñeca. Dice cosas superporno. Depeche Mode —este tío es un genio. Imposible saber qué tema encadena— pero queda impecable. Tiene el BPM en la corteza cerebral. La fiesta sube un nivel más, se siente, funciona, funciona, funciona. Janet Jackson, «All Nite». Empiezan a fuck fucker por las esquinas, cósmico y guarro, como le gusta. Las chicas se quedan secas cuando van muy cargadas, les hace daño cuando follan, chicos, cuidado con el prepucio. Lo tuitea. Peor para los que no tienen prepucio, con su polla que no siente nada. Esta noche puede meter la suya entre los muslos de cualquiera de ellas. A eso han venido, ven lo grande que es el piso, se calientan, quieren comerle el rabo al tío que puede pagarse algo así. Lo ve todo. Es una superficie sensible y alerta. Es la droga pero no solo —su cerebro es una gigantesca intersección. Como en el centro de Tokio. Los datos lo atraviesan, organiza. Se pasa el día controlando ocho pantallas y dando órdenes por teléfono. Se multiplica. A fuerza de entrenamiento, su cerebro funciona cien veces mejor que el de cualquier director general. Un director de banco es como un tío que sube la montaña en burro mientras él se desplaza en cohete —tres veces la vuelta al mundo, todos los días, y no solo la vuelta al globo con pasos de gigante, de mercado en mercado, sino el mismo trayecto en corte transversal—,

sintetiza los datos, capta los que se combinan, los conecta. Emisor receptor. Centro de clasificación intergaláctica. Enchufado a la hora del mundo. Tanto en un pueblo siciliano como en una metrópolis india, de la tundra a la selva amazónica, en todas partes es la hora del Mercado. Nuestro valor es la velocidad, la ubicuidad es nuestro don. El coche de carreras va demasiado deprisa para que se pueda cambiar su trayectoria, es cuestión de *feeling*. Kiko siente el tiempo, él es la aguja grande del reloj. En la hora global. Él es más rápido, más poderoso. No tiene nada que ver con la droga. Gestiona. Por la mañana una puntita y funciona sin tomar nada hasta la pausa de las dos —primera raya. Gestiona, durante el día solo toma lo que necesita para mantenerse sobre la cresta. Nunca verse en el túnel. Es un surfista excepcional. Se merece ese piso, se merece las chicas que menean el culo en el salón, se merece la droga dura. Se merece sus Berluti. Él lo vale. Hacia arriba, en círculos concéntricos —todo el mundo daría cualquier cosa por estar en su lugar. Hostia, un remix de Presley de Trentemøller, es exactamente lo que había que poner en este momento. Es salvaje y a las chicas les encanta, pueden contonearse a tope. Este tío es un genio. Le encanta. Es como él en lo suyo. Kiko es un virtuoso —piloto de carreras, el coche es su propio cuerpo. Oye la sangre en sus sienes, el sonido de su sangre golpeando con fuerza, le gusta. Potente. Incluso los que van de recatados lo hacen por despecho, porque no son como él. Como no pueden probar el buen caldo, intentan escupir en él, si les pasaran la taza cambiarían de actitud. A nadie le gustan los pobres. A ese cabronazo, Vernon, ha estado a punto de echarlo a la calle —no le gusta eso de que traigan a su casa a alguien que no debería cruzar la puerta. A punto ha estado de cabrearse cuando ha visto su jeta de vagabundo, y ese rollo de que no tenía las maletas —había que prestarle una camisa. Kiko miró mal a Gaëlle y ella puso esa cara que tanto le gusta, la cara de viejo *cowboy* seguro de su disparo. Sabía lo que hacía. El tío es un valor seguro. A pleno día, en su salón, parecía un don nadie, pero a esta hora, delante de sus playlists, tiene la pinta adecuada. Apenas se mueve —los tíos de verdad no bailan— pero está metido en el sonido. El cabrón da un giro de ciento ochenta grados, música caliente y kitch, y cuela. Kiko echa un vistazo a su iTunes Candi Staton «I'd rather be an old man's sweetheart» pero joder cómo este hijo de puta se ha atrevido a pinchar esto... ahora. Justo lo que necesitaba, lo adecuado para que las niñas se pongan cachondas a pesar de la coca. Groovy night, en la vida he visto a un hijo de puta como él. Por qué eres pobre, tú, por qué no has pasado de ser un pobre miserable. De crío debieron de alimentarlo a base de cacahuetes en platos de papel, toda la vida papeando crepes congeladas y carne atiborrada de antibióticos. La cultura de los pobres le da arcadas. Se reduce a eso: papeo demasiado salado transportes públicos currar por menos de cinco mil euros al mes y comprarse ropa en un centro comercial. Coger el avión y tener que esperar en los aeropuertos en sillas duras sin nada para beber y sin los periódicos, que te traten como a una mierda y viajar en asientos de segunda, ser un gilipollas de segunda, con las rodillas encogidas y los codos de la vecina en las costillas. Tragarse carne vieja

celulítica. Acabar la semana de curro y hacer la limpieza y la compra. Mirar el precio de las cosas para saber si puedes pagarlas. Kiko no lo haría, atracaría bancos se pegaría un tiro encontraría una solución. No lo soportaría. Si lo hacen es porque se lo merecen. Los tíos como él no lo aguantarían. ¿Qué tienen los ricos que no tienen los pobres? No se conforman con lo que les dejan. Los tíos como él nunca se comportan como esclavos. Él se mantiene en pie, pase lo que pase —antes palmarla que arrodillarse. El que se deja dominar merece que lo dominen. Es la guerra. Él es un mercenario. No te echas a llorar cuando caes en el frente. Estás ahí para luchar. Kerviel en la tele hace tres días cuando el tío le preguntó «pero ¿se daba cuenta de lo que hacía cuando especulaba con materias primas?», o ese rollo idiota del tío que no quiere entender de qué va el tema —Kiko se partió de risa. ¿Crees que tenemos tiempo para examinarnos el ojete y preguntarnos si está bien? Quién es el más fuerte. El más rápido. Solo eso importa. En cuanto oyes la respuesta, dale caña. Los tíos se lamentan de los mercados, invitan a Kerviel y querrían que dijera que él es el responsable de todo. Pero hazte las preguntas correctas: ¿quién vende los programas? Esos son los amos del mundo. Pregúntate qué fabrica Google en lugar de lloriquear porque ya no entiendes nada de la industria. Doce trenes de retraso, colega. La única pregunta válida es quién inventa los logaritmos. El pueblo llano teme que suba la extrema derecha. Para los mercados nada cambiaría. Estos u otros, nunca se nota la diferencia. No retrocederemos más. Todavía están en los años treinta. Kiko está enchufado al flujo único, al poder en línea directa, el dinero pelea, se hincha y se encabrita pero Kiko sujeta las riendas. ¿Se pide al piloto de un bombardero que analice su estado de ánimo? Todavía defienden la enseñanza y la seguridad social. Subnormales. ¿Los parados necesitan leer en su tiempo libre? ¿Acaso él se lleva dinero cuando no lo produce? Se acabó el viejo mundo. ¿Qué necesidad hay de educar a gente a la que ya no necesitamos en el mercado laboral? La próxima vez que se haga un llamamiento a los pueblos de Europa será para la guerra. Nadie necesita aprender literatura y matemáticas para ir a la guerra. Eso es lo que reactivaría la economía. Una guerra. Pero parados letrados... francamente, qué estupidez. La gente cree que en la bolsa están al tanto de los movimientos contestatarios —¿de verdad creen que les conmueve ver a cuatro tíos que ya no pueden pagarse las habichuelas? Siempre ha sido así. Es duro. Es la guerra. Cuando Kerviel cae nadie va a defenderlo. Cuando le llegue el turno a Kiko... también estará solo. Es un mercenario, sabe que no puede contar con nadie. Las guerras hay que ganarlas. Sobrevivir. Tener las herramientas adecuadas. El logaritmo exacto. Lo demás, poesía. Falsas promesas. Claro que embriaga. ¿Qué te crees, cagueta, que no me la pone dura sacar bonificaciones de cinco ceros? Si fuera a decirle a Subutex mira hoy he sumado cientos de miles de euros a mi capital, ¿no entendería que se le pusiera dura? Se me pone muy dura. Es un toro en la plaza, lucha. Ve a los que se han retirado a los cuarenta años. Palacios carros grandes y putas guapas, se van a vivir a países donde nadie les toca los cojones con los derechos humanos, donde están por delante, no

jodidos a impuestos. No ve ni a uno solo con lágrimas en los ojos porque el negrito no come bien. Intenta hacer lo que yo hago y verás. Me entero, adivino, adelanto, anticipo, giro. Siempre alerta. Malas noticias para los franceses: se acabó la fiesta. Circulad, ya no queda nada que vender. Hemos liquidado nuestros frigoríficos nuestros ordenadores ahora cogemos los *stocks* y vamos a vender a otra parte. ¿Y entonces qué? ¿Qué vais a hacer, aparte de lloriquear? ¿Mataros entre vosotros? Buena idea. Tenemos armas para vender. La gente de su país es imbécil, ingrata y arrogante. Gritan por la calle creyéndose importantes. Nada. Desde donde estáis no se os oye. Ni un rumor llega a nuestros oídos. Ya está perdido. El pescado está vendido. Agitad vuestras papeletas. No se os oye, ni de lejos.

Esta noche no debería acostarse muy tarde. Una raya más, la última copa y a la camita. Albert King, «Breaking Up Somebody's Home». Vernon es buenísimo. Kiko berrea dj revolver in da place. Sabe que es una horterada se la suda está en su casa y hace lo que le da la gana. Es increíble, el tío tiene un sexto sentido. Está a los mandos, y su nave espacial despegar. Es coherente, la gente los cuerpos las luces y el sonido... es muy coherente. Va a verlo y lo coge por el hombro. Joder bravo por tu música un rollo increíble tu sonido es superpuro. You're a bad bad bad ass motherfucker. De la peor calaña. ¿Tienes todo lo que necesitas en tu cuarto? Pídemelo que sea, ¿eh? ¿Quieres que te presente a alguna tía? He traído a setecientos cincuenta mil tíos que pinchan como mucho tienen su estilo pero tú... you're a bad ass motherfucker. Mira lo que les haces a esas perras, no tardará en montarse una orgía en el salón. En realidad, hasta el careto le pega. No es tímido, es misterioso. A primera vista pensó que era tímido. Los odia. Al menos, los matones tienen rabia, son bocazas. Tienen la mirada fría. La timidez es la marca de los falsos. La clase media, los modernos. Los mindundis que se creen alguien. La timidez denota complejo, y el complejo denota traición. Hay que tener cuidado con a quién dejas entrar si quieres que el ambiente sea fluido. Hay que filtrar. Una casa se gestiona como un país. Hay que impedir el paso a los indeseables, ser despiadado y estar entre personas que saben divertirse. Yo pago mi party pero selecciono. Este Vernon es misterioso, desde que se ocupa del sonido está transfigurado. Artista. Es un artista. Siempre hacen falta unos cuantos. Esta noche faltan actrices, por ejemplo. Siempre aportan algo. La gente de la tele no. Son unos pesados. Siempre deprimen. Te cargan. Es como los cómicos. «So weit wie noch nie», techno antiguo. Todo el mundo baila, es trance. Este tío es un genio, de verdad. No se sabe por qué, pero cuando hay alma, todos lo notan. Justo cuando Kiko se iba a dormir, el tema exacto. Desde hace un rato le ronda una morena, cree que él no la ve así que cada vez va a más. No tardará en quedarse en pelotas bailando y buscando sus ojos. Tiene la nariz tan fina que se pregunta cómo lo hace para meterse polvo sin que se le funda en el acto. Quizá es una prótesis, quizá antes de chupársela se quite la nariz y muestre su cara de zombi. Mueve el cuerpo, nena, muévete. Me ocuparé de tu caso. Esta noche no te voy a follar, estoy muy cansado, pero te llevaré a la cama. Dormiremos acurrucados. Biancha baila con los

ojos cerrados, con Marcia pegada a su espalda. Un numerito lésbico, vamos, chicas, haced que arda el salón. Esto es el infierno. Tribal, tribal. Me encanta. Coge a la morena de la mano. Parece tener unos dieciséis años. Me voy a quedar dormido con dos dedos metidos en tu coñito depilado pero no te follaré, no tengo energía suficiente, quizá me la chupes pero creo que ni siquiera podré correrme. En su casa, el porno se hace en su catre. Es un dios. Su habitación está lo bastante lejos del salón para que deje que la gente se divierta. Es un príncipe. No se despide, hace un gesto a la chica para que vaya con él, y ella obedece. Todas son así, y las que remolonean demasiado para venirse a la cama cuando les silbo que se vayan a tomar por culo, siempre habrá otra lo bastante lista para calentarlo. Porque mañana, vete a saber, quizá me acuerde de ti lo bastante como para hacerte un regalo. Depende de ti, de si das la talla.

En esta coca no hay coca, no notas nada cuando te la frotas en la encía. Le duele la cabeza y el bajón empieza a atacarle la espalda, aunque todavía está muy puesta, mañana por la mañana va a ser buena. Marcia tiene una sesión fotográfica a las tres, le quedará tiempo para descansar. La fiesta no es genial, mejor habría hecho yéndose a acostar. Siempre las mismas caras. Las conversaciones giran en bucle. Abrió su paquete de tabaco al entrar, y ya se lo ha terminado. Más que el alcohol y las drogas, lo que la deja agotada es la nicotina, por la mañana le da la impresión de que no puede respirar. Tiene que dejarlo. Fumar tanto le destroza la piel, empezó a fumar tabaco sin agentes de textura, Gaëlle le había dicho que realmente notaba la diferencia, pero ella nada. Qué dolor de cabeza. Está en el mismo sitio desde hace una hora, sentada al lado de Frambuesa, que no deja de liar porros de hierba pura. Desde hace una hora se promete a sí misma que se va a dormir. Ruido blanco en las encías, superdesagradable, lo conoce bien. Mañana tiene que descansar.

Con las primeras notas, la conciencia se le abre en dos, «Construcción». La versión española de Viglietti, una serie de imágenes en movimiento, con olores y sonidos, lo que su cuerpo experimentaba en ese preciso momento. Hojear un libro entre el desorden, no elige lo que le viene. «Amó aquella vez como si fuese última.» Ella se llamaba Leo, había copiado el corte de pelo de Isabella Rossellini. Belo Horizonte. Los árboles de la ciudad, poderosos, el verde intenso, como en los países del sur, cuando crece incluso entre el asfalto, trepa al cielo de repente. Barrio Floresta, casa baja, el tocadiscos en casa de los padres de Silvio, ausente, y esta canción, una y otra vez durante días, les obsesionaba. Iban al cine a ver *Betty Blue*. Varias veces el mismo día, y volvían al día siguiente. Bebían cerveza en la calle y aspiraban los perfumes embriagadores de las damas da noite. Leo llevaba sus zapatillas Radley, que le encantaban. Los Volkswagen invadían la ciudad, ellos no tenían coche. Siempre el mismo grupo, los cinco. Llevaban vaqueros muy claros. «Besó a su mujer como si fuese única.» Ninguno de ellos se quedó allí. Los amaneceres eran tan luminosos que hacían daño a los ojos, devoraban los pão de queijo, el sabor a yuca, sus cuerpos de niños, que nunca se cansaban. Su *walkman* azul Sony, del que estaba tan orgullosa. Escuchaba a Cazuzza, «O tempo não pára», para ellos aún no existía el sida. Lula perdió las elecciones, ella era demasiado joven para votar, no había cumplido los dieciséis. Las primeras elecciones directas en su país. Y ya entonces Europa, Europa, absolutamente. No Estados Unidos, Europa. Estaba enamorada de un profesor de literatura que daba clases en el instituto más distinguido de la ciudad. «Sus ojos embotados de cemento y lágrimas.» Se quedó colgada de esta canción. Era esnob escucharla en español. El grupo andaba por Broday, sin «w», iban a ver conciertos de hip hop, Racionais MC's, no había blancos, la excitación de estar ahí, los cuerpos de los chicos, de los chicos malos. Y los cigarrillos Free, el elegante paquete blanco con dos olas cruzadas, roja y azul. Todo aquello que hacía que fuesen quienes eran, sus accesorios de juego. En esta

habitación, octavo piso con terraza en el triángulo de oro de París, nadie tuvo quince años como ella. Se partió en dos. Quería marcharse a Europa. Si en aquel momento le hubieran dicho, si le hubieran dicho hasta qué punto todo sería maravilloso... ¿habría cambiado en algo la impaciencia que la devoraba? «Por esa arpía que un día nos va a anular y escupir y por las moscas y besos que nos vendrán a cubrir.» Esta canción la fascinaba —su espiral trágica. Todo su país —una tensión que se contonea hacia el drama.

Desde el principio de la noche, Kiko no ha dejado de extasiarse, «este tío es buenísimo, ¿no? Es buenísimo», hablando del colega que pincha. Kiko tiene sus caprichos, hay gente a la que adora. A veces es fiel con los amigos. Marcia no se lo ha pasado bien. El ambiente le parecía apático —la gente harta de verse todo el rato, masacrándose las fosas nasales para fingir una alegría anodina. Aún no es de día, es ese momento extraño en que la noche se disipa sin que haya salido el sol. En veinte minutos habrá amanecido, la hora en que la ciudad huele mejor. La canción se acaba, su esqueleto recibe el impacto de su memoria viva —se gira y levanta los dos brazos. «Ok, DJ Revolver, acabas de provocarme el primer orgasmo de la noche.» Lo observa con atención, todavía no lo había mirado. Una discreta sonrisa, él le guiña un ojo y pincha Prince —«Sexy Motherfucker». Bien jugado, DJ. Ahora le vienen otras imágenes. Ya en París —ya nadie la llama Leo, lleva unos *shorts* diminutos, medias de licra negras brillantes, zapatos rojos de tacón de aguja que compra en Ernest, en Château d'Eau —ha empezado a trabajar de peluquera. Su vida como un disco de vinilo, varias pistas ya están grabadas. Se despliega ante ella y vuelve. Ya en París, los primeros años, llueve todos los días, lo que se ajusta a la idea que una sudamericana se hace de esta ciudad. El gris de los edificios armoniza con el gris del cielo. París, a principios de los años noventa, vibra por Brasil, a los franceses les encantaría saber bailar, se menean como pueden con músicas que no entienden. Mueven los pies, los hombros, nada las caderas. Llegó a París y lo primero que vio en la tele fue a Johnny Hallyday, se dio cuenta de que muchas cosas se le escaparían. Hay que haber nacido aquí para entenderlo todo. Pero París amaba Brasil, y en la moda querían el acento de chicas como ella, querían su contoneo, querían el exotismo. Una brasileña trans pobre era carne de parar los coches en los *parkings*, directa, casi necesariamente. El trayecto no estaba señalizado, pero casi. Las chicas a las que Marcia conocía, cuando les decía «no, yo no he venido aquí a hacer la calle», la miraban con pena. La calle no era una opción, era su lugar, estaba escrito. Las brasileñas seropositivas llegaban en masa de Brasil, sabían que en Francia recibirían mejor tratamiento. Pero Marcia estaba obsesionada con Scarlett O'Hara, se decía que Scarlett se las apañaría de otra manera, que no iría a hacer la calle. Que Scarlett no fuera pobre lo cambiaba todo, pero ella no pensaba en esas cosas. A falta de dinero, Marcia había tenido buena estrella. Una noche, en la sala de conciertos Gibus, se hizo amiga de una chica de Bogotá que tomaba estrógenos, como ella. La chica era peluquera y camella, por su casa no dejaba de desfilarse gente, un corte de pelo y dos o

tres gramos. Así aprendió. Peluquería. Al principio hacía los tintes en el cuarto de baño. Era fácil. Subarrendaba una habitación en casa de Fabrizio, que era la única loca que había conocido en su vida que decía ser de la mafia. Y Fabrizio la adoraba, decía que era más guapa que Dalida —y la introdujo en el mundillo. Aprendía a peinar. E hizo sus primeras sesiones fotográficas de moda. Hacía reír a todo el mundo, era lo que se esperaba de ella. Buen humor. Las chicas a las que había conocido al llegar empezaron a morir, algunas se suicidaban antes de que el sida las estropeará demasiado. La epidemia también se llevaba a los maricones parisinos. Por una vez había algo parecido a la igualdad. La epidemia era igual para todo el mundo. Eso generó la extraña sensación de formar parte de la misma casta. Todos. Y la vida seguía —a su alrededor la muerte golpeaba sin pausa. Y al mundo le importaba una mierda. Act Up Paris organizaba die-ins pero la gente no empezó a pensar de verdad en el sida hasta que entendieron que también les concernía. La enfermedad empezó a existir cuando alcanzó a los heteros. Marcia esquivaba el chaparrón. Tenía trabajo, y todavía no tenía el sida. En el fondo sentía cierto remordimiento, el remordimiento del superviviente, y a la vez una enorme gratitud. La vida era muy buena con ella, y no dejaba de serlo. Luego llegaron los amantes que la mimaban. Los viajes, las *suites* de lujo, la *jet set*. En la moda, los años noventa eran pura magia. Evangelista, Campbell, Crawford, Schiffer, Casta, Alek Wek, Herzigova, Banks... Se acostumbró al lujo, a formar parte de un mundo que jamás será el suyo. La sirenita, a la que le cuesta dar cada paso, pero que camina con gracia y siempre sonriendo. Nunca ha pensado en volver a Brasil, ni siquiera cuando oye hablar del milagro económico. Le gusta Europa. La riqueza del viejo continente, la opulencia de las clases más bajas, la despreocupación de estos pueblos, que han podido olvidar la humillación de la pobreza, de las dictaduras, convencidos de que ellos están a salvo porque se lo merecen, porque son más trabajadores y más inteligentes. Le gusta que todo tenga calefacción, hasta las oficinas de correos están limpias, a todo el mundo le gustaría nacer francés. Los franceses son los únicos que no se dan cuenta. O quizá también esto, como tantas otras cosas que parecían eternas, acabará cambiando.

Es la primera vez en años que se acuerda de Belo Horizonte, con ganas de volver atrás. Coger al joven chico-chica que ella era y decirle al oído no te preocupes no te vas a creer todo lo que algún día te pasará ya verás te hartarás del lujo y de la vida fácil, la vida te dará tanto que te quejarás de que te aburres. Como una auténtica princesa.

Subutex. Kiko se ha pasado la noche gritando su nombre. Ella no le ha prestado atención, pero, ahora que lo mira, también le encuentra algo. Tiene las manos bonitas. Vernon es tranquilo. Es maduro. Las arrugas que tiene en la cara son las de alguien que se ha reído mucho. Ha debido de aprovechar la vida. Se acerca a él. «¿Qué canción es?» Susurra la pregunta tocándole la parte interior del codo con la punta de los dedos. Él alza los ojos hacia ella y la observa sin sonreír. Su mirada es dura. A Marcia se le encoge el estómago. Le contesta «Freddie King», tiene la voz bonita,

profunda, le dice el título al oído, «“Please send me someone to love”», para ser francés pronuncia correctamente el inglés, no se embala. Está seguro de sí mismo. Le gusta. Un poquito. Está concentrado en la música. Cambia de sonido. «Tostaky», Noir Désir. El gris amanecer esparce algo de luz por el salón. Ella levanta las muñecas por encima de la cabeza y sigue la guitarra con los ojos medio cerrados. Siempre ha conseguido lo que ha querido de los hombres bailando para ellos. «Tostaky», esa rítmica francesa, pesada... la conoce. Las caderas siguiendo la guitarra, la espalda con la batería. «Tostaky.» Vernon debe de ser un buen cabrón. Los identifica con el vientre: si los desea, es que tienen las manos sucias. Lleva el drama en la sangre, solo goza con los tíos peligrosos. Los que quieren quitarte la vida son siempre los amantes más amables, porque en caso contrario no les dejarías hacer. Nadie acepta la primera bofetada si no va acompañada de una maravillosa sarta de disculpas, de promesas, la intensidad de no querer perderte, de no poder imaginar perderte. Los que pueden matarte son siempre los que más te quieren. Cuando de verdad los desea es cuando siente que podrían matarla. No necesita buscar sus ojos para saber que la está mirando. Cuando baila, tiene que contener sus gestos, ya no tiene edad para dar el espectáculo, contiene la energía. Se rompe las muñecas, atrapan el aire, los dedos extendidos sobre cada nota, luego detrás de la nuca, hace el gesto de dejar caer algo al suelo, a la altura de los riñones. «Tostaky.» La belleza desconcertante de ese cantante francés —el más latino de todos. *Crescendo*, sus tacones golpean el suelo, suavemente —en París se controlan hasta cuando bailan, no buscan el trance, se acuerdan de sonreír. Incluso cuando bailan Noir Désir, en los salones de los buenos barrios. Sin frenesí, no con el cuerpo. En París, el cuerpo no se quita la máscara. Vernon encadena con Rihanna —otras siluetas a su alrededor. No hace caso. Baila para él, él la ignora, la hace rabiar. A ella le excita. Le gustan los hombres de todo tipo. Le gustan de todas las edades, de todas las complexiones, de toda raza, de toda confesión, de toda riqueza y de cualquier carácter. Le gustan todos, pero mejor cuando se resisten a su manera de mover las caderas. Será suyo.

Sale a la terraza a fumar. El aire helado azota la epidermis, una descarga agradable. Respira a pleno pulmón —al final la droga ha subido. Ahora la siente, una energía de primera hora de la mañana. Jérémy y Biancha hablan de los problemas de la UMP desde que no está Sarkozy. Retazos de razonamientos, repiten diez veces lo mismo, hablar por no callar. Diálogos de madrugada. Lo odia. El speed le deja bajón. Debería haberse metido MDMA. Todo el mundo se lo mete ahora mismo. No ha bebido bastante, cree que no podría soportarlo. Entra, Vernon no se ha movido, está absorto en las notas, es autosuficiente. Le gusta. Lo roza al marcharse, le dice «hasta mañana, DJ. Ya sabes que aquí nadie se irá a dormir, puedes subir a tu habitación cuando quieras. Ya no oyen nada». Él sonrío sin contestar. Le gusta cada vez más. Es su historia de esta noche, lo que consigue que la fiesta no haya sido una mierda total.

No se cruza con él por la mañana, antes de bajar a la sesión de fotos. Gaëlle aún no se ha ido a dormir, sigue haciéndose rayas, sola delante de la tele, bebiendo tazas

de té Genmaicha. No le pregunta a qué hora se fue Vernon a la cama. Si lo preguntara tan descaradamente levantaría sospechas, y Gaëlle suele irse de la lengua. A Kiko no le gustaría que fuera detrás de un tío alojado en su casa. Hace años que ellos dos no flirtean, pero ella jamás lleva a un amante a su casa. Es tácito —tiene un sitio donde quedarse en París y folla en otra parte.

Es curioso ver a Gaëlle buscando la distancia necesaria para leer un mensaje. Gesto de vieja. Para las parásitos como ella, la presbicia es un coñazo. Mantener el atractivo cuando se pierde la frescura es un ejercicio que difícilmente se consigue. Cuanto más útiles y generosas quieren sentirse, más temen los cuerpos viejos, las caras estropeadas y el lado patético de los esplendores pasados. Van a convertirse en ruinas —algo que se sublimó y ya solo es un montón de piedras. Como si leyera sus pensamientos, Gaëlle rectifica y se incorpora, movimiento ágil, le dirige una sonrisa apesosa que se ajusta a ella perfectamente. Se toma su tiempo para encender un cigarrillo con clase y desenvoltura, luego la mira a los ojos:

—Ayer bailaste mucho.

—Sí, ya ves... estaba hecha polvo, tendría que haberme ido a dormir.

—Me da igual que me tomes por una pardilla, cariño... pero no me hables de Subutex. A nadie se le escapó que intentabas ligar con él como una depravada.

Marcia se esfuerza por quedarse impasible. Está exultante. Está enamorada. Necesita oír decir su nombre, necesita saber cosas de él, necesita que Gaëlle le diga que a nadie se le escapó que le gustaba mucho... Nada le parece más excitante que esos días —los días justo antes de hacerlo.

Gaëlle alza los ojos al cielo y finge estar decepcionada:

—Con el tiempo que hace que nos conocemos, ¿crees que no te veo venir?

—No sé de qué me estás hablando.

—No es mala elección. Es buen tío. Si me gustaran los hombres, también yo querría acostarme con él. Solo un matiz: vas a romperle el corazón, cariño.

—Tiene las manos bonitas, ahí acaba la cosa.

—¿Y dónde quieres que acaben sus manos exactamente?

—Amo el amor... ¿es delito?

—El amor, el amor... diría más bien que te gusta que te den como a la perra caliente que dormita dentro de ti... Bueno, que dormita... Pero te lo repito: vas a romperle el corazón.

Marcia lo desea. La puerta está abierta y quiere ir a ver qué hay al otro lado. «It may be wrong but it feels right to be lost in paradise.» No le parecía especialmente atractivo, desea que la desee y que la posea y que la desmonte. Lo desea. Es un capricho, o una urgencia.

En las obras que rodean el mercado de la Boquería, una enorme grúa levanta una hormigonera por encima de los transeúntes. La Hiena ha pasado demasiado tiempo sentada delante del ordenador, el dolor le tensa la parte de abajo de la espalda. Camina para destensarse.

Dos chicas en *shorts* y tacones de cuña, con la mochila colgada por delante, cruzan la plaza de Sant Agustí consultando un mapa de la ciudad. Llevan los hombros tatuados y hablan una lengua tan rara que la Hiena se pregunta si están inventándose. Un barbudo empuja una carretilla con carne. Pasan turistas en bici, con cascos de colores vivos. Hay varios sintecho sentados alrededor de la fuente. Tienen unos cincuenta años y llevan crestas. Los taxis pitan en los embotellamientos. Las banderas catalanas proliferan en las ventanas, junto con pancartas de «queremos un barrio digno». En una esquina de la acera, apartada de los transeúntes, una gaviota despelleja una paloma muerta.

Llegó a Barcelona el día anterior. En la televisión contaban el caso de una mujer de sesenta años que se había tirado por la ventana de su piso cuando fueron a desahuciarla.

Gaëlle la llama desde París. Está histérica.

—¿Cómo que no puedes venir ahora mismo?

—No estoy en París, tía.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Y ahora yo qué hago?

—Entretenlo. Vuelvo dentro de tres días.

—Vuelve esta noche.

—Imposible.

—Te importo un huevo, ¿no? He hecho lo que te dije que haría. Si mañana Vernon se pira... me darás igualmente lo que me prometiste, ¿de acuerdo?

—¿Qué te prometí?

—Doscientos euros.

—No hablamos de dinero, tía.

—Tú tienes Alzheimer. Me ofreciste el doble, pero te hice precio de amiga.

Es juego limpio. La Hiena protesta, para que no se diga, le da las gracias y promete volver pronto. Cuelga y se queda con el teléfono en la mano. Está a punto de llamar a Dopalet. Debería avisarle de que ha localizado al tío que le interesa. Él diría «¿ya?», la felicitaría y se sentiría aliviado. Le pediría que volviera lo antes posible.

Se vuelve a meter el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros. Hacía mucho tiempo que no salía de París. No era consciente de hasta qué punto echaba de menos otros escenarios. No le apetece ser la buena de la película. Dopalet se toma esta historia muy en serio, pregunta por las novedades a diario. La Hiena le ofrece poco.

No ha encontrado en internet ninguna mención sobre que hubieran colaborado.

Dopalet es de talante hosco, pero en general, buscando un poco, puede establecerse la relación entre él y el objeto de su saña. En este caso no.

Cuando se enteró de que tenía que buscar a alguien que de joven se relacionaba con Alex Bleach, pensó de inmediato en Sélim.

Fueron vecinos durante cuatro años, en el barrio de las Lilas, cuando eran más jóvenes. Lo que Sélim nunca supo es que la Hiena solía pasarse por su casa porque le gustaba mucho su mujer, a la que le gustaba la cocaína, y en aquella época la Hiena siempre llevaba encima y ofrecía encantada la raya del aperitivo a la chavala antes de que volviera su marido. No era del todo sensato, la cría aún no había cumplido los veinte años. No había necesidad de darle el coñazo con lecciones de salud, lo que había que hacer era tenerla contenta. Era muy joven. Era una cuestión no tanto de edad —Sélim y la Hiena apenas tenían siete años más que ella— como de inexperiencia. Acababa de llegar del campo y no sabía nada de la vida. Era brusca, pero tan ligera que parecía un gorrión encerrado en una cocina. Todo su encanto era esa energía. Cuesta imaginar a un hombre más cool que Sélim, pero en cualquier caso era un hombre: no era muy atento. Se había casado con aquella cría, de la que estaba perdidamente enamorado, y no entendía por qué ella tendría que aburrirse con la vida que él construía para ella. A él le gustaban Roland Barthes, las películas rusas y los álbumes de Barbara. Ella tenía veinte años y le apetecía salir y bailar. Él pensó que haciéndole un niño todo iría bien. Ella se acojonó. Y un día se marchó, se había encaprichado del cabecilla de la banda de los bloques de pisos de al lado. El único que no se lo explicaba fue Sélim, aun así entraban ganas de decirle pero no has visto cómo se muere de aburrimiento en la cocina. Sélim se ocupó de la pequeña Aisha con un cuidado diez veces mayor debido al abandono de la madre. Y cuando se vio solo con la cría, él y la Hiena se hicieron más amigos —cuando tenía que ir a comprar algo, le gustaba subir el moisés a casa de la vecina. Se sentía a gusto en aquel universo formado exclusivamente por mujeres, y en aquella época era lo bastante divertido y efusivo para que las mujeres lo aceptaran también.

Unos meses después de que su mujer se hubiera marchado, Sélim vio por casualidad en su videoclub la cubierta de una película porno. La Hiena nunca se atrevió a preguntarle qué coño hacía en aquella sección. La pequeña Faiza se había convertido en Vodka Satana. La Hiena no había vuelto a ver a Vodka Satana hasta aquella historia con Bleach, cuando sus fotos aparecían por todas partes.

Después de la cita con Dopalet, llamó inmediatamente a Sélim, a quien no pareció entusiasmarle demasiado la idea de tomar un café con ella. Y aunque la invitó a pasarse por su casa, estaba distante.

Ha cambiado. El entusiasmo que lo caracterizaba ha desaparecido, su efusividad

se ha convertido en amargura. No intenta dar el pego, todo lo contrario. Está decidido a que se sepa que no está bien, con un énfasis equivalente al que empleaba de joven para seducir a todos los que se cruzaban en su camino. Porque Sélim había sido un chico tan brillante que no podías llevarlo a ninguna parte sin que monopolizara la atención, organizara las conversaciones e imprimiera a la velada un especial frenesí. Había sido guapo, elegante y esbelto. Ahora se había convertido en un tipo calvo y barrigudo, con ropa de colores poco favorecedores. Uno de esos tíos con los que evitas hablar, con la ira ya rancia.

La Hiena se sentó en el salón, todo Ikea y que daba la impresión de estar privado de encanto deliberadamente. Esperaba una señal que indicara compartimos muy buenos recuerdos, me alegro mucho de verte, pero no tardó en retractarse — consideró que media hora era tiempo más que suficiente para largarse sin ser maleducada. No sabía exactamente qué había ido a buscar a casa de Sélim que pudiera ayudarla a decidir si aceptaba la misión de Dopalet o la dejaba correr, pero, una vez sentada frente a él, estuvo segura de que ir había sido un error.

Sélim ahora es profe en París 8, ella habría creído que estaría más o menos satisfecho —profe de universidad, puede comentarse en las cenas sin ruborizarse. Bueno, eso pensaba. Según Sélim, hoy en día todo el mundo desprecia a los universitarios. A los intelectuales. A las personas como él.

Él, al que había conocido con tanta curiosidad por las personas que lo rodeaban, no le preguntaba nada sobre lo que había sido de su vida, ni por qué había ido a verlo. La Hiena lo intentó:

—Pensé en ti cuando murió Alex Bleach... En aquella época nunca lo hablamos, debió de ser terrible verla con él...

—De todas las decisiones que tomó, no fue esa la que más me costó encajar.

—¿Te molesta que hable de este tema?

—No. Volví a darle muchas vueltas cuando Bleach murió. Ella estaba enamorada. Cuando sucedió me sentí humillado, evidentemente, aunque aliviado... pensé que quizá él podría ayudarla a rehacer su vida. Creo que él también estaba enamorado.

—Pero no era la persona más adecuada para ayudar a alguien a rehacer su vida... Qué desperdicio, el tío.

—No sabía que te interesaran los cantautores franceses.

—Me gustaba mucho.

—Si has querido verme para hablarme de Faiza y de él, has venido para nada. Sería mejor que fueras a ver a sus amigas de aquella época, las Pamela Kant o las Debbie d'Acier... yo no te serviré para nada.

—Pamela Kant... fíjate, la había olvidado... ¿se hicieron amigas?

Sélim se inclinó hacia delante, la miró fijamente a los ojos e hizo una pausa. Parecía un actor de una vieja película de cine negro.

—Te he preguntado si has venido a verme para hablar de este tema.

—Para nada. No pensaba que te molestaría tanto que quisiera saber cómo te va...

no sabía que estábamos enfadados. Pero quería preguntarte algo: como conoces bien el mundo del cine... busco a un guionista francés que se llama Xavier...

Levantó una ceja, sinceramente sorprendido ante la incongruencia de la pregunta, pero no le dio tiempo a responder. Aisha llegó al salón con cara malhumorada, no saludó y preguntó «¿te parece que pidamos unas pizzas esta noche?». La genética no había sido benévola con ella. Era robusta como su padre y tenía una nariz impresionante, que no había sacado ni de su padre ni de su madre, debía de rondar por la familia, y que sin duda daba cierto carácter a su expresión, pero la privaba de toda posibilidad de armonía. Aisha llevaba velo, y no puede decirse que eso la hiciera más atractiva —solo se le veía la nariz.

Sélim dijo que no a las pizzas, nada de harina blanca por la noche —parecía ser un principio muy asentado en la casa, porque la chica ni siquiera protestó, infló las mejillas para mostrar su desacuerdo, pero no insistió. Sélim le presentó a la Hiena:

—No reconoces a esta señora, pero vivía en el piso de arriba del nuestro cuando eras pequeña. Cuidó de ti muchas veces.

Y la Hiena asintió y la miró con los ojos de un adulto que te ha puesto polvos de talco en el culo cuando eras un bebé, se contuvo para no decirle «te conocí cuando eras así de pequeña» o «cómo pasa el tiempo cuánto has crecido», pero en cualquier caso su expresión lo decía, porque para los adultos no deja de ser un enigma que críos que se arrastraban a cuatro patas y llevaban chupete puedan convertirse en tan poco tiempo en semimonstruos que calzan un 42. Aisha arrastró su mal humor por el salón unos minutos y luego volvió a encerrarse en su habitación, «tengo curro».

—¿Estudia?

—Derecho fiscal.

—¿Le va bien?

—De eso no puedo quejarme.

—Tienes suerte. Muchos chavales no saben qué hacer con su vida.

—El problema es el Profeta.

—¿Cómo?

—Se pasa el día dándome la paliza con el Profeta. Me vuelve loco.

—Cada cual vive la época que le toca.

—Se nota que no es hija tuya.

—Sí, imagino... imagino que tengo una hija y que se hace hetero. Sería una pesadilla espantosa, no sé cómo lo llevaría.

Sélim sonrió por primera vez de algo que ella decía. La Hiena lo escuchó un rato quejándose de lo difícil que es para un padre criar a una hija solo. Luego se despidió.

Sélim la llamó al día siguiente.

—Ayer nos interrumpieron. ¿Has mirado si tu guionista es Xavier Fardin?

—No lo conozco.

—Acuérdate de aquella película, a principios de los noventa, *Mi única estrella ha muerto...* ha envejecido mal, pero cuando la estrenaron a todo el mundo le entusiasmó esa basura.

Con el teléfono pegado al hombro, tecleó en Google Xavier Fardin y Alex Bleach —perfecto, se conocían. La Hiena silbó admirada:

—Buen soplo.

—Si no sabes, pregunta. Dime: ¿tienes idea de psicología de chicas?

—Tío, es mi especialidad.

—Déjate de chorradas. Estoy hablando de mi hija. ¿Podemos vernos?

—¿Otra vez? Ayer no querías tomar un café conmigo, ¿y ahora quieres que nos casemos o qué?

En realidad solo quería que fuera ocho días a Barcelona con su hija. «Para tantear.» A la Hiena le costaba creer que estuviera pidiéndole algo tan inverosímil. Pero lo decía en serio. Chupaba su cigarrillo electrónico como un viejo bebé enfadado y no daba su brazo a torcer.

—¿Tu hija? ¿Qué es lo que quieres que tantee?

—Terrorismo. Lucha armada.

—¿Está buscando billetes de avión para Irán?

—No. No sé lo que hace. No me apetece espiarla. Y si me apeteciera, no sé cómo lo haría. En fin. Pero me da la impresión de que algo no va bien. Temo que esté llevando una doble vida...

Difícilmente podía reprocharse a Sélim que tuviera ideas paranoicas. La época se presta a ellas. Sobre todo teniendo en cuenta que si un tío se casa con una morita supermona, tímida y graciosa, y de la noche a la mañana ella lo abandona, adopta un pseudónimo ruso-satánico e inunda el mundo de gloriosas penetraciones dobles... luego el tío está en su derecho de sospechar que las mujeres son capaces de cualquier cosa. La Hiena se guardó el razonamiento para sí misma e intentó calmarlo:

—La vi cinco minutos, pero sinceramente no tiene pinta de estar metida en una conspiración de mártires... te acojona porque lleva velo, ¿verdad?

—No. Está obsesionada con la religión.

—Mejor que si se metiera *crack*.

—No lo sé. Precisamente. Me pregunto adónde irá a parar todo esto. No hablamos de nada.

—Ok. ¿Sabes que se le pasará? Es joven, es una etapa... ¿Cómo quieres que la siga hasta Barcelona? No pienso hacer de espía...

—No, no, irás con ella. La idea ha sido de Aisha. Yo no quería dejarla ir sola. Anoche, después de que te marcharas, me propuso que le hicieras de canguro. Dijo «así te quedarás tranquilo». Y es verdad... como has hecho un montón de curros raros... y al fin y al cabo conoces bien a las mujeres, a tu manera... si pasas unos días

con ella, podrías decirme qué te parece su actitud... Se trata simplemente de observarla con atención.

—¿Cómo se le ha ocurrido una idea así?

—Le faltan referentes femeninos a su alrededor.

—Yo soy un referente femenino un poco particular, soy lesbiana. ¿Lo sabe?

—Tampoco voy a contarle tu vida con todo detalle...

—No te ofendas, Sélim, pero lo que me propones es una gilipollez.

—Yo te he ayudado con Fardin, ¿no? Hazme este favor, te lo ruego.

La Hiena sería incapaz de explicar con detalle cómo se decidió, pero en menos de una hora había cedido: iría con la cría a Barcelona. Las decisiones más extravagantes suelen presentarse bajo la apariencia de tranquila racionalidad.

Hay que decir que sí, Sélim le había hecho un favor con el guionista. Xavier Fardin. Había encontrado su número de teléfono con solo dos llamadas —y el tío le había propuesto quedar ese mismo día delante de su casa. El típico hetero facha, satisfecho de sí mismo y de sus mezquinas opiniones, que suelta clichés ancestrales convencido de que ha inventado la sopa de ajo, satisfecho de sí mismo vete a saber por qué —sintió su mirada bovina y concupiscente desnudándola sin complejos. Le ponía cachondo que le prestaran atención. Ella le había dicho que trabajaba para un productor, y él le largó su *curriculum vitae* por todo el morro, emperrado en que le quedara claro que le gustaría trabajar en una película sobre Alex Bleach. Pero no podía decirle dónde encontrar a ese tal Vernon Subutex que tenía las cintas —ella controlaba el Facebook pero él parecía esconderse, tenía problemas con una ex especialmente virulenta. Era un tipo majo que durante años había tenido una tienda de discos de *rock* en París.

Al volver a casa, la Hiena llamó a Gaëlle —sí, conocía a Subutex, el tipo de Revolver, un buen tío además, sí, podía intentar ponerse en contacto con él, no había problema.

Ya no era un asunto que marchara, era un asunto que subía como un globo de helio. La Hiena no dijo nada a Dopalet, le daba largas por teléfono —«es muy complicado, ya sabes, pero tengo varias pistas, te tendré al corriente». Si le dices al cliente que la cosa será fácil, no puedes decirle después que va a salirle muy caro. Y además le gustaba sentir que se cagaba de miedo —siempre está bien sentir que esos pequeños déspotas dirigentes sufren de vez en cuando.

La Hiena cruza la plaza de la Universidad y sube Aribau en dirección al apartamento. Barcelona sigue siendo esa puta amable que sonrío cuando le das propina, parece que nada pueda anular su belleza, ni los turistas, ni los carteles publicitarios de ropa, ni los bloques de arquitectura moderna. Los contenedores de basura están alineados en la acera, cada cierto tiempo alguien abre la tapa y echa un vistazo. No se parecen entre sí. Un altermundista encuentra unos vaqueros de su talla,

un chico del Este que empuja un carrito saca un rollo de cable, un anciano no ve nada que le guste, un africano extrae una cesta de mimbre, que llena de libros y periódicos.

Quedó con la pequeña Aisha en la cafetería de la gare d'Austerlitz, bastante vacía a las nueve de la noche, para coger el tren nocturno. La Hiena no coge el avión. A Aisha le preocupaba llegar cansada.

—Tengo que salir un día antes y llegaré hecha polvo. Voy a un seminario y no podré descansar.

—¿Sabes que todos los islamistas cogen este tren? Es famoso por eso.

La cría miró hacia otro lado, aterrada por el giro que tomaba la conversación. Pero era cierto, aquel tren siempre estaba lleno de barbudos con la frente marcada por rezos brutales.

Las maletas de Aisha pesaban tanto que era legítimo preguntarse si no transportaba armas. Pero eran carpetas y libros. Seguramente se había dicho bueno ya que voy a pasar ocho días en Barcelona por qué no llevarme mi biblioteca entera.

No se parece a su padre. Ha salido a él en lo estudiosa —su padre fue un estudiante aplicado y con talento, una combinación que suele producir alumnos felices. Las cosas se le complicaron tras acabar los estudios. Entendía bien las reglas de la universidad, mientras que el caos de la vida activa lo dejó perplejo, y después desmotivado. Aisha no ha heredado su carácter excéntrico. Es una cría decidida, con la mirada firme y que enseguida frunce el ceño, siempre parece más o menos cabreada. No histérica, voy a partirle la cara a alguien, pero tan concentrada que pasa por dura.

Es obstinadamente educada, reservada hasta la frialdad, y desde el primer momento en que la Hiena la vio le cayó bien. En sentido estricto, la cría no es guapa. Demasiado tosca, demasiado ceñuda. Exactamente lo que la hace atractiva. Una impresión de inteligencia, mezclada con la de fuerza, sin la menor amabilidad femenina. Pese al velo, Aisha no parece muy moderna, tiene la cara y la expresión de una chica de hace mucho tiempo. Tiene cara de tía de los años setenta. Quizá sea por la nariz. A la que te acostumbras, la verdad.

Apenas hablaron antes de subir al tren. A esa hora el andén estaba desierto, los pasajeros parecían fantasmas. La Hiena había viajado en aquel tren montones de veces, le gustaba aquel ambiente anacrónico. Los vagones parecían salidos de otro siglo, y no habían cambiado. Se alegraba de cogerlo por última vez. Estaban a punto de quitar el tren nocturno. Salía demasiado caro.

—¿Cómo te tomas que tu padre esté preocupado hasta el punto de mandar a alguien

contigo a España, cuando tienes ya casi veinte años?

—Es triste, ¿no?

—¿Y no lo odias?

—No. Es mi padre. Lo quiero como jamás querré a ningún hombre.

Lo dijo directamente, parecía que lo tenía muy claro. La Hiena entendió mejor lo que podía preocupar a su padre, pocas veces había visto a una persona con tanta determinación. Una intensa tristeza teñía sus palabras —Aisha parecía ya decidida a que no se bromeara con el tipo de amor del que hablaba.

—Pero ¿no te entran ganas de rebelarte al ver que manda a alguien a vigilarte?

Aisha pareció sorprendida por primera vez y sonrió mirando hacia otro lado.

—No, no tengo ganas de rebelarme.

Y por su manera de girar la cara, todo estaba dicho: hace mucho tiempo, cuando tú eras más joven, puede que aún os rebelarais contra la autoridad. Ya vemos para qué os sirvió. Los de mi generación preferimos hacerlo de otra manera.

Se sentaron una al lado de la otra en el minúsculo compartimento para dos. Luego la revisora les pidió que esperaran en el pasillo mientras abría los asientos para desplegar las literas. El espacio era reducido, había que colocar las maletas y las bolsas de forma muy metódica. Aisha sacó una carpeta con apuntes de clase, sus fichas de fiscalidad empresarial —lo dijo como quien habla de un curso de inglés, como si fuera lo más normal. Y se sumergió en ellos. La Hiena echó un vistazo a los titulares en el móvil antes de entablar conversación.

—¿Qué estudias?

—Estoy en segundo de derecho fiscal.

—¿Era lo que querías hacer?

—Nadie me ha obligado.

La Hiena aprovechó el silencio para preguntarse qué coño estaba haciendo allí. Aunque se alegraba de estar en aquel tren —hacía mucho tiempo que no viajaba.

—Así que conoció a mi padre cuando aún estaba con mi madre...

—Yo vivía justo encima de vosotros.

—¿Conocía a mi madre?

—Éramos vecinas, sí. Yo iba a su casa a tomar café, ella venía a pedirme aceite...

—Hasta que usted vino a mi casa, la semana pasada, no sabía que mi madre era una puta.

—¿Cómo dices?

—Nadie me había dicho que hizo porno. Le oí decir el nombre de Pamela Kant

cuando hablaba con mi padre. Busqué quién era. Qué sórdido. Escribí a Pamela Kant para preguntarle si conocía a mi madre, y no me contestó más que chorradas. Miré más fotos suyas. Tardé bastante en reconocer a mi madre.

—¿No le has dicho nada a tu padre?

—Es muy embarazoso.

—¿Esperabas hablar del tema conmigo?

—Sí. Me enteré por usted, así que pensé que usted me contaría lo que quería saber.

Plam. Plam. El asqueroso ruido de la realidad golpeando la puerta. Plam. Pero no la realidad de todos los días, no la de ayer. Plam. No la habitual. Ni siquiera algo atroz una noticia increíble un terremoto un acontecimiento que exigiera reaccionar decidir rápidamente. Plam. Plam. Más bien la locura, algo ligero como una sombra pero bajo un sol plomizo. El pasado inamovible, algo que ya no se puede cambiar metido dentro de ella a partir de ahora ya nada será como antes.

Aisha es una habitación en la que hubieran vaciado los armarios y tirado todo por el suelo —devastada. Nada detiene el pasado. Es testarudo. Su madre era una puta. Todo el mundo lo sabía. No le dijeron nada. Hija de puta. Una mujer pública. Como un meadero, pero en puta. Y su padre, el marido de una puta. Su padre ofendido porque ella se ha enterado. Mierda, papá. Mierda, mierda, mierda. Por qué no la mataste.

Quiere a su padre. Es doloroso querer hasta ese punto. Cuchillas de afeitar bajo las venas. Lo quiere hasta desangrarse. Sabe que es injusto lo que les separa desde hace dos años. Cuando ella encontró el islam, era otra forma de poner de manifiesto que quería a su padre más que a nada en el mundo. En su casa no le enseñaron la religión. Su abuela murió muy pronto. En el instituto al que iba no podía hablar del tema con nadie. Un día tuvo la oportunidad de escuchar al imam y todo lo que decía le resultaba familiar. Las cosas por fin podían ordenarse. Se trataba de plantearse la vida sin necesidad de sacrificarla entera en el altar del consumo. En cada faceta del islam encontraba lo que le había enseñado su padre, aunque magnificado. Todo lo que él despreciaba, contra lo que luchaba, el Corán decía que era incorrecto. Todo lo que él respetaba, la conciencia del otro, esforzarse por el bien, que debemos colocar por encima de todo, la caridad, el respeto por uno mismo, el Corán decía que era correcto.

La primera vez que se levantó de la mesa, una noche de junio, «voy a rezar», su padre se quedó pálido, le dijo «¿cómo dices?». Aisha no esperaba que se pusiera a la defensiva. Pensaba que lo hablarían, que él abrazaría su fe y que estaría orgulloso de ella, porque entendería que era una decisión correcta y necesaria. No la dejó hablar. Apretó los dientes y le dio la espalda, se apoyó en el fregadero e hizo un gesto con la cabeza en dirección a su habitación, «vete, no quiero verte».

Era injusto. No se lo reprocha. Lamenta que le haga sufrir. Es paciente. Sabe que algún día su padre entenderá que ser piadosa es su manera de ser digna de él.

Al morir su abuela, metieron sus cosas en grandes cajas de cartón, en las que Aisha encontró fotos que nunca había visto. Su padre es muy joven, en varias de ellas se ríe a carcajadas. Inclina la cabeza hacia atrás, con los ojos medio cerrados, se ríe con todo el cuerpo. Nunca lo ha visto reírse así. En las cajas, Aisha encontró su trabajo de licenciatura, sobre el cine de Bergman, los editoriales de Claude Julien cuidadosamente recortados del *Monde Diplomatique* y un proyecto de tesis sobre Victor Serge. Las chicas con las que posa en su época de estudiante son todas francesas. Llevan el pelo corto, a lo Jean Seberg, están delgadas y enseñan el cuerpo.

¿Quién era aquel chico? Su expresión es diferente, tiene una mirada optimista y decidida. Todavía no se ve esa herida, una tristeza que es como una fisura por la que se escapa todo rastro de alegría.

Francia hizo creer a su padre que si abrazaba su cultura universal, le abriría los brazos de par en par, como a cualquiera de sus hijos. Bonitas promesas hipócritas, pero los árabes titulados siguieron siendo los moros de la República y los dejaron discretamente a las puertas de las grandes instituciones. Para una hija, nada es más intolerable que ver que han engañado a su padre —salvo, quizá, descubrir que se lo creyó. Timaron a su padre. Le hicieron creer que en la República todo depende del mérito, que se recompensa la excelencia, le hicieron creer que en un sistema laico todos los hombres eran iguales. Para luego cerrarle las puertas en las narices, una a una, y prohibirle que se quejara. Aquí no hay sentido de la comunidad. Pero siempre llega el momento en que hay que escribir el apellido —esa antillave maestra gracias a la cual los pisos ya no se alquilaban, ya no se podía presentar candidatura a una plaza, y la agenda del dentista estaba demasiado cargada para aceptar una visita. Decían integraos, y a los que lo intentaban les decían pero ya veis que no sois de los nuestros.

Miraba las manos de su padre en las fotos, aquellas manos de intelectual, impecables y cuidadas, que jugueteaban con una boquilla, aquellas manos de las fotos dibujaban ideas en el aire. Solo la fe puede contener la rabia que devora las entrañas de Aisha. Se niega a ser un bloque de odio, un animal herido y amenazante. Pero también se niega a vender su cuerpo a los mercados. Se niega a renunciar a su humanidad. Y solo la fe la suaviza, la estructura y le permite ser digna.

Ahora las relaciones con su padre son conflictivas, y Aisha no puede hacer nada por impedirlo. Le dice «lo haces por jorobarme», refiriéndose a su fe. Se niega a dialogar. Pero la adoraba.

No estaba furiosa porque se negara a dejarla ir sola a Barcelona, ni siquiera por estudios. Sabe que está preocupado. Le gustaría que alguien lo tranquilizara. El islam que ella practica no tiene nada que ver con el que les encanta a los periodistas cuando se trata de vender sus mentiras.

Cuando oyó a la vieja lesbiana hablando de Pamela Kant y de su madre, no sabía de quién se trataba, se quedó con el nombre porque era divertido. Luego entró en Google. Se indignó mucho cuando contactó con Pamela Kant por Facebook, pero creyó preferible pensar en otra cosa. Se mortificó, superó el asco de estudiar más de cerca el caso Kant, esa mujer con la que a su madre le gustaba ir a bailar. Vodka Satana. No la relacionó de inmediato. Y no lo habría hecho sin el tatuaje, el ojo de Isis en el omoplato.

Debería haber desconfiado de la curiosidad. Podía prescindir de la verdad sobre

algo que ella no había hecho. No tiene que responder de actos censurables que no son suyos. Alá sabe perfectamente lo que hacemos. Mierda. Habría preferido coserse los ojos antes que ver lo que vio.

Sabe que Francia fue difícil para las mujeres de la generación anterior a la suya. Las reventaron. Les dijeron sois muy guapas y las empujaron a entregarse a la concupiscencia. Apártate de Alá y pisotea tu tradición. En aquel momento no entendieron a qué les llevaría todo aquello. Las lavadoras, los curros bien pagados, la ropa indecente y la promesa de una vida fácil. Las madres de algunas amigas suyas se tiñen de rubio, enseñan el culo y van a los bares. Aisha era más pragmática cuando no se trataba de su propia madre. Y le ha tocado el gordo. ¿Por qué a ella?

Aisha ni siquiera saluda con besos a los chicos. Siempre se comporta decentemente. Evita la promiscuidad, porque sabe que si te expones a ella, siempre puede salpicarte.

Agradeció que la Hiena no intentara esquivar el tema. Aisha le dijo que lo sabía. La otra se calló un instante y luego encendió la lamparita.

—Eres un coñazo, tía. ¿No crees que habría sido mejor que lo trataras con tu padre?

—Nunca me habría atrevido a hablar de esto con mi padre.

No se atreverá a hablarlo con nadie. Ni con sus amigas, ni con el imam. No la afecta, no la ensucia —se mantiene a distancia, nada más.

¿Qué es lo que más le asquea? Ella. Su madre. La basura con la que se relacionó. Una cultura que empuja a las mujeres a hacer algo así. No solo se lo permite, sino que las anima a hacerlo. Las mismas furcias que tuercen la boca al verla con velo. ¿Qué es lo que más le asquea? ¿Por qué su madre no fue a refugiarse en su padre cuando se sintió en peligro? ¿Acaso su propia familia le repugnaba hasta ese punto? Su padre la habría salvado. ¿Por qué no supo protegerse? ¿Quién habla en Aisha? ¿Quién razona? Sus pensamientos son rápidos, contradictorios y sin conclusión.

La Hiena está como una cabra. Al final, eso ayuda a que se atreva a hacerle preguntas directas.

—Tu madre era una tía genial.

—Las tías geniales curran de otra cosa, ¿no?

—Hay que poner cada cosa en su contexto...

—La mataría. Si hubiera estado viva, la habría matado. Para vengar a mi padre, por mí y por ella.

—Qué dices. Le harías mimitos y la adorarías. Todo el mundo adoraba a tu

madre.

Era tan superficial y tan cínica que Aisha la despreció. Toda ella entregada a la gloria pagana, al culto monoteísta del dinero soberano, la mujer no se daba cuenta de lo que decía, blasfemaba como quien respira. Pero Aisha sentía también cierto placer ante el hecho de que alguien repitiera sin dar su brazo a torcer: tu madre era adorable. Nadie se lo había dicho. Es intolerable, y al mismo tiempo agradable.

Hablaron de ella buena parte de la noche, Aisha estaba tumbada en la litera de arriba. La Hiena, en el habitáculo de abajo, daba fuertes patadas a su colchón cuando Aisha decía algo que no le gustaba. La vieja lesbiana está como un cencerro, pero es divertida. Es reacia a toda preocupación moral, con esa alegría que caracteriza a algunos infieles, que se tienen por hedonistas y creen que podemos gozar al margen de las leyes sin pagar las consecuencias. Pero aunque, a lo largo de toda la conversación, Aisha se ha negado a oír hablar de su madre como de una mujer a la que se podía respetar, no por ello ha dejado de gustarle que le plantaran cara.

Llegaron destrozadas a la estación de Francia, el sol era una pantalla cegadora. No han vuelto a abordar el tema.

Es un día de huelga general en España. Por la mañana no hay radio ni tele, salen al balcón y hay menos coches que los domingos. Casi todas las tiendas están cerradas, los estancos los bares los restaurantes. Solo la Orxateria está abierta, pero con la persiana de hierro medio bajada. Aisha no va a clase, la universidad no abre. Los alumnos catalanes le advirtieron que hiciera la compra el día anterior, porque todo estaría cerrado. Los comerciantes que preferirían trabajar renuncian a ello, temen las represalias. Cuentan que cuando disolvieron otras manifestaciones, la ciudad estaba en llamas —las motos los contenedores los coches, todo lo que era inflamable ardió.

En la calle el ambiente es pesado, acentuado por un cielo plomizo. A Aisha le apetece salir a caminar. La Hiena había pensado en ir al cine, pero también está cerrado. Hacia las diez de la mañana la policía ocupa los cruces, por la calle suben furgonas negras blindadas. La Hiena le pregunta si no quiere aprovechar para hacer los deberes. «No estoy segura de que sea buena idea que salgas hoy, tu padre confía en que cuidaré de ti.» Está sentada en el sofá con el ordenador en las rodillas, escribe comentarios en páginas de restaurantes parisinos, y el resto del tiempo sigue los acontecimientos del día echando un vistazo a las noticias en *La Vanguardia*.

Primera explosión, a lo lejos. La policía dispara pelotas de goma. Un autobús sube la calle y es rodeado por huelguistas que se paran debajo de las ventanillas. En menos de treinta segundos el parabrisas está cubierto de pegatinas. Los pasajeros bajan,

descontentos indiferentes solidarios divertidos e indecisos. Llega la policía, ordena a la conductora que se marche de vacío, sin la menor visibilidad.

Un helicóptero se queda suspendido hacia el oeste, por encima de lo que deben de ser las Ramblas, a ojo de buen cubero. El ruido de la hélice inunda la ciudad sin tráfico. Abajo, los transeúntes siguen con su vida, un viejo calvo con chándal y zapatillas fuma en pipa y habla solo, una pareja pasea a un bebé en un cochecito. Cada cierto tiempo se oyen pasar sirenas de policía, a la americana, y coches amarillos de urgencias médicas suben la calle. Una mujer ciega tira de una maleta con ruedas con una mano y avanza con su bastón blanco en la otra. Varios extranjeros buscan taxis con su maleta con ruedas de la mano.

Aisha dice que tiene que encontrar una farmacia abierta, que necesita zumo de alcachofa. La Hiena levanta la cabeza de la pantalla del ordenador. «¿Zumo de alcachofa? Pero ¿no compraste cápsulas de rábano negro cuando llegamos?» Sí, pero siente que su vesícula biliar no soporta la comida, con demasiado aceite, que lleva varios días absorbiendo. La Hiena suspira. «Nunca he visto a nadie tan joven apasionado hasta ese punto por su digestión. Ya veremos dónde estás cuando tengas cuarenta años.»

Se frota la cara con las manos, como si quisiera secársela. «Lo que quieres es salir, ¿verdad? Pero sabes que en la ciudad no hay nadie. La mani es a las seis de la tarde, están todos durmiendo.» «Solo lo que tarde en encontrar una farmacia.» «Voy contigo.»

Caminan sin hablarse. Sin hostilidad. A las dos les está bien.

Pasan por el Starbucks, un golpe de hombro desestabiliza a Aisha. Antes incluso de darse cuenta de que un hombre le ha quitado el bolso lo ve chocar contra la pared y oye un crujido seco, la Hiena le ha reventado la rodilla de un taconazo. Otro hombre se abalanza sobre la Hiena, y Aisha lo agarra por el hombro, lo gira y le pega un puñetazo en la mandíbula. Se tambalea. La Hiena se agacha para levantar al ladrón, le vomita en su español, con un acento espantoso pero rápido, «perdona, me has asustado, ¿puedes andar?». Le da un golpecito en el hombro y mira a su alrededor con expresión preocupada. Él gruñe furioso, la Hiena se gira hacia su amigo, que aún se tambalea. «Llévatelo deprisa hay polis por todas partes la gente empieza a mirarnos. ¿A qué esperas? ¿Quieres ir al hospital?» El que había acudido al rescate mira a Aisha y escupe al suelo, un mirón les pregunta en francés «¿tienen algún problema?» y la Hiena le sonrío, pero con la mandíbula tan tensa que su mueca da miedo, «no nada nos hemos tropezado». «¿No les han robado nada?» «No, ha sido un accidente, todo está bien...» Se gira hacia el hombre que sigue en el suelo, al que su amigo intenta levantar con muy poca delicadeza.

La Hiena y Aisha se alejan sin molestarse en saber cómo acaba la historia. Aisha sabe que debería avergonzarse de lo que acaba de suceder. Pero su excitación encaja con el día, con el helicóptero y el ruido de las explosiones. Silba: «Qué rápida eres para la edad que tienes, aún no me había enterado de que me había quitado el bolso

cuando ya le habías soltado una hostia». La Hiena se detiene. «¿Para la edad que tengo? ¿Quieres que te suelte una a ti, Mike Tyson? —Levanta las cejas y chasquea los dedos para dar a entender que prosigan la marcha—. Espabila, esto está lleno de pasma.» «¿Tienes miedo de que te pidan los papeles?» «No. ¿Por qué lo dices?» «¿Por qué tenemos tanta prisa? ¿Por qué hemos venido en tren?» «Con la policía nunca se sabe... si nos detienen, ¿cómo se lo explico a tu padre? ¿Puedes decirme dónde has aprendido a meter esos ganchos de derecha?» «En boxeo.» «¿Has hecho boxeo?» «Cuando era pequeña. Pero luego mi padre tuvo una novia que creía que no me iba bien, que no era femenino. Mi padre me aconsejó que lo dejara.» «¿Que no era femenino?» «Sí, cuando era pequeña era un poco... bruta. Ahora he cambiado. Pero tengo reflejos. He visto el hueco y no me lo he pensado... pam. Es la primera vez que le levanto la mano a alguien desde... la escuela primaria, creo.» «Para una chica ¿no es pecado pelearse?» «Para nada. Cuando te atacan puedes defenderte, también las mujeres. No los conoces.» «Si los conoces, ¿sería distinto?» «Sí, depende de si les debes respeto. Pero a esos no les debo ningún respeto, son ladrones. No es culpa mía que su madre lo hiciera tan mal parido, con esa constitución tan debilucha, francamente, podría dedicarse a otra cosa en lugar de delinquir.» «Menos mal que has cambiado y ya no eres tan bruta. Prefiero no saber cómo te las gastas en versión no censurada.»

Algo cambia entre ellas desde ese momento. Suben hacia Gracia, se cruzan con gente que agita banderas catalanas, otros llevan banderas amarillas de la mani, pequeñas comitivas antes de la gran manifestación.

—¿Quieres que sigamos o volvemos a casa y preparo algo de comer?

—¿Sabes que cocinas fatal? Tardo horas en digerir lo que preparas.

—Nadie me había dicho que cocinara mal. Aunque no suelo cocinar.

—Será por eso.

Por la noche, Aisha repasa los apuntes y la Hiena decide cocer unas verduras sin ninguna materia grasa para beberse el caldo. Dice que les irá bien para las «funciones hepáticas». La Hiena se acerca a la mesa haciéndole el gesto de que se levante, «vamos a cenar, recoge los papeles, ya seguirás luego», y como Aisha no le hace caso, da un paso atrás, levanta la pierna, muestra su zapatilla con la suela despegada y le hace decir «hola soy la zapatilla date prisa que me apetece un caldo de verduras». Y a Aisha le da un ataque de risa, porque es tan tonto que la verdad es que resulta divertido. Se sientan a la mesa y vuelve a darles un ataque de risa al probar la primera cucharada. Está superasqueroso.

Luego Aisha se siente culpable. Recoge mirando la hora, tiene prisa por rezar para volver a centrarse. No dice una palabra, pero la Hiena comenta en voz alta:

«Deja de montarte películas, porque nos hayamos reído dos minutos no vamos a hacernos superamigas. ¿Qué te crees? Pero no te preocupes, ser lesbiana no es contagioso». Y Aisha la observa de arriba abajo —bruja... ¿puede leer el pensamiento? Pero es difícil tomárselo a mal porque la tía es tranquila, está claro que no pretende comerle el coco ni apartarla del buen camino.

Patrice lleva dos días con la napia llena de mocos. Tiene la piel de alrededor de las fosas nasales en carne viva, le duele cuando se suena. Toma cloruro de magnesio, un euro noventa el sobre. El sabor del agua en la que lo diluye es infecto, la diarrea es inmediata, pero a las veinticuatro horas estás recuperado. Siente que sus intestinos se estremecen y tiemblan, le gusta vaciarse, a pesar del dolor. Aún más porque, en su casa, el váter es el lugar mejor decorado —pega en las paredes flyers de todo tipo, bueno, de todo tipo... sobre todo de tías desnudas, lo que hace que entres en una cueva de tetas, vientres planos, pieles doradas y labios carnosos. Es relajante. Deja ahí todas las revistas. Pasa en el baño gran parte del día, sobre todo cuando está solo y puede dejar la puerta abierta para oír la música que llega del salón.

Al despertarse siente que aún está enfermo. Había olvidado que Vernon estaba durmiendo en el sofá cama, por poco va al meadero en pelotas y con todo al aire. Ante la taza del váter duda un momento, ¿qué es prioritario, vómito o diarrea? Tiene que elegir. Ha pensado muchas veces que los baños de un mundo más civilizado deberían permitir sentarse e inclinarse hacia delante para aliviarse del todo sin necesidad de cambiar de postura. Las personas que diseñan los cagaderos no beben lo suficiente, no tienen en cuenta las situaciones cotidianas importantes.

La noche anterior Vernon llegó con una botella de ron, bebieron sin pensar en que había un mañana y ahora todos sus órganos se rebelan por lo que les exigió. Mañana de cogorza y gripe, está para el arrastre. Hace mucho tiempo que su cuerpo no aguanta. Hace menos de un año acabó en urgencias con una pielonefritis, llegó ardiendo de fiebre, delirando con animales, veía tortugas gigantes, aligátors tumbados en su barriga, sentía su piel viscosa y cálida, vio serpientes enormes enroscándose por sus piernas. Parecía un trip de setas mexicanas. La fiebre tardó más de una semana en bajar. Estuvo en una habitación con un viejo que por las noches gemía y se arrancaba los goteros, el viejo quería fugarse pero olvidaba su nombre antes de haber llegado al final del pasillo, y las enfermeras, hastiadas, volvían a llevarlo a la habitación, acabaron atándolo pero él seguía protestando. A los médicos les dejó estupefactos que Patrice hubiera tardado tanto en preocuparse —¿hasta ahora no se había dado usted cuenta de que estaba enfermo? Contestó no, por la mañana creía que tenía una resaca de caballo, me tomaba otra cerveza y se me pasaba. Un médico joven de ojos muy claros, con un acento que parecía libanés o algo así, le explicó que había sufrido un *delirium tremens* por haber cortado en seco el alcohol. Le aconsejó que dejara de beber. ¿Para qué? ¿Para ir al hospital más tarde? ¿Para dormir mejor? El alcohol le ataca el hígado, el tabaco le ataca la lengua la garganta y los pulmones, la alimentación grasa le ataca las arterias... al menos debería conseguir eso en la vida: no llegar a viejo.

Vernon, tumbado de lado, ronca. Tampoco para él será fácil volver a la realidad. Patrice llena una botella de agua, le laten las sienes como si violentas obras de demolición le atacaran la corteza cerebral desde dentro. Mierda, cuando eran jóvenes

se despertaban después de una cogorza frescos como lechugas.

Patrice pone la radio y enciende el ordenador. Es lo que hace todas las mañanas. Sabe que le saca de quicio. En los años ochenta, cuando empezó a comprar la prensa y a escuchar la radio, era diferente. Tenía sus momentos de rabia, pero también había periodistas a los que le gustaba leer o escuchar. Había artistas a los que se alegraba de ver intervenir. La relación con los medios de comunicación no consistía solo en desconfianza y hostilidad. Los comentarios de mierda sobre la caída del Muro, la plaza de Tiananmén o Scorsese filmando a Cristo se hacían en la barra —entre personas que están ahí, se ven, se contestan y se mezclan. No decías cualquier cosa cabreado por ser anónimo, condenado a soltar la imbecilidad más lapidaria posible, relegado al silencio ensordecedor de tu propia impotencia. Hoy en día querría seguir cierto orden, pero no lo consigue. Abre periódicos que en su época jamás habría comprado. Se le mete todo en el cerebro, como tentáculos envenenados, y no genera ningún análisis, solo rabia. Las ganas de ponerlos a parir a todos, un asco enfermizo. No quiere unir su voz a la multitud, no quiere abrir un blog para verter su bilis, no quiere aportar su cagadita de subnormal al río de mierda. Pero es incapaz de despegarse de la ventana abierta. Cada mañana se sienta y le da la impresión de ver cómo se pudre el mundo. Y de las élites dirigentes, ninguno parece tomar conciencia de que es urgente dar marcha atrás. Todo lo contrario, se diría que lo único que les preocupa es lanzarse hacia lo peor, lo más deprisa posible.

Lee la historia del pequeño Adam, que irrumpió en un colegio estadounidense y mató a unos veinte niños y a unos diez adultos. Le gustaría tener cojones para hacer algo así. No en un colegio —disparar a niños no es propio de su generación, le falta una pizca de nihilismo. O de imbecilidad. Como todos los padres, cuando sucedió se imaginó el colegio de sus hijos. Sus dos críos van al mismo centro. Si alguien les tocara un solo pelo... El día anterior, un padre estadounidense decía en la tele que ya lo había perdonado. Fue conmovedor e indignante a la vez.

El día en que Patrice se convirtió en padre no fue el más bonito de su vida. Fue el que más le acojonó. Curraba de noche, en Rungis, como temporal, Cécile le mandó un mensaje para avisarle de que estaba de camino a la clínica. Le costaba demasiado hablar. Lo de los mensajes era nuevo, era uno de los primeros que recibía.

El jefe de equipo era un portugués sentimental, andaba con los pies hacia dentro y era un auténtico hijo de puta, pero era padre, en aquella ocasión fue elegante y le dejó marcharse sin darle el coñazo. Nadie cuenta lo que es una mujer de parto. Nadie habla del tema, cuando llega el momento te percatas de que no sabes nada, y es una suerte. Al llegar oyó gritos en todas las habitaciones. Era por la luna llena. Todas las comadronas lo repetían en tono de expertas. Chillaban en todas las habitaciones, y de hecho todas las mujeres decían lo mismo: no voy a poder. Déjelo correr no cuente conmigo salga de mi habitación olvide todo lo que he dicho lo dejamos como está no voy a poder. Todas: no voy a poder. Y: ayúdeme por favor me muero. Cécile, igual que las demás. Él llegó a las dos horas de haber recibido el mensaje, el tiempo que

tardó en recorrer una ronda ya embotellada. Ni sombra de la cabeza del crío. Solo su mujer, que ya no lo oía, bañada en sudor, con los pies hinchados desde hacía tres días como dos globos violáceos apoyados en la barra, sin fuerzas para seguir empujando, había sufrido demasiado. Se había cagado encima abundantemente. Y aquello solo fue el principio. El parto duró cinco horas. Al equipo médico le parecía que todo iba bien. Suerte que no sabemos nada de los partos. Luego, en el caso de las mujeres, la cosa está bien montada: lo olvidan. Pero los tíos no. Los tíos, antes de volver a pasar por algo así, se lo plantean: ¿es razonable? Cécile, un año después del primero, ya hablaba del siguiente. Había borrado de su memoria las cinco horas de infierno, y de aquella carnicería solo se había quedado con una imagen: cuando le pusieron al niño sobre el vientre y, según sus propias palabras, «entendió por primera vez qué significa el Otro».

Pero él no había olvidado nada. Ver sufrir a una persona a la que adoraba había sido la experiencia más espantosa de su vida —le preguntó si estaba segura de no querer que el segundo fuera adoptado. Ella no quería ni oír hablar del tema. Eso sí, bastaba con que él le diera un empujón o un sopapo para que se pegara seis meses enfurruñada, pero estaba más que dispuesta a que volvieran a rajarle el vientre por la mitad. Que no vengan luego a decirle que las mujeres y los hombres se parecen. La pelvis cruje cuando se abre para dejar pasar al crío. Crac. Nadie habla de ese crujido. La segunda vez esperó fuera, se negó a estar en el parto. Cécile lo entendió. No es por la mierda y la sangre, ni porque cuando el crío sale parezca un monstruo chillón. Es por verla sufrir. Lo demás, pase —le parecía bien entrar a cortar el cordón. Cuando la criatura abre el hocico para gritar... El niño respira, todo va bien. Las comadronas eran competentes, se dirigían a él como si fuera retrasado, había que hablarle así. También se portaron bien con Cécile. Le ponían bastante interés. Una la azuzó durante el parto, creía que estaba durando demasiado y le metió caña, «venga tiene que seguir», mientras Cécile lloraba. A punto estuvo de intervenir, pero se acordó de que su mujer se pasaba el día llorando, sin que él tuviera la menor idea de qué le ocurría. Cécile estaba muriéndose, habían concebido un bebé satánico, un niño cubierto de clavos, una criatura con unas terribles puntas en el cráneo, lo que explicaría que sufriera tanto para sacarlo.

Estaban hechos polvo. Cuando miró el reloj eran las nueve, no habían pegado ojo y hasta aquel momento no se había dado cuenta de hasta qué punto había sido agotador. Cécile se había dormido con una mano entre las suyas. Cuánto la quería. No puede ni pensarlo. Cuánto quiso a esa mujer. La suya. Sus ojos. Algo en su rostro le hacía abdicar, entregaba el alma, y una sensación de éxtasis le recorría desde la planta de los pies hasta la punta del pelo. Ella se quedó dormida y él miró a Tonio. Tuvo unos segundos de incredulidad, y después su vida cambió para siempre. Miedo. Todavía no sabía lo que era el miedo. Acababa de aferrarse a sus entrañas y ya nunca más se movería de ahí. Miedo de que le pasara algo a la criaturita. Y bastó un segundo para que ese «algo» se desplegara totalmente: enfermedad, herida, agresión,

accidente, contagio, violencia, tortura, hambre, abuso, tocamientos, penetración, secuestro, encierro, incendio, atentado, obús, guerra, epidemia, tsunami, tifón, asfixia... «La niña de mis ojos.» La expresión a duras penas expresa lo que une a un padre con su recién nacido. Se podría arrancar la niña de sus ojos y aún seguiría en pie —la médula de mis huesos expresaría mejor que recorre todo tu ser, que es el vínculo que se establece incluso antes de que seas capaz de reconocer a tu hijo entre los demás. Apenas había llegado, y el terror ya se había apoderado de Patrice.

Después de Tonio, Patrice sintió que se centraba. Aunque Cécile lloraba mucho. Durante el embarazo, después del parto, cuando el pequeño dio sus primeros pasos... solo tiene imágenes de Cécile postrada, cubierta de lágrimas, sollozando. Con el segundo, el equipo médico lo miró con desconfianza cuando llegaron para el parto. Domingo. Esta vez había podido llevarla él. Los médicos vieron las marcas en el cuerpo de Cécile, él notó que lo miraban de reojo. No duró mucho, se dieron cuenta de que no era lo que creían y se mostraron más amables. Patrice tiene *feeling* con la gente. Hace que se sientan a gusto. Su historia con Cécile era complicada. No era exactamente «un tío violento pega a su mujer embarazada». Era más complicado. La quería con locura y la trataba como a una princesa. Pero de vez en cuando se le cruzaban los cables.

Cuando ella se marchó fue una pesadilla. Que se pusiera a firmar textos que habían escrito otros diciendo que lo que había entre ellos era eso. Violencia de género, gilipolleces por el estilo. Lo había traicionado. Cartas del juzgado, cosas aberrantes. Había traicionado su amor de la manera más sucia. Estaba rodeada de marujas asquerosas. Y su madre, y su hermana, y su amiga Mafalda, la gorda subnormal, que se alegraba de mandar a tomar por saco una historia pasional cuando ella ni siquiera llegará a saber lo que es que se la metan bien por detrás. Brujas que habían esperado pacientemente su momento para mandarlo al carajo.

Cécile se marchó hace siete años. Tonio tenía tres, y Fabien dos. No lo supera. Por momentos cree que pasará, no opone la menor resistencia, en el fondo también él está harto de sufrir tanto. Y vuelta a empezar. Lo piensa, le tortura sin cesar, incluso cuando está con gente, incluso mientras curra, no deja de pensarlo. Beber no sirve de nada. No beber es peor, por el insomnio.

No tardó en darse cuenta de que Vernon mentía cuando decía que había venido de Quebec solo para renovar sus papeles. Hace tres meses que se mete en Facebook todos los días para comentar chorradas con gente francesa, ¿y va a parar a casa de un tío al que apenas conoce y que vive en Corbeil? Está en la calle. En todo caso, tiene toda la pinta de un tío que está en la calle. Cuando Cécile lo dejó, Patrice se pasó más de seis meses de aquí para allá. Se vio atrapado en casas de gente que le pedía a cambio que hiciera la limpieza y la compra. O que le dejaba a los niños todas las noches. Las hay que no entienden por qué no te metes en su cama, ya que te alojan. Los hay tan guarros que comer o beber en su vaso te da arcadas. Creía que Cécile cambiaría de opinión, no tenía prisa por alquilar un piso. Ya había pasado una vez, y

habían perdido una cantidad de dinero demencial. Para nada. Pensaba que cambiaría de opinión, pero a los seis meses ya no podía con los sofás en el comedor de otros. Conocía a un tipo, un antiguo compañero de colegio, que trabajaba en la oficina de HLM de Corbeil. Lo llamó, incómodo por tener que pedirle algo, un piso lo antes posible. Pero en vez de mandarlo a la mierda, como habría hecho él en su lugar, el colega se alegró de poder hacer algo por él. En dos meses estuvo solucionado. Vivía en Corbeil. Un piso impecable. En un barrio en el que dan ganas de comprarse una pala cavar un agujero y enterrarse para no verlo más. El problema no es la gentuza, el problema es que da la impresión de vivir en una cárcel ridículamente grande. Pero una vez en el piso, se está bien. Es bastante alto, hay árboles delante, se ve cielo y vegetación, tiene un montón de ventanas. Se está bien. Si no fuera tan infeliz, se acostumbraría a vivir ahí. El barrio es feo pero está lleno de viejos, hasta los delincuentes desisten de ser violentos. Se van a hacer su vida algo más allá, a unas cuantas calles, donde no parece tanto un hogar de jubilados.

Al sexto mensaje que intercambiaron en Facebook, entendió que Vernon iba a pedirle que lo alojara, y aceptó. Tenía sus reservas, Sylvie se había quejado de que había robado en su casa. Le estuvo bien a esa burguesa idiota. Tuvo lo que se merecía. Pero de todas formas advirtió a Vernon al abrirle la puerta: lo hago de corazón, pero no soporto que me tomen el pelo, si coges cualquier cosa de mi casa sin mi permiso, iré a por ti y te arrancaré tus bonitos ojos azules.

Patrice tiene planta para este tipo de discursos. Sin embargo, del *look* de su juventud solo le quedan los tatuajes. Aunque se ponga un traje o un jersey de cuello alto, se le ven. Ya no lleva los colores de su club, ha guardado la moto y escucha a Coltrane y Duke Ellington. Se hartó de ser el Hells Angels marxista. Demasiadas contradicciones con las que lidiar. Siguió siendo marxista y dejó el tema de los Hells. Pero aún tiene ese *look*. Es inevitable. Aunque se vista de otra manera, siempre parece un presidiario. Está tatuado hasta el cuello y las muñecas, y no esos tatuajes de marica que llevan hoy en día las chicas. Está acostumbrado a que aprieten el culo cuando llega a algún sitio. Sigue llevando el pelo largo, anillos grandes y su colección de pulseras metálicas en la muñeca. Conserva todo su pelo, que ahora es de un blanco señorial. En plan Darmon. Cuando la vida te hace un regalo como ese, no vas a cortarte las greñas.

Vernon también ha conservado el pelo. Y los ojos azules, a su edad, siguen dando el pego. Algo en su cara no se ha estropeado. Vernon siempre fue un tío discreto, que no causaba problemas a nadie y estaba siempre dispuesto a hacer favores. No es un lince, como suele pasar con la gente del *rock*, tiene un guisante por cerebro, pero no es de los que te clavan un cuchillo por la espalda.

A diferencia de otros, Patrice no siente ninguna nostalgia de sus años de músico. Fue bajista de los Nazi Whores porque el que tenían se piró, oficialmente porque su mujer no quería que siguiera saliendo de gira. En realidad, estaba harto de que el batería se tirara a todas sus pavas, la oficial incluida. Patrice aprendió a encadenar las

tres notas que necesitaba para sustituirlo, había sido idea de Alex. Nunca llegó a ser un buen músico. Era una vocación sin talento, ya podía practicar todo lo que quisiera, no sacaba nada. Pero le gustaba montar su numerito en el escenario. Sus gestos de simio compensaban su falta de *feeling*. Le gustaba hacer el idiota. Era cosa de la edad. Pasó dos años divertidos, muchos kilómetros en el G7, animándose a base de contar chorradas. Hacían ochocientos kilómetros entre dos fechas, la manager no tenía el menor sentido práctico y le parecía fuera de lugar pedir que comieran algo más que tabulé y que no durmieran en el suelo de alguna casa particular. Formaba parte del viaje, había que estar dispuesto a aceptarlo para que hubiera conciertos. Le fue muy bien hasta que se hartó. Tres ensayos por semana, mínimo, el *rock'n'roll* era algo serio, con tíos que no tenían otra cosa que hacer y que llegaban una hora tarde, hacían pausas de media hora y ruido entre un tema y otro. La falta de disciplina no tardó en agotarle. Y todos los fines de semana perdidos por bolos en provincias o en horribles casas okupa italianas arrasadas por la droga, en las que no quedaba nadie lo bastante limpio para escuchar un concierto... Se lo pasó en grande el primer año, al segundo se cansó, y al tercero dejó el grupo. Unos meses antes de que se disolviera. Un grupo puede separarse de tres maneras. Extinción natural por aburrimiento, conflicto abierto y acontecimiento traumático, como la muerte de un miembro.

Una noche de ensayo, bajando al sótano, fue consciente de que ya no se divertía. Le apetecía ver la tele los sábados por la noche, encontrar un trabajo fijo sin necesidad de asegurarse de que le permitiría ir a tocar a Bourg-en-Bresse un viernes por la noche. Se lo dijo a los demás. Lo dejo, tendréis que pensar en sustituirme. Al que más le dolió fue a Alex. Lo que venía a confirmar lo que ya sabía: no vivía la misma historia que los demás. Alex no tenía opción. No tenía nada más. No tenía familia, ni curro, ni otras aspiraciones. Y era el único que tenía oído, cierta idea de cómo se hace una canción.

No lo echó de menos. El alivio era mucho mayor que la añoranza. Estaba harto del *rock*, de la escena hardcore y todas esas mierdas. No lo llaman subcultura por casualidad. Retrasados mentales e inútiles que pueden pasarse una noche entera hablando de modelos de amplis, pedales fuzz o cuellos de camisa. Los más evolucionados son expertos en cables, es una cultura de mecánicos que no quisieron pasar de la formación profesional. Reconstruyó su vida en torno a pasiones más adultas, y siempre le chocó cruzarse con gente de aquella época y constatar hasta qué punto no habían evolucionado.

Vernon no era un lince. Pero tenía encanto. *Easy going*, un tío de trato fácil. Muy pocas neuronas en circulación para comerse el tarro por nada. Al abrirle la puerta, Patrice no esperaba pasar una noche superbuena. Lo hacía porque aún no estaba tan amargado como para negarle la hospitalidad a un antiguo colega con la excusa de que se está mejor solo delante de la tele.

Llegó con una botella de ron, parecía hecho polvo y con ganas de empinar el codo lo antes posible. Se sentaron delante del reality *Supervivientes*, con una bolsa de patatas fritas en las rodillas, y Vernon resultó ser un buen compañero de tele. En la isla, la reunificación transcurría como cada año: mal para el grupo minoritario. Patrice y Vernon vertieron toda su hiel sobre los diversos concursantes y sobre el programa en sí. En el campamento, todos los hombres intentaban conseguir el collar de la inmunidad. Las mujeres se quedaban alrededor del fuego preparando la comida.

—A mí me encantaría ser feminista. Pero ahí, por ejemplo, ¿puedes explicarme qué les impide intentar salvar el pellejo? ¿Sueles ver *Supervivientes*? ¿Has visto a alguna mujer llevándose el collar de la inmunidad?

—Lo sé, he visto el programa. ¿Y tú has visto a mujeres aliándose entre ellas contra los hombres?

—No.

—Entre nosotros, si fueras una mujer, ¿confiarías en los tíos para hacer una alianza? Yo no.

—Está todo dicho.

Y no fue *¿Quién quiere casarse con mi hijo?*, justo después de *Supervivientes*, lo que amenazó con cambiar radicalmente sus ideas sobre los atavismos de la feminidad. Llegaron a las mismas conclusiones: sobre el papel, están de acuerdo con la igualdad de sexos. Pero no les queda más remedio que constatar que las mujeres no parecen tener mucha prisa por adquirir un poco de dignidad.

Si Cécile hubiera estado allí y los hubiera escuchado despoticar, habría arrugado ligeramente la nariz, ese gesto de hámster que le volvía loco, y los habría llamado «capataces». Entre los hijos de obreros, es un insulto que expresa muy bien lo que quiere decir.

Patrice siempre ha levantado la mano a sus novias. A todas. Puede salir con una mujer una noche sin soltarle un guantazo, pero en cuanto pasa a ser una relación, llega la primera torta. Por supuesto, a quien más marca esa primera hostia es a él. La tía que tiene delante aún no sabe que solo acaba de empezar. Incluso cuando han tenido diez relaciones, y en las diez las molían a palos, las mujeres se niegan a reconocer que saben de qué va la cosa. Necesitan creer que ha sido un accidente. El amor será más fuerte que la violencia y convertirá al tío violento en un compañero atento. En estas historias, uno se encuentra a sí mismo, se busca y se encuentra. Ya no es un crío. Cuando empieza con una nueva novia, se oye a sí mismo abriendo las compuertas de las bellas promesas, de los regalos y de los piropos. Él se engaña, y ella se deja engañar. Esta vez sí, ha cambiado. Basta con esperar. Primera bofetada. Dos ojos aterrorizados, abiertos como platos, le dicen que no llegará a hacerlo, pero

logra convencerse de lo contrario. La rabia se ha autoinvitado. Conoce el camino y vuelve cuando quiere. Él corregirá a esta chica. Ella le creerá cuando le jure que no volverá a suceder. Será sincero. La acorralará en una esquina y la molerá a golpes, la destrozará, hasta que se marche. Y si no se marcha, la matará. Y cada vez que prometa que lo siente, dirá la verdad. Busca desesperadamente el interruptor, el clic que le permita mantener el control.

Con Cécile, el primer guantazo llegó cuando llevaban diez meses juntos y estaba seguro de haber encontrado por fin a la buena, la que le convenía. Con ella era distinto. El amor que sentía por ella unía la confianza con la excitación, la paz con la intensidad —lo tranquilizaba sin aburrirlo. No lo vio venir. Aunque conocía el guión. Empieza por la mañana, con monólogos incendiarios —todo lo que Cécile no hacía bien, en la pareja y en la vida. Argumentos absurdos que en ese momento parecen válidos. Y que se repite una y otra vez hasta convencerse de que la tía le está tomando el pelo. Un día sale todo, ella llora. Le sorprende que el hombre que se pasa el día repitiéndole que la adora pueda haber acumulado tanto rencor. Ella llora y él pide perdón. Porque en cuanto ella llora, los mismos argumentos que lo ponían furioso dejan de ser tan evidentes, ya no recuerda que le habían parecido correctos. Pero algo se ha puesto en marcha, un sistema de pensamiento destructivo del que no sabe cómo salir.

Una noche, al volver a casa, le propuso que pidieran una pizza y Cécile empezó a calentarle la cabeza, que por qué no bajaban a tomar un bobun, sí, contestó él, por qué no, ella dijo por qué no llamamos a un japonés, es más caro pero si te apetece nos lo podemos permitir, sí, y por qué no bajamos a cenar al japonés, pero ella siguió, sí, tenía razón, la pizza también era buena idea pero la verdad es que si querían ahorrar no le costaba nada hacer pasta, tenía cosas para la salsa, aunque era cierto que un bobun, sin manchar platos ni nada, también le apetecía. Lo hacía a menudo, a partir de una posibilidad sencilla montaba un lío inextricable. Patrice ya se había cabreado muchas veces, aunque no había perdido los nervios. Aquella noche la dejó delirar diez minutos y luego ladró «para ya me estás agotando. Pide dos pizzas y cierra el pico». Cécile, que no lo conocía bien, no se dejó impresionar y se enfadó: «no me hables en este tono me oyes nadie me ha hablado jamás en este tono ¿te das cuenta de lo agresivo que te pones conmigo?». Y entonces, pum, la gran hostia. No con la palma de la mano, no, con el puño bien apretado, buscando la sien. Y otra, antes de que tuviera tiempo de darse cuenta, para que quedara claro y evitar toda posibilidad de discusión. Las personas que no pegan no saben cómo funciona la cosa. Es un animal agazapado en la barriga, más rápido que el razonamiento. Y en cuanto ha salido, es como una ola: no puedes impedir que rompa por más voluntad que le

pongas. Tiene que romper. El momento clave es otro, lo ha entendido —habría que aprender a escuchar cómo se forma la ola, saber apartarse mucho antes de que se eleve. Pero cuando siente que va a cabrearse, ya es demasiado tarde. No tiene tiempo, como a veces aconsejan los caguetas, de ponerse las deportivas y salir a dar una vuelta —es como pedirle a un volcán que retrase la fusión de la lava... Tiene que continuar, tiene que ir. La otra tiene que callarse. Someterse.

Después, en terapia de grupo —porque pasó por uno de esos putos grupos de tócate los huevos y baila, deseaba tanto no perder a Cécile que habría hecho cualquier cosa —, pretendían que dijera que estaba reproduciendo los gestos que su madre tuvo con él. Es cierto. Su madre lo controlaba. A su hermano igual. Una mujer sola con dos niños que eran duros de mollera. Recibían buenos castigos. Era la época en que sacar el látigo no suscitaba la menor polémica. Les pegaba con la correa. Patrice nunca creyó que tuviera algo que ver. Si todos los niños a los que sus padres les pegaban se convirtieran en tíos violentos, se sabría. Su madre no era alcohólica, nunca les pegaba sin motivo, no cambiaba las normas de la casa. Su madre se hacía respetar, nada más.

Es una serpiente en el pecho, algo que se lleva en la sangre. No tiene nada que ver con el pasado. Nació así. Si conociera a su padre, quizá estaría de acuerdo en que hay una explicación biológica. Lo que se quiere en ese momento es el subidón de poder. Ver el respeto en los ojos del otro. El miedo. Mientras la mujer no está lo bastante aterrorizada, el tío pega. Tiene que mostrar que se rinde totalmente para que la violencia se aplaque.

Justo después de la rabia se sentía vacío. Miraba a su mujer, acurrucada en una esquina, sentía deseos de borrar lo que acababa de pasar, sacarla al sol a dar una vuelta y disfrutar del buen tiempo, como si no hubiera pasado nada. Ni una palabra entre dientes, ni un puñetazo que podría partir una puerta por la mitad, ni levanta una mano, ni le tiembla el cuerpo cuando la mira fijamente a los ojos y le exige que lo tome en serio, porque mientras en su rostro quede el más mínimo rastro de resistencia tendrá que ir a más.

Al principio no es nada. Dos puñetazos y se acabó, se pasa a la reconciliación. Sucede progresivamente. Cada uno debe encontrar sus señales. Si la tía resiste, si no tiene miedo al momento, si no se somete de inmediato, puede ir a más. Es preciso el terror, es preciso que el otro se rinda. Completamente. Admite su culpa. Es un vacío, un fallo que se arregla a puñetazos.

Cécile no estaba hecha para eso. No pegó un portazo al momento porque estaba enamorada. Estaban muy bien juntos cuando el loco que había en él estaba calmado.

Odiaba verla llorar, con el cuerpo hundido. Lo contrario de lo que ella era. Una mujer alegre, vital, entusiasta y tranquila. Como a él le gustaban. Se quedó destrozado al verla transformarse en su novia: ojerosa, sin energía y con la amargura marcada en las comisuras de la boca. Como si destruirlas formara parte del placer.

Cécile está mejor desde que no están juntos. Se ve. Hasta el pelo lo tiene más bonito. Ya no tiene miedo. Sigue enamorada de él. Pero no volverá. Él no termina de hacerse a la idea, pero es mejor así.

El año después de que naciera Tonio no le levantó la mano. Se lo creyeron. Cuando volvió a empezar, ella le advirtió: delante del niño no. Pero había vuelto. La violencia era un demonio que se había mantenido al margen el tiempo suficiente para que Patrice pensara que había cambiado. Luego el demonio recuperó sus derechos tranquilamente. Algunas noches Patrice le pegaba. Delante del crío. El niño aún no tenía dos años y ya sabía meterse debajo de la cama hecho una bola. No lloraba, se cerraba como una ostra durante varios días. Nada hizo entender mejor a Patrice lo que él era que su hijo aterrizado, aplastado, con las manos en las orejas para no oír nada. Con Cécile, todavía había una pequeña parte de él que conseguía contarse cuentos —que no era tan grave, que ella exageraba el drama para que se sintiera culpable, que eran cosas de mujeres, por el feminismo, que quieren al macho pero no la paliza que conlleva... No lo decía en voz alta, pero en el fondo se decía: si fuera tan horrible como dice, se marcharía. Pero su hijo, aquel pequeño gigante alegre y siempre valiente, convertido en un animal asustado, metido debajo de la cama, tardaba varios días en calmarse después de las crisis. ¿Qué gilipollices podría haberse contado para eximirse de esa imagen: que el crío aún no era lo bastante hombre, que algún día lo entendería? ¿A los dos años? No, a los dos años su hijo aún no era lo bastante hombre para ver a su padre machacando a su madre a puñetazos. Si lo fuera, cogería una escopeta y metería un tiro en la nuca al cabrón que le había hecho vivir aquel infierno.

Pero no podía evitar que volviera a empezar. Cécile bromeando con el plasta del camarero. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Dejar que aquel cabrón se imaginara que iba a tirarse a su mujer delante de sus narices y no decir nada? Cécile creía que las mujeres pueden bromear con los hombres sin que tenga consecuencias. Ellas no tienen cojones, está claro, porque si no sabrían lo que ellos piensan cuando bromean. Cécile era genial, pero hay cosas que las mujeres no entienden. Lo que quieren es una utopía: amistad y buen entendimiento con los tíos. Eso no existe. Los tíos quieren follárselas, si no se ponen a hablar con otros tíos. Y Patrice pegó al camarero, y en casa siguió y pegó a su mujer.

Hicieron el segundo —se empeñaron en creer que volviendo a traer tanto amor y tanta alegría a la casa, la rabia retrocedería, por pudor. Pero la rabia es una puta que no le teme a nada, Patrice no dejó de montar el circo. Solo que, mientras estaba preñada, procuraba no golpearle mucho en la barriga.

Un día Cécile esperó a que él se marchara al curro, cogió sus cosas y a los críos y se largó. Patrice se volvió loco al enterarse de que había ido a una organización que

acogía a mujeres maltratadas. Porque su historia no era eso, no era el típico caso de violencia doméstica. Pero la verdad es que sí. Era la misma historia que las demás. Él es una caricatura.

Odió los grupos de terapia —él no se parece a los tíos que van a esos sitios. Su padre no luchó en Argelia, su madre no lo abandonó, él no es incapaz de hablar con su mujer —pero lo peor, cuando los escuchaba, era su falsa lucidez. Estaba claro que el tío que dirigía el grupo era un ingenuo. Se tragaba cualquier gilipollez. Pero a Patrice no se la pegan. Todos los tíos que iban a la terapia eran unos mentirosos. Decían lo que se esperaba de ellos. Solían tener palique. El diablo es un buen bailarín, de no ser así nadie saldría con él a la pista. Alrededor de la mesa estaban los de siempre, se buscaban excusas y explicaciones, fingían que les aliviaba lograr expresar sus emociones. Pero el único momento en el que aquella escoria lloriqueaba con sinceridad era cuando se compadecía de su suerte. Patrice les veía el alma.

Hizo la chorrada de la libretita. Cada vez que levantaba la voz durante el día, cada vez que la rabia era demasiado intensa para controlarla, anotaba como un gilipollas lo que había pasado justo antes, a qué hora, y puntuaba del uno al diez la potencia de la crisis. Sacaba la puta libreta todos los días. Pero en cualquier caso le sorprendió: vio con sus propios ojos hasta qué punto era un tarado. La frecuencia de sus ataques de rabia, al lado de los motivos que los habían provocado, dibujaban un retrato de él más lamentable de lo que habría pensado.

Aquellos grupos de terapia eran una gilipollez. Nunca llegaban al centro del problema: ¿en qué se convertía sin la rabia? ¿En un tío que cierra el pico cuando le quitan el aparcamiento que lleva diez minutos esperando? ¿En una nenaza que no contesta cuando un mierdoso de quince años insulta a su mujer por la calle? ¿En un títere mudo cuando su compañero le deja diez sacos de mierda para repartir que no le tocan a él? Lo tomaban por tonto todo el día. ¿Qué actitud debía adoptar? ¿Silbar sabiendo que formaba parte de la clase social de los *punching balls*, de los felpudos, de los mojones? El tío del grupo siempre decía lo mismo: que no había que mezclarlo todo y colocar en el mismo plano la política, los sentimientos y las pequeñas frustraciones. Ponte a separarlos.

Un día, en el grupo, tomó la palabra: si renuncio a la violencia, ¿qué me queda? No soy un puto dentista —lo decía porque en el grupo había un protésico dental, un auténtico cerdo que delante de ellos hacía el papel de buenecito y de estar muy arrepentido pero saltaba a la vista que era un chacal. No tengo estatus social. No tengo futuro profesional. Si renuncio a la violencia, ¿en qué momento me siento el amo? Sinceramente, ¿quién respeta a un obrero dócil?

Le gustan las broncas en los bares. Le gustan las peleas, desde que era muy

pequeño. El año pasado, en el metro, estaba sentado al lado de un crío, un negro seco y enclenque. Al abrirse las puertas, otros dos chavales, de la misma edad pero fuertes, entraron en el vagón y fueron directamente hacia él para robarle la pasta y pegarle. Dos moles contra un poquita cosa, Patrice no intentó entender qué pasaba. Los trincó, los cogió por banda y les pegó puñetazos, primero a uno y después al otro. Eficaz. Aquel día, en el metro, fue el héroe —la gente que lo rodeaba se alegraba de tener a un psicópata a mano, a nadie se le ocurrió mandarlo a terapia de grupo. Lo felicitaron. Poco faltó para que lo ovacionaran. ¿En qué momento se sentiría vivo y bien consigo mismo si se quedaba sin rabia?

Los hijos de puta del grupo eran todos unos capullos que pegaban a su mujer, pero muchos de ellos no se atrevían con los hombres. A Patrice, sinceramente, se le podía reprochar cualquier cosa, pero no que fuera selectivo. Pegaba a todo el mundo. Le gustaba —no temía a nadie. Cuando le daba el ataque, el mundo tenía que ceder, no tenía ningún problema en palmarla antes que rendirse.

Menos mal que esta impresionante resaca ha caído en sábado. Hoy sería incapaz de ir a currar. Ya ha aguantado cuatro meses. Rara vez pasa de los tres. Contrato temporal en correos, reparte cartas. Difícil, la tontería. Se arrepiente de todas sus críticas a los carteros. De entrada, ya es duro no robar nada. Pero lo peor es que tiene que andar. Descubrir dónde ha puesto la gente los buzones es como atravesar una pista americana... Si le pidieran su opinión, tardaría poco en reglamentarlo —encima que esos cabrones disfrutaran de servicio postal gratuito, al menos podrían poner todos los mismos buzones, con sus normas y en el mismo sitio. Que fuera más rápido. Por eso la gente no respeta el servicio público: están mal acostumbrados. Todos deberían ocuparse de que su buzón estuviera en el sitio adecuado, de que ningún perro peligroso impidiera el acceso, todos deberían ser conscientes de que es una suerte que un cartero pase por tu casa cada mañana. Si no, es un follón, lo único que hace la gente es berrear.

El recorrido es largo. Los veteranos se agobian de ver en qué se ha convertido correos. Como todo lo demás. Son testigos de la demolición sistemática de todo lo que funcionaba, y encima tienen que escuchar las payasadas de esos tarados salidos de las escuelas de comercio, que les explican cómo debería funcionar la repartición del correo, cuando ni siquiera han visto un casillero de clasificación en toda su cara carrera. Para ellos nunca se va lo bastante deprisa. El personal siempre sale demasiado caro. Mandar a tomar por saco las cosas que funcionaban bien es más rápido. Están contentos con sus resultados: lo destrozan todo estupendamente, los muy cabrones.

Vernon pliega el sofá, coloca sus cosas en un rincón, no deja nada tirado en el cuarto

de baño, dobla bien su toalla y deja limpia la ducha. Se nota que el tío se rompe los cuernos para estorbar lo mínimo. Se toma dos cafés, luego dice que tiene que ir a ver a unos amigos y pregunta a qué hora puede volver. ¿Quieres cenar aquí? Vuelve para el aperitivo, ¿qué te parece? Lluve. Si no tiene nada que hacer, que vaya al cine o que se dé una vuelta por un centro comercial. Que se las apañe —que duerma aquí no quiere decir que Patrice tenga que hacer el papel de madre.

A Patrice le gusta hacer la limpieza los sábados. Se ha bajado todas las temporadas de *The Walking Dead*. Pone la segunda en el proyector de vídeo, desde cualquier rincón de la casa ve al menos un trozo de pared. A la que se le ocurrió lo del proyector fue a Sandrine, una chica con la que trabajó temporalmente en el inventario de Muji. Su hermana estaba en una empresa de informática, sacaba proyectores y los vendía a cien euros, una sexta parte de lo que valen en las tiendas. Así que le gusta hacer la limpieza los sábados, suele poner series en versión original, para no perder su inglés. De joven se licenció en inglés. Le gustó la universidad. Las clases, la cafetería, los sindicatos, las fiestas y los exámenes.

Vaya, otro ejemplo: ¿cómo habría conseguido una plaza en la universidad si de crío no hubiera sido violento? En su época, consiguió todo lo que le correspondía metiendo miedo a todo el mundo. De no haber sido así, lo habrían pisoteado, como pisoteaban a tantos otros, y lo habría dejado. En la terapia, el mariquita que llevaba el grupo no soportaba oírle decir que si tuviera pasta no sería violento. Que si patatín no tiene nada que ver con el entorno social que si patatán no tiene nada que ver con la posición que se ocupa en el tablero económico. ¿Y partirte esa cara de cerdo tarado y mentiroso también sería lo mismo? ¿No tengo que dedicar el día entero a ser un puto trabajador pobre? Si levantara el culo por las mañanas sin tener que preguntarme a qué puto enchufado voy a tener que aguantar y no tuviera que matarme como un gilipollas para solucionar esto o para ver cómo pagar lo otro, ¿no estaría de mejor humor? ¿Me sentiría vulnerable si estuviera forrado de pasta? ¿Estás seguro? ¿No tendría menos miedo? ¿Estás riéndote en mi cara? Si no tuviera que cerrar el pico todo el día, con el cuerpo dolorido por lo que le obligo a hacer para ni siquiera poder pagarles unas vacaciones en la nieve a mis hijos, ¿sería la misma persona? No lo creo, no. Todo lo contrario, creo que haría el esfuerzo de no salir del coche para dar unos golpecitos en el cristal del conductor que me ha obligado a dar un volantazo. Le dejaría que fuera un capullo, tan tranquilo, pensaría que falta poco para el fin de semana, pensaría en mi traje nuevo, pensaría en mi hijo en la pista de tenis, pensaría en mi exmujer en los cien metros cuadrados que le he dejado y pensaría en los contratos que tengo que negociar. No pensaría tanto en degollar a ricachones que solo viven bien porque me lo han quitado todo. A mí y a los míos. Todo confiscado.

Durante las fiestas ha visto un documental de animales en África. Un oasis, todos los animales beben juntos. Cebras, jirafas, avestruces, hipopótamos, todos. Hasta que llegan los leones, en manada. Todos salen corriendo, a toda leche. Han llegado los matones. Él sería más bien un lobo. Solitario. Pero le gusta la sensación que provoca

—los valientes salen por patas, socorro. Si tuviera dinero, no se compararía con un animal. Sería alguien en lo suyo, y los días en que sufriera una crisis de identidad iría a relajarse al bar de un gran hotel, donde el personal le recordaría que es alguien, que no hay sitio mejor que el que le ofrecen: tiempo, comodidad y gente que te mima. Hace mucho tiempo fue aparcacoches en la Closerie des Lilas. Había que cuidar a los clientes. Los observaba antes de subirse a sus carros, que olían a pedo, a pies sucios y a ceniza fría. Meterlos en el *parking* para que no tuvieran que andar doscientos metros sin que les ayudaran. Propina, a discreción del cliente. Desde la más rúcana hasta la más desorbitada —lo esencial era que también eso fuera su santa voluntad. Lo que les pareciera, según su humor. Lo que les diera la gana, su santa voluntad. Era como para odiarlos, por fuerza. Que unos capullos que pagaban decenas de miles de euros en impuestos cada año pudieran tener ganas de hostiar a alguien no le parecía muy normal. Pues que se fueran a la isla Mauricio a que unas putas les dieran masajes, y así todo el mundo tendría vacaciones.

Antes de morirse, le encantaría ver a todos esos chacales devolviendo el dinero que han robado a la gente. Mélenchon al poder. Por la revolución. Quisiera ver el extrarradio en llamas, pero no para que izaran una bandera verde y blanca, le gustaría ver banderas negras. Que su rabia sirva para algo —si mañana hubiera barricadas, una guerra civil contra las sanguijuelas, lo considerarían un héroe. Se hace viejo, sus fuerzas disminuyen. Pero todavía le quedan. Le habría gustado mucho ver correr la sangre. Banqueros, directores generales, rentistas, políticos... Joder, los tíos como él son héroes en tiempos de guerra. Por eso le toca los cojones que le den tanto el coñazo con lo de la violencia. Está seguro de que si hubiera grandes disturbios, jamás pegaría una bofetada a su mujer. Cécile habría sido una estupenda mujer de guerrero. Es una tía dura, con la cabeza sobre los hombros.

Ha hecho su limpieza del fin de semana, agradecido de que Vernon haya entendido que era mejor dejarlo en paz en su día de descanso. Aunque verle la jeta toda una noche lo remontaba a otra época. Estos tíos del *rock* son impresionantes, cómo consiguen hacerse viejos directamente, sin pasar por la casilla de la madurez. Se nota que Vernon, como tantos otros, jamás en la vida se ha hecho la más mínima pregunta sobre nada. Ah, él ha pasado de largo, y tan pancho, los grupos de terapia, las sesiones de psicólogo y el trauma de la paternidad. Sigue siendo el mismo que a los veinte años, cualquiera diría que ha envejecido metido en formol.

Cuando vuelve, Vernon parece hecho polvo. Insiste en preparar unas patatas gratinadas, ha hecho la compra contando hasta el último céntimo. Patrice nunca entenderá esa pasión por la comida. El entrecot con patatas fritas es el único plato cuya poesía comprende.

—¿Te acuerdas de Xavier? Tomamos un café juntos cuando llegué a París. Las cosas no le van mal, ¿sabes que sigue siendo guionista? Vive en un piso enorme en pleno París, muy rollo padres.

—Xavier siempre ha sido un capullo, ¿no?

—¿Quieres decir de derechas?

—Entre otras cosas. Pero sobre todo es gilipollas. Siempre ha sido gilipollas, ¿no?

En la televisión, Patrick Bruel, Garou y Raphaël cantan juntos una versión de Brel. Al final del tema llega Johnny, de espaldas... Patrice y Vernon se parten de risa en el mismo momento. La voz del jefe, las piernas del jefe, su silueta de animal prehistórico, sus andares de chavala con huevos. Su voz estentórea se eleva, está decidido a que todos sus colegas parezcan una reunión de cotillas anónimas. Se ríen con ganas, aclamando al que nada ha conseguido matar, ni las drogas en dosis elevadas ni el ridículo ni el éxito. El animal. Vernon termina de pelar las patatas, tiene gestos de proletario, su manera de coger el cuchillo, su movimiento de muñeca, su eficacia —de hijo de campesino que ha venido a la ciudad a trabajar. Lo que no quita que para Patrice tenga su encanto, siempre lo ha tenido. Es agradable estar con él. Hace las cosas más interesantes, más fáciles —nunca se queja. ¿Cómo es posible que un tío como él no haya encontrado a una mujer que lo cuide? ¿Y cómo se lo monta él para joderles la vida a las mujeres hasta el punto de que salgan huyendo, cuando son capaces de soportarlo todo por no tener que hacer las maletas?

Vernon recoge las pieles de patata, las tira a la basura y pasa la bayeta por la mesa. Ha decidido hacer el papel de buen tío. Patrice lo valora, él es incapaz de pelar una patata sin dejar la cocina hecha una pena durante diez días. A Vernon le da un bajón, su expresión cambia de golpe. Dice:

—La última tía con la que he estado es brasileña, me hablaba de Johnny, decía que si no eres francés no puedes entender el efecto que nos causa.

—Hay que haber crecido con él para tenerle cariño. Es el principio del papá. Mis hijos nunca me querrán como a un auténtico padre, no me ven muy a menudo... ¿Cómo es posible que un tío como tú no lleve años pillado? Deberías tener críos y toda la pesca...

—Solo me enamoro de mujeres que no se lo pasan bien conmigo más de cinco minutos.

—¿La brasileña te dejó?

—No estaba tan libre como pensaba. Mi especialidad. Las tías pilladas. Con un tío forrado de pasta. No tuvo que pensárselo mucho para saber lo que quería...

—¿Todavía te duele?

—Sí.

—Al menos no sería un travelo, ¿no?

—No, una trans. Superguapa. Superestilosa.

—¿Estás de broma?

—No. Me preguntas y te contesto.

—Sí, pero te lo preguntaba de coña, me dices que es brasileña y te pregunto si es un travelo, pero era una pulla, no una pregunta que pedía una respuesta sincera.

—Te he entendido mal. Tenía la polla más grande que la mía. Al principio también a mí me sorprendió que no me importara. No me vas a creer, pero la conclusión a la que llegué, y tuve que rendirme a la evidencia, fue que el coño nos importa una mierda. Nos la pela. No es el coño lo que hace a una tía.

—Salvo para tener hijos.

—Estoy hablándote de amor, no de una guardería.

Lo que descoloca a Patrice no es tanto imaginar que Vernon pueda enamorarse de una brasileña-brasileño. Es que lo diga. Está a cuarenta kilómetros de París, no tiene otro sitio donde dormir, y en lugar de intentar pasar inadvertido y eludir la cuestión, pregona a los cuatro vientos: me he acostado con un travesti. Patrice no sabe cómo tomárselo. Se pone tenso. El rollo de sentirse bien con Vernon desde que llegó, de que le guste su presencia y todo eso adquiere un sentido que no hace ninguna gracia.

—¿Por qué me lo cuentas? Me has hecho sentir incómodo.

—No me avergüenzo. Es la tía más guapa con la que he estado nunca, la más femenina, la más elegante, la más estilosa... Yendo por la calle con Marcia, te lo aseguro, he entendido lo que sienten los tíos cuando aparcan un gran Porsche. Creemos que son unos pardillos, pero es solo porque nosotros no vamos en Porsche. Y si eres un muerto de hambre, como yo, que ni siquiera puedes pagarte tu Jack Daniel's en un bar, entonces te dices esta tía se pega a mí como si yo fuera lo más valioso de su vida, y lo único que le doy a cambio es amor y sexo... Te juro que te sientes como mil millones de dólares al sol. Pero no es solo por aparentar, quiero decir... no me importa ser superficial. Tiene muchísima clase. Me vuelve loco.

El clima entre ellos cambia. Patrice no sabe qué pensar. Habría preferido no saberlo. Le ha impactado. Hasta un punto que le sorprende. Y lo interroga. En el fondo, qué coño le importa lo que haga Vernon en la cama... Sobre todo, no quiere imaginar nada con demasiado detalle. Le vienen imágenes de brasileñas que ya le han planteado algún problemilla de coherencia... Es verdad que esas tías son guapas. En la tele, Rihanna canta algo sobre diamantes. La escuchan religiosamente. Vernon sigue cortando las patatas en finas láminas. Patrice acaba rompiendo el silencio, al fin y al cabo no hay razón para que se sienta tan incómodo:

—Me gusta Rihanna, me gusta muchísimo. Podría cantar lo que quisiera, hacer versiones de Carlos y Annie Cordy, y me parecerían interesantes.

—Las mujeres maltratadas ya pueden darle las gracias. Explícale tú a una cría que

no debe permitir que le peguen, con esa loca que anda contando por ahí lo mucho que quiere a su Brownie. ¿Viste las fotos de su cara después de que le pegara una paliza? Es guapa, pero tiene que ser un poco idiota, ¿no?

—Por eso me dejé mi mujer. Se marchó con los dos críos. Le pegaba.

Donde las dan las toman. No ha sido premeditado. Empatados. Tú me dices que te follas a tíos con falda, y yo te digo que pego a mi mujer. La conversación vuelve a interrumpirse. Patrice es consciente de que oscila entre las ganas de agresividad y el agradecimiento. Lo que recuerda del ambiente del *rock* es que era sistemáticamente superficial. Dobles sentidos, pullas y conversaciones serias que trataban exclusivamente de carátulas de discos. Nada de confidencias, nada de intimidad. Incluso cuando hablaban de política, nadie intentaba ser sincero. Machitos que juegan a hacerse los duros. Le ha descolocado que Vernon le contara lo de la brasileña. De alguna manera, le ha gustado. Quedarse en pelotas de ese modo tiene algo de cojonudo.

—¿Pegabas a tu mujer? ¿Te engañaba?

—No pegas a la madre de tus hijos porque haga algo mal. Le pegas porque eres violento.

—Pero ¿sentías que estaba mal?

—Unos beben, otros se juegan el dinero del alquiler, otros engañan... yo pego. La mandé a urgencias varias veces. No todos los días, claro... tampoco es un *hobby*.

—¿Pegabas a los niños?

—No. Cécile decía que tarde o temprano acabaría llegando. Yo no estoy tan seguro. Les di algún meneo, por supuesto, unos días estás más tenso que otros... pero nunca perdí el control. Da igual. Los críos entendían lo que pasaba con ella. Seguro. Mi hijo Tonio seguía meándose en la cama a los cinco años. No necesitaba llevarlo a un especialista para saber qué era lo que no iba bien. Mi problema es que no tengo nada de suicida. Si no, sabría lo que tendría que hacer.

Vernon escucha con atención, colocando las patatas en una gran bandeja blanca que Patrice nunca habría imaginado que podía meterse en el horno, pero al pensarlo es evidente, en realidad es una bandeja para gratinar.

—Eres demasiado sensible. Los tíos violentos sois muy sensibles.

—Esa es una reflexión de tía.

—No sabíamos que íbamos a cagarla hasta ese punto, ¿verdad?

—De haberlo sabido, ¿qué habría cambiado?

Vernon regula el horno, saca dos cervezas del frigorífico y se sienta por fin delante de la tele. Patrice se dice que con él se aburre menos de lo que pensaba. Empieza a caerle bien. Después de la serie de peces gordos, TF1 promociona a jóvenes cantantes vinculados por contrato con la cadena, el magacín pierde brillo. Una tía canta en una postura extraña, Vernon dice que es discapacitada. Patrice le contesta que es jorobada, que eso no cuenta como discapacidad.

Nolwenn Leroy y Patricia Kaas hacen una versión de Piaf —esta vez están de acuerdo en que tienen bastante clase, aunque como son viejos prefieren a Patricia, la época en que cantaba «Mon mec à moi» y les gustaba mucho, pese a que por aquel entonces no lo proclamaban a los cuatro vientos. Poseía la belleza de las mujeres a las que podían acceder, aunque ligeramente más sublime.

—Así que ahora sacan a los cantantes consolidados de dos en dos, no vaya a ser que al ver a uno solo cambies corriendo de canal.

—Tienes razón, podrían sacarlos en solitario, tampoco hay que exagerar.

El gratinado chisporrotea en el horno. El presentador da la respuesta a una pregunta tan idiota que da la sensación de que cuando la hace está insultándote. El nombre del ganador aparece en la parte de abajo de la pantalla. Y el presentador cambia de expresión de repente, empieza a temblar y menciona a alguien muy querido que ha muerto recientemente, demasiado pronto. Y la foto de Alex Bleach, en blanco y negro, se proyecta sobre el telón del escenario. Vernon dobla el espinazo, como si acabara de recibir un golpe invisible.

—Joder, no.

—Pues sí. Al foso de las putas, como todos los VIP... ¿Seguiste viéndolo?

—Sí. ¿Y tú?

—Al principio, mucho. Cuando la cosa empezó a funcionar, no dejaba de llamarme, parecía su hermano.

—Conmigo igual. Pero era incapaz de presentarse cuando quedábamos, era un coñazo.

—Yo aún estaba con Cécile. Me las arreglaba para quedar con él cuando ella no estaba. Ese se habría tirado a tu mujer en tu cama mientras dormías sin ningún remordimiento. Ese capullo era un puto peligro para la paz de las parejas. Hay que decir que a las mujeres les gustaba... En su entierro oí a alguien decir que las tías pasaban de él cuando no tenía pasta. Pero ni siquiera había grabado un disco aún y yo, en cuanto él llegaba, escondía a mi mujer. Vuélvete a casa, no me discutas, esta noche te quedas en la cocina. El tío era un caso.

—¿Fuiste al entierro?

—Todo el grupo. Cuando se trata de muertes, vuelvo a formar parte del grupo. Estuvimos a punto de volver a unirnos, ¿te lo dijo?

—No. Cuando lo veía estaba tan colocado que solo me hablaba de cosas raras, nunca del curro... Me pagó el alquiler un año entero. Bueno, casi dos. Pero eso no quiere decir que nos viéramos...

—¿Tu alquiler de Quebec?

—Sí, por transferencia.

—Estoy de coña. Me alegra ver que no te sientes obligado a decirme siempre la verdad, si no sería preocupante...

—No me sentía con ánimos de ir al entierro. Demasiada gente. Y no de mi mundo.

—Fue chungo. Había muchos VIP, y allí estaban todos los muertos de hambre, con cara de estar tristes cuando lo único que les interesaba era sentarse al lado de Vanessa Paradis.

—Creo que el gratinado está listo. ¿Hago una ensalada verde? ¿Tienes hambre? ¿Por qué no funcionó lo de volver a juntar al grupo?

—A mí me parecía ridículo, mucho más teniendo en cuenta que ya no escucho ese tipo de música... pero cuando me dijeron los cachés me entraron ganas de volver a coger el bajo, directamente. Habría hecho piruetas en tanga con tal de pillar tantísima pasta... Y no lo digo para ponerte cachondo. Alex dijo que sí, pero hicimos un ensayo y nunca más tuvo tiempo. Lo entiendo. Me quedé decepcionado, por el dinero, pero a nivel humano fue de lo más sórdido. Dan era un lameculos, era desagradable. Y Vince no podía evitar meterse con Alex. Le cabreaba no estar en su lugar. Ninguno sabía ya tocar, pero aun así tenían que saltar por encima de Alex, no dejarle asumir el liderazgo, que si patatín que si patatán... No volvió.

—¿Te gusta la salsa con mucho vinagre?

A Sophie no le gustan las comidas de los domingos, en el restaurante, con su nuera, su hijo y la niña. Después de haberlos visto, se queda más triste que una piedra. Como siempre, pegan el cochecito de la cría contra la mesa. Tiene cinco años. ¿Qué coño hace todavía en cochecito? Encima, con un biberón con batido de chocolate. Le dicen que es cosa de la época, pero se da perfecta cuenta de que, a su alrededor, los demás niños están mejor educados. Cuando la niña lloriquea, en la mesa, Marie-Ange le tapa la boca con la mano para poder seguir hablando. No le pregunta qué le pasa, no le enseña que no se interrumpe la conversación de los mayores, estira la mano y la hace callar. Xavier sabe que no son maneras de tratar a un niño que ya sabe hablar y andar. Pero se limita a evitar la mirada de su madre y no levanta la nariz del plato. Su padre también era un cobarde.

En su nuera hay cierta locura que nada tiene de simpática. Su mirada hace arder lo que roza. Marie-Ange estuvo enamorada de Xavier. Pero desde hace mucho tiempo ya no lo está. No hace el menor esfuerzo por disimular su aburrimiento cuando está con él, ni su desprecio cuando él dice algo. Se le acabó su cuento de hadas, la niña rica que se casa con quien no debe. Seguro que recuerda las palabras de su padre cuando le contó que pensaba casarse, «no hay nada peor para una mujer que acostarse por debajo de su nivel». El viejo gilipollas no se cortó en repetirlo delante de la madre del novio. Marie-Ange se niega a dejar a la cría sola con su abuela. Tampoco en este caso Xavier ha tenido el valor de decírselo claramente, pero Sophie se ha dado cuenta. Algo debió de hacer mal. Su hijo le deja a su hija de vez en cuando, deprisa y corriendo, por la tarde. Por la noche tiene que mentir a su mujer y decirle que se ha quedado con ellas en el parque. Esquiva y se anda con rodeos. No es la única mujer de su entorno decepcionada con la persona en la que se ha convertido su hijo de adulto.

No se recupera. Hay gente que lo supera todo, cada quien tiene su carácter. Fue aquel 13 de diciembre de 1986. Antes, una lenta agonía —dos años de duro infierno, pero la vida aún se mantenía en pie. Se podían buscar soluciones, había razones para creer. Que saldrían adelante. Su hijo mayor era toxicómano. Creyeron en todo, pensaron que estaban al límite de sus fuerzas, pero nunca tiraron la toalla. Mientras Nicolas estuvo ahí. Rezos, plantas, psicología, farmacología, deporte y método duro. Soportaron las insinuaciones de los terapeutas —cuando en un núcleo familiar hay un toxicómano, toda la familia saca tajada. Nicolas no quería morir. Pedía ayuda y quería dejarlo.

Y aquel 13 de diciembre, la policía en la puerta. No llamaron por teléfono. Fueron a su casa. Abrió la puerta y lo supo. Hacía un sol sublime, era sábado, no trabajaba, su marido estaba de viaje a Toulouse. Se había levantado temprano y estaba limpiando las ventanas con alcohol de quemar, habían invitado a la familia por Navidad y estaba preparando la casa. Evitaban desplazarse, se había vuelto muy complicado. Xavier había pasado la noche en casa de un amigo. Le permitían más

cosas que a su hermano mayor cuando tenía la misma edad. Un terapeuta les había advertido que para el pequeño es complicado, hay que dejarlo respirar. Y en eso estaban. Permitiendo que el pequeño respirara fuera de casa. Xavier era su favorito. Su segundo hijo. Era más cariñoso, más tranquilo. Sabía hacer feliz a su madre. Luego se lo reprochó mucho a sí misma. Quizá aquello lo explicaba todo. Siempre se había sentido más a gusto con el pequeño.

Sabía que habían venido a decírselo. Pero las palabras, una a una, se le quedaron clavadas y nada pudo hacer para impedir que cambiaran para siempre el curso de las cosas. Habían encontrado el cuerpo de Nicolas en un coche abandonado. Los policías decían «sobredosis» pero en la autopsia descubrieron que se había inyectado droga mezclada con ácido de batería. En las venas de su hijo. Ácido de batería.

El telón cayó sobre sus vidas. Lo sorprendente fue con qué facilidad todo se vino abajo. Fundido a negro, tan breve que durante años tendría la absurda y terca certeza de que debía ser posible volver a aquel momento, que habría bastado un gesto diferente para que todo se quedara en su sitio. Un pensamiento mágico del que ya nunca podría deshacerse —debía ser posible volver a aquel día, y cambiarlo.

Habría bastado con que Nicolas hubiera comprado la droga a otra persona, habría bastado con que aquel día hubieran decidido buscarlo por toda la ciudad para llevárselo a casa por la fuerza, lo habían hecho cientos de veces. Pero no supieron protegerlo de sí mismo. Sophie nunca entendió cómo pudo empezar todo aquello, por qué resquicio aquella desgracia se coló en su casa. Tenían una vida familiar feliz, sin problemas de dinero ni de salud. Mientras los niños eran pequeños, fue un hogar feliz. Entre ellos había amor, consideración, no lograba entender qué problema había podido empujarlo a la desesperación. Por más vueltas que daba a lo sucedido, escrutaba las biografías de todos los tíos y abuelos, ni la depresión ni la dependencia formaban parte de su historia... Nicolas había sido un niño revoltoso, no le gustaba mucho el colegio pero era deportista y se le daba bien todo lo que hacía. Era curioso y abierto.

Ella llegó a la conclusión de que era algo químico —la química de su hijo no podía resistirse a la heroína. Se enganchó la primera vez que la probó. Miles de chavales se metían una raya, vomitaban y pasaban a otra cosa. Otros caían en la droga y decidían dejarla, a veces era complicado pero había conocido a muchos jóvenes que lo habían conseguido, en la época en la que intentaban ayudarlo estaba segura de que era posible. La política, las chicas, los estudios, el deporte, la música... los hijos de los demás descubrían sus pasiones. Nicolas solo tuvo una: la muerte en polvo. La silueta gris de la heroína eligió a su hijo. Y no tuvo más vida que aquella, con la jeringuilla y unas pupilas cuyo tamaño siempre controlaban. Cara gris, ojeras, mentiras, mirada esquiva y llena de rabia, el pelo pegado a las sienes, sonrisas apagadas, quemaduras de cigarrillo en las sábanas. La vida con la droga. Todo aquello solo acabó cuando el crío murió.

Xavier llamaba a su hermano Houdini, y sus padres no podían reprimir la sonrisa.

Mi hermano es Houdini, cuando Nicolas salió de su habitación del sexto piso sin pasar por la puerta, cerrada, llevándose con él dos pulseras de oro que estaban escondidas en una caja fuerte, que vendió de inmediato para pagarse un chute. Mi hermano es Houdini.

Enterraron a Nicolas, y el chico que sufría desapareció de la memoria de su madre. Recordaba al niño pequeño. Tan camorrista que ella conocía perfectamente a los directores y directoras de todas las escuelas en las que había estado matriculado. Le gustaban las crepes en la Candelaria, los viejos wésterns que le ponía su padre, subirse al armario de su habitación y decir que era Goldorak, coleccionaba cómics de Rahan y le gustaba construirse naves espaciales con cajas grandes de cartón. También le gustaba agarrar a su hermano de los pelos y arrastrarlo por el jardín.

Sophie vive con ese niño. Habla con él, vuelve cada día al pasado para decirle que no lo olvida.

Después de su muerte, las cosas se desplomaron por dentro. Al principio los protagonistas aguantaron en pie. Conchas llenas de ceniza. Se fue desmoronando poco a poco. Su pareja. El buen humor de Xavier. Su trabajo. Sophie odiaba la desgracia que destilaban los rostros de los suyos. No forma parte de esa élite a la que la experiencia del dolor engrandece. No deseaba el bien del prójimo. La dejaba atónita el poco ruido que había hecho en el mundo su apocalipsis, la dejaba atónita que la vida continuara para los demás, como si nada hubiera pasado. Apretaba los dientes cuando veía a madres mirando a sus hijos encantadas, apretaba los puños cuando se cruzaba con personas felices en el supermercado. Deseaba que todo el mundo pasara por lo que había pasado su familia, deseaba que todo el mundo supiera lo que es un mundo partido por la mitad. Antes de la pérdida, y después. Le habría gustado creer en Dios para preguntarle por qué a ellos.

Los objetos de la casa se clasificaban en dos grupos: los que existían en la época de Nicolas y los que llegaron después. Cada bombilla que cambiaban era un puñado de tierra más lanzada sobre el ataúd de su hijo. Se deshacía en lágrimas cuando la cafetera dejaba de funcionar. La cafetera que él había tocado. Una taza que se rompía al pasarla por el grifo le desgarraba el vientre. La taza que él había aclarado tantas veces después de haberse bebido el café, por la mañana.

Su marido se marchó. Al principio el drama los acercó, como dos siameses pegados por una herida. Luego no pudo seguir soportándolo. Tuvo el valor de admitirlo. No podía más. El ambiente de la casa. Aquella culpabilidad rabiosa, mezclada con la negación. Se había metido en otra historia, con una mujer que no estaba hundida. La dejó plantada. Huyó literalmente. No había vuelto a saber nada de él.

Está segura de que Xavier sigue viendo a su padre. Pero su hijo no quiere hablar del tema. Sophie tampoco ha podido recuperarse de aquella separación. No está en el

bando de los fuertes. En la cara de sus conocidos ve perfectamente la impaciencia — después de tanto tiempo, no es normal seguir sufriendo. Les desea a todos que vivan lo que ella ha vivido.

No hay la menor posibilidad de que se recupere. No le interesa. Seguramente es la razón por la que Marie-Ange no quiere que su hija se quede sola con su abuela. La vieja está chiflada. Sigue llevando luto.

Habría podido ocuparse mejor de Xavier. Siente su hostilidad, sabe que carga con la culpa de haber sido el favorito, y además los remordimientos por haber sobrevivido, y sabe que ella no estuvo a la altura. No pudo protegerlo de la frialdad que se cernió sobre la casa. Hoy en día es un hombre. A ella le sorprende cada nueva arruga que descubre en su rostro. Ya no tienen gran cosa que decirse. Sus comidas del domingo son un coñazo para todo el mundo. A Sophie le cuesta digerir la comida china. Se inventa una visita con el dentista para marcharse antes. Maria-Ange, que se imagina que para la vieja esas escasas horas en familia son la única felicidad de su vida, se sorprende —¿al dentista en domingo?— y alza una ceja. Xavier lo ha entendido. Elude el tema, como siempre. Sophie lo confirma: sí, el dentista es amigo mío, me recibe los días de fiesta.

No le apetece nada pasarse por su casa y ver jugar a la niña sin poder acercarse a ella. Mari-Ange no se fía de su suegra, cree que es macabra y que está loca. Quizá tenga razón. Si le dejaran mantener con la niña una relación más libre, lo que sucedería no sería que la niña reconfortaría a la vieja, sino que la vieja envenenaría a la niña. ¿Se ha vuelto tóxica? ¿Lo ha sido siempre? ¿Es responsable de todo lo que pasó? ¿Envenena a los que están a su alrededor? Puede ser.

Es un día de sol radiante, como sucede en febrero de vez en cuando. Hace un frío glacial pero la luz es hermosa. Va a tomarse una cerveza al Rosa Bonheur. Durante el día, hasta las mujeres de su edad pueden sentarse en una terraza sin que las miren de arriba abajo. Por eso París es fantástica. Bebe demasiado, bebe como los alcohólicos —desde por la mañana, en pequeñas cantidades, a escondidas. Despacio. El alcohol marca su rostro. Otra expresión de derrota. Su hijo finge no darse cuenta. La teme. Teme oírle hablar de algo que no sean sus radiografías de los pulmones o las obras del metro. De todas formas, es un coñazo.

Ella suele evitar los parques, por los niños. No se le ha borrado la imagen. Él está ahí. Sigue estando ahí. Sube un tobogán del revés, agarrándose a la rampa como un demonio, y una vez arriba pega una patada en la barriga al niño que se disponía a bajar por el lado correcto. El crío estaba poseído, no podían dejarlo con los demás sin que hiciera llorar a unos cuantos. La malicia brillaba en sus ojos. Su madre lo llamaba por su nombre y él giraba la cara hacia otro lado. La de veces que tuvo que correr. Si lo hubiera sabido, habría disfrutado de todas sus tonterías. Nicolas sigue ahí —el pasado se ha quedado congelado, sus dos hijos subidos al tobogán, le preocupa que se hagan daño o que hagan daño a otro niño. El ruido de sus peleas y de sus carcajadas existe para siempre —en su vida hubo un momento feliz, que permanece intacto. No

ha pasado nada. Está loca. Te acostumbras más de lo que cabría pensar.

Pero esta tarde le apetece ver árboles en París y tomarse una cerveza en una terraza, lejos del ruido de los coches. Se obliga a entrar en el parque. Deja atrás la silueta de un sintecho, en el primer banco. No le presta atención. Piensa en el poema de Prévert, la desesperación sentada en un banco. Está vacunada, como muchos ciudadanos, acostumbrada a la miseria de los demás, pero sigue dándole un poco de vergüenza girar la cara. Da unos pasos sin conseguir expulsar esa imagen de su pensamiento. Un pobre chico, es joven, por su pinta se ve que no lleva en la calle mucho tiempo, aunque enseguida te das cuenta de que es un chico sin casa. Entonces frena el paso. Conoce esa cara. Le cuesta situarla. Conoce esa cara. Duda. Es absurdo. Imposible. Vuelve sobre sus pasos.

—¿Vernon? ¿Es usted? ¿No se acuerda de mí? Soy la madre de Xavier. ¿Se acuerda? Planchaba sus camisas con chorreras cuando se quedaba a dormir en casa.

No debería haberse parado. La tristeza que le desgarraba el pecho es más insoportable que toda la rabia que haya podido acumular. Mi hijo, mi hijito. Mi cielo, mi tesoro. Pobre niño. También él se ha convertido en un hombre. No se atrevería a cogerlo en brazos. Como si las afrentas del tiempo no bastaran. Tu carita. Sus ojos siguen siendo preciosos. Tiene las mejillas hundidas. Mi pequeñín. Lo piensa a menudo, hoy en día Nicolas sería un hombre maduro, con la cara arrugada y el cuerpo ya cansado. Sophie se sienta al lado de Vernon, que contesta:

—Me acuerdo de usted, por supuesto. No ha cambiado nada.

Ella sonríe. Siempre fue galante. Incluso cuando aún no tenía veinte años, había algo caballeresco en su actitud. Todo un hombrecito. Ella se alegraba de que Xavier tuviera un amigo al que traía a casa. La familia de Vernon vivía fuera de París, ella lo trataba como a un hijo. Él le llevaba flores cuando iba a cenar. Sophie tardó bastante en darse cuenta de que no eran sus padres los que le pedían que las llevara, sino que las compraba él con el dinero de su paga. La ayudaba a recoger la mesa y obligaba a Xavier a fregar los platos. Animaba la casa. Ella controlaba sus pupilas, como controlaba las pupilas de todos los jóvenes con los que se cruzaba. Le gustaba mucho la cerveza, pero no consumía drogas duras. A ella le gustaba su influencia en Xavier, los gritos animados, el alboroto, las disputas y las risas de chavales que se divertían en su habitación mientras escuchaban discos incansablemente. Los sonidos de una casa normal, que no ha sido fulminada.

—Precisamente vengo de estar con Xavier. ¿Siguen en contacto?

—Claro. Me quedé con Colette no hace mucho... ¿no se lo dijo?

—No. Debió de olvidarlo... La perrita murió, ¿sabe? Le dolió mucho... Me preocupaba verlo así.

—Lo siento mucho. Era una perra genial. Lo lamento muchísimo.

—Un cáncer fulminante. Le afectó mucho. Y usted, Vernon, ¿qué ha sido de su vida?

A Vernon no le apetece hablar con ella. Ella cree saber lo que él siente. Cuando

estás en el bando de los apestados, una clara fractura separa tu mundo del de los que se han librado. No quieres ni caridad, ni empatía. En el fondo, preferirías no volver a tener ningún contacto. Las palabras ya no significan lo mismo a cada lado de la frontera.

Tiene las manos rojas, estropeadas por el frío. Está encorvado. Su ropa está en buen estado. Va limpio. No puede dejarlo ahí.

—¿Qué le sucede?

—Una mala racha. No se preocupe por mí, de verdad... esto parece... pero es provisional, es cuestión de días...

—¿Quiere venir a mi casa? Tengo una habitación libre, no me molestará en absoluto... Si me dice que es solo por unos días, razón de más. Y estoy acostumbrada a vivir sola, no se preocupe, no voy a darle conversación noches enteras.

—Es usted muy amable. Pero no estoy en la calle... ayer tuve una noche complicada, vivo a las afueras y no pude volver, y por la mañana... en fin, toda una historia. No quiero agobiarla con el tema. Pero no pasa nada, no se preocupe por mis pintas, no pasa nada, de verdad.

Algunos hombres, cumplidos los quince años, ya no cambian. Ella conoce su manía de mentir como inútiles, con todo el descaro, probablemente partiendo de la base de que las mujeres son demasiado idiotas para diferenciar una información creíble de una historia que no se aguanta por ningún sitio. Vernon miente como mentía a los quince años cuando por la mañana la habitación olía a tabaco, y él y Xavier decían que el olor venía de fuera y no daban su brazo a torcer. En lo que respecta a deformar la verdad, Nicolas había monopolizado todo el talento disponible en la familia. Xavier siempre fue torpe mintiendo.

Vernon le miente, lo ve por sus zapatos, por el olor cuando se acerca, por la bolsa grande debajo del banco, por su expresión aturdida, que no puede abandonar del todo, aunque se esfuerce por tranquilizarla. Tiene hambre.

—Tengo muy mala cara hoy, pero no se preocupe por mí, le aseguro... Salude a Xavier de mi parte y dígame que siento mucho lo de la pequeña Colette, sinceramente. No se preocupe.

¿Qué ha podido pasar para que un hombre como él se vea en una situación tan dramática? Al ver a alguien sin casa, todo el mundo se dice podría ser yo, podría ser mi hijo, pero Sophie se da cuenta de que en realidad no nos lo creemos del todo. Nos decimos que en cualquier caso algo hay, un problema mental, una explicación. Sin embargo, ella es la más indicada para saber que es una lotería, joder. Sigue siendo experta en controlar las pupilas, el chico no tiene problemas con la droga.

Abre la cartera y le ofrece a Vernon el único billete de veinte euros que encuentra —le obliga a cogerlos y como él no quiere, se los mete en el bolsillo con autoridad. Recupera los gestos que pudo tener con él cuando era un chaval y aportaba un poco de vida sana a la vida de su hijo.

—No los necesito. Cógelos, por favor. No es nada y no tengo más. Deja de

mentirme. ¿Quieres venir a comer conmigo? Precisamente me apetecía tomar algo... Te invito.

—No, señora, muy amable. No tengo tiempo.

—Vernon, escúchame bien: si quieres venir a mi casa unos días y prefieres que Xavier no se entere, seré una tumba. No te haré preguntas.

Al ver que no va a convencerlo, le hace prometer que va a esperarla. Corre hasta la Société Générale de la salida y saca cien euros. Es todo lo que le quedaba hasta primeros de mes. Se las arreglar . No quiere preguntarse esta noche si está durmiendo en la calle, con el frío que hace. Quisiera encontrar las palabras para convencerlo de que fuera con ella, de que la dejara ocuparse de él. Recuerda lo que es —querer ayudar a alguien que se desvía.

Pero imagina ya cómo arreglar la pequeña habitación en la que plancha para que se instale, y podría ocuparse con él de los trámites administrativos. No le asusta hacer cola en las administraciones, ni los informes. Va a decírselo, lo verán juntos. Puede hacer algo por él. Lo necesita tanto como él. Servir para algo.

Al volver, el banco está vacío. Se queda desconcertada. Atraviesa todo el parque buscándolo con la mirada. Los paseantes con los que se cruza la observan sorprendidos. Sabe que parece una loca. Está acostumbrada.

Vernon, sentado a la altura de las bolsas y los zapatos, tiene que levantar la cabeza para mirar las caras. Está harto de ver desfilar culos. No dejan de pasar contoneándose por su trozo de la acera. Antes, al pasar, procuraba mirar a los sintecho a los ojos, como para decirles te veo estás ahí para mí cuentas. Lo que no sabía es que una vez en el suelo te la pela que los que pasan te miren. Lo único interesante es si se llevan la mano al bolsillo. La atención ni se come ni caliente, pueden quedársela.

Ha tardado tres días en decidirse a sentarse y extender la mano. Pasó el primer día enterrado en el metro. Se hacía las líneas de principio a fin. Se las hizo todas. Dormitó, leyó los periódicos que la gente dejaba al salir, vio pasar los andenes, hizo transbordos y escuchó a músicos. Elegía una estación, al azar, se sentaba, dejaba pasar varios metros y luego volvía a subir hasta el final del trayecto. Daba el pego. Pero nadie se fijaba en lo que hacía.

Subió a la superficie cuando el metro cerró las rejas. Estaba por la zona de Passy. Pasó su primera noche en la calle metido en un cajero automático. Verse a sí mismo buscando cartones por la noche para protegerse del frío del suelo era más insólito que otra cosa. Le daba la extraña sensación de estar representando un papel. No terminaba de creerse lo que estaba pasando. Aprovechó que un borracho del distrito XVI se tambaleaba delante de la escupe-pasta para colarse detrás de él, fingió esperar su turno, desenvuelto y digno, con sus tres cartones bajo el brazo. Luego se instaló en el suelo, con la cabeza apoyada en la bolsa, y esperó a que amaneciera y a que abriera el metro. Una manta no le habría ido nada mal. Todavía no está bien equipado. Al día siguiente, a las cinco, estaba ya esperando a que abrieran el metro, se echó una cabezada en la línea 8. Bajó en République, se obstinaba en simular que iba a alguna parte. Se quedó sentado unas horas —o unos minutos, el tiempo había dejado de ser evidente— en los incómodos bancos, con la mirada clavada en la pared de delante, como un señor preocupado por sus pequeñas cosas cotidianas. El tiempo que había pasado de un metro a otro lo había cubierto de una película de mugre. Sintió la necesidad de tomar el aire y subió a la superficie. Caminó mucho rato mirando los escaparates, como un transeúnte cualquiera. En Opéra, se metió en la Apple Store para entrar en calor. Los dependientes, con camiseta azul, no se fijaron en él, había demasiada gente a su alrededor. Fue a ver si Marcia le había dejado un mensaje en Facebook. Vio que no y salió de su página. Intentó leer la prensa pero le costaba mucho encontrar un artículo que le interesara, vio videoclips en los que salían chicas. Luego siguió su camino. Subió hasta Pigalle, donde volvió a bajar al metro, hasta la noche.

Esta vez tuvo la suerte de poder entrar en un edificio, detrás de una pareja. Mientras desaparecían por la escalera, fingió buscar un nombre en los buzones. Seguir pretendiendo que se tiene un sitio en la ciudad. Subió a pie al último piso. Abajo, los escalones eran grandes, estaban cubiertos por una moqueta roja raída, y

después, cuando se llegaba arriba, la escalera se hacía más estrecha y los escalones de madera no estaban cubiertos. Se tumbó en el suelo, el parqué encerado le pareció cálido tras dos días de asfalto. Lo despertó un ruido de llaves, alguien salía de su casa y pasó por encima de él sin decir una palabra. Esperaba que lo echara. No pasó nada, volvió a dormirse un rato. Soportar el frío se había convertido en una actividad a jornada completa.

No está ni triste, ni desesperado. Es otro estado de ánimo, que no conoce. Un ruido blanco. La imagen de la pantalla de la tele por la noche, cuando era más joven. Una nube de puntos, un silbido. Ahora lo único que le parece real es el frío. El tercer día bajó a pie hasta el Père-Lachaise, donde entró en el metro pasando por detrás de una mujer mayor que le lanzó una mirada asesina al acercarse a ella. Siguió un momento a la multitud que hacía transbordo, luego redujo el paso, descubrió con estupor que las piernas ya no le respondían. El hambre lo atenazaba. Se sentó en el andén. Quizá perdió el conocimiento, quizá se quedó adormecido. Alguien se sentó a su lado. Un tío joven, con la barbilla prominente, la piel arrugada y las uñas negras de mugre, con una suciedad incrustada desde hacía años, prácticamente un tatuaje. Llevaba una cerveza en la mano y una cazadora grande, limpia y en buen estado. Pero los zapatos estaban destrozados y habría debido cambiárselos hacía mucho.

—¿Estás jodido?

Vernon quiso contestar, era incapaz de articular palabra. Laurent le tendió su cerveza:

—Da un trago, alimenta. ¿Te ha dado un bajón de azúcar? ¿Quieres un azucarillo? Hace poco que estás en la calle, ¿verdad? Se ve enseguida.

—Es momentáneo.

—Siempre lo es. Para mí, hace diecinueve años que es momentáneo. Me llamo Laurent, ¿y tú?

—Vernon.

—¿Qué nombre es ese? ¿De dónde viene?

La cerveza lo animó, Vernon se sintió un poco mejor, aunque no lo bastante para ponerse a charlar. Laurent no tenía ningún problema en mantener una conversación solo. El tono con el que hablaba de sus diecinueve años de aventuras en la calle no dejaba lugar a dudas: era un motivo de orgullo. Había acumulado decenas de anécdotas que contar. Peleas, detenciones, viajes, tapiado de casas okupa... Se puso a narrar con todo detalle varias hazañas heroicas. A Vernon le daba la impresión de conocerlo de toda la vida —los conciertos de *rock* están llenos de tíos que cuentan su odisea por fascículos. Laurent era un bocazas que proclamaba delante de los pasajeros del andén que él había elegido vivir libre, sin los follones y la sumisión del asalariado de los cojones.

Sacó dos cervezas más de su bolsa y empezó a soltar una diatriba indignada — que incluía a la administración los horarios los pagos las facturas los bancos los códigos los empresarios los propietarios las obligaciones las humillaciones los

expedientes la vigilancia... todo lo que caracterizaba el esclavismo consentido. Su presencia subió la moral a Vernon. Laurent le prodigó un curso de introducción a la mendicidad —«si de verdad necesitas dinero, por ejemplo para un hotel, te quedas de pie, no te sientas, y pides sonriendo, si puedes hacer alguna bromita no lo dudes, las personas a las que te diriges llevan una vida de mierda, no lo olvides, si les haces sonreír no les costará meterse la mano en el bolsillo, se pasan el día llorando, así que les distraes —les encanta la idea del gilipollas pobre que no pierde el ánimo». Su verborrea era vigorizante, y sacó cervezas durante todo el día, sin que Vernon entendiera de dónde las sacaba. Hay que decir que no tardó en estar borracho. Según Laurent, Vernon tenía potencial. «Tienes unos ojos increíbles, ya verás, el pobre de cara bonita siempre funciona. Te buscas un sitio, vas todos los días, eso es importante, eliges tu sitio y los acostumbras. Ya solo con esos ojos, deberías sacar para dormir en un hotel... Intenta encontrar dos o tres libros, los dejas al lado y finges leer muy concentrado. Les vuelve locos. Un sintecho que lee. O haces crucigramas, les gusta mucho. Encontrarás tu sitio y triunfarás, créeme, no te desanimes.»

Anocheció, salieron del metro y Laurent lo acompañó al comedor social de Saint-Eustache, donde le consiguió una manta, y luego se marchó, no sin sugerirle que pasara por el parque Buttes-Chaumont a verlo. «Si necesitas algo, me lo pides, amigo.»

Vernon se tumbó en el rincón de una panadería, protegido del viento, y se despertó, esta vez en plena noche, atenazado por una resaca espantosa y sin la menor idea de dónde encontrar agua. Subió hacia la estación Pyrénées y se detuvo a la altura de Goncourt, agotado. Desde hacía varios días le costaba respirar. Se sentó cerca de la iglesia, imaginándose que podía pasar por un ejecutivo achispado esperando a alguien en el frío. Luego extendió la mano. No fue premeditado. Sencillamente hizo el gesto —también esta vez sin tener la impresión de que era verdad. Pese a los pronósticos de Laurent, pedir limosna sentado funcionaba mejor de lo que esperaba — probablemente porque su *look* todavía era el de un tío más o menos normal, la gente se identificaba con él. Las tres primeras horas se embolsó veinte euros. La suerte del principiante. Las siluetas reducían el paso, buscaban en los bolsillos y dejaban caer algo en la cavidad de su mano. Estaban los cabrones, que se daban aires de buenos samaritanos y soltaban cinco céntimos, y los rumbosos, que no daban menos de dos euros. No había la menor correlación entre la presunta riqueza de los transeúntes y el valor de sus donativos. Por eso Vernon dejó de interesarse por la cara que tenían. Al levantarse, tenía hormigas en las piernas, se compró un kebab y una cerveza, y las pasó putas para encontrar un banco donde comer tranquilo. De camino, se cruzó con un chico que dormía en la acera, rodeado de tres perros enormes, y con una mestiza de pelo rizado que hablaba sola, sentada en medio de una decena de bolsas, encerrada en una cabina telefónica. Se cruzó con un señor viejo que escuchaba la radio en la acera, delante de unos edificios, rodeado de tantos objetos insólitos que parecía que se hubiera montado su casa en la calle. Nunca se había fijado en que hubiera tantos en

su situación. Llegó a la estación Jourdain, donde volvió a sentarse, apartado de los demás sintecho, que campaban a sus anchas delante de la iglesia y del Monoprix.

Una vez traspasado el umbral, nada chirría, todo evoluciona con tranquilidad y con una rapidez inquietante: ha pasado al otro lado. El mundo de los activos le parece ya lejano. Tienen prisa por llegar a algún sitio y les da vergüenza su propio acojone de acabar como ellos si no se matan a currar. Laurent tiene razón, llevan una vida de mierda. De vez en cuando gruñen al pasar por su lado. Vernon ni los mira. Está grogui. Incluso empieza a admitir una extraña satisfacción en haber caído tan bajo. Siente, por instinto, que debe desconfiar de esta debilidad. Regodearse en su propio fin. Entretanto, lo que más le preocupa es el frío, y no le disgusta no poder concentrarse en el curso de su pensamiento.

Lo más difícil es reconocer a alguien. Acaba de vivir la experiencia. Hasta la señora Fardin, la madre de Xavier, nada de todo aquello parecía del todo verdad. Cuando ella fue a hablar con él, supuso que fingiría estar tomando el sol en un banco. Pero le rompió el corazón. Porque se ve enseguida lo que le pasa. Cuando era niño, la señora Fardin era como la cocinera de las empanadillas —siempre en la cocina preparándoles algo, aunque una cocinera versión viuda, sombría e inconsolable. Cuando entrabas en su casa, olía a muerte. Las lágrimas de adulto habían cargado el ambiente. La señora Fardin era tan infeliz de joven, que veinte años después apenas parecía haber cambiado. Vernon había olvidado que iba a cenar a casa de la madre de Xavier cuando tenían veinte años. Ella le daba tanta importancia que a veces Vernon se preguntaba si quería enrollarse con él. Aún no se hablaba de cougars, pero *El graduado* había marcado a los más jóvenes. Tenía esa edad en la que los chicos todavía imaginan que, follándose bien a las mujeres, los hombres pueden devolverles la alegría de vivir. Vernon se paraba para mirarse en el espejo antes de meterse en el ascensor, en la entrada del edificio en el que vivían, en Colombes. Comprobar el pelo, los dientes, enderezarse y arreglarse el cuello de la camisa. Y siempre encontraba una buena excusa para salir de la habitación de Xavier, ir a buscar algo a la cocina y al pasar hacer una broma a su madre. Hacerla reír. Ella lo quería mucho. Le alegraba conocer a un amigo de su hijo. Vernon había empezado a trabajar en Revolver, y la señora Fardin siempre le felicitaba por su seriedad y por lo bien que se desenvolvía. Pocos adultos le hacían cumplidos, le gustaba recibir los de la señora Fardin quedándose un rato con ella. Hace un momento ha estado tentado de irse con ella. Pero no soporta la idea de decepcionarla hasta ese punto. Bastante putas las ha pasado ya.

Vernon decide hacer un break de pedir limosna. Estira las piernas frente a la sede de la CGT, avenue Secrétan. En el sitio donde los empleados fuman ve un montón de colillas y se agacha para recoger las más largas. Enseguida se acerca un hombre, y en lugar de echarlo a patadas, saca tres cigarrillos de su paquete y se los ofrece. Vernon sonrío, le da las gracias, y el tipo le guiña un ojo. Vernon es novato. Habría jurado que ese tío que le ha echado un cable espontáneamente tenía cara de cabronazo.

Ya llegará. Laurent le advirtió que en un mes vería las cosas de otra manera. Uno se acostumbra a todo. Le sorprende que lo que más le moleste ahora mismo sea no tener cepillo de dientes. Se lo olvidó en casa de Patrice. Le molesta su propia boca. Su situación le recuerda a los relatos carcelarios. Sin locutorios ni derecho a un abogado. En la densa neblina que ralentiza sus pensamientos desde hace unos días, se siente, cada vez más, en la piel de otro. Solo Marcia sigue obsesionándolo. Es una alegría metida en la sangre, luminosa y atronadora, y a la vez un cuchillo clavado en medio del pecho.

La primera noche apenas se fijó en Marcia. Las chicas eran sublimes, una multitud de chochetes de lujo tan ociosos y confusos que te daba la impresión de que bastaba con concederles una mirada para ligártelos. Marcia formaba parte del *pack*. Apenas se desmarcó bailando, al amanecer, él admiró la elegancia de su movimiento de caderas, esa manera de exhibirse sin perder el control. No le emocionó que ella clavara los ojos en los suyos —esa noche los había visto de todos los colores. Se sentía muy bien, con la cabeza en los bafles, como un jovencito gilipollas, aquella noche era una burbuja de cálida suavidad que le hacía olvidar toda una serie de heridas abiertas.

Hasta el día siguiente, a plena luz, no le impresionó la belleza de Marcia. Sujetaba una taza de té entre las manos, con el rostro girado hacia la luz, sentada frente al ventanal con los ojos cerrados. La nitidez de la línea de su barbilla, el impecable trazo de sus labios, su rostro de reina en el exilio. Se convirtió instantáneamente en todas las mujeres que nunca había tenido. En el *rock*, se había relacionado con *pin-up*, burguesas depravadas, guarras o intelectuales masocas... nietas de Patti Smith y Madonna. Pero las otras, las hijas de J. Lo y Beyoncé, las pequeñas Rihanna, las Shakira... esas no habían necesitado el *rock*. Jugaban en otra liga. Vernon no entendía qué podía encontrar una chica como ella en un tío como él. Pero en aquella casa Vernon siempre sabía dónde se encontraba Marcia, pasaba por casualidad por las habitaciones en las que ella estaba, procuraba ser desenvuelto, y le parecía que ella siempre necesitaba calentarse un poco de agua cuando él estaba en la cocina, que buscaba su fular en el salón precisamente cuando él estaba allí. Giraban uno alrededor del otro, no se decían nada, entre ellos se tendió una cuerda invisible. Gaëlle, consciente de sus tejemanejes, dejó caer: «no, Marcia no nació tía, pensaba que lo habías notado», y Vernon encajó el golpe. Se quedó tan desconcertado que fue incapaz de expresar lo que le inspiraba. Nunca veía porno con trans. No es que le molestara —no le interesaba.

Marcia trazaba con la tarjeta Gold, encima de la tapa de un libro de fotos, una serie de rayas impecables, de tamaño regular, espaciadas con precisión. Vernon le preguntó cómo lo hacía para que sus líneas fueran geométricas, ella le contó que había jugado mucho a la petanca al llegar a Francia, en el sur, y que eso le había metido el compás en el ojo. Vernon la observaba preguntándose si había estudiado cada gesto de la feminidad para ejecutarlo a la perfección. La cabeza inclinada hacia

atrás, justo después de haberse metido su raya, la mano en el pelo para arreglárselo, las piernas cruzándose en medio de una frase, todo en ella era seductor. Le hablaba de la cocaína mientras se metía cocaína:

—Con cada raya que nos metemos en la nariz tenemos que pensar que esnifamos el narcotráfico, el capitalismo más gore que podamos imaginar, nos metemos en la nariz el cuerpo de los campesinos a los que hay que mantener en la miseria para que no aumenten los precios, nos metemos en la nariz los cárteles y la policía, las milicias privadas, los abusos de los kaibiles y la prostitución que conlleva... los tíos cortan cabezas con motosierra. Lo que salva los bancos es el dinero de la cocaína, todo el sistema solo sirve para blanquear ese dinero. ¿Sabes dónde inventaron esta droga? En Austria. No me digas que no entiendes dónde quiero ir a parar. Es la única droga que no tiene la menor espiritualidad. Con su primito, el *crack*. Hasta el MDMA te acerca a Dios. Solo la coca te engancha tanto y se limita a hacerte mucho más idiota de lo que eras.

En ningún momento Marcia tuvo un gesto o una expresión que a Vernon le permitiera decirse: ah eso es algo que una mujer de verdad no haría. Al contrario, encarnaba la feminidad en su faceta más turbadora. Se fue a dormir y no volvió a aparecer hasta la tarde. Vernon la entrevió en la entrada, a punto de salir, elegante hasta el desconcierto. Fue el primer sorprendido por lo que sintió —unos celos rotundos como un puño, ¿para quién se había puesto tan guapa? Aquel fulgor lo enfrentó a la evidencia: la deseaba. Le importaba una mierda seguir siendo el que siempre había sido —un tío que solo se acuesta con tías de verdad. Además, la expresión «chicas de verdad» se convertía de repente en ridícula: ¿quién podía merecerla más que aquella criatura imposible?

Aquella noche se quedó un buen rato charlando con Kiko. Hablaron de música, Vernon se tomaba muy en serio su nueva función de DJ de salón, hacer bailar a las chicas era una actividad que podía interesarle y para la que posiblemente tuviera talento. Al fin y al cabo, buscar la canción adecuada había sido la principal ocupación de su existencia.

Al día siguiente, cuando Marcia bajó a desayunar, llevaba un sorprendente camisón de seda blanca, o quizá era un kimono —miró a Vernon y dijo «pero ¿qué corte de pelo es este?» pasándole la mano por la cabeza. Todo lo roto, doloroso o vulnerable que había en él se esfumó.

Se buscaban. Se las arreglaban para acercarse a la vez al ordenador y que sus hombros se tocaran, cruzarse en un pasillo y tener que rozarse para pasar, escuchar una canción con un solo auricular y que sus rodillas estuvieran en contacto. Y cuanto más se tocaban, menos preguntas se hacía Vernon. Se habían bebido una botella de Jack entre los dos cuando se besaron. Marcia era reservada y viciosa a la vez. Tenía las caderas estrechas, los muslos delgados y muy musculados, se mantenía en equilibrio en cualquier posición. Sin el alcohol, seguramente a Vernon se le habría pasado por la cabeza preguntarse si era maricón por acostarse con una chica con rabo.

Pero le fascinaba demasiado el culo de Marcia —nunca se había acercado a nada tan perfectamente erótico. Y estaba tan bien entre los pechos de Marcia, sobre el vientre de Marcia, contra el culo de Marcia, entre los labios de Marcia... que inmediatamente lo que su cuerpo tenía de particular se convirtió en lo que su cuerpo tenía de más deseable. Vernon no recordaba haber deseado a otras mujeres antes. Se abrió una cortina, y todo lo que había antes de Marcia no eran más que chiquilladas, repeticiones. Futilidades.

Y ella se lo advirtió enseguida. «Kiko no puede enterarse. Es celoso.» Iban a hacer sus orgías sexuales a una diminuta habitación abuhardillada del hotel de enfrente, que Marcia parecía conocer bien. De vuelta al piso, Gaëlle lo miraba con otros ojos. Medio burlona, medio recelosa. Vernon estaba enamorado. Se convirtió en un cursilón. Olvidó que había podido vivir sin Marcia. Y a sus casi cincuenta años, se dio cuenta de que nunca antes había estado enamorado. Amar a Marcia era una evidencia a la que se entregaba sin la más mínima contención. Justo cuando su vida se había convertido en zona siniestrada, se sentía más estimulado que nunca.

Una mañana, Kiko entró en la habitación de Marcia de improviso. Vernon había pasado a llevarle un café y se había metido entre las sábanas. En aquel momento, Kiko se limitó a decir Subutex nunca lo habría pensado de ti en un tono sorprendido que venía a decir no eres más que un paleta y que venía a decir y Marcia qué coño haces con este tío no ves que te devalúas. Vernon salió de la habitación sin decir una palabra. Estaba enloquecido —llevaba cuatro noches durmiendo muy poco y bebiendo muchísimo. Después de que se marchara, Marcia se asustó. Llevaban cinco días susurrándose tú y yo nos atraemos como un imán no tendremos bastante con una vida para satisfacer este deseo continuo en todo instante estar contigo hablar contigo poseerte. La sintió salir de aquel estado. Como una puerta que se cierra. Le dijo «hasta esta noche» dándole un beso y Vernon no quiso entender lo que pasaba.

Gaëlle ya estaba al corriente cuando Vernon se la encontró en la cocina. Parecía jodida por él, la cosa era seria. Él le dijo «¿por qué Kiko se lo toma tan a mal? Al fin y al cabo no es su mujer. No me había advertido que no la tocara» y ella le contestó «mira a veces puede ser un cabrón». En un tono que viene a decir pero con la pasta que tiene no cuentas conmigo para reprochárselo. Lo único que importa es que su ataque de rabia no me salpique. En resumidas cuentas, era sincera, estaba de verdad jodida, pero como había sido ella la que lo había llevado a aquella casa, se sentía responsable —prefería que hiciera las maletas de inmediato. Quería que siguieran en contacto, sacó los cuarenta euros que tenía en la cazadora y en los bolsillos de los vaqueros. Quería saber si tenía a alguien en mente o si quería que le buscara algún otro plan. Vernon dijo: «tengo que hablarlo con Marcia». Luego bromeó, «no creía que me nominarían tan pronto», y Gaëlle le agradeció que se lo tomara con dignidad.

Aunque se quedó aturdido al darse cuenta de que lo habían echado. Se sentía muy

bien en aquella casa. En ningún caso había llegado al punto en que te cansas de ver droga cada noche. De hecho, todo aquello formaba ya parte de los días más bonitos de su vida. Sobre todo porque se había metido en el papel del DJ residente. Dijo «tengo que hablarlo con Marcia» y, por la cara que puso Gaëlle, sintió que el suelo se abría a sus pies.

Se abrió una cerveza, se lio un porro y se sentó delante del ordenador. Observó su lista de amigos con una mirada distinta —tenía que encontrar a alguien que aceptara alojar a Marcia y a él. La cosa se complicaba. En aquel momento ya había decidido no creer que Marcia lo dejaría correr. Gaëlle se equivocaba. No había entendido lo que pasaba. No había estado con ellos aquellos cuatro días.

A primera hora de la tarde, Kiko irrumpió en la cocina echando chispas. Estampó a Vernon contra la pared. «Lárgate de mi casa no quiero verte más.» Luego lo empujó y le dio una patada en el culo para que se marchara. La casa parecía vacía, aunque Gaëlle estaba allí, con una amiga. Mientras Vernon recogía sus escasas cosas, a Kiko, detrás de él, se le cruzaron los cables, se dio cabezazos contra las puertas, desencajó una mesa con las tibias e intentó destrozar un armario a taconazos. «Espabila vagabundo de mierda no debería haberte dejado entrar me da asco pensar que te has atrevido a tocarla lárgate de aquí me dan ganas de vomitar.»

Gaëlle apareció por el pasillo de la entrada, estaba triste y un poco preocupada por su suerte —al fin y al cabo, había sido ella la que había llevado a Vernon. Le pasó una bolsa en la que había metido de cualquier manera una botella de cerveza una botella de ron un *pendrive* en el que había almacenado varias playlists y un neceser para afeitarse, y una colonia Hermès nueva que no era de él. Vernon le dijo «dile a Marcia que espero su mensaje en Facebook ya encontraré un ordenador» y Gaëlle volvió a mover la cabeza «mira no va a escribirte. No puede permitirse ponerse a Kiko de culo. Pero se lo diré. Yo sí te escribiré, Vernon, seguimos en contacto, ¿vale?».

Pidió a los transeúntes que le indicaran dónde estaba la biblioteca más cercana, nadie supo responderle, hasta que un adolescente compasivo echó un vistazo a su iPhone para orientarle. Vernon se conectó a la red, fue un alivio que Patrice le dijera sí. Se quedó una semana en su casa. Marcia no respondió a ninguno de sus mensajes. Le costaba hasta respirar. Era difícil beber sin llorar, no desplomarse en el sofá de Patrice aullando a la muerte, acurrucarse y seguir sollozando y gimiendo. Era difícil dormirse, aunque no tanto como mantener el sueño. Se despertaba en plena noche y tenía un segundo de tregua, en el que no se acordaba de nada. Luego volvía a surgir. Su situación se resumía en un segundo. Marcia había pasado de él. Seguía sin poder creérselo. ¿Cómo salir de un callejón como aquel? Lo peor es que ella tenía razón. Qué coño iba a hacer una chica con un viejo sin casa sin dinero sin amigos sin curro. Patrice había sido un anfitrión excepcional. El tío no era muy hablador, apenas se metía en nada, le gustaba ver la tele. Se llevaban bien. Al octavo día Vernon entendió que tenía que largarse. Un antiguo colega, que vendía libros en los muelles del Sena,

le dijo pásate cuando quieras te dejaré las llaves de mi casa, estoy muy poco. Pero no estaba en los muelles cuando Vernon llegó, su puesto estaba cerrado, lleno de grandes cerrojos. Y así llegó la primera noche en la calle. El colega tampoco estaba allí al día siguiente.

Y Vernon volvió a verse en la calle. Llegaba por fin al lugar al que su camino le llevaba desde hacía semanas. Lamentaba que la degradación no fuera letal.

Vernon se instala en un trozo de acera. Laurent le aconsejó las panaderías, porque la gente paga en efectivo y sale con monedas. Pero los sitios buenos ya están cogidos. Vernon se instala en una plaza, contra una pared, hasta que una señora de la limpieza le pide amablemente que se desplace unos metros, «es un colegio, ya sabe, están a punto de salir, aquí molestará... si fuera tan amable de moverse hacia allá». Se aparta un poco y se sienta entre una librería y una floristería, a unos metros de una tienda de comida ecológica. Extiende la mano apoyando el brazo en la rodilla, con la espalda apoyada en la pared. Sus pensamientos se disparan. Le pican las mejillas, no está acostumbrado a llevar barba. Le invade su propio olor. No es desagradable. Las bolsas que desfilan ante sus narices no se parecen —bandoleras, cestos de mimbre, carteras, bolsitos de cuero, y tampoco los zapatos, zapatillas de deporte gastadas, tacones de cuña, Creepers, botas de piel... Ve cuatro pares de zapatos masculinos acercarse, reducir el paso y detenerse alrededor de él. El miedo lo deja paralizado, ni siquiera se atreve a levantar la cabeza. De repente tiene ganas de llorar.

—Buenos días, señor, ¿cómo se llama?

—Vernon.

Ha hablado demasiado deprisa, debería haber dicho su nombre de identidad civil, su nombre francés. Pero no le pegan de inmediato. Tres cabezas rapadas, estudiantes con pinta de ser parientes, auténticos caretos de torturadores, y un jovencito rubio, un chico que parece más delicado que los otros, con rasgos finos y regulares, tan guapo como sus colegas espantosos. Desde el suelo, parecen gigantes. El que se dirige a él es el rubio, se arrodilla para estar a su altura y lo mira de arriba abajo:

—Yo me llamo Julien. Sabes, Vernon, si fueras rumano, tendrías una casa en la que dormir.

Julien apoya una mano en el hombro de Vernon. Los tres acólitos se han quedado de pie, asienten a lo que dice el jefe, todos supertristes porque no sea rumano, en cuyo caso no se vería reducido a congelarse el culo en el asfalto. Vernon está bañado en sudor. Nunca se ha alegrado tanto de ser francés —lo único que desea es que los cuatro cabezas huecas se queden satisfechos con sus respuestas. Que se larguen. Julien saca de su bolsa un paquete de galletas y un cartón de leche, que le ofrece preguntándole:

—¿Tienes el teléfono de los servicios sociales? ¿Has intentado llamar hoy?

—Me han dicho que estaba lleno. Pero me las apaño.

—Los refugios están llenos de chimpancés, ¿no? Los africanos la lían parda, ¿verdad? ¿Alguien se ha metido contigo?

Vernon se repite que no hay peligro, los chicos son militantes racistas que no pretenden pegarle una paliza con la punta de sus bonitos zapatos embetunados. Pero le tiembla todo el cuerpo. Está en el suelo. Teme que eso desencadene en ellos las ganas de pegarle patadas. Desea que se alejen y le permitan recuperar el aliento. En ese momento, entre una avalancha de gritos incomprensibles, aparece una gigante pelirroja, que avanza haciendo grandes aspavientos y los aparta escupiendo:

—Iros a tomar por culo hijos de puta con vuestras pollitas llenas de mierda, dejadlo en paz, ¿no veis que le dais miedo cerdos rapados de alcantarilla?

Se abre paso con los puños. Está fuera de control. Y por segunda vez consecutiva Vernon se pregunta por qué a mí, Dios mío, por qué a mí. Porque ella no pasará sola, se lo llevará a él por delante.

—Pudrís la cabeza a todo el mundo con vuestras gilipolleces... largaos de aquí. Ya podéis decir a las putas de vuestras madres que mejor se hubieran cosido el coño antes de vomitar una mierda como vosotros. Sois contaminación radiactiva, pandilla de enclenques degenerados.

Vernon piensa en la tía de los antiguos billetes de cien francos, la que está medio en pelotas y sujeta una bandera, da la impresión de sacar cuatro cabezas a los tíos que corren con ella por las barricadas. La pelirroja lleva una larga parka caqui, demasiado pequeña para ella, y enormes zapatillas de deporte nuevas, de color verde y amarillo fluorescente. Pero a Vernon no le apetece criticar su *look*. Tan poco como charlar con los cuatro esbirros en medio de los que la tía pega berridos. Quizá no es lo bastante grande como para coger a cuatro chavales ella sola, pero entretanto los impresiona. Hay que admitir que no le faltan recursos.

Los cuatro chicos se quedan perplejos, ¿qué quiere de ellos esa demente? Uno encoge los hombros, se ríe y se da media vuelta poniendo cara de dejarlo correr. La gigante le pega una patada en la espalda con todas sus fuerzas, él tropieza hacia delante y cae a cuatro patas. El rubito mono se lanza sobre la loca, pero es tan flojucho que en cuanto la agarra parece un tití tomando por asalto un cocotero. La bestia aparta a su asaltante de un solo codazo. Vernon no la habría creído capaz de dominar la situación tanto rato. Los cuatro chicos cierran filas para pegarle una paliza definitiva, pero una vez más ella los sorprende golpeándose el pecho con los puños y volviendo a gritar a pleno pulmón. Difícil saber si se inspira en Scarface o en Tarzán, pero la demostración deja a sus adversarios patidifusos. Imposible decir lo que les detiene —el miedo la estupefacción el asco el respeto ante una energía tan excepcional... la mujer convoca a todo el barrio, algunos se han detenido para ver lo que pasa.

Entonces los chicos se ponen de acuerdo con la mirada, furtivamente, el rubio escupe al suelo, «vamos está loca dejadla nos la pela, está de manicomio, menuda zumbada». Y se alejan con la cabeza alta, y antes de volver la esquina se giran

riéndose, le hacen un corte de mangas, desde lejos, uno de ellos se atornilla el dedo en la sien para que quede claro su diagnóstico. Vernon los observa desaparecer y en cualquier caso piensa que son unos cabrones por no haberle propuesto que fuera con ellos, puestos a elegir, se sentiría más seguro rodeado de los fachas que con la «zumbada».

La giganta, sin aliento, se deja caer a su lado. Tiene el pelo muy fino, rojo tirando a naranja, seguramente restos de tinte, la cara redonda y plana, los ojos muy separados, algo en su rostro recuerda al de los niños con síndrome de Down. Imposible ponerle edad.

—Habrá que matar a esos cabrones. Habrá que liquidarlos, uno a uno. Esto ya es insoportable. Joder, estamos en Belleville, ¿qué pinta aquí esta gentuza? Se creen que todo es suyo. La semana pasada dieron de hostias a dos críos que birlaban carteras. Andan siempre por los alrededores de la Cruz Roja para joder a los africanos que van a buscar algo. Qué les importa, ¿eh? ¿Es asunto suyo? ¿Duermen en la calle esos tontos del culo? ¿Qué se han creído que somos? Mierda, eso se creen. Como estamos excluidos del sistema, se creen que pueden plantarse aquí para imponer su voluntad. Pero nosotros somos auténticos duros, ¿verdad? Si no nos ocupamos nosotros de pegarles una patada en el culo, ¿quién va a hacerlo, eh? ¿Quién?

Repite la última frase con un ligero movimiento del dedo, como si pegara el sermón. Vernon se dice muy bien, quería compañía pues ya tengo compañía. Siempre la misma historia de deseos concedidos. La tía se levanta decretando:

—Este sitio no es bueno. Ven, vamos a ponernos delante del Franprix. Es mi chiringo.

Es más una orden que una propuesta, y Vernon obedece, incapaz de plantearse la posibilidad de discutir con ella.

—Nunca te he visto por aquí, acabas de llegar, ¿verdad?

—Me desahuciaron hace un tiempo pero me he acoplado por ahí. Hasta la semana pasada.

—¿La semana pasada? Eres novato, tío. Ya decía yo que aún olías a jabón.

Se coloca delante del supermercado y se dirige a la primera persona que entra:

—Señor, señor, ¿me compra una Coca-Cola, por favor?

Añade tocándose la barriga «es para el bebé», se gira hacia Vernon «¿tú qué tomas?» y llama al tipo, que gira la cara antes de empujar la puerta del supermercado, y toma nota, con aire divertido, «y una cerveza para mi amigo, por favor».

—¿Estás embarazada?

—No, qué horror. Pero a mi público le encanta la idea. Tengo hambre, aún no he comido.

Para a una mujer elegante que tiene prisa: «hola, señora, ¿me traes unas patatas fritas, por favor? Son para el bebé». Cuando se dirige a los desconocidos, se vuelve

dulce e infantil. Vernon observa que cuando está tranquila, su voz tiene un punto ronco muy agradable. Sonríe a los que pasan con expresión inocente, frotándose la barriga, tiene cara de payaso, de una redondez lunar.

—¿Alguno vuelve con lo que le pides?

—Muchas veces. No les cuesta tanto darme de comer, pido cacahuets patatas fritas o Coca-Cola... a veces chocolate... A fuerza de vernos, muchos me conocen. Vengo todos los días —suelen traerme cosas. Les alegra hacer algo por mí. Al fin y al cabo son personas, ya sabes.

Hace una pausa. Pasa un hombre joven con un bebé sobre el vientre, ella ladea la cabeza, «me gustan mucho los papás, es tierno ver a un padre con su hijo», y luego le dice «oh señor, por favor, ¿me traes chocolate? Es para el bebé».

Otro hombre al salir le da su Coca-Cola y una cerveza, ella le sonrío y pasa la lata a Vernon.

—Dime si quieres algo en particular, te lo pediré.

Cacahuetes salados y chocolate negro para cocinar es la mezcla preferida de Olga. Desconfía del alcohol. Si sus colegas no estuvieran todo el día mamados, sería más fácil estar con ellos. Incluso podrían llegar a ser buenos revolucionarios. Pero esos gilipollas empujan el codo hasta no aguantarse en pie. Estás charlando con alguien y de repente huele a meados, el tío se lo ha hecho encima. O giran la cara hacia ti, con ojos vidriosos, parece que van a decir algo y te vomitan encima. No es que sea una purista de la higiene, sinceramente, pero apesta. De todas formas, en cuanto anochece es imposible estar con ellos, cuando uno no ronca, el otro busca pelea, o peor. No hay que fiarse de las ideas que se les meten en la cabeza, supuestamente porque están borrachos. Después de haberte dado por el culo como a una cabra, dicen que no se acuerdan de nada. Si los mueles a palos, se quejan, se juntan varios y te tratan de mentirosa. Los tíos se apoyan entre ellos. Por eso a Olga le gustan los nuevos, todavía se comportan un poquito. Este es muy guapo, muy alto, muy delgado, siempre le ha gustado este tipo de hombres. Aún tiene las manos blancas, no se las ha destrozado. Tardará poco. En la calle todo se destroza.

Se había fijado en él el día anterior, hablando con Georges, uno de los borrachuzos de la iglesia. Ella no se lleva bien con Georges, se mantiene a distancia. Al principio crees que Georges es un tío que se entera, pero tardas poco en descubrir su verdadero carácter: un tirano y un manipulador. En cuanto no haces lo que te pide se pone hecho una fiera, le ha pegado ya buenas palizas, y aunque sea viejo, el tío tiene mala uva y la fuerza de un chacal.

Esta mañana, cuando ha visto al nuevo rodeado por los cabezas rapadas, ha decidido ir a buscarlo. Lo quiere como amigo. Ahora comparte con él su comida. Come con apetito, da gusto verlo. Ella puede explicarle muchas cosas, indicarle dónde están las duchas y cuáles son los mejores días para ir a la ayuda social a buscar buena ropa, puede aconsejarle sobre los centros de acogida. Él no tiene perro, es más sencillo. A Olga le gusta ocuparse de los demás. Cuando la dejan. Intenta hacerle reír. Así hace amigos. Les hace reír y los escucha. Cuando era más joven, fue a un médico que le aconsejó que bebiera menos, le dijo que no se respetaba a sí misma, que era un cubo de basura de confianzas. Hay que ser médico para ser tan gilipollas como para despreciar la empatía. Le pide a un chaval que pasa que le traiga un paquete de ganchitos, el chico la manda a la mierda «ponte a currar cerda». Ella le suelta una maldición «te pasarás diez años pagando por lo que acabas de decir» adoptando una expresión amenazante, sabe que no les gusta, no terminan de tener claro si es gitana, quizá una bruja muy poderosa. Vernon se ríe. A ella le gusta mucho su nombre. Le gustaría que fueran todo el día juntos. Formarían un buen equipo. Hace mucho que a nadie le apetece andar con ella. Añade:

—Así vamos, ya ves... Están todos al servicio del gran capital, y les sorprende que pasemos de formar parte de su gilipollez. No tienes más que ver que, en el barrio, en cuanto cierra una tienda es porque se va a abrir un banco. O una tienda de gafas,

nunca he entendido por qué había tantas. Mi padre era comunista. Así que cuando leo el periódico, entiendo el mensaje que se desprende de él: viva el gran capital. Desgracia para los que no se someten a él totalmente. Nunca se ha visto dogma más respetado. Es genial su invento, la deuda... como putas sin papeles, se pasarán la vida matándose a trabajar para intentar pagar lo que deben desde que nacieron. Ah, lo que es currar, curran... ¿sabes por qué siguen permitiendo que nos quedemos en la ciudad? Arrancaron los bancos, remodelaron los escaparates de las tiendas para asegurarse de que no podíamos sentarnos en ninguna parte, pero aún no nos recogen y nos meten en campos, y no es porque les costaría muy caro, no... es porque nosotros somos los revulsivos. La gente tiene que vernos para que nunca olviden obedecer. Yo también curré, curré diez años. Revelaba fotos en un laboratorio. Todo el día delante de las cubetas, con solo unos guantes pequeños como protección, salí de allí llena de eccemas. Dijeron que no tenía nada que ver con los productos y me despidieron. No lo lamento. Llevaba una vida de mierda. Entre el alquiler y el coche se me iba el sueldo entero, miraba el precio de cada artículo que metía en el carrito. Me dan risa todos. Los marxistas de hoy en día me dan tanta risa como los demás — el obrero y su fábrica, crear empleo y toda la pesca... lo que yo quiero es no volver a trabajar.

—Pero tu padre era comunista...

—Sí. Soy como la hija de Zeus. Si hubieras conocido a mi padre... ahí sí, vale, podemos hablar de un tío valiente. Cuando se enfadaba, temblaba la tierra. No era un pobre tirano doméstico que atemorizaba a la idiota de su mujer pegándole gritos. Te hablo de enfadarse por lo que era justo. Cuando yo era pequeña, no podías ir con mi padre a la ciudad sin que hiciera reinar la justicia. No solía hacer la compra, pero cuando la hacía —lo vi vaciar supermercados sin que nadie pagara en las cajas porque no había suficientes empleados para ser sábado, tardaba cinco minutos, los vigilantes con él, las cajeras con él, y los clientes con el puño en alto. Lo vi arrancar barreras de *parking* porque llevábamos demasiado rato en la cola. Longwy, puedo hablarte de Longwy —mi padre paraba una fábrica solo con su palique. Se enfrentaba a los antidisturbios, quería que hicieran frente común. Sabía que el enemigo nunca será otro trabajador que cobra el salario mínimo. El terror, sembraba el terror por donde pasaba. Cuando mi padre se enfadaba, había que verlo, te lo juro... Y las amas de casa, con él. Ay, no era un ligón, no era un esnob que se contonea como una trucha para seducir a las marujas, pero llegaba a las mujeres, se agrupaban a su alrededor y les gustaba tanto que perdían el conocimiento. No podía evitarlo, el pobre. Era su carácter. Y si tu padre es así, cuando te dicen que los padres de los demás «también son hombres», te juro que tienes que esconderte para reírte. Te dices: has visto al tipejo al que llamas papá se pasa la vida obedeciendo... miedosos, cobardes, insignificantes, invertebrados, inútiles... eso es lo que son los hombres en general. Pero mi padre, sí, ahí sabes lo que quiere decir «valiente». Mira las mujeres de los demás, las otras —se pasan el día quejándose, no les dan lo que necesitan, salta a la

vista. Las pobres, a los veinte años se casan con un cretino que parece que no está mal, y dos chiquillos después se dan cuenta de que están haciendo de chacha para un don nadie. No se han casado con hombres, se han casado con trapos llenos de mierda. Una gaseosa de tío, como en los anuncios cuando eran pequeños, grita como un hombre apesta como un hombre pero solo sabe obedecer y acatar órdenes. Están cabreadas. Por eso paren pequeños fachas, como los de ahora mismo. Ninguno ha tenido un padre. Han crecido viendo a sus madres mal folladas, quejándose todo el día, y les ha partido el corazón. Normal. Entonces intentan imaginar cómo tiene que ser un hombre que haga gozar a su mujer. Pero por más que busquen, la fórmula no está en internet. Está en los genes. Si hubieras visto a mi madre: radiante, peripuesta, satisfecha, siempre contenta. Cuando las follan bien, las tías son otra cosa, la verdad. Todos sin padre, los pequeños cabrones, nacidos de un coño mal follado por una polla blanda que apesta a meados. Se buscan padres adoptivos, en cantidades industriales, no pueden ver una barba sin gritar papá, se hacen adoptar por losers... los pobres, no saben lo que es la masculinidad. Reproducen la misma mierda —preñan a tías patéticas a las que dejan insatisfechas y que a su vez paren a gilipollas que no saben tenerse en pie. Polla blanda en coño enmohecido, mira lo que te digo. Ese es el problema hoy en día... un país de esclavos frustrados, qué quieres que hagamos con ellos.

—¿Y tu padre no podría ayudarte?

—No. Se volvió a casar. Su mujer ya tiene críos. Yo sobro. No sirvo para nada en su nueva vida, lo único que hago es molestarle...

—¿No echas de menos verlo?

—Menos que a mi perro. Attilinou. A Attilinou me lo quitaron hace tres meses. Si lo hubieras visto, una maravilla, un amor, un peluche. Un amstaff, fuerte como un camión, era una belleza... hijos de puta, me lo quitaron. No había hecho nada, no creas... ves cómo tratan a las personas, ya esperas que no pase un día sin que te quiten al perro, no te preocupes, sobre todo los de los sintecho... a veces intentan que los adopten. Pero Attilinou los acojonó. Nosotros dormimos en el parque, ¿sabes? En el Buttes-Chaumont.

—¿Conoces a Laurent?

—Todo el mundo conoce a Laurent. No nos caemos demasiado bien. Cuando ha bebido me agota, parece un viejo combatiente, con su dignidad, su rectitud y toda la pesca... venga ya, dormimos en la calle, no vamos a hacer concursos para ver quién merece más puntos... Pero dormimos en el mismo sitio, sí, somos de la misma banda —no somos unos renegados. Estamos contentos de no currar. Los ricachones se cabrean porque somos muy inteligentes. Lo saben. Por eso quieren matarnos. Cuando estemos muertos de hambre, deformes por los tumores y tengamos que matar para comer, podrán mirarnos y decirse: ya veis, nosotros, los ricos, somos más finos.

—¿No te hartas de estar en la calle?

—No. Echo de menos a mi perro. Eso sí. Attilinou. Dormía conmigo, era mi

amigo, olía bien, los perros no son como nosotros, no se lavan y al final del día huelen como una fábrica de pasteles. A lo que iba, una mañana se va a dar su paseo y yo no me despierto —por eso no me gusta el vino, si no hubiera bebido el día anterior, lo habría oído levantarse. En fin, está paseando y los hijos de puta de los policías, con la perrera, lo persiguen. Los vigilantes lo conocían, me decían que lo atara, nada más... El perro se asusta, lógico, y enseña los dientes —vaya, un perro rabioso, matadlo inmediatamente. Tenía su chip y todo, pero no tengo ningún papel para recuperarlo, en el tiempo que tardé en ocuparme de todo me habían matado a Attilinou. Ese chucho era todo lo que tenía. Rabioso, mi perro... qué dices. Unos desconocidos se te tiran encima para apartarte de tu dueña, y tú te defiendes, es normal. A eso lo llaman un perro rabioso. No. Hacen lo mismo con los perros que con los hombres: seleccionan, a todo el que intenta defenderse cuando lo acorralan, hay que eliminarlo. No hay que defenderse, hay que dejar que te jodan. Nueve años, nueve años estuve con Attilinou. ¿Te imaginas el vacío que me ha dejado? Echo de menos a mi perro. Y la música.

—¿Qué música te gusta?

—Me encanta Adele. Nunca me canso de escuchar su canción de James Bond.

—Antes yo vendía discos. Hace mucho tiempo.

—¿Ah sí? El vinilo y la fotografía analógica —pues tú y yo somos supervivientes de industrias engullidas.

Le gustaría pasarle la mano por el brazo, simplemente poder tocarlo, como si fuera su mejor colega.

A Xavier acaban de metérsela doblada por tercera vez consecutiva en Zynga Poker. Un chulo que dudaba si seguir jugando cuando tenía un póquer se la ha pegado, él se ha emperrado con su doble pareja. Hay días sin suerte. No debería pasar tanto tiempo en este juego. Su trabajo se resiente. Los avatares de los demás jugadores son tan horrorosos que acaban pareciéndole fascinantes: coches deportivos, pistolas, gilipollas en *shorts* en un velero, perro guardián, tías guapas con las que ligan, como si hubieran puesto sus fotos reales, y fotos de niños.

Cuando no se enzarza en juegos idiotas, trabaja en un proyecto de biopic de Drieu la Rochelle. Ve a Magimel para el papel. O, si tiene que ser más joven, al rubito Vincent Rottiers. Le gustan sus ojos. Haría muy bien el papel de Drieu. Sabe que la idea es buena, es el momento. Cuando era más joven, la historia de la página en blanco y de quedarse bloqueado le daba risa. Bueno, ahora le pasa. Se bloquea como un burguesito que mueve el culo. Debe darse prisa, antes de que un director bien colocado le fusile la idea. Ahora que se puede ser de extrema derecha, le sorprendería que los directores de extrema izquierda pongan demasiadas pegas a tomar prestadas figuras tutelares que no son las suyas. Una simple cuestión de subvenciones —si hay dinero de por medio, irán a picotear su parte. Tiene que darse prisa. Pero el propio hecho de tener una buena idea lo angustia.

El pánico de su madre le ha hecho sentirse incómodo. En general se limitan a conversaciones planas, la característica de la casa siempre ha sido la falta de sinceridad. En su casa temen los escándalos, saben que la verdad es nefasta. Prefieren utilizar las palabras para alejar todos los temas que podrían ponerlos nerviosos. Charlar es hablar de horarios, de sitios en los que quedar, de fechas, de dinero y de edades. Todo lo demás lo evitan. Cuando su madre lo ha llamado para decirle que había visto a Vernon, estaba muy alterada. Xavier le ha prometido pasarse por el parque. Ella dice que no puede dormir. Le ha contado que debajo de su casa los propietarios consiguieron que quitaran los dos bancos de delante de la portería, porque se habían instalado unos vagabundos. Los propietarios decían que eso hacía bajar el precio de los pisos. Se queja con razón. Con lo cuidado que es su barrio, no serán dos pobres vagabundos los que amenacen con devaluar lo que sea. Habría más bien que darles las gracias por aceptar instalarse en un sitio tan asqueroso. Su madre se peleó con todos los copropietarios por esos dos bancos, los responsables le explicaron que la que se chupaba todo el trabajo sucio era la portera, que no era ella la que tenía que pedirles que se movieran para poder limpiar los meados de debajo de los bancos, y también era la portera la que tenía que vigilar que no esparcieran la basura de los contenedores por la acera. Xavier escucha contar esta historia por cuarta vez sin decirle a su madre que la verdad es que le parece bien que hayan quitado los bancos. En lugar de vagabundos, podrían haberlos ocupado unos gamberros, y habría sido peor. No le apetece imaginarse a su madre cruzándose con gamberros mañana y noche, al salir de su casa. Que cada quien cargue con su mierda, mamá. Pero está

obsesionada con el tema —que utilicen a la portera como excusa para impedir que los más desfavorecidos se instalen en algún sitio la saca de sus casillas. Políticamente, como en tantos otros ámbitos, su madre se quedó estancada en los años ochenta.

Le cabrea que ahora se preocupe tanto por Subutex. Siempre la misma historia. Se descuida, y su madre saca el disfraz de enfermera. Xavier se guardó de contarle que su Vernon había vaciado el piso de una amiga que lo alojaba. A Xavier nunca le ha caído bien Sylvie, es una heredera gilipollas de extrema izquierda que en su vida ha trabajado, poco más que una grupi, siempre dispuesta a dar lecciones de moral sobre temas de los que no tiene ni idea. Pero aun así. Es cuestión de principios. Siempre ha odiado a los tíos que no tienen palabra. Si un día Xavier se viera en la calle, está convencido de que eso no lo convertiría en gentuza. Uno se convierte en lo que quiere convertirse.

Eso no impide que le vaya bien tener noticias de Subutex. La tía que lo buscaba fue muy clara al respecto: los que la ayuden a encontrar al tipo serán recompensados. No es que sea una cría, pero tiene la suficiente clase como para que apetezca decirle pírate no sé nada. Dijo que se llamaba la Hiena. Uno de esos apodos que te ponen a los veinte años y que es difícil asumir con el paso del tiempo. Dijo que trabajaba para un productor, evitó dar detalles, pero parecía seria. Para empezar, no era una zorra. No era una de esas gilipollas que se suben a la parra hablando de la dignidad de la mujer, que se pasean con el culo al aire y que luego les sorprende que solo piensen en follárselas. Era una señora. Había oído hablar de las entrevistas de Alex. Xavier no entendió cómo había llegado hasta él. Respeto.

La Hiena le dio un número para que contactara con ella si tenía alguna información. Le hizo saber que le gustaría mucho trabajar en un retrato póstumo de Alex, y que si daba con Vernon, le hablaría del tema. La verdad era que le tocaría mucho los huevos firmar un retrato póstumo de un crooner para abuelas, pero está claro que hay que comer.

Alex Bleach, joder, como si no lo hubiéramos oído bastante. Le preguntaban su opinión sobre todo, desde el cambio climático hasta la menopausia de Tina Turner, querían saber su opinión. No tenía absolutamente nada que decir. O en todo caso lo mismo que el vecino del quinto. No corría el riesgo de perder su trabajo diciendo que estaba en contra del racismo, en contra de las nucleares, en contra de las violaciones, en contra de los muertos en la carretera, en contra del cáncer y en contra del Alzheimer. Lo suyo no provocaba ningún escándalo, cuando se lo comentaban, se limitaba a decir que «mi curro no es responder a entrevistas». Que su curro era ser músico. Gilipolleces. En todo caso era un tío guapo, y no el peor en el escenario. Si en algún momento Vernon le pasa la entrevista —y Xavier tiene varias ideas para convencerlo de que lo haga—, seguro que podrá sacar de ella un retrato. Quién sabe, eso podría volver a ponerlo en marcha. Será duro de asumir, pero, teniendo en cuenta lo que se embolsa un director de la sociedad de autores cuando pasan su película por la tele, lo asumiré, incluso con la cabeza bien alta.

Clica «levantarse» y deja la partida de póquer. Marie-Ange sale del trabajo temprano, ella se encarga de ir a buscar a la niña. En este momento está mucho con ella. Marie-Ange no está bien. Recuerda a la película *Caos calmo*. No hablan del tema, pero la verdad es que la muerte de la perra los ha dejado hundidos, tanto al uno como al otro. Él es muy consciente, pero Marie-Ange no controla tanto sus emociones, no sabe cómo expresar lo que siente. Le gustaría que lo sucedido les acercara, pero de momento cada uno supera su dolor por su cuenta.

Jamás habría imaginado que la muerte de un perro pudiera desestabilizar tanto. Marie-Ange se niega a que lo comente con la niña. Xavier piensa que es importante hablar de la muerte a los niños. Durante las semanas que duró el tratamiento con cortisona, la perra se meaba por toda la casa. Él se ponía unos guantes Mapa azules, metía un estropajo rojo en agua caliente y lo limpiaba. Al final la perra ya no conseguía mantenerse en pie el tiempo suficiente para hacer sus necesidades. Se caía encima de su propia orina y había que limpiarla con una manopla de baño. Él le decía eres viejecita ya ves no tardarás en dejarnos se acabó. No hay nada que hacer. Luego empezó a jadear, sin parar. Él durmió a su lado, la perra se pegaba a él, tenía miedo. No podía hacer nada por ella. Una mañana, llamó al veterinario para que le hiciera la eutanasia, hacía muy buen tiempo, aunque era invierno. La niña se fue al colegio, le dijo que le diera un besito a Colette y luego llamó. No quería ir a la consulta del veterinario. A Marie-Ange le parecía que era caro pero él no cedió. No quería ir. Desde hacía ya un mes la perra no podía andar sola, la llevaba en brazos por la casa, mientras pudo mantenerse en pie la sacó a la calle para que hiciera sus necesidades y tomara el aire. No dijo nada pero pesaba sus buenos trece kilos y por momentos él se cansaba. Hizo flexiones por la mañana y se curró las lumbares. Recuperó un poco su forma física para cargar con ella el tiempo que fuera necesario. Aprovechaba para estrecharla contra su pecho, su cuerpecito querido, porque sabía que se había acabado. Era terrible saber que estaba condenada, ella confiaba en él, y él no podía hacer nada para curarla.

El veterinario se llevó su cuerpo en una bolsa de basura. Xavier le pidió las cenizas. Mintió a Marie-Ange sobre lo que costaba. Le importaba una mierda. Cuando pasó por el veterinario a buscarlas y vio el nombre de su perra en la caja «Colette», entendió que ya estaba. Metió la caja entre los libros, entre la biografía de Lemmy y la de Mesrine. No termina de acostumbrarse al silencio en la casa, cuando vuelve. Nunca la había visto tan vacía.

Cuando abre la puerta de la portería, se congela, literalmente, un frío asesino. Vernon se lo ha buscado, de acuerdo, pero aun así sería raro enterarse de que un tipo con el que se relacionó tanto tiempo está muerto de frío, de noche, solo, en la calle. Si se cruza con él, hará lo que le ha prometido a su madre: lo llevará a un hotel. Así ella sabrá dónde está, podrá cuidarlo hacerlo entrar en calor darle de comer y toda la pesca.

Cambia de línea en République. En el vagón, Xavier cuenta: tres blancos, diez

negros, cinco chinos y ocho moros. París, normal. Pero no se puede hablar del tema, porque en ese caso los pijipis te gritan que eres racista. Ya le gustaría a él saber quién defendería a la viejecita blanca que vuelve de hacer sus compras en Tati, si la atracan. Que no vengan a contarle que a los chinos les importaría, aunque viven aquí, pasan de todo lo que es francés.

Otro vagabundo pidiendo, al pie de la escalera mecánica. Un chaval con un gato en las rodillas, el gato está drogado, salta a la vista, si no se escaparía. Es más fácil drogar a tu gato que aprender a tocar la guitarra, eso seguro. Xavier piensa en el peso y en el volumen de su perra, en ese contacto que no volverá a sentir. Lo más difícil de admitir es la certeza de que olvidaremos. Algún día mirará a un perro sin pensar en Colette.

Todavía no ha andado doscientos metros desde la salida del metro cuando reconoce a Vernon, de lejos. Está sentado delante del supermercado, al lado de una vagabunda aberrante, formato XXL. Siente como una patada en el estómago. Aprovecha que Subutex no lo ha visto para meterse en el McDonald's de enfrente. Se coloca en la fila, en el mostrador un chaval de tres metros pide hamburguesas por decenas, en la sala de al lado se oyen gritos de niños que celebran un cumpleaños. Pide una cerveza y un sundae con *topping* de Kit Kat y se coloca detrás del cristal. No esperaba conmoverse al encontrárselo. De hecho, no esperaba verlo.

Su cerebro regurgita en desorden episodios con Vernon, cuando eran chavales, en estas ocasiones siempre surgen imágenes tontas, el color de una moqueta con la carátula de los Stooges encima, los botines de Vernon, que sale de detrás del mostrador de su tienda, los problemas para volver a casa después del último metro, y ellos dos de LSD, volviendo al extrarradio a pie, la gratitud al llegar a Zúrich por ver a H. R. en concierto, con los Bad Brains, dando su peligroso salto hacia atrás. Caen en sus redes otros recuerdos: su hermano en la calle, inconsciente, en la parada de autobús, cayéndosele la baba, con la cabeza inclinada sobre el pecho en medio de los transeúntes. Su padre, que por la noche fingía leer una revista y nunca pasaba la página, porque lo único que estaba haciendo era esperar a que Nicolas volviera. Su madre acercando la oreja al reloj para asegurarse de que funcionaba, o descolgando el teléfono, a ver si la línea estaba libre. El puta de su hermano, que solo pensaba en sí mismo, su droga, su droga —el vicio devoró todo su entusiasmo. Xavier se callaba. Pillaba a Nicolas con la mano en un cajón robando las alianzas de los abuelos muertos para conseguir algo de droga. Muchísimas veces deseó que su hermano se muriera. Y cuando sucedió, la poca vida sólida que quedaba se diluyó en la sordidez familiar. Su madre no volvió a pisar la iglesia. Mientras su hermano estaba vivo, no dejaba de rezar, el fervor y la esperanza la mantenían entera. Xavier sigue siendo creyente. Lleva a su hija a misa los domingos, la fe será lo más valioso que le deje su padre en herencia. Salvo eso, todo se ha reducido a cenizas. Como el cuerpo de su perra. Sinceramente, no necesita pasarse por un psicoanalista para entender por qué le ha acojonado tanto ver a su viejo colega en ese estado. Querría salvarlo. Querría que

la palmara. Querría que esto no existiera.

La tía con la que está Vernon delante del supermercado es una hembra informe, para a los transeúntes con gestos de simio. Está sucia y es una degenerada. A Xavier le gustaría que se alejara, pero parece que están liados. A su lado, Vernon se ve frágil, está encorvado para protegerse del frío, la barba que le surca las mejillas da un tono gris a su cara. Se merece lo peor, como todos los cabrones como él, pero eso no quita que el espectáculo le resulte desolador. Xavier siempre ha odiado la compasión, ese sentimiento espantoso, prefiere matar a un hombre que compadecerlo. Pero del dicho al hecho hay un gran trecho.

Xavier duda un buen rato. Por detrás de él pasa gente de lo más diversa, con sus bandejas, que desprenden ese olor a grasa frita que solo se encuentra en los McDonald's, un olor asqueroso que da ganas de vomitar, pero que aun así abre el apetito. Podría volver a casa, ahorrarse esta mierda y dejar que su madre coja el tren, que vaya ella misma a rastrear el barrio, ella, a la que le encantan los dramas, estaría servida al verlo allí, podría caer de rodillas y volver a representar aquella antigua escena, la escena de la mujer adulta que ayuda a su hijo a ponerse en pie. Que se revuelque ahí y que no salga jamás, pero que deje a su hijo al margen de todo esto. Xavier no quiere volver a oír nada de ese chantaje, no le apetece tener el estómago encogido de pena porque otro no ha hecho nada por salir adelante. La idea de intentar conseguir la grabación de Alex le parece absurda. Al pobre pringado de Vernon deben de haberle birlado la bolsa hace mucho. En lo que piensa Xavier es en su madre. No puede hacerle algo así. Ella lo retiene. Le ha dado su palabra. Sale del McDonald's. Cruza la calle y se planta delante de Vernon. Al verlo acercarse, la vagabunda le dirige una sonrisa asquerosa, «oh, señor, ¿no tendrá un cigarro?». Vernon le apoya una mano en el brazo para que se calle. Los dos hombres se desafían con la mirada, sin decir una palabra. En los ojos de Vernon hay miedo, pero también odio. Xavier no se esperaba este recibimiento. Luego el que está sentado en el suelo toma la palabra, en el tono que utilizas cuando te cruzas con alguien en un bar y no pasa nada raro:

—Me crucé con tu madre anteayer. Me dijo lo de tu perra. Lo siento.

Xavier contesta en el mismo tono, desconcertado:

—Un tumor cerebral. Lo descubrimos demasiado tarde. Tardó poco en morir.

—¿Tú también has perdido a tu perra?

Xavier se niega a hablar en esa pocilga. Caridad cristiana, vale. Pero ni se plantea llevar ese concepto hasta los lejanos extrarradios del absurdo. A la grandullona se le llenan los ojos de lágrimas y se lanza sin que le haya dado tiempo a decirle calla la boca.

—Me quitaron el mío hace tres semanas. Duele, ¿eh? Cuando vivimos con él, sabemos que algún día lo perderemos y suponemos que será duro... pero nada

comparado con lo que es. ¿Qué era la tuya?

—Un bulldog francés.

—Qué bonito. Se ven cada día más, a los pijos les encanta ese perro. El mío era un amstaff, más grande pero en el fondo lo mismo, perros guardianes. No hay cuerpo más perfecto que el de tu perro. El mío tenía unas pestañas increíbles, podía pasarme el día entero mirándolas. Hasta en estos detalles, mi perro era una criatura sublime.

Desde lejos, Xavier habría apostado a que la monstrea solo se expresaba con gruñidos. Le sorprende que sea tan locuaz y que vocalice. No está tan mamada como pensaba. Lo más sorprendente es su voz, que no pega ni con su corpulencia, ni con su aspecto. Tiene voz de locutora de radio, una voz preciosa. Sabe de lo que le está hablando. Colette también tenía las pestañas bonitas. Hay que ser un amo de la hostia para fijarse en este tipo de cosas. No puede mandarla a la mierda después de lo que acaba de decirle. Es el principio básico de tener un perro: hablas con gente a la que normalmente no dirigirías la palabra. Asiente:

—Ha tenido que ser terrible para usted.

—Se podría hacer una lista de todas las cosas cotidianas que te encantaban y que no volverás a hacer. Lo daría todo —no puedo decir todo lo que tengo, no tengo nada, pero daría un riñón por besarle el hocico. Quiero pasarle la mano por la barriga. Quiero que me mire cuando me despierto. No me puedo creer que no vaya a volver. Attilinou. ¿Entiendes de lo que estoy hablando? Espero que llegue moviendo su enorme culo. Le encantaba dormir debajo del saco, se hacía una bola contra mi barriga.

—¿Pusiste Attilinou a tu perro?

La vaca gorda tiene sentido del humor. O eso o está loca. Si no fuera tan guarra, se diría que forma parte de esa clase de personas de la que no puede decirse si son geniales o están totalmente zumbadas. Se agacha a su lado, a la mierda las distancias.

—La mía, al final, se meaba en la cocina todos los días, yo lo recogía con una bayeta, lo aclaraba, echaba detergente y lo limpiaba con mucho cuidado para que no se quedara en las ranuras de las baldosas. Y ahora me levanto por la mañana y veo que el suelo está seco y todos los días eso me recuerda que se ha muerto y no puedo llorar. Tengo una hija, tengo una mujer, soy un hombre. No puedo llorar porque mi perra se ha muerto pero no hay nada más triste que las mañanas cuando preparo el desayuno y no viene a ver si hay algo que picotear.

Por las mejillas de la mujer resbalan las lágrimas, sin hacer ruido, y él sabe que no es teatro para que saque un billete del bolsillo. Se compadece de él.

—Hace once años que vivo en la calle. Attilinou tenía diez años, cuando lo recogí no tenía ni un año, a su dueño lo metieron en la cárcel y su madre se encontró con el

chucho, trabajaba todo el día, no podía ocuparse de él y me lo dejó. Su hijo tenía para cinco años seguro, y además hizo el idiota, volvió a las andadas cuando aún no hacía diez días que había salido, me enteré después. Cuando me quitaron a Attilinou, pensé que si hubiera llevado una vida normal, no se habrían llevado a mi perro. Pero si hubiera tenido un curro, no habría podido estar todo el tiempo con él, no habríamos sido tan felices juntos... mira, un perro, si su amo es un sintecho, es el perro más feliz del mundo, porque solo lo tienes a él, y como los albergues no te aceptan con perro, no te separas de él, comes con él y duermes con él. Yo no voy a ningún servicio social, no puedes entrar con el perro. Pues no entro. No puedes dejar a un amstaff en la puerta. Y yo no dejo a Attilinou con un borracho que me lo puede perder. O venderlo, vete a saber, con la gentuza que tengo por colegas... Pero aun así no puedo evitar pensar mierda, si hubiera tenido una vida más normal, no me habrían quitado a mi perro. Y me odio, me odio. No dejo de pensar en él, en su box, estoy segura de que entendió lo que iban a hacerle, pienso en la mesa del veterinario, el metal, y yo no estaba allí. Alguien fue a buscarlo y debió de creer que yo lo había abandonado. No lo cuidé. ¿Tú estabas con ella cuando murió?

—Sí. Estaba tranquila, en su sofá. Pero, por si te tranquiliza, yo también me odio. Después me dije que habría tenido que matar al veterinario cuando llamó a la puerta.

Y por primera vez desde que ha llegado, siente que está a punto de llorar. Que la gente los mire y piense lo que le dé la gana, que se vayan todos a tomar por culo. Las lágrimas de Olga dibujan rastros de mugre en sus mejillas. Vernon los escucha sin hacer nada por intervenir en la conversación.

—Pero ¿quién es «la Bella»? ¿es el tío?

—Mira las fotos, mira. Sinceramente, ¿quién va a querer tirarse a eso? Esa cerda yonqui encuentra a un tío lo bastante servicial para pegarle el último polvo ¿y crees que le daría las gracias?

—A mí, si me lo pide amablemente, le hago el favor de darle por el culo.

—Joder, tú no le haces ascos a nada.

—Un día nos dices el nombre de una sola tía a la que no te apetecería tirarte, y así acabamos antes.

Loïc sonríe, le gusta meter presión. Noël está mal sentado. Cuando ha llegado solo quedaba el sillón más chungo de la sala. Está mosqueado. Pensaba que Loïc no vendría. Evita su mirada.

Está harto de esta situación. Si lo hubiera sabido, se habría vuelto directamente a casa. Está hecho polvo. Se ha pasado el día entero de pie, sin ver la luz del sol, volviendo a colocar perchas en su sitio, doblando jerséis y corriendo por los pasillos para ordenar las prendas que los clientes dejan amontonadas en los probadores. Los sábados son un caos. Todos los pijos, maricones, garrulos, figurines, negratas, losers, estudiantes, moros, inútiles y guaperas se juntan en el H&M para ponerse los últimos escupitajos de la moda, toda la mierda fabricada por críos en la otra punta del mundo que el capital judío intenta colocarles —y los muy gilipollas pagan por llevarlo. Joder, antes de currar ahí jamás se le habría pasado por la cabeza comprarse unos vaqueros o un jersey en H&M. Y menos un sábado. Habría que acordonar la tienda con la gente dentro, una o dos veces al día, y gasearlos a todos. En serio. A los enfermos mentales que van a ese burdel. Solo hay que ver a las tías todo el día delante de los espejos tomándose un descanso de putas, cuesta creer que siendo tan feas se dediquen a hacer posturitas en un H&M. Como no basta con que la naturaleza no haya sido generosa con las focas, encima las cubres de submarcas —y luego se creen Bachelor Girl. Y hay tíos que van con ellas. Menudos capullos, mejor harían dedicando los sábados a levantar pesas. Tienen una pinta asquerosa. A los veinte años tienen un barrigón supergrande, les cuelgan los michelines por debajo de la camisa trendy. Haced abdominales, joder, antes de vestiros pensad en el cuerpo que tenéis, pedazo de sebosos. Tienes tu sábado, puedes salir con colegas, hacer el amor con tu novia, irte al cine o sencillamente tumbarte delante de la tele con una buena cerveza fresca, y no. Te vas al H&M. Y el imbécil que ordena detrás de ti soy yo. Es Noël. El jefe del equipo le susurra al oído diez veces al día: sonríe, por favor. Con música de mierda en los altavoces, todo el día. Sonríe, por favor. Claro, jefe. Está a petar de gente, Noël recibe codazos en los costados, le pisan, le dan en la espalda y nunca le piden perdón —ya se sabe, los currantes están ahí para todo, hasta para que los pisoteen.

Debería haber vuelto a su casa al salir. Una bandeja de comida delante de *La Voz*, sembrar el terror en los tweets, dos horas de *No Man's Land* y a la cama. Le habría ido bien una noche tranquila. Tiene que buscarse una novia. ¿Cuánto tiempo hace que está sin pareja —más de seis meses? No será esta noche cuando conozca a alguien, en casa de JP nunca hay tías. Cuando no hablan de follar, hablan de fútbol, no atrae demasiado a las pavas. De todas formas, últimamente no está de suerte, cada vez que tiene a una chica cerca, la tía es amable, pero no follable.

Loïc no deja de buscar su complicidad. Hace bromas y lo mira, coge una cerveza y le ofrece otra. Noël se siente incómodo. El día anterior tuvo una larga conversación con Julien sobre Loïc. Julien tiene razón, punto por punto. Hay que saber elegir tu bando. Noël sería más bien de pasar de todo. Loïc es divertido, no se puede negar. Fanfarrón y metemierda, de acuerdo, pero si no está él para dar vidilla, las noches no son tan divertidas. Julien se mete con él. Hace un tiempo que está a punto de estallar. Reprocha a Loïc su cinismo. No le falta razón. Es un problema que acaba siendo molesto. Esta misma noche, cuando ha llegado Noël, Loïc estaba partiéndose el culo de los pardillos que habían diseñado las banderas de *Génération Identitaire*, que parecían pancartas de una fiesta de la Casa de la Juventud y de la Cultura de Fontainebleau a principios de los años ochenta, e inmediatamente después ha empezado a meterse con los chavales de la página web, que habían publicado fotos del pelo de los tíos del *Projet Apache* para indicar que las feministas de izquierdas mentían cuando los llamaban cabezas rapadas. El *post* de la página web tenía su gracia, era irónico, no había por qué poner a caldo al que lo había hecho. Pero Loïc vendería a su madre por una buena pulla, y aquí todo el mundo se partía el pecho, así que nada podía detenerlo. Es divertido. Pero tiene mala leche. No puedes implicarte en una causa y pasarte el día pitorreándote de todo. El problema de Loïc es que cree que denigrando da muestras de lucidez, cuando lo único que muestra es su debilidad negándose a tomarse la causa en serio. Si quieres hacer política, tienes que saber disciplinarte. Con Loïc, nunca sabes lo que piensa de verdad. Sobre los temas importantes, se escaquea sistemáticamente. Tiene que demostrar que es el más listo, que a él no se la pegan. Julien se dio cuenta, lo ve de lejos. Intentó recomendarle lecturas, quiso ayudarlo a cultivarse. Pero Loïc hace el burro. Le falta convicción y profundidad. La acción no excluye el sentido del humor, pero no puede uno pasarse el día ridiculizando todo y a cualquiera, como hace él. La solidaridad es el valor primordial. Contra los enemigos, sin piedad. Su imitación de Soral, el marxista de derechas que se filmó soltando un rollo interminable en su piso del centro, sensible a las complejidades del patrimonio y de la propiedad privada, hizo reír a Julien. Así se hicieron amigos. La imitación fue para mearse de risa. Todo el mundo sabe que Soral es un bufón, claro. Pero en internet no te diriges a los compañeros. Se trata de propaganda, y hay que hacer alianzas estratégicas, porque sin ellas el enemigo se

frota las manos viendo cómo os destrozáis. «La hermandad de los antiguos maricas reconvertidos al catolicismo», tiene gracia. Pero no aporta nada al debate, al contrario. Sus imitaciones de Frigide Barjot son literalmente para revolcarse por el suelo —«¿la drogata de La Manif pour Tous reconvertida al papismo va a la deriva?». También en este caso Loïc no tiene límites, es capaz de imitarla delante de cualquiera. Y la militancia exige seriedad, no creerse el ombligo del mundo.

Al principio los tres se llevaban bien. Loïc en el papel de bufón y de gran especialista en fútbol, y Julien con su palique, su cultura y su inteligencia, entre los dos enardecían las tropas. Pero desde hace un tiempo Julien se aparta de su acólito, cuyos límites percibe cruelmente. Hace nada ha ido a Rennes para la primera operación caritativa del grupo Génération Identitaire. Milita en la calle. Transmite el saber, el discurso, se implica. Si hay que elegir bando, Noël prefiere estar de parte de los que se atreven a implicarse.

Noël no tiene tanto ego como los otros dos. Por eso les gusta tanto estar con él. Tiene la suficiente personalidad para ser un buen colega, pero no siente la imperiosa necesidad de sobresalir en todas las conversaciones. Es un compañero, se puede contar con él, tiene palabra. Pero no tiene madera de líder. Lo suyo es la musculación. Desde que tiene su TRX, trabaja con el peso corporal y sigue un régimen de proteínas estricto, ha desarrollado toda la parte inferior del cuerpo, que le costaba que avanzara. Odia a los tíos que solo trabajan la parte superior —porque es más fácil y las agujetas no duelen tanto. Pero las ha pasado putas para marcar los isquios. Esta noche ha traído para todo el mundo un pequeño cargamento de Napalm, una proteína que les ayudará a recuperar un poco de energía. Se ríe imaginando las caras rojas de los colegas, la peña no tardará en rascarse y en tener calor, y justo después se sentirán muy despiertos. El Napalm es como beber lava derretida directamente del volcán.

Su madre era cajera. Noël la ha visto matarse a currar y pringar toda la vida. Vota socialista. Todavía hoy. Sin hacerse ilusiones. Cuando *Le Nouvel Observateur* saca en titulares al cabrón del exdirector del FMI, escupen a su madre en toda la cara: estamos entre amigos, nos podemos permitir cualquier cosa, lo principal es que la pasta no salga de aquí. Y la gente, cuando hay que conceder un alquiler social, siempre tiende la mano y deja que el expediente de los extranjeros pase por delante del de su madre, el de los extranjeros y el de los colegas con enchufe. Para las personas como él siempre es ya veremos pasado mañana. Después de que los progres han sacado su tajada y no dejan nada para los demás, aunque dando la impresión de ser generosos y bienintencionados, a expensas de los idiotas que curran de verdad y de los que nadie se preocupa jamás. Mutuas que cuestan un huevo. Trenes que funcionan un día sí y otro no, y que encima hay que pagar. Siempre hay que pagar. La

carne asquerosa, pensábamos que sabía a mierda porque era halal, pero al final resulta que es caballo viejo ciego a hormonas o pollo que ha pillado la rabia, pero apoquina y come, obrero cabrón, cuando hayas terminado tus cuarenta y cinco horas jodiéndote la vida en centros comerciales apestosos, antes de volver a casa pensarás en dar algo de dinero a la industria cárnica rumana. Y piensa en ahorrar para tu cáncer, obrero de mierda, los hospitales públicos están tomados al asalto por todos los sin papeles del planeta, que saben perfectamente que tienen que apañárselas para quedarse aquí. Cuando no utilizan a los norteafricanos para bajar los sueldos de los obreros, es porque la empresa se ha trasladado a otro país, con los muertos de hambre. ¿Por qué no iban a hacerlo? ¿Cuál es su castigo? ¿Quién les dice que la falta de patriotismo es un delito? Entretanto vendemos el país a los rusos, a los cataríes y a los chinos. Al mejor postor, la madre patria, como la última perra, abierta al primero que puede pagarse uno de sus orificios. ¿Y habría que consentirlo? Las finanzas siguen en manos de los judíos, a los que lo único que les interesa es cuánto pueden sacar a expensas de los demás, y la política sigue en manos de los masones, que lo que quieren es repartirse entre ellos los mejores puestos. Para gastarse el dinero público, para eso están ahí. Mientras tanto los progres se indignan porque se insulta a los rumanos. Está claro que no viven cerca de un campamento de gitanos. No, los progres compran comida ecológica, carne francesa homologada, porque el progre tiene que proteger su cuerpo de las enfermedades. A los demás que les den, muertos de hambre. Y cuando su chiquillo entra en primaria, el progre cambia de barrio porque no quiere que las jaurías rabiosas llamen blanco de mierda a su rubito. Cuando un banquero judío viola a una mujer de la limpieza, saca el talonario y al momento las putas de la République hacen cola para que les inserte su tremenda polla. A las tías les gustan los cabrones. Todos esos aprovechados que se tapan la nariz cuando el obrero vota y creen que mintiendo en todos los periódicos, los programas de televisión o los artículos van a seguir dándoles por el culo. Olvidan la Comuna. El pueblo quiere más al país que sus dirigentes. La diferencia es el honor. Viva la muerte. Están dispuestos a morir no porque estén desesperados, porque no tengan nada que perder, sino porque tienen un horizonte. El país somos nosotros. El futuro de Francia depende de nuestra determinación. Un pueblo, una lengua, un futuro. Digan lo que digan, no están condenados a la impotencia. Tiembla de impaciencia por acabar con la impunidad que protege a los grandes de este mundo. Cortará el cuello a sus hijos sin flaquear, clavará sus sucias cabezas en un palo y las paseará por la ciudad. Si es preciso, caerá ante las balas por defender su país. Está dispuesto a todo. Se niega a dejar que su patria se hunda y a preocuparse solo de saber cómo va a pagar sus impuestos. Los ricachones repiten en todas las entrevistas que solo los musulmanes están lo bastante motivados para estar dispuestos a sacrificarse luchando. Desmoralizan a las masas. Ellos quieren demostrar lo contrario. Están ahí. Se preparan para la guerra. El honor, la patria. Resuena en su pecho, le atraviesa y sale. El aliento que desencadena es una montura potente, a la

que se sube con alegría. Juntos son la bomba. Van a derribarlo todo.

Ese es exactamente el problema de Loïc. Es amargo. Es agrio. No tiene aliento. Un día que estaba especialmente mamado le dijo a Noël: «¿Derribarlo todo? Tengo casi cuarenta tacos. Conozco demasiado al género humano para hacerme ilusiones. Habrá tres días de fiesta y años de resaca. Lo único que cambiará será que cuatro imbéciles que no eran nada lograrán pillar buenos puestos. Se trata solo de sustituir los equipos dirigentes, pero la partida sigue siendo la misma. Se limitarán a hacer exactamente lo mismo que los que estaban antes. Mentir, traficar, hacer trampas y asegurarse de que sus cuñados reciban todo tipo de favores». Para Loïc, la política se resume en eso. Es nihilismo. Cuando Noël se lo oyó decir, entendió que se había acabado. Julien tiene razón: no es momento para el cinismo. Hay que estar listos para luchar. Y no se va al frente haciéndose el interesante.

Tercera cerveza, Noël todavía está lúcido pero algo sube dentro de él. El Napalm extiende su magia negra por su organismo. Un entusiasmo, una alegría feroz. Una avalancha de energía. Loïc se acerca a él. «¿Estás evitándome?» «No. Tengo que comer, si no pillaré un buen pedo.» «¿Bajamos al McDonald's?» Noël no sabe cómo quitárselo de encima, y ahora que ha bebido le apetece reírse, y bueno, joder, no se puede negar que con Loïc te ríes. «¿Seguro que no estás evitándome? Te veo superesquivo. ¿Te ha prohibido Julien que hables conmigo?» Lo pregunta en tono mordaz, en plan eres un niño pequeño al que los mayores le dictan lo que tiene que hacer. Se cabrea, pero ahora se cabrea sobre todo con Julien. Es duro estar en medio de los dos. Ya está bien, no es una tía. Se encoge de hombros y coge su gorro «nosotros nos bajamos al McDonald's» y el grupito se levanta para ir con ellos. En la escalera se empujan y hacen ruido, el buen humor del principio de la noche. Alborotan y se animan, el alcohol y el Napalm suben —están listos para divertirse.

Fuera Noël se siente bien. Ocupan toda la acera. Todos juntos, ¿quién estaría tan loco para no apartarse y dejarlos pasar? Sin decidirlo conscientemente, acentúa sus andares de tío, está nervioso, una sensación placentera. Barrio Belleville entre los progres los chinos y los negratos les gusta mucho ver que los transeúntes se apartan. Están en su casa. Existen. Pese a las mezquitas que invaden Kebabcity, todo el mundo se aparta y recuerda —juegan en casa. Claro que no tiene nada que ver con su jornada en el curro, donde debe vestirse lo más neutro posible, le obligan a llevar mierdas de la tienda. Evidentemente, no ropa que él elegiría y que por la noche se llevaría a su casa, no, trapos de marica que le obligan a ponerse y que antes de salir tiene que devolver. Sonríe al negro que se encarga de cachearlos antes de dejarlos salir. No te jode, como si me apeteciera llevarme a mi casa las mierdas de H&M... En esto, el negrata y él se entienden. El antiguo vigilante hacía las típicas bromas antisemitas,

guiñaba el ojo y sonreía como un idiota —en plan nos entendemos, estamos confabulados. Tienes razón, Blancanieves... pero como diría un colega tuyo negro «respétate, no voy a hacerlo yo por ti». Un alivio cuando lo echaron, la situación era muy embarazosa. En realidad, Noël no tiene nada contra los negros. Pero que se ocupen de sus países en lugar de huir como ratas atraídos por las migajas francesas.

Durante el día, en el curro, no se mata. Su cuerpo está ahí, sus gestos se vuelven mecánicos, desconecta, deja a un lado el cerebro. Por la noche, con sus colegas, en la ciudad, son los amos de la calle. Se acabaron las horas de servidumbre. Un codo a codo fluido, el ruido de pasos en el pavimento y la soltura del grupo, su manera de burlarse, de posar en las cosas una mirada cómplice. Un sonido, una energía común. El orgullo de estar ahí, y el placer de sentir que los ven, que los evitan, que los tienen en cuenta. El futuro de la nación, en marcha.

Al llegar a la altura del McDonald's, JP afloja el paso, algo le llama la atención al otro lado de la calle.

—¡No me lo puedo creer! ¡La señora mórbida!

Su manera de silbar, sonriendo con expresión malvada. Loïc se acerca a él —¿qué ha visto? JP canturrea Napalm Death con voz de ultratumba y se echa a reír. Luego cuenta lo que ha pasado esa misma mañana, con Julien, la tremenda patada, la pobre loca, esa gorda mugrienta que lo único que tiene de mujer es el coño, pero que lo único que merece es que la rajen. La tierra no tiene ninguna necesidad de soportar semejante mierda. Y encima agresiva. Ah sí, ¿le gusta la bronca? Se ríen a ambos lados. Noël recuerda lo que Julien les ha advertido. Es importante ir al encuentro de los más desfavorecidos, paliar lo que el Estado francés se niega a hacer: primero los nuestros. Primero dar de comer a los nuestros, luego ya se verá qué pasa con la miseria de los que no aman suficiente su país para quedarse donde estaban y luchar solidariamente para salir de la mierda. Pero eso quiere decir también que no nos buscamos problemas con los pobres, cuestión de imagen, sobre todo si hablan nuestra lengua. A Julien le revientan los comentarios en las páginas web escritos en un francés con ortografía caótica. Se la llama lengua materna no por nada, es la que hace de nosotros un país. Noël hace muchas faltas. No deja comentarios en internet a no ser que pueda verificar cómo se escribe. Está harto de ver los comentarios de mono que sueltan los tíos. Hasta él es capaz de ver que están llenos de faltas. No es serio.

Esta noche, ahora mismo, los que hablan son sobre todo la cerveza y el Napalm, la agilidad del movimiento cuando se acercan en grupo a la tía que jodió a sus colegas —solo para decirle un par de cosas. Ellos no pegan a las mujeres. Y con esta, ni siquiera mamados hay peligro de que la cosa acabe en violación colectiva. De todas formas, aunque fuera una guapa rubia, no es el estilo de la casa. Julien no tiene que preocuparse —es por diversión. Una vuelta por su acera, que vean que están por aquí. Preguntarle, solo para verificarlo: ¿quién es el jefe aquí? ¿A quién se obedece?

La tía tiene los ojos rojos e hinchados, el viejo que está con ella parece totalmente borracho y aterrorizado cuando se acercan. Con ellos sería una simple formalidad. El

problema es el armario barato que charla con ellos. Un progre del barrio comprándose una buena conciencia, se agacha entre los dos vagabundos para que vean que los respeta, pero no te preocupes, esta noche él duerme calentito, y a los otros que les den. Venga, papá, vuelve a tu casa. Ya ves que no estás a la altura. Pero el muy imbécil, en lugar de valorar la situación con pragmatismo, mostrar que los respeta y volver a su casa sin montar historias, se levanta y les planta cara, con las manos en los bolsillos y la barbilla demasiado alta. Este cabrón no tiene la sabiduría de la calle, otro más que no ha recibido su cuota de palos, así que cuando ve un grupo de toros acercarse, mueve su culo de burgués y decide pegarles el sermón:

—¿Tenéis algún problema?

—Vaya, capullo, tú has visto demasiadas películas de acción.

—Oye, payaso, ¿eres pasma? ¿No? Pues lárgate, tenemos que hablar con tu amiga.

—Apártate, tenemos que solucionar una cosa con tu mujer.

—Largaos, chicos. Id a divertirlos a otro sitio. Estoy seguro de que encontraréis enemigos de vuestro nivel. Circulad.

—¿Se lo ha pensado tu amiga la gorda esta mañana, antes de tirársenos encima? Mira, tío, en una ciudad se necesita orden. Hemos pasado por aquí solo para explicárselo. Se necesita orden.

Sin embargo, cuando Loïc se pone así, muy cerca de un tío, con su jeta de psicópata, se te quitan las ganas de replicar. Solo esperas que no vaya a más. El progre grandullón se hace el héroe, la cosa acabará mal para él. En lugar de bajar los ojos y largarse, insiste:

—Vete a beberte tu cerveza a otro sitio, me estás hartando.

Noël mira a su alrededor, busca los ojos de sus colegas, sonrío. Saben que no presagia nada bueno para el fulano. Se ha currado tanto las piernas que ni se entera cuando se chupa cinco pisos —le da la impresión de que lo llevan. No le gustaría estar en el lugar del tipo que va a recibir en la cara sus series de TRX.

—¿Tengo pinta de mamado, progre de mierda?

Vuela una bofetada, un cachete. Si el tipo tuviera dos dedos de frente, se daría por enterado. Dejaría que la gorda se llevara una breve ráfaga de insultos, y la buena tunda que se merece, y solucionado, todo el mundo al McDonald's, que la noche continúa. Puestos a pelearse, mejor que sea con grandes negratas —si no, al volver será difícil hacerse los héroes, seis contra dos cojos y una loca, sería mejor zanzarlo enseguida.

Entonces el tío le escupe a Loïc en la cara, mirándolo fijamente.

Noël suele ir al campo a ver el fútbol y armar la bronca. Sabe que sus patadas son mortales. Encadena tres golpes, cabeza vientre cabeza. En este orden. Fantástico, sin perder el tiempo, directo al blanco. «Así aprenderás a cerrar el pico cabrón burgués de mierda. Eh, piojosos, decidle de mi parte que la próxima vez baje los ojos y desaparezca. Que le sirva de lección.»

Una lluvia fina y helada le empapa la espalda. El tacto de la ciudad. Vernon se limita a avanzar, sin hacerse preguntas. Pasa por delante del cine con las luces apagadas, a esta hora circulan pocos coches, cruza la plaza Gambetta sin pararse en el bordillo de las aceras, no le importaría sentir el choque violento de la chapa rompiéndole varios huesos. No recuerda haber sentido semejante vacío interior. Capta la señal, que no activa nada. Ve la persiana bajada de la floristería, los tres chavales mamados que avanzan dando tumbos, una silueta tumbada en el banco de una parada de autobús. Los acontecimientos de la noche anterior desfilan por debajo de su cráneo sin suscitar en él la menor reacción. Está apagado. Es un espectador, alguien que se ha colado dentro de sí mismo, un clandestino. Porque al final ha sucedido: el vacío lo ha engullido.

Lo peor fueron los minutos en los que Xavier se quedó de lado, sin moverse, con los ojos no del todo cerrados y un hilillo de sangre saliéndole de la nariz, una línea roja que se detuvo en la cavidad de encima del labio, pareció dudar y luego siguió el contorno de la boca y se desplazó hacia la barbilla. Cuando Vernon levantó la cabeza para pedir que alguien llamara a los bomberos, no encontró los ojos de ningún transeúnte. Se metían en el supermercado o salían sin ver la escena. Aunque varias personas habían presenciado la pelea desde la acera de enfrente. Entonces Olga se pegó a su espalda, tiró a Vernon de la manga, un gesto infantil, torpe e insistente, «no podemos quedarnos aquí, gordo. Va a llegar la policía, no debemos quedarnos aquí», en voz baja y obstinada, no le soltaba el brazo. Vernon interpellaba a los transeúntes, «que alguien llame a los bomberos», pero, como en una pesadilla, se había vuelto invisible. No debió de durar más de un minuto, pero en ese instante se hundió, como si se hubiera metido dentro y hubiera desaparecido, al menos le engulló el alma. Entonces el gorila del Franprix salió y al momento desenfundó el móvil. Durante el día Vernon había observado que les lanzaba miradas asesinas, como si degradaran la entrada de su lugar de trabajo, y el hombre le había parecido de una fealdad tanto más inquietante cuanto que de él emanaba una impresión de ardiente estupidez. Al final, debajo de sus pintas de imbécil de primera categoría, el tipo tenía sólidos conocimientos de socorrismo, manipuló el cuerpo con seguridad, levantó con cuidado la cabeza, y los bomberos llegaron enseguida, en medio de un alboroto que parece irreal cuando te concierne directamente.

Entretanto, Olga había desaparecido. Un coche de policía se paró al lado de la furgoneta de los bomberos. Hicieron varias preguntas a Vernon, al principio distraídamente, como si los servicios de policía supieran ya más o menos las respuestas que podía aportar, y luego, cuando se dieron cuenta de que no se trataba de un ajuste de cuentas entre borrachos, su comportamiento cambió significativamente. El hombre tirado en el suelo tenía domicilio y tarjeta de crédito. Los hombres uniformados pasaron de ser más bien amables y bonachones a profesionales ocupados y tensos. Vernon debía ir con ellos a la comisaría a declarar. Él insistía en subir a la

ambulancia para acompañar a Xavier pero imposible. «¿Lo conocía?», en tono desafiante, como si supusieran que lo que Vernon quería era ir a comer gratis al servicio de urgencias. Vernon contestaba sí, lo conozco desde hace mucho tiempo, dijo cómo se llamaba, dónde vivía, pero no, no tengo el número de su mujer para avisarla. «Solo nos llevamos con el herido a familiares.» Colocaron el cuerpo desmayado en una camilla, Vernon pidió ir con él y no lo oyeron. Sin hostilidad. Ahora que se pasaba los días sentado delante del supermercado, era menos real que antes.

Entonces se produjo un giro inaudito: Pamela Kant salió de un taxi. Vernon la reconoció de inmediato. La vio dudar y recorrer la calle con los ojos en dirección a él. Cuando fue directa hacia él, no reaccionó. No entendió que de aquella escena el que le interesaba era él. No fue el único en fijarse en ella. Vio que los bomberos se pegaban codazos sin dejar de trabajar, que se decían cosas al oído, y dos polis se quedaron literalmente paralizados, con una sonrisa incrédula en los labios.

—¿Vernon Subutex? Llevo una semana buscándolo... ¿Qué pasa? ¿Tiene algún problema?

Las circunstancias no se prestaban demasiado a lo sublime. Vernon, en estado de *shock*, no tuvo ocasión de aprovechar el episodio... Se quedó en silencio. Lo asaltaban pensamientos salvajes, como meteoritos en llamas, y sinceramente no tenía la menor idea de dónde venían ni de qué se suponía que tenía que hacer en aquel follón. Pero Pamela esperaba una respuesta, que acabó dándole:

—Acaban de pegar una paliza a un amigo mío. Ha perdido el conocimiento.

—¿Es Xavier Fardin?

—¿Se conocen?

—Claro, vi *Mi única estrella* cien veces cuando era cría...

El hecho de que Pamela Kant estuviera allí no era en sí mismo demasiado realista, pero Pamela Kant hablando de la película de Xavier como si se tratara de un clásico, en medio de polis y de bomberos alucinados... Vernon se dijo joder Xavier despierta no te lo puedes perder esto es la hostia.

Entonces Pamela se puso al mando de las operaciones, con un aplomo desconcertante, como si el papel de jefe de la banda le correspondiera por naturaleza —muy bien, quería ir con Vernon a toda costa, tenía que hablar con él, declarar, por supuesto, ¿podía dejar su teléfono a los bomberos para que la tuvieran al corriente de dónde encontrar a Xavier cuando hubieran acabado en la comisaría? Ya nada era un problema para nadie. Habría podido pedir que pusieran las sirenas a tope para llevarlos a ver los escaparates de los grandes almacenes y los chicos habrían contestado por supuesto ¿tenemos que disparar al aire de camino? Lo doloroso del asunto era ver cómo se desplegaba la solidaridad masculina, y quedar totalmente excluido de ella. Nunca le había pasado —pero un sintecho, aunque esté con Pamela

Kant, sigue siendo una nadería para las personas que curran, ya no estaba en el bando de los tíos de verdad, era una persona aparte, y si su mirada se cruzaba con la de un bombero, no intercambiaban la menor complicidad, tan solo cierta curiosidad intrigada. ¿Así que lo que le pone es que se la meta un vagabundo?

Nadie le pidió su opinión, aunque ir a declarar no le iba bien. Una vez en el coche de policía, solo prestaban atención a Pamela Kant, que se aplicaba en hacer su papel de furcia. Maltrataba amablemente a los hombres, que estaban encantados. La dejó a sus anchas en la puerta de la comisaría y siguió a un joven policía a un compartimento desolado.

—¿Blancos, jóvenes? ¿Dijeron el nombre de algún grupúsculo?

—No. No hablamos con ellos mucho rato... Ni siquiera los habría reconocido, no creo que sea exactamente el mismo grupo que pasó esta mañana. Para serle del todo sincero, no los miré bien.

—¿Iban a por una mujer?

—No la conozco. Me desahuciaron hace muy poco, todavía estoy en *shock*...

—Entiendo. Lo siento.

La comisaría estaba en un estado de descomposición tan avanzado que le parecía irónico que hombres que se pasan la vida trabajando allí compadezcan a las personas que duermen en la calle. Mira quién habló, que la casa honró.

El poli era un chaval, debía de tener veinticinco años, lo que acentuaba la impresión de irrealidad que invadía a Vernon de forma cada vez más inquietante. Respondía a ciegas, sin tener demasiado claro lo que le convenía ocultar o decir. El hombre que tenía delante no tardó en dejar atrás la desconfianza característica del principio del interrogatorio. Vernon no tenía nada de sospechoso. Acabó la declaración en un cuarto de hora —lo que le interesaba al inspector era la raza de los agresores, y a partir de ahí le sacó un pequeño archivo de fotos de militantes de extrema derecha, no, ninguna de aquellas caras le decía nada. Antes de dejarlo marchar, el policía copió cuidadosamente, con letra torpe y aplicada, en un *post-it* amarillo varios números de albergues de urgencias, y direcciones a las que ir para pedir que se ocuparan de él. Lo sentía mucho, los tiempos son duros ¿verdad?, antes tenía trabajo, vendía discos, ah sí, joder, no es fácil recolocarse. Aquí, en la policía, la cosa debería seguir funcionando, pero mi hermano es profe, no creo que aguante hasta la jubilación... ¿Ha visto que en Grecia acaban de cerrar la televisión pública? Para eso nos mandan a nosotros, a la policía... ¿Sabe por qué aquí no se habla del tema? Porque va a llegarnos también a nosotros, es inevitable. No es por presumir, pero la policía somos los únicos que no corremos el riesgo de que nos privaticen pronto.

Luego tuvo que esperar a Pamela en la sala de espera, los hombres la rodeaban como si fuera una fogata, ninguno hizo un gesto fuera de lugar, sino que estaban contentos como críos de hospital a los que va a visitar una princesa, autógrafos y selfies con el móvil. Ella lanzaba cohetes, y Vernon, observándola, pensó que había

que ser guapa para parecer algo con unos *jogging* asquerosos, una sudadera con capucha y botas de esquimal que parecen alpargatas. Pero Pamela Kant salía victoriosa, eran sus ojos, su cuerpo minúsculo de proporciones impecables, pero sobre todo su manera de irradiar. Tuvo que esperarla diez minutos en medio de polis a los que no interesaba, porque el comisario quería hablar con Pamela Kant en privado.

En el taxi, ella cerró el chiringuito. La persona que estaba a su lado ya no era la misma. El taxista, un chino que escuchaba France Bleu, no la había reconocido. Una vez quitada la máscara, Vernon observó en su cara las marcas del cansancio, cierto decaimiento. Hablaba muy deprisa, evitando su mirada, como si el simple hecho de entablar contacto visual pudiera hacerle perder la cabeza. Vernon le preguntó qué quería de ella el comisario, Pamela se encogió de hombros y contestó en tono neutro:

—Quería contarme qué habría pasado si él hubiera sido una mujer... Sería la bomba, claro, una tía buena y muy zorra, volvería locos a todos los hombres, los arrastraría de la bragueta, los tendría pillados por los huevos, conseguiría todo lo que quisiera, sería rica, poderosa, tendría el poder absoluto... El típico cabronazo fantasma... ¿Qué vas a contestarle? ¿Dónde ha visto él que a las zorras les vaya mejor que a las demás? ¿En qué planeta tienen el poder las putas? De todas formas, si hubiera sido una tía, habría sido fea, y se acabó. ¿Qué se cree? Bueno... pero me he callado la boca.

—Todavía no he entendido por qué estaba usted allí.

—Habló usted de una entrevista de Alex, que al parecer está en su casa... ¿Es verdad?

—No puede estar en mi casa porque no tengo casa. Pero lo de la entrevista es verdad, sí.

—¿Sigue teniendo la grabación?

Estaba cansado de que le hicieran preguntas a las que no tenía claro si había que responder la pura verdad, omitir algunas cosas o mentir en todo.

—¿Por qué le interesa?

—¿Soy la primera que viene a hablarle de esto?

—Sí.

—Yes! Soy la más rápida. Soy la mejor. Aunque no soy la única que busca esa grabación. Pero soy la number one.

—Se le ha ido la olla. Mire, no hay nada interesante en esa grabación. Estaba colocado y se grabó, eso es todo. Apenas sabía lo que decía... Quise hacerme el listo hablando de este tema. Lo que no entiendo es...

—¿Ha escuchado la grabación?

—No.

—¿Por qué?

—Estaba durmiendo. A mí la coca siempre me ha relajado. Pero a Alex no. Ya hablaba mucho cuando nos veíamos. No dejaba de hablar, el cabrón. No iba a escucharlo también cuando no estaba.

—¿Y podría conseguirla?

—Pero ¿por qué me toca las pelotas con esto?

Y ahí se interrumpe. Una evidencia: Vodka Satana. Claro. Deben de conocerse. Quizá no son amigos. Dos fenómenos de ese calibre, debe de complicar las relaciones de amistad. En la cima solo hay un número uno. Pero es eso, dice «¿Vodka Satana?» y Pamela se incorpora, sonrío, se gira hacia él y lo mira. Se toma la molestia de seducirlo. Por más que él lo sepa, y quiera defenderse, y esté enamorado de otra, funciona al cien por cien. Le gustaría fingir que solo está un poco alterado pero en realidad se siente como un gusano que se hiciera el listo colgado del anzuelo de una caña. Basta que ella lo decida y está subyugado. Tiene muy claro lo que ella podría hacer para agradecérselo, pero está demasiado impresionado para expresarlo abiertamente. Le gustaría saber más:

—¿Quién le ha hablado de esas cintas? Es cosa de locos que...

—Usted habló de ellas.

—Muy poco. Al principio quería venderlas. ¿La envía Lydia Bazooka?

—No. Es complicado. Pero estamos varios detrás de ellas. Y yo soy la primera que lo ha encontrado. Merezco una pequeña ventaja, ¿no?

La muy puta, cuando quiere, su voz se transforma en un caramelo que se funde en la oreja, cuando ha dicho «ventaja» no es que tuviera una erección, es que todo él se convirtió en una erección. No ayuda a pensar con serenidad.

Quizá fue la lluvia, que en aquel momento arreció, o quizá fue él, que empezaba a marcharse, a introducirse en las tinieblas, no lo sabía. Pamela Kant apoyó la mano en la suya y le pidió disculpas:

—Solo pienso en mí misma. Veo que lo estás pasando fatal, con tu colega en urgencias y tus historias personales, y solo pienso en mí. No siempre soy así.

Estuvo a punto de contestarle sí lo sé te he visto muchas veces en tus películas, el resto del tiempo para nada eres así, vas mucho mejor vestida y haces cosas superinteresantes, y seguro que era el tipo de chica a la que un poco de crueldad le haría sonreír. Pero tenía un nudo en la garganta. Xavier en la camilla, ni siquiera el carisma de Pamela Kant había conseguido borrar el impacto de aquella imagen. Entonces le volvió el recuerdo de Alex, bruscamente, no haber encontrado el momento para escuchar lo que le había dejado, porque hasta entonces nunca lo había pensado, pero quizá si se hubiera interesado por las cintas cuando se las dio, habría podido hacer algo por él. Cambiar el curso de las cosas. Se había dejado arrastrar, sin pensar siquiera en reaccionar. Oía marcharse a los muertos, estaba ya con ellos. Esa

noche sentía un indecible remordimiento por haber dejado caer a Alex. Y por haber atraído a Xavier a ese episodio. Las dos emociones se anudaban entre sí —en qué clase de amigo te has convertido. Y luego, la violencia de lo que sentía cesó, y no quedó nada. Vernon observó a Pamela Kant en silencio durante mucho rato, incapaz de decir una palabra. Las cosas ya no le concernían lo bastante. Entre la realidad y él se abría un foso abismal —estaba muy cansado. Dieron vueltas un buen rato por el hospital, se cruzaron con ambulancias, enfermos que se fumaban un cigarro con los goteros puestos, enfermeros que imitaban una danza hindú. Antes de bajar del taxi había dicho:

—Dejé la bolsa con las cintas en casa de una chica que se llama Emilie. Si te las has arreglado para encontrarme a mí, creo que la encontrarás también a ella. En fin, en cualquier caso, buena suerte... Puedes dejarme aquí.

—Ni se te ocurra. No voy a dejarte solo.

Quería contestar «prefiero que no» y quedar bien, pero en el último momento pensó que sin ella seguro que no lo dejarían entrar en el hospital. Se le notaba demasiado lo que era, lo tomarían por un tío que ha visto luz y quiere entrar en calor.

El hospital era un edificio muy antiguo, de cuando construían hospitales que parecían conventos, daba la impresión de ser tranquilo, pero cuando cruzaron la puerta ya nada era bonito. Muebles de los años setenta, luz de fluorescente, personal con bata blanca y rostros aún más agotados que el suyo.

Pamela se encargaba de todo, apoyó los codos en el mostrador y esperó a que alguien llegara a informarle. Vernon recuperaba por momentos cierta apariencia de raciocinio.

—Pero ¿cómo has sabido dónde encontrarme?

—Hay un hashtag sobre ti, mira, al principio fue la tía que te pegó un chorreo, Simone du Boudoir en internet, aunque no sé cómo se llama en realidad...

—¿Sylvie?

—Fuiste a su casa, te la follaste como a una perra y luego desapareciste. No sé si en tu historial hay muchas así...

—Sylvie.

—En todo caso, ahora el hashtag lo utiliza un montón de gente. Te has convertido en el tío al que se busca en la red. Lo que pasa es que yo, y no es por presumir, tengo más followers que todos los demás juntos. Y tengo un fan que te vio en las duchas públicas del distrito XIX, sí, tío, tengo un fan que curra allí. Y te reconoció, por fotos que posteé... No sé si sabes que Simone du Boudoir colgó un millón de fotos tuyas en Facebook... No elegiste a la mujer adecuada, tío. A ella no deberías haberla dejado plantada como a una mierda... luego, bueno, yo me meto en lo que tiene que ver conmigo, vale, pero, francamente, cuando se tiene tanto éxito como tú, no se debería dormir en la calle. Desde mi punto de vista, te falta ambición... porque te has

convertido en la estrella de internet vamos locos detrás de ti.

Una negra altiva y poco sensible al encanto de Pamela se dejó convencer y les indicó el ala en el que estaba ingresado Xavier. Desde el pasillo, Vernon reconoció a la señora Fardin, con su bolso en las rodillas, sus zapatos gastados, el cuerpo postrado y la cabeza apoyada en las manos. Sintió que su cerebro y su corazón estaban anestesiados, una sensación idéntica a la de antes de que le saquen un diente. Su cuerpo estaba ahí, avanzaba, registraba la información. Por la cara que levantó hacia ellos, se dijo que las noticias no eran buenas. Pero sus emociones se habían desconectado. Apareció Marie-Ange, descompuesta, apretó los dientes al reconocer a Vernon, «qué ha pasado joder» y la que contestó fue Pamela porque de los labios de Vernon ya no salía ni una palabra. Pensó que Marie-Ange no había reconocido a Pamela, a diferencia de varios enfermeros y médicos, hombres de blanco, que empezaron a acercarse para dar más información. Coma. Y Vernon logró preguntar dónde está el servicio. Se dirigió hacia donde le indicaron. Encontró la salida. Ni por un momento había decidido huir en la noche, bajo la lluvia, solo echó a andar, en la oscuridad, hacia delante, observando detalles incongruentes. El peso de sus brazos, por ejemplo. Llevaba las manos en los bolsillos y no habría podido sacarlas —sus brazos parecían llenos de plomo.

Vernon era incapaz de coger las riendas de su propia maquinaria. Chocan entre sí el deseo de acabar con todo, la rabia, el asco de sí mismo, el miedo a lo que pasa, la asfixia, la desesperación y la confusión. Está ardiendo, le arden los pulmones, está empapado y le queman las mejillas. Camina como un zombi durante horas. Se marea. Pero sigue en pie. Sube escalones en la oscuridad, los sube rápidamente, sin aliento, acelera. Recuerda la letra de una canción, «es la historia de un chico que no podía dejar de bailar», sigue subiendo, jadeando, se obliga. Recita el abecedario, él, que nunca ha olvidado el nombre de un grupo, tiene que esforzarse y se concentra por primera vez esa noche. *Liaisons Dangereuses*. «Es la historia de un chico que no podía dejar de bailar y por supuesto acabó palmando es normal hoy en día.» Datos que no le sirven de nada se acumulan, siempre este desorden, una cacofonía, 1981, grupo alemán, DAF, *Einstürzende Neubauten*, «*Mystère dans le brouillard*». Sigue subiendo, esta escalera no acaba nunca, le da la impresión de subir a lo alto de un edificio, de dejar la ciudad abajo. No afloja el paso, se fuerza, le aprietan las sienes. Oye los primeros compases de «Los niños del parque», un bucle de sintetizador, caja de ritmos y voces femeninas de fondo.

Se desploma en un banco, incapaz de recuperar la respiración. Ya no oye los coches, la lluvia se hace más violenta y minúsculos puños de plomo le golpean en la cara, girada hacia el cielo.

Amanece sin que recuerde haberse dormido. Sin embargo, ha soñado que Robert Johnson se sentaba en el banco de enfrente y tocaba la armónica. Vernon no reconoce

la calle en la que se ha desplomado, cuando intenta sentarse su cuerpo no sigue sus instrucciones, se tumba boca arriba y gira despacio la cabeza. La lluvia ha dado paso a un frío como cuchillas de afeitar pero debe de haber pillado fiebre, bajo las dentelladas del frío le arde la piel literalmente. Un pensamiento lúcido lo atraviesa: ¿cuánto hace que no come nada? Ojalá pudiera extinguirse, así, ahora mismo — imagina la llama de una vela que titila luego disminuye y la mecha negra, un trocito rojo y luego nada más. Pero uno no se muere de desesperación, al menos no tan fácilmente.

La presencia de un gato que busca un hueco entre sus piernas lo despierta sobresaltado. En la oscuridad de la noche, vuelve a llover y el gato se marcha. Sus pensamientos son nauseabundos. Siente en la boca su olor asqueroso. Cadáveres en descomposición. Le gustaría poder vomitar, pero solo sale bilis que le desgarran la garganta, demasiado débil para girar la cabeza y escupirla al suelo, se ensucia la barbilla, el agua helada la limpia, ve luces en las ventanas, balanceándose. Cierra los ojos. Se desliza, formas incandescentes debajo de los párpados, y respirar vuelve a ser doloroso. ¿Acaba de llegar a ese banco? Es incapaz de incorporarse. Tendría que hacer un gesto. El sueño lo succiona y no puede resistirse.

Más tarde, esa noche, pasadas unas horas, o un minuto, no lo sabe, tirita de fiebre. Los primeros compases de «Voodoo Chile» lo despiertan. Jimi Hendrix tose, en realidad es el principio de «Rainy Day». No es la versión de *Electric Ladyland*, Vernon nunca ha oído este tema pero suena tan nítido como si lo escuchara con cascos o estuviera en el mejor sitio de un concierto al aire libre. Abrir los ojos le exige un duro esfuerzo. El cielo está lleno de estrellas. Mañana hará bueno. La música no deja de sonar. Sabe que delira, pero no le preocupa. Cierra los ojos y vuelve a las formas quiméricas que se alzan detrás de sus párpados. La introducción de «Voodoo Chile» es más larga, oye a Eddie Hazel entrar en el groove, le parece sorprendente, luego reconoce sin la menor duda a James Jamerson desarrollando largas partes y al final se alza la voz de Janis Joplin, de una pureza absoluta. Por encima de su cuerpo se ha creado un arco de sonidos. El órgano de Steve Winwood languidece el espacio, de Vernon solo queda una tensión fabulosa hacia el placer, una dilatación en la oscuridad, él es la ciudad entera, la domina, Jimi y Janis ofrecen un concierto improbable que solo él escucha. Por encima de él, las estrellas brillan con extraña intensidad en el cielo de París.

Más tarde —entretanto se ha vuelto a dormir, siente un haz de luz girando sobre un rif de guitarra, la voz de Janis perfora el dolor como si vaciara un quiste purulento, se desata. Dedos invisibles y hábiles se deslizan por detrás de las clavículas y tiran, liberan la respiración, el calor se expande, la caja torácica está abierta. Goza de cada milímetro de su epidermis, la canción se eterniza.

Cuando se hace el silencio, le sorprende seguir vivo. Tiene la ropa empapada, está débil pero puede sentarse. No tiene ni idea de dónde está. Necesita algo de tiempo para darse cuenta de que la sensación de extrañeza tiene más que ver con el silencio

que con el espacio en sí. Ningún coche. Le da vueltas la cabeza. Nunca había sentido una tranquilidad tan agradable. Le invade todo el cuerpo. La heroína no produce algo así. Ni las setas ni el LSD ni la datura producen ilusiones sonoras tan perfectas como la que acaba de escuchar. Sin embargo, no está muerto, al contrario, un insistente dolor a la altura de la garganta le hace entender que está muy vivo. Y enfermo. Pero contento, joder, contento como un loco, contento como un demente. Descubre ante él una vista despejada, ve todo París desde arriba.

Soy un hombre solo, tengo cincuenta años, tengo un agujero en la garganta desde el cáncer y fumo porros mientras conduzco el taxi, con la ventana abierta, sin importarme la cara que ponen los clientes.

Soy Diana y soy de este tipo de chicas que sonrían todo el rato y piden disculpas por todo, tengo los brazos llenos de cicatrices de cortes.

Soy Marc, estoy en el paro y la que curra para mantenerme es mi chica, yo me encargo todos los días de la cría y hoy por primera vez le he enseñado a ir en bici y he pensado en mi padre, cuando yo era chaval y pudo quitarme las ruedas de atrás.

Soy Eléonore, la tía que me gusta me hace fotos en el parque de Luxembourg, sé que va a pasar algo y que será complicado porque las dos tenemos a alguien pero merece la pena.

Estoy en mi cama cuando me entero de la muerte de Daniel Darc, pienso en la agenda de mi teléfono, tengo ganas de llamarle, y la idea de que ahora sea imposible me provoca un escalofrío por toda la espalda.

Soy un adolescente obsesionado por la idea de que me desvirguen y la pelirroja a la que deseo desde hace meses acaba de decirme que podríamos ir juntos al cine, creo que no se burla de mí y mirándome en el espejo me doy cuenta de que ya no tengo ni rastro de acné, el Roaccutane ha funcionado y una nueva vida se abre ante mí.

Soy una joven violinista virtuosa.

Soy la puta arrogante con sentimientos en carne viva, soy la adolescente pegada a su silla de ruedas, soy la chica que cena con su adorado padre, que está tan orgulloso de ella, soy el clandestino que ha pasado las alambradas de Melilla, subo por los Champs-Élysées y sé que esta ciudad va a darme lo que he venido a buscar, soy la vaca en el matadero, soy la enfermera que ha dejado de oír los gritos de los enfermos a fuerza de no poder ayudarlos, soy el sin papeles que se mete diez euros de *crack* cada noche para hacer la limpieza en negro en un restaurante de Château Rouge, soy el que lleva mucho tiempo en el paro y acaba de encontrar trabajo, soy la mula que se caga encima diez metros antes de pasar la aduana, soy la puta de sesenta y cinco años encantada de ver llegar a su cliente de siempre. Soy el árbol con las ramas desnudas maltratadas por la lluvia, el niño que berrea en su carrito, la perra que tira de su correa, la vigilante de la cárcel celosa de la apatía de las prisioneras, soy un nube negra, una fuente, el novio al que acaban de dejar que mira las fotos con su ex, soy un sin techo en un banco colgado en lo alto de una colina en París.

Nota de la Autora

He escrito *Vernon Subutex* tomando como punto de partida el miedo que la clase media tiene en Francia a perder su casa por falta de recursos. Que sea un temor realista o nacido de un exceso de pesimismo da igual. Me interesaba el hecho de que es algo que compartimos todos los que hemos nacido en una familia sin medios. Conseguir trabajo pasados los cincuenta años parece muy improbable, y vemos surgir una nueva forma de precariedad que afecta a gente que ha vivido socialmente integrada hasta la madurez, y que de repente ya no puede pagar el alquiler.

He elegido un personaje central que tenía una tienda de discos por varias razones. Primero, porque en la industria del disco cristaliza sin duda el cambio de un siglo a otro —algo que parecía indestructible desaparecía en un par de años—, como muchas cosas que hemos conocido y que han cambiado de golpe. Segundo, porque el *rock* me parecía una cultura capaz de definir cómo los sueños de una juventud se habían roto. Yo trabajé en una tienda de discos a finales de los ochenta, y me interesaba pensar en la gente que solía escuchar este tipo de música para visualizar cómo hemos cambiado los unos y los otros en estas últimas tres décadas...

A través de este dispositivo era posible intentar contar cómo Francia ha acogido un liberalismo salvaje, cómo las ideas de la extrema derecha han entrado en nuestros razonamientos, adoptando la forma de un pensamiento «rebelde», y también contar cómo envejece la gente que había jurado, de joven, ser radical y rechazar la normalidad.

La novela intenta contar el paso del mundo del siglo xx a otro mundo, desde el punto de vista de quienes han conocido ambos. No es una historia muy ligera, en mi opinión, y por eso he intentado preservar el humor en la serie de monólogos que constituyen la novela. Al fin y al cabo, lo que contaba me parecía tan deprimente que habría sido imposible tragárselo sin unas buenas dosis de humor.

VIRGINIE DESPENTES



VIRGINIE DESPENTES (Nancy, Francia, 1969). Es novelista y directora de cine. Transgresora y provocadora, su mirada punzante sobre nuestra sociedad nunca está exenta de un toque de ironía. A los diecisiete años dejó el instituto y se marchó a vivir a Lyon, donde encontró empleo en una tienda de discos, colaboró en revistas musicales, cantó en un grupo de rap y trabajó en un *peep show*. La popularidad le llegó con su primera novela, *Fóllame* (*Baise-moi*, 1994), que fue llevada a la gran pantalla. Desde entonces ha publicado *Perras sabias* (*Les Chiennes savantes*, 1996), *Lo bueno de verdad* (*Les Jolies Choses*, 2001, galardonada con el Prix de Flore y llevada al cine por el prestigioso director Gilles Paquet-Brenner), *Teen Spirit* (2002), *Bye-Bye Blondie* (2004) y *Apocalypse bébé* (2010, galardonada con el prestigioso Prix Renaudot). En 2006 publicó su ensayo autobiográfico *Teoría King Kong* (*King Kong Théorie*, 2006), donde se postula como una de las defensoras del posfeminismo. Con la trilogía *Vernon Subutex*, Despentes se reafirma como una voz imprescindible de las letras francesas.